



HQN™

ERIKA FIORUCCI

No me importa tu nombre



ERIKA FIORUCCI
No me importa tu nombre

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2018 Erika Fiorucci
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
No me importa tu nombre, n.º 198 - Julio 2018

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.

I.S.B.N.: 978-84-9188-716-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Capítulo 1

Mi nombre es Sarah Temper y soy otra persona.

Confuso, lo sé. Es mi vida y está llena de secretos que no puedo compartir con nadie, ni siquiera con mi mejor amiga.

Tal vez por eso no tengo una mejor amiga.

Normalmente no pienso en ello. Tengo veintitrés años y he pasado catorce siendo Sarah, la hija adoptada de un diplomático y su esposa. Hablo varios idiomas, he vivido en seis países diferentes y tuve una excelente educación. En fin, técnicamente hablando, nunca me ha faltado nada, pero me sobran los recuerdos y secretos de los que no puedo despegarme.

Después de más de una década lejos, volví a Estados Unidos para estudiar en la universidad. Fue una larga negociación que tomó más de un año con mis padres adoptivos, mis padres biológicos y hasta la oficina de agentes federales.

¡Menos mal que nadie llamó al Servicio Secreto, o todavía estaríamos negociando!

La capitulación de aquellos que controlan mi vida vino con varias condiciones: no podía volver a Washington, no podía elegir una universidad importante y siempre debía llevar conmigo ese teléfono prepago del que nadie conocía el número y que solo tenía un contacto que nunca me había visto en la necesidad de usar.

Condiciones completamente razonables a cambio de la libertad que nunca creí poder tener.

Así que me decidí por la Universidad de Detroit, una universidad privada y católica, muy pequeña y, a pesar de ello, tuve que escuchar millones de objeciones. Para agravar la situación, escogí Trabajo Social como carrera, para horror de mis familias, que esperaban que estudiara Derecho o Estudios Internacionales.

¡No, gracias!

Quería ayudar a niños en problemas, en riesgo, olvidados por su familia, dejados de lado como objetos indeseados. Si en el proceso podía borrar de mi mente para siempre términos como Ley RICO, crimen organizado y tráfico de armas me daría por bien servida.

Mi nuevo apartamento me encantaba. Era pequeño y funcional, quedaba relativamente cerca del campus y tenía una lavandería comunitaria en el sótano donde aprendí a hacer mi propia colada (la primera vez le puse tanto detergente que terminó desbordado, lo que me llevó a la primera vez que tuve que limpiar el suelo).

En la esquina de mi calle había una cafetería donde los desayunos eran fantásticos, a una cuadra un supermercado que abría veinticuatro horas y no muy lejos una tienda de ropa *vintage* en la que me gustaba pasar horas escudriñando sin comprar nada.

¿Qué más podía pedir?

Para la mayoría de las personas podría no parecer mucho, para mí era un mundo nuevo lleno de primeras veces e independencia.

Mi madre se había marchado la noche anterior, después de insistir en acompañarme desde Alemania, donde ahora estaban destacados, para ayudarme a matricularme en la universidad (como si fuera tan difícil), e instalarme, cosa que le tomó tres semanas.

Luchó conmigo en cada detalle, desde la elección del vecindario, con la extensa investigación sobre su seguridad, hasta el color de la vajilla. Sé que su intención no era llevarme la contraria o ser insoportablemente controladora, simplemente estaba preocupada.

Por eso puse buena cara mientras la escuchaba cambiar de opinión miles de veces sobre si era conveniente vivir en el primer piso o en el tercero, sobre si necesitaríamos cambiar la pintura de las paredes porque el blanco ostra no tenía personalidad o si el baño requería remodelación porque el espejo no era suficientemente grande. También la acompañé pacientemente a comprar libros con bonitas cubiertas y encuadernaciones, para colocar sobre las mesas como adorno.

Para mí eran suficientes mis novelas gráficas de Fran Miller y Neil Gaiman, pero su nivel literario a los ojos del mundo tradicionalista no era algo que iba a discutir con ella otra vez. Esa batalla estaba perdida.

Cuando la impecable señora Temper ya no tenía más libros, toallas, sartenes de teflón o floreros que comprar, no le quedó más remedio que admitir que era el momento de marcharse.

Así que por fin estaba sola, absolutamente sola, y me sentía bien. Nadie me vigilaba, no tenía que ir a terapia (aunque tenía un número de un psiquiatra en la ciudad para emergencias) y, para tranquilidad de todos, el bendito teléfono secreto estaba cargado y encendido, aunque en ese momento reposaba en una gaveta en la cocina porque su presencia era un recordatorio de una dualidad que había pasado muchos años tratando de olvidar y esta era una nueva vida. Mi nueva vida.

Esa noche había planeado comer comida basura, escuchar música ruidosa y bailar en ropa interior; tal vez incluso llamar a unas cuantas personas que había conocido en la universidad y tener una fiesta salvaje en mi apartamento de esas estereotipadas con vasos de plástico rojo y un barril de cerveza.

No obstante, la naturaleza estaba en mi contra e interfería en mis planes: llovía a raudales.

Para la mayoría de la gente la lluvia no es mayor problema si estás en la seguridad de tu hogar, incluso hay quienes encuentran el sonido relajante. ¡Vaya, que hasta hay canciones y poemas sobre lo hermoso que es ver caer la lluvia! En mi caso me llenaba de un terror casi paralizante. Ni siquiera podía irme a dormir y posponer mis planes para el día siguiente.

Dormir mientras llovía había sido siempre una tarea imposible. Uno de los pocos retos que nunca pude superar por más que lo intentara, una prueba fallada.

Si la lluvia comenzaba antes de meterme a la cama sabía de antemano que conciliar el sueño no sería posible, sin importar cuántas de esas píldoras que estaban en el baño, en sus recipientes anaranjados aún sin abrir, me tomara. Incluso si estaba ya dormida y comenzaba a llover, mi subconsciente se encargaba de despertarme con el más amargo de los sobresaltos o generarme las más horribles pesadillas.

Permanecer despierta mirando por la ventana hasta que parara tampoco era una opción. Ese sonido, las gotas golpeando el pavimento, la humedad, el olor, me recordaban una época en la que esa persona que fui estaba sola, asustada y su única compañía era el sonido de la lluvia por las noches mientras esperaba que cosas malas pasaran.

El solo sonido me dificultaba respirar y llenaba mi mente de pensamientos que solo tenían que ver con miedo y dolor.

Así que hice lo único que podía hacer para evitar un ataque de pánico y recurrir a esos ansiolíticos prescritos, que desde hacía algunos años me había negado a utilizar, tomé las llaves de mi Citroën recién comprado y decidí explorar las calles de mi nueva ciudad porque, cuando de lluvia se trataba,

cualquier cosa era mejor que estar encerrada.

Claro que explorar una ciudad relativamente nueva, debajo de un aguacero y en medio de una decisión tomada en un arrebato de pánico, no siempre sale como lo esperas. Era una acción ilógica, como en esas películas de terror donde alguien es perseguido por un asesino y corre escaleras arriba para esconderse en un armario en vez de salir a la calle.

Pero el miedo es ilógico y, como tal, no entiende de razonamientos.

Tratando de orientarme en una ciudad que conocía poco, terminé en la parte menos iluminada y concurrida, esa donde había tiendas de empeño con gruesos barrotes y anuncios mostrando mujeres con poca ropa bajo marquesinas de neón que intermitentemente revelaban las palabras «chicas», «pechos» o «culos».

Estaba tan preocupada buscando una salida en medio de las instrucciones descabelladas del GPS, tan distraída con el paisaje, esperando ser testigo de algún crimen en progreso, y con la visibilidad reducida gracias a la lluvia, que no vi el obstáculo que debió estar en el suelo. Solo sentí el golpe en la llanta delantera.

Inmediatamente detuve el coche y respiré por casi un minuto tratando de que mi mente no entrara en pánico, de no imaginar lo mal que terminaban las situaciones así en la ficción y, también algunas veces, en la vida.

Me bajé para inspeccionar el daño y de más está decir que fue como entrar vestida a la ducha. El agua helada caía del cielo con rabia, dejándome empapada en segundos y con riesgo de coger una pulmonía.

Había salido de casa tal y como estaba, pues nadie se pone a pensar en códigos de vestuario cuando está huyendo. Así que solo llevaba una camiseta rosa que ahora se pegaba completamente a mi piel, unos vaqueros viejos y raídos y chanclas; vestuario nada apropiado para una noche de mediados de septiembre cuando la temperatura comienza a descender.

Cuestiones térmicas aparte, no quería pensar en que mis pies, prácticamente descalzos, estaban sumergidos en un charco en la calle, rodeados de quién sabría cuántas inmundicias. Claro que, era pensar en eso o en mi llanta delantera izquierda, que tenía un gran pedazo de metal atravesado y se estaba desinflando con la misma velocidad con la que mi mente trataba de buscar una solución.

Maldije en voz baja al guardaespaldas que me enseñó a conducir olvidando en el proceso esa lección fundamental que implicaba la forma de cambiar una llanta. En su defensa, solo podía decir que en ese entonces a nadie se le ocurrió pensar que la siempre cuidada y protegida Sarah, esa a la que ni siquiera se le permitía ir de compras sola o al cine con algunos amigos del colegio sin chofer y

guardaespaldas, en algún momento necesitaría esa importante información.

Volví a subir al coche porque quedarme bajo la ducha natural solo atentaría contra mi salud y busqué el móvil en el bolso pues, aunque no supiera cambiar una llanta, tenía un seguro que incluía auxilio vial y podía llamar a alguien que viniera en mi rescate.

¡Viva la tecnología!

Solo que, al haber salido tan apurada, huyendo de estar encerrada sola con el sonido de la lluvia, no me di cuenta de que el aparato no tenía batería y ahora estaba atrapada nuevamente con el sonido de la lluvia, solo que en un espacio mucho más pequeño.

¡Maldita tecnología!

«¿Cómo las personas normales, que no saben cambiar una llanta, afrontan este tipo de situaciones?», me pregunté dejando caer mi cabeza en el volante. Nuevamente me sentí una niña indefensa, frágil y sin recursos, atrapada con la única compañía del sonido de la lluvia.

—¡Nunca más! —dije en voz alta, la impotencia de mi propia incapacidad ahuyentando el miedo y trayendo consigo la rabia—. No soy una damisela en apuros. No quiero serlo y no lo seré. ¡Es solo una puta llanta, no el apocalipsis zombi!

Vacíé el contenido de mi bolso en el asiento del copiloto y allí, enrollado y guardado cuidadosamente en una pequeña bolsa de plástico, estaba ese cargador que, como medida de seguridad, siempre llevaba.

Solo necesitaría un lugar donde poder conectarlo, pues todavía estaba en mi lista de compras el adaptador para el coche.

Lentamente, y sintiendo que montaba una carreta de ruedas cuadradas, estacioné cerca de la acera y noté que uno de los establecimientos de la calle estaba abierto. Si todas las señales de neón anunciando distintos tipos de cerveza eran un indicativo, se trataba de un bar y, con un poco de suerte, en algún lugar habría una toma de corriente donde conectar mi teléfono y hacer la llamada de rigor.

Fácil, simple, como la vida de una persona normal.

Con la valentía y el empuje que solo da un propósito, nuevamente metí los pies en los charcos sin desear pensar en ello, tampoco en mis piernas empapadas o en mi cabello que, a pesar de la cola de caballo, goteaba.

Abrí la puerta del bar y fui recibida por el reconfortante calor del lugar cerrado mientras la voz áspera de Joe Cocker cantaba su versión de *White Shade of Pale*. El olor dulzón a humo de cigarrillo y el astringente de distintos tipos de

alcohol envolvían el lugar en una nube tan densa que podía saborearla en el fondo de la garganta.

Sin embargo, ni el calor, ni la nube de humo, ni mucho menos Joe Cocker, fueron los que me dejaron paralizada en la puerta. La clientela lo hizo.

Tuve que pestañear un par de veces para deshacerme de las gotas que aún se adherían a mis pestañas y cerciorarme de que no estaba imaginando cosas.

—Ya no estamos en Kansas, Toto —dije en voz baja cuando, tras escanear un par de veces lo que tenía al frente, me di cuenta de que había entrado no a ese típico bar de deportes lleno de universitarios y gente bailando, que era mi punto de referencia en lo que a bares se refería, sino a uno de esos que hay en las películas de acción que concentran una especie de submundo.

No era por ser prejuiciosa, pero todos los que estaban allí parecían del tipo de personas que tenía antecedentes policiales, y yo había estado en contacto cercano con unos cuantos de esos especímenes en un pasado remoto. Cuero, barbas, tatuajes, estaban en cada lugar en el que decidiera posar la vista en medio del poco iluminado interior.

Cuando la puerta se cerró tras de mí me sentí como Alicia, cayendo sin freno por la madriguera del conejo y aterrizando de trasero en un episodio de *Hijos de la anarquía*.

Vi la señal que anunciaba el lugar donde estaban los servicios y caminé hasta el fondo del bar sin mirar a nadie directamente pero tampoco con la cabeza baja, aparentando una seguridad que no sentía.

¡Era una consumada actriz, una mentirosa que merecía un diploma por haber vivido más de la mitad de su vida fingiendo ser otra persona, bien podía caminar por ese bar y pretender que jugaba al billar, bebía tequila y tenía un novio llamado Jax!

Unos largos pechos pintados sobre un trozo de madera anunciaban la puerta que correspondía a las damas. Sin mirar atrás la empujé y, una vez dentro, y a pesar del olor desagradable, pasé el cerrojo. Tratando de mantener toda la planta de mis pies sobre la superficie de las chanclas, pues ese suelo parecía más peligroso que los charcos de lluvia, me dediqué a buscar una toma de corriente.

No tomó mucho tiempo porque el lugar era minúsculo. No había ninguna.

No obstante, el terrible olor despejó mi lóbulo frontal y pude pensar. Me di cuenta de que sería mucho más fácil, y normal, acercarme a la barra y pedirle el favor al camarero en vez de mi ejecución fallida de la rutina del agente secreto que buscaba el arma milagrosa en un baño maloliente.

Así que, abrí la puerta y decidí ser una persona razonable. Solo que, en lo que

puse un pie afuera, lo vi: la pequeña toma de corriente escondida casi a nivel del suelo justo donde la barra daba la vuelta.

Mi visión se afiló descartando todo lo que estaba a mi alrededor, creo que hasta escuché un coro celestial entonar el *Aleluya* de Haendel y vi una luz blanca y angelical señalando el lugar. Solo podía observar ese pequeño rectángulo color crema, medio rajado en las esquinas, que representaba la salvación inmediata.

Pensando que nunca antes nadie sobre la faz de la Tierra, ni siquiera una adolescente obsesionada con Instagram, se había alegrado tanto de encontrar donde conectar su teléfono, me agaché en cuclillas, conecté al cable en mi teléfono y luego a la fuente de electricidad. Hasta sonreí con alegría cuando la imagen de la batería apareció en la pantalla y comenzó a llenarse.

Bastarían unos segundos para poder encenderlo y hacer la llamada.

Solo que una voz dura, fría y con un dejo inconfundible de mal humor disolvió esa sonrisa que mi pequeña victoria por haber encontrado una fuente de energía había generado.

—¿Qué estás haciendo allí?

Capítulo 2

Un par de piernas enfundadas en unos vaqueros oscuros fue lo primero que vi cuando, sin levantarme y mucho menos desenchufar el móvil, volví la cabeza.

Levanté la vista arriba, arriba y más arriba, hasta encontrar una barba y unos ojos oscuros escondidos bajo unas cejas pobladas. El gorro tejido que tapaba su cabeza no hacía parecer más amable a esa torre humana de mirada torva, por el contrario, sentía que de un momento a otro iba a cubrir su cara y sacar una AK44.

Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y, a pesar de que llevaba una camisa a cuadros de manga larga, sus bíceps se veían enormes. No tenía una cinta métrica a mano, y con toda esa tela no podía hacer un cálculo certero, pero estaba convencida de que tenían el mismo diámetro que mi pierna.

No sé por qué, pero pensé en un leñador, uno solitario que se esconde en los bosques canadienses y derriba pinos enormes únicamente con su hacha.

—Hola —dije, y comencé a ponerme de pie, solo que el tomacorriente estaba cerca del suelo, el cable era corto y todavía tenía el teléfono en la mano, por lo que terminé doblada hacia mi lado izquierdo como quien está haciendo ejercicios para la cintura. Además, como el sujeto era tan alto, tuve que echar el cuello hacia atrás en un tonto intento de establecer contacto visual. Seguramente me veía como una aspirante al Circo del Sol, una con muy poca gracia, por cierto, o al menos como alguien sufriendo una especie de espasmo producto de una posesión diabólica—. ¿Por qué eres tan alto?

Lo dije sin pensar. Fue solo una protesta de mi cuello que se volvió sonido sin mi permiso, pero las comisuras de la boca del leñador implacable hicieron un leve movimiento hacia arriba y yo estuve a punto de soltar la carcajada.

Toda la situación era absurda, me sentía absurda y sin duda la barba de ese tipo era lo más absurdo de todo, porque las barbas no se suponían que fueran sexys y yo no debería estarme debatiendo sobre su atractivo mientras estaba toda

mojada, a punto de que me diera una pulmonía en un lugar desconocido y con el coche siniestrado.

—Espera un segundo. —Levanté el dedo en la señal universal de las palabras que acababa de decir y, sin esperar respuesta, volví a agacharme, dejé el teléfono en el suelo y recompuse mi estado mental antes de ponerme nuevamente de pie, ahora sí, en una postura más natural para cualquier ser bípedo. Para lograr una mayor dignidad, aparté un mechón de cabello mojado que tercamente insistía en pegarse en mi mejilla—. Mi coche se averió justo en frente —hice un gesto vago hacia la puerta—, y no tenía batería para llamar al seguro.

—¿Qué le pasó a tu coche? —preguntó, ahora más amable.

—Se le pinchó una llanta.

Puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—¿Qué? —solté indignada—. No es un delito no saber cambiar una llanta, además está lloviendo.

—¿Qué tipo de coche?

—Un Citroën.

—¿Un C3?

—No, un DS3 Racing —expliqué, sin entender por qué tanto rollo con el modelo. A fin de cuentas, una llanta era una llanta.

—Querrás decir un DS3 modificado —dijo, interesado y condescendiente al mismo tiempo—. Los Racing fueron de emisión limitada.

—Sí, lo sé, solo hicieron unos cuantos. ¿Mil? ¿Diez mil? No recuerdo—dije con una mueca tratando de recordar las emocionadas explicaciones al teléfono que me dio mi padre cuando encontré el coche esperando por mí en Detroit—. El mío está numerado. Es original.

Bufó y arrojó un trapo que tenía en la mano por encima de la barra.

—Debes estar de broma.

—¿Tienes algo en contra de los Citroën?

—Normalmente me importan poco, pero un Racing edición limitada... —y a pesar de sus palabras, su tono no parecía indicar que le gustara nada— es una tentación, por lo que es estúpido dejarlo aparcado en el medio de la calle en un lugar como este.

—¿Está lloviendo y tiene una llanta pinchada! —Me puse a la defensiva porque esa posibilidad ni siquiera había cruzado mi mente—. ¿Quién va a salir a robar coches que están averiados en medio de un aguacero?

—¿No sabes nada de nada verdad? —Me miró como si fuese tonta, lo que me indignó, si era posible, un poquito más.

—¿De robar coches? ¿Horas hábiles y condiciones atmosféricas favorables para los ladrones? —Hice una mueca—. Orgullosamente admito que no.

—Pues yo sí.

Lo dije con suficiencia, casi como si hubiera dicho «me gradué en Harvard», y estuve a punto de hacérselo ver de la forma más sarcástica posible, incluso pensé felicitarlo por ello, solo que sin más me dio la espalda y comenzó a caminar hacia la puerta dejándome con mis buenos deseos en la punta de la lengua.

Mi primera reacción fue seguirlo, pero tuve que demorarme unos segundos para recuperar el teléfono, lo que le dio algo de ventaja. Por eso tuve oportunidad, con suficiente distancia, de apreciarlo en toda su magnitud: cómo se quitaba la camisa de franela a cuadros y se la anudaba con las mangas en la cintura, lo que le dejaba solo en una camiseta ajustada negra.

Me gustaría decir que lo primero que noté fueron los tatuajes en sus antebrazos, a fin de cuentas me gustaba el arte y los colores brillantes, pero para ser honesta, el sujeto podía tener toda la obra de Miró en sus brazos y no lo habría notado. Solo me fijé en la forma en que se le marcaban los músculos de una espalda que se estrechaba en su cintura.

Molesta conmigo misma sacudí la cabeza para espantar esos pensamientos. No podía creer que estuviera chequeando el físico al leñador irritante y grosero, pero, en mi defensa, solo puedo decir que tenía que estar ciega para no hacerlo.

Abrió la puerta y salió a la calle sin ni siquiera contraer un músculo ante la descarga de agua fría que provenía del cielo.

Valientemente decidí seguirlo, pero se paró en seco, lo que casi generó que me estrellara contra él y comprobara de primera mano si sus dorsales estaban tan duros como parecían.

Dos sujetos estaban parados al lado de la ventana del conductor de mi coche mirando sospechosamente hacia adentro, donde todavía estaba mi bolso y todo su contenido desperdigado sobre el asiento.

—Hola, Manny —saludó casualmente el leñador, como si no estuviera parado bajo un aguacero. Incluso cruzó los brazos sobre el pecho en un gesto casualmente despreocupado que solo lograba que sus brazos se vieran más grandotes.

—Hola, hombre —le respondió de forma amistosa uno de los que estaba mirando por la ventana de mi coche, levantando la vista solo un momento para luego retomar su tarea.

—Ese es mi coche, Manny.

Esa declaración llamó más la atención de aquel que ahora tenía una barra de metal plana e intentaba introducirla por un resquicio de la ventanilla.

—¿De vuelta al negocio? ¿Tan pronto? —El fulano Manny solo en encogió de hombros—. Lo lamento, yo lo vi primero.

—A lo que me refiero —dijo dando un par de pasos. A pesar de que ahora sus brazos colgaban a sus costados de forma relajada, había algo amenazante en ese par de pasos que me hizo retroceder nuevamente hacia la puerta del bar— es a que es el coche de mi chica, por lo que te agradecería que lo dejaras en paz.

El leñador señaló en mi dirección con el pulgar y Manny dejó de tratar abrir el coche para mirarme confundido. Inmediatamente intenté verme como el tipo de chica que saldría con un sujeto de barba y bíceps enormes, es decir, medio sexy y medio malvada, aunque estoy segura de que solo logré lucir como si tuviera dolor de estómago.

—¿Por qué no lo dijiste antes? —Manny levantó las manos—. Debí imaginarlo. Siempre te gustaron los coches rápidos y las chicas con buen pecho. —Luego sonrió en mi dirección y detuve el impulso de examinar las mencionadas para constatar su declaración—. ¿Necesitas ayuda con esa llanta?

—Estamos bien —dijo el leñador, y volvió a cruzar los brazos sobre el pecho.

Como si se tratara de un encuentro dominical a la salida de la iglesia, Manny y su acompañante agitaron la mano a modo de despedida y se fueron.

Abrí la boca para decir algo, preferiblemente algo que empezara con ¿qué demonios...?, pero el señor grande, barbudo y sexy no me dio tiempo.

—¿Tienes repuesto? —preguntó, y yo, a esas alturas, no sabía si todo era real o un episodio de la cámara indiscreta.

—¿Repuesto?

—Para la llanta.

—¿No viene con el coche?

Mi irritante e irritable salvador cerró los ojos brevemente y sacudió levemente la cabeza.

—Abre la cajuela.

Con dificultad, busqué la llave en el bolsillo trasero de mis pantalones, cosa que no fue sencilla, porque seguía lloviendo y eso no vuelve la mezclilla particularmente maleable. Finalmente lo conseguí, pulsé el botón correspondiente y, sin esperarme, se puso a rebuscar en el interior.

Me acerqué, pero él ya estaba sacando la llanta y otros instrumentos. Pude ver un paraguas allí en el maletero y lo tomé porque necesitaba hacer algo, cargar alguna cosa, aunque ya a ninguno de los dos nos hacía falta. A fin de cuentas, era

solo un paraguas, no una secadora.

De forma eficiente y hasta graciosa, difícil de lograr para alguien tan grandote y con vaqueros emparamados, se agachó frente a la llanta y se puso a trabajar.

No se me ocurrió otra cosa que abrir el paraguas y tratar de cubrirlo. Sí, ya estaba mojado, pero sería menos incómodo, y mucho más seguro para su integridad física, trabajar si no le chorreaba agua por las manos y la cara. Además, en cierta forma me hacía sentir más útil y menos ignorante.

Por toda respuesta miró hacia arriba y sonrió, o alguna expresión parecida para la que no tenía nombre pero que era cincuenta por ciento sonrisa, cuarenta bufido exasperado y diez de burla.

Estuve a punto de quitar la sombrilla de pura frustración, pues todo lo que provenía de él parecía un reproche, pero se quitó el gorro tejido y me lo arrojó sin verme. Claro que su falta de puntería hizo que rebotara en mi pecho antes de que pudiera atraparlo con la mano que no estaba sujetando el paraguas. Parecía un pedazo de trapo mojado, amorfo y pesado, y no era de extrañar que se hubiese convertido en un estorbo sobre su cabeza. Si no hubiese estado ocupada escudándolo de la lluvia, seguramente hubiese hecho algún intento de exprimirlo.

Siguió trabajando con el cabello húmedo apuntando en todas direcciones. Parecía como si hubiese acabado de salir de la cama o, mejor dicho, de la ducha, y nadie tenía el derecho de lucir el cabello así de bien en medio de circunstancias atmosféricas tan adversas. Era como esos modelos o actores que siempre lucen despeinados pero que en el fondo sabes que han pasado horas frente al espejo con el secador en una mano y toneladas de producto en la otra, solo que en este caso había sido testigo de que el sexy desorden era natural.

¡Definitivamente el mundo era un lugar injusto! Mi cabello siempre era un desastre al salir de la ducha.

Cuando terminó de cambiar la llanta lo seguí con el paraguas, parada en la punta de mis pies para poder llegar encima de su cabeza. Orgullosamente pude afirmar que me moví con gracia mientras él colocaba el cadáver de mi maltrecha llanta y los otros instrumentos en el lugar correspondiente, y finalmente cerró la cajuela.

Por un momento me quedé allí como una tonta, parada de puntillas con el paraguas en la mano tratando de cubrirnos a ambos. Luego, simplemente él tomó posesión del paraguas, lo que tanto mi brazo como mis piernas –que ahora no sentían el tirón muscular de estar en puntillas– agradecieron, pero que no contribuyó en nada a hacer avanzar el incómodo encuentro hacia su conclusión.

—Gracias —dije, aunque no quedaba claro si me refería a la llanta o al hecho de que ahora fuese él quien nos mantuviera encerrados en ese pequeño círculo seco que el paraguas proveía.

La única respuesta que obtuve fue ese movimiento mínimo en las comisuras de su boca que hacían brillar sus ojos en medio de la penumbra y el gesto era tan perturbador —en una forma curiosamente agradable— que mi mente buscaba de forma frenética otra cosa que decir para prolongar el momento o, en todo caso, generar otro de esos pequeños ademanes.

Claro que luego llegó ese instante, ese que sabía que en el futuro se convertirá en el más embarazoso de toda mi vida, ese que recordaría con un sonrojo cuando viviera en un geriátrico y, lo peor, no pude hacer nada para evitarlo.

Sentí las palabras formarse en mi mente, subir por mi garganta y, antes de que salieran de mi boca, supe que eran una mala idea, pero se me escaparon antes de que pudiera regañarme.

—¿Cuánto te debo por las molestias?

Cuando escuché lo que dije quería golpearme a mí misma en la cabeza, succionar el aire a mí alrededor a ver si las palabras regresaban al lugar del que nunca debieron haber salido, cualquier cosa.

Si había estado esperando otro de sus gestos minimalistas, lo conseguí, pero en reverso: el pequeño intento de sonrisa se esfumó, al igual que la luz que había aparecido en el fondo de sus ojos.

—Nada —dijo antes de cerrar el paraguas y devolvérmelo. Estaba tan avergonzada que ni siquiera registré el frío de la lluvia golpeando nuevamente a mi piel—. Solo monta tu trasero en ese coche que ni siquiera entiendes y sal de este lugar. ¿Tienes idea de cómo programar el GPS para que te lleve a tu castillo o crees que es otra de las cosas que vienen con el coche que nunca te vas a molestar en saber para qué sirven? ¿Tal vez quieres que te tome una foto para tu Instagram antes?

—Lo siento.

La disculpa llegaba uno cuantos segundos tarde y, seguramente, ya no tendría ningún efecto, así que con una sonrisa avergonzada regresé al coche y, tras encenderlo y programar el GPS, miré por el retrovisor: el leñador ofendido había regresado al bar pero, en vez de entrar, permanecía en la puerta mirando en mi dirección.

Sintiéndome el peor ser humano sobre la faz de la Tierra, puse la primera y dejé que la voz pregrabada del sistema de ubicación satelital me guiara de vuelta a mi vida.

Capítulo 3

Desde la primera vez que caminé por el campus me había enamorado locamente de la universidad. La energía que parecía rodear a esa cantidad de jóvenes que iban y venían, algunos apurados, otros como si tuvieran todo el tiempo del mundo; las risas, los pedazos de conversaciones, eran un caleidoscopio lleno de los colores de la vida y me llenaban de una alegría tranquila, pero no por eso menos real.

Mis padres me habían ofrecido arreglar mi ingreso a La Sorbona en París o La Sapienza en Roma, pero yo solo quería ir a casa, aunque hacía muchos años hubiese aprendido que la universidad de mis sueños, Georgetown, ya no era una opción.

Sin embargo, y sueños rotos aparte, en esas pocas semanas en un pequeño campus en Detroit me había sentido más viva que nunca. Mi nombre falso y mi historia fabricada finalmente habían quedado atrás, dando paso al inicio de mi futuro, a una mujer que iba más allá de las denominaciones, del pasado.

Aunque todavía no estaba segura de quién era realmente Sarah Temper, estaba más que dispuesta a descubrirlo.

En mis múltiples lugares de residencia siempre había asistido a escuelas norteamericanas generalmente llenas de hijos de diplomáticos, profesores universitarios o agregados militares, pero nunca fui buena socializando. En un principio, mis padres adoptivos pensaron que sería buena idea que estudiara en casa, pero después de un tiempo mis terapeutas insistieron en que debía aprender a relacionarme con otras personas pues mi nueva yo nunca se volvería real a menos que la interpretara diariamente.

No obstante, eso de relacionarme no era una tarea simple. Había tantos detalles que recordar, tantos peligros si decía lo que no debía, que prefería hablar poco y pasar por introvertida. Luego simplemente se volvió costumbre y, una vez que me convertí en una mentirosa consumada, descubrí que seguía siendo

más seguro ver los toros desde la barrera. Además, por razones de seguridad nunca pude ser totalmente libre, y no era fácil hacer amigos cuando tienes guardaespaldas siempre vigilando tus movimientos, pero eso no quería decir que no me gustara la gente.

Es más, eso era lo que más me gustaba de la universidad: estaba rodeada de gente de distintos estratos sociales, con distintas historias e intereses, con vidas reales alimentando la mía, dándole un toque mayor de realidad cada mañana.

Sin embargo, ese día no podía encontrar ese resquicio de felicidad que me producía caminar por los pasillos llenos, detallar la forma en que la gente normal se comportaba, inventar historias en mi mente sobre sus vidas que me permitían enfocarme menos en mi pasado.

Solo podía recordar la noche anterior con las consecuentes ganas de esconderme en el baño más cercano llena de vergüenza: alguien me había ofrecido su desinteresada ayuda y me había comportado como la niña malcriada, desconsiderada y altiva que nunca fui, pero que se me daba bien interpretar algunas veces, pues mantenía a las personas a distancia.

Aún sonrojada, cosa que me ocurría cada media hora cuando repasaba la escena, entré a mi cafetería favorita por alguna merienda antes de encerrarme en la biblioteca más cercana para adelantar deberes, pues soy una empollona certificada.

—¡Sarah! —Una chica con un inconfundible cabello azul me saludó, haciendo enormes gestos desde una mesa al fondo.

A Mallory Perkins la había conocido durante la semana de iniciación, cuando descubrimos que teníamos algunas clases juntas y congeniamos bastante bien, a pesar de mis oxidadas habilidades sociales y del hecho de que, al igual que la mayoría de las personas en mis clases, era bastante más joven que yo.

Ese era el problema de perder un año completo de escuela cuando niña, mudarte de país en medio del semestre o batallar por más de un año con tus padres cuando decides ir a la universidad: todo el mundo a tu alrededor tiene entre dieciocho y diecinueve años, pero, contradictoriamente, muchos de ellos habían vivido más que yo.

Le hice a Mallory un gesto para indicarle que primero iba a comprar un café y ella hizo la mímica perfecta de alguien comiendo algo con sus dedos, lo cual era una señal para que le llevara una galleta.

Minutos después haciendo malabares con mi *latte*, una botella de agua, una galleta con chispas de chocolate y un pastelillo de zanahoria, llegué hasta la mesa de Mallory, que estaba cubierta en su mayor parte con su portátil y varios

diccionarios.

—¿Dónde has estado? —me preguntó recibiendo la galleta con una sonrisa—. No te he visto por aquí desde hace un par de días, lo cual me ha dejado desamparada, defendiéndome sin ayuda de todos estos verbos en francés que intentan atacarme.

—Mi mamá tenía que hacer algunas compras de última hora —expliqué con una mueca mientras tomaba su libro de prácticas y comenzaba a marcar las conjugaciones que estaban mal—, y necesitaba mi ayuda decidiendo el color de las toallas.

—¿Ya se fue? —preguntó Mallory con una sonrisa que era todo entendimiento.

—¿Quién se fue? —Dante Polcaro se dejó caer en el asiento justo al lado de Mallory y nos miró a ambas expectante.

Él completaba el grupo de los pocos conocidos que formaban mi nuevo círculo de amigos. Al contrario de Mallory, con su cabello azul, su *piercing* en la nariz, sus diecinueve años y su irreverencia, Dante era un estudiante del último año, transferido de otra universidad gracias a una beca para jugar béisbol, por lo que no lucía tan joven, lo que me hacía sentir menos incómoda y, además, parecía más normal que su contraparte femenina: cabello muy corto, ligeramente claro, músculos de atleta y una expresión seria la mayoría del tiempo.

Formábamos un peculiar trío: la chica vanguardista, el atleta dedicado y la fina y tímida extranjera.

—Mi mamá regresó a Alemania ayer —expliqué mientras le devolvía a Mallory el cuaderno con su tarea de francés corregida.

—¿Y qué hiciste en tu primera noche en libertad? —preguntó Dante destapando mi botella de agua sin pedir permiso.

—Di unas vueltas en el coche.

—Pero anoche llovió a mares. —Mallory arrugó la cara, no sé si por mi paseo nocturno o por la cantidad de respuestas erróneas que tenía su cuestionario.

—Salí antes de que comenzara a llover —dije sin pensarlo mucho. Las mentiras emergiendo de mi boca con facilidad, más cuando se trataba de corregir esos pequeños errores que siempre ocurrían cuando no puedes explicarte con la verdad—, pero me perdí y terminé al este de la ciudad con una llanta pinchada.

—¿Por qué no me llamaste? —saltó Dante preocupado.

Por unos segundos me quedé perpleja. Llamar a un amigo ni siquiera me había cruzado la mente.

—Mi teléfono se quedó sin batería —dije, y no era, técnicamente, una

mentira.

—Tuviste suerte de que no te robaran mientras cambiabas la llanta. La próxima vez, llama.

—No cambié la llanta —dije avergonzada—. No sé cómo hacerlo.

—¿No sabes cambiar una llanta? —Dante sonaba horrorizado.

—No es un conocimiento usual, hombre básico y primitivo. Las chicas no tenemos por qué saber esas cosas. —Mallory le dio un manotazo—. ¿Cómo volviste a casa?

—Había un bar cerca y un hombre, que creo que trabaja allí, me ayudó.

—¿Estaba bueno? —preguntó Mallory interrumpiendo con otro manotazo, esta vez fallido, cualquier cosa que estaba a punto de salir de la boca de Dante.

—¿Bueno? —pregunté, porque eso no lo vi venir y responder con una pregunta era un mecanismo de defensa que siempre utilizaba cuando necesitaba más tiempo para dar con la respuesta adecuada. Claro que, en este caso, no había una respuesta adecuada—. No lo sé. Eso depende del gusto de cada quien.

—¡Oh, por Dios! Sí estaba bueno. —Mallory sonrió como quien ganó la lotería y hasta dio un par de palmaditas de alegría—. Cuéntamelo todo...

—Ella no dijo que el sujeto estuviera bueno —protestó Dante.

—Si hubiese sido horrible, lo habría dicho apenas le hice la pregunta, algo como: «No, pero era un señor muy decente».

—El tipo le hizo un favor. No va a andar por allí calificándolo por sus atributos físicos.

—En ese caso hubiese dicho «era muy amable». El hecho de que haya dudado es suficiente admisión. —Y con un gesto despectivo con la mano volvió a silenciar a Dante—. Ahora, querida Sarah, desembucha.

Los miré alternativamente: Mallory me miraba fijamente con una sonrisa codiciosa en la boca, la imagen perfecta de la curiosidad, y Dante, en medio de su derrota, se había recostado en su silla y cruzado los brazos sobre el pecho, pero no parecía que fuese a interrumpir nuevamente; también, de cierta forma, parecía interesado.

Evidentemente tenía que contar la historia, pero lo más extraño era que quería hacerlo, por eso la había mencionado. Era como una especie de travesura que te mueres por hacer pública, aunque no hubiese salido del todo bien. Siempre tuve que ser extremadamente cuidadosa con lo que contaba sobre mí, y nunca hubo ninguna travesura ni tampoco amigos con las que compartirlas.

Me gustara admitirlo o no, la fábula del leñador y la llanta era lo más interesante que me había pasado en mucho tiempo.

—Era muy alto —dije, y no pude evitar sonreír con tan solo recordar al sujeto y todas sus malas pulgas—, y con barba. Tenía uno de esos gorros tejidos, unos bíceps enormes y los brazos llenos de tatuajes.

—¿Joven? —preguntó Mallory camuflando con su voz el bufido de Dante—. ¿Qué me dices de los ojos? ¿De la boca? ¿De las manos? Tengo un fetiche con las manos de los hombres...

—No quiero escucharlo... —la interrumpió Dante.

—Cambió la llanta con sus propias manos bajo el aguacero sin ningún fallo —dije con una sonrisita. Mallory suspiró y Dante puso los ojos en blanco—. Tenía una camisa a cuadros y eso, junto con la barba, le daba cierto aire de leñador de cuentos, desarreglado, de mal humor...

—¿Una mezcla entre Lobezno en *X-Men* y Chris Hemsworth en *Blancanieves*? —Mallory preguntó esperanzada con ambas manos sobre el corazón.

—Tal vez era como Gastón de *La Bella y la Bestia* —le respondió Dante con una mueca.

—En todo caso podría haber sido la Bestia. —Me encogí de hombros.

—¡Voy a desmallarme! Un enorme leñador te rescató durante una noche lluviosa. ¿Puede algo ser más romántico? —Mallory abanicó teatralmente su cara—. ¿Te enseñó su enorme hacha?

—¿Enorme? ¿Quién dijo que era enorme? ¿En qué momento llegamos al tamaño de su hacha? —masculló Dante—. Por lo que sabemos, podría tener solo una navajita.

—Busca en Youtube a Mcgyver —Mallory lo miró con suficiencia—, la original, no el *remake*. Verás todo lo que una navajita es capaz de hacer.

—Eres demasiado joven para saber que hay un Mcgyver original.

—Me gusta lo *vintage*. —Mallory volvió su mirada hacia mí—. Cuéntame más. Déjame vivir de forma vicaria a través de tus experiencias.

—No hay nada más.

—¿Qué? —La expresión de felicidad de Mallory se volvió casi asesina—. ¿Un número de teléfono? ¿Una segunda cita?

—¡No fue una cita, Mallory! —Dante parecía a punto de perder la paciencia.

Con otro gesto de su mano, Mallory le dejó claro que no quería seguir escuchándolo.

—¿Cómo se llamaba?

—No lo sé. —Tanto Mallory como Dante me miraron confundidos y repentinamente mi olvidado *latte* se volvió muy interesante. Tal vez podría

comenzar a comer mi pastelillo de zanahoria para no tener que seguir hablando—. Puede que haya sido un poco grosera con él.

—¿Qué hiciste? —Mallory me preguntó muy seria, cosa difícil de lograr para alguien con el cabello azul.

—Después de cambiar la llanta —me obligué a seguir, sin ni siquiera mencionar el hecho de que el leñador había evitado que me robaran—, le pregunté cuánto le debía, y creo que se molestó.

Sentí que, por enésima vez ese día, mi cara estaba del mismo color de las brasas del infierno, por lo que escondí el rostro entre las manos.

—Cariño —dijo Mallory con voz apenada—, honestamente, tienes las mismas habilidades sociales que un caracol ciego.

—Y eso que la educaron en una embajada. ¿Qué dice eso de nuestro Servicio Exterior?

Por primera vez desde que comenzó la conversación, Dante sonaba ligeramente divertido.

—En mi defensa —dije descubriendo mi rostro—, estaba estresada, asustada y mojada.

—¿Mojada por la lluvia o a causa del sexy espécimen que tenías al frente?

—¡Por el amor de Dios! —Dante cerró los ojos y presionó el puente de su nariz con los dedos, como quien quiere espantar una jaqueca incipiente—. No necesito escuchar esto, soy demasiado mayor. Las mujeres son mucho más guarras que los hombres.

—Es un hecho ampliamente conocido. —Mallory se encogió de hombros.

—En una escala del uno al diez —pregunté tímidamente—, ¿cuánto creen que lo ofendí?

—Ocho, tal vez diez —Dante hizo una mueca—, depende de lo alta que esté su autoestima.

—¿En serio?

—Mira, el fulano salió del bar bajo un aguacero para cambiar tu llanta en un acto de buena voluntad, tal vez porque le pareciste atractiva o porque tiene complejo de héroe, y tú lo trataste como ayuda contratada.

—Te paraste en un pedestal y lo viste desde arriba —completó Mallory—. Seguramente el pobre chico de los bajos fondos ha sido tratado así varias veces en su vida por princesas como tú.

—No soy una princesa.

—Lo eres. —Dante me miró negando con la cabeza—. Eventualmente tendrás que reconocer que no estás en el promedio de la gente que te rodea. Eres una

niña rica y malcriada.

Volví a esconder la cara entre las manos, pensando que sería un buen momento para comenzar a excavar un enorme hueco y enterrarme viva.

—Pero la buena noticia —prosiguió Dante— es que no vas a tener que ver a este sujeto nunca más.

—No necesariamente... —Ante el tono optimista de Mallory descubrí solo mis ojos para encontrar una mirada de esas que vaticinan divertidos problemas—. Soy de las que cree que todo error nos trae la posibilidad de enmendarlo. Tú sabes, el karma y el universo compensándose.

—No me gusta adónde va esto —protestó Dante.

—No hay problema porque no irás a ningún lado —le dijo Mallory guiñándole un ojo antes de volverse hacia mí con una mirada de reproche casi paternal—. Fuiste grosera y maleducada con una persona que te brindó su ayuda desinteresada. Ahora debes buscarlo y disculparte.

—Ni siquiera sé su nombre.

—¿No dijiste que creías que trabajaba en ese bar?

—Tenía colgado en el hombro uno de esos paños que se usan para limpiar y, cuando salió a ocuparse de mi coche, lo arrojó sobre la barra con familiaridad.

—Ahí lo tienes. Regresas al bar y preguntas por él.

—No estoy segura de poder encontrar ese bar nuevamente.

—Tu coche tiene GPS. Si estaba encendido anoche, la ubicación está grabada.

—¡Ni siquiera sé su nombre! —repetí.

—Si fuese una tarea sencilla no bastaría para pagar tu ofensa contra todos los hombres de buena voluntad que existen en este universo, mi pequeño saltamontes.

—No lo sé —dije dudosa, pero no podía negar que, cada segundo, la idea se volvía más atractiva.

—Que conste que creo que es una idea terrible y peligrosa. No sabemos quién es ese sujeto, no sabemos qué tipo de bar es ese. Podría ser una guarida de delincuentes, el lugar de reunión de uno de esos grupos de motociclistas que actúan al margen de la ley.

—Ves demasiada televisión y estás siendo prejuicioso.

—Estoy siendo realista. —Dante dejó de mirar a Mallory para verme a mí—. Sarah, no debes hacerle caso a esta loca. Olvida todo el incidente.

—No puedo.

Dante suspiró resignado y Mallory volvió a aplaudir.

—Está bien, pero iré contigo —se ofreció Dante con una expresión seria.

—¡No! ¡Ni hablar! —Mallory lo vio como si le hubiese crecido otra nariz—. Nadie lleva naranjas a Florida, arena a Dubái o linguinis a Italia.

Capítulo 4

Resultó que el GPS sí tenía grabada la dirección y me llevó directo al bar.

Como aún era temprano, pues para no perder el valor salí directamente después que mis clases vespertinas terminaron, pasé todo el trayecto negociando conmigo misma: «Si está cerrado el bar, te vas y olvidas todo el asunto», me decía una y otra vez para luego rematar con un «el universo entenderá que lo intentaste».

El vecindario parecía mucho menos aterrador de día y, sin embargo, una sensación extraña te hacía saber que era un lugar peligroso. El terror de la noche anterior, aderezado por la lluvia, parecía ahora lejano y fuera de foco, como cuando se recuerda una pesadilla, pero lo que tenía al frente era real, y por ello más alarmante: se trataba de personas, no de monstruos ocultos en las sombras.

No había color en ese vecindario. Todo parecía gris, sucio, viejo. La gente caminaba apresurada como si necesitara llegar a buen resguardo antes de que los últimos rayos de sol desaparecieran en el horizonte; los niños no jugaban en la calle, sino que permanecían sentados en la acera detallando todo lo que pasaba a su alrededor.

Los barrotes seguían allí en las vidrieras de cada establecimiento, pero la noche anterior no había notado que las esquinas de esos barrotes, en algunos casos, estaban cubiertas de telarañas y, en otros, las vidrieras que protegían estaban rotas.

Al pasar frente al bar vi que todas las señales de Budweiser y Cool Lite estaban encendidas, por lo que dar la vuelta y salir de allí no era una opción que el universo fuese a aceptar. Así que me tocó ponerme mis bragas de niña grande y terminar con la infantil negociación que había mantenido conmigo misma.

El lugar donde había dejado el coche la noche anterior estaba ocupado, por lo que me tocó seguir calle arriba hasta encontrar un lugar casi al final de la manzana.

Bajé del coche, accioné la alarma y, justo antes de desandar a pie el trayecto para alcanzar el bar, no pude resistir la tentación de echarle un vistazo a mi vehículo elevando una plegaria al cielo para que esa no fuera la última vez que lo viera.

El bar me recibió de la misma forma que la noche anterior: con su reconfortante penumbra y sus olores típicos, aunque esta vez la voz no era de Joe Cocker, sino de Cat Stevens recordándole a su nena que el mundo era un lugar salvaje.

Ese bar era como una especie de burbuja atrapada en el tiempo, un lugar que permanecía imperturbable sin importar el día de la semana o la hora y que, más allá de las condiciones externas, parecía recibirte y acunarte.

Nadie pareció notar mi llegada. La fauna que poblaba las mesas era muy parecida a la de noche anterior, aunque, aparentemente, el grueso de la clientela todavía no se había hecho presente.

Miré a mi alrededor en busca de alguna señal del leñador, pero no parecía estar por todo aquello.

Definitivamente el universo no quería ponerme fácil eso de enmendar mis errores. Iba a necesitar tragarme la autoimpuesta timidez que me había mantenido a salvo todos estos años y preguntar a un extraño.

Me dirigí a la barra porque, en un sitio como ese, mi mejor opción parecía ser el camarero. Al menos era una versión universalmente aceptada que los camareros tienen toneladas de información y, algunas veces, la comparten.

Mientras me acercaba, detallé al hombre detrás de la barra para tratar de preparar mi línea de apertura. No era un crío, y aunque su físico podía hacerlo pasar por un sargento encargado de entrenar nuevos reclutas, su aire marcial desaparecía cuando reparabas en su barba entrecana que, debido a su longitud, merecía tener su propio código postal.

Con desinterés, limpiaba un vaso con un paño, pero algo me decía que sabía muy bien que me estaba acercando.

—Buenas tardes —dije con una sonrisa amable mientras me sentaba en un alto taburete.

El hombre levantó la vista y me miró por unos segundos sin devolver el saludo. Lo sentí evaluar mi cola de caballo, mi cadena de plata con su dije de piedra azul contra el mal de ojo que compré en Estambul, mi vaporosa blusa blanca de mangas tres cuartos y, aunque no entraba en su campo de visión, estaba segura que sabía que mis vaqueros eran Gap y mis zapatos, unas bailarinas con estampado floreado.

—¿Está perdida, señorita?

Su pregunta no sonaba a reproche ni su tono tenía dejo alguno de hostilidad. Si trataba de adivinar qué se escondía en su expresión (encubierta por la barba), diría que era algo parecido a la preocupación.

—No, hoy no.

Arqueó una ceja.

—¿Vas a tomar algo?

—Una cerveza estará bien. La que esté más fría —agregué, para no hacer evidente mi falta de conocimiento sobre la popular bebida que me podía poner en evidencia si ordenaba alguna cosa que me hiciera parecer más perdedora de lo que me sentía.

—¿Quieres un vaso? —ofreció mientras destapaba una botella que mostró signos de condensación al instante, demostrando que no estaba fría sino casi congelada.

—La botella está bien —respondí mientras ponía mi bolso en el taburete vecino.

Colocó un posavasos frente a mí y luego la botella.

—Me vas a decir qué hace una chica linda como tú en un sitio como este — indagó muy serio, sin el dejo de flirteo que la trillada frase, por lo general, acarrea. Gracias a su expresión circunspecta noté que tenía los ojos claros, una mezcla extraña entre azul y verde, y así, de cerca, no parecía tan mayor, tal vez ni llegaría a los cincuenta—. ¿Estás en algún tipo de problema?

—Más bien en una misión de búsqueda. —Suspiré para tratar de ordenar lo que iba a decir a continuación sin meter la pata—. Vine anoche en un hecho completamente fortuito. Soy nueva en la ciudad y me perdí. A mi coche se le pinchó una llanta justo al frente y un hombre, quien creo que trabaja aquí, me ayudó. No sé su nombre, pero es muy alto —y para demostrar mi punto puse la mano muy por encima de mi cabeza como indicando su tamaño hasta que me di cuenta lo ridícula que me veía—, tenía un gorro tejido, como si estuviéramos en pleno invierno o pensara ir a esquiar en cualquier momento, y barba. No como la suya, claro —me apresuré a aclarar—, en comparación sería una barba aspirante o una bebé.

Una de las comisuras de los labios del hombre se movió hacia arriba.

—La cosa es que me ayudó. No fue particularmente amable al respecto, más bien un poco malhumorado, y no dejaba de repetirme que era una idiota, pero yo fui todavía peor...

—Lo dudo, dulzura.

—En serio, lo fui, y necesito disculparme, porque cada vez que recuerdo lo que le dije, la forma en que me comporté con él, sufro un ataque de vergüenza. —Puse las manos en mis mejillas porque el sonrojo estaba de vuelta—. Así que si tiene idea de quién es y dónde puedo encontrarlo, le agradecería mucho la información.

El hombre se quedó mirando en mi rostro lo que seguro era una expresión de «por favor, ayúdeme, que estoy en agonía».

—¡Greg! —gritó con una voz que, tal vez, en un pasado remoto, le había servido para pedir cien flexiones a cualquier soldado que se pasara de listo—. Trae tu inútil trasero aquí.

Una puerta en la parte posterior de la barra, en la que no había reparado, se abrió y el leñador de mis pesadillas la atravesó cargando en su hombro un barril de cerveza como si se tratara de una caja de pizza vacía.

El gorro tejido estaba allí y también los vaqueros oscuros, solo que la camisa de franela a cuadros había sido sustituida por una camiseta que, obviamente, en algún pasado remoto fue nueva y ahora era de un color indefinido, una mezcla imprecisa de gris con verde oliva descolorido.

Gracias a lo corto de las mangas y a la posición de su brazo sosteniendo el barril sobre el hombro, su bíceps se veía aún más grande de lo que recordaba.

—¿Cuál es tu problema, viejo? —le dijo en lo que ya había designado como su típico tono: grosero—. Me enviaste por esto.

Dejó el barril en el suelo, se agachó y comenzó a colocarlo debajo de la barra.

—Alguien te busca. —Y el señor aspirante a aparecer en algún capítulo de Duck Dynasty hizo un gesto con la cabeza hacia donde yo estaba sentada.

Poco a poco, el leñador (presumiblemente Greg) emergió desde debajo de la barra y, en lo que pudo verme, su expresión curiosa se tornó en nada, cero, Botox, una completa y absoluta parálisis facial.

Así, con toda esa nada en su rostro, se me quedó viendo desde arriba, una vez claro que terminó de ponerse de pie, lo que me pareció que tomaba horas, y una única frase se repetía en mi mente: «bragas de niña grande», «bragas de niña grande», lo que, eventualmente, se convirtió en una serie de imágenes que involucraban bragas y las manos del fulano de malas pulgas.

—¡Hola! —dije negando con la cabeza para espantar ese pensamiento del supuesto Greg destrozando con sus manotas mis «bragas de niña grande» porque, en serio, los tipos que rompen bragas con sus propias manos solo existen en novelas de romance antiguas y, siempre pensé que debía ser doloroso para la que estaba usando las mencionadas bragas, más si la pieza de ropa interior era de

buena calidad.

Además, el fulano pensamiento no tenía ninguna razón de ser o justificación en la realidad porque, quién anda por ahí pensando en que un desconocido le arranque la ropa.

—Estuve aquí anoche —me obligué a decir al mismo tiempo que juraba, mentalmente, claro, nunca más decir o pensar en la palabra «braga»—. Tal vez no me reconozcas, ahora que estoy seca y no parezco un perro recién bañado.

Intenté una sonrisa y la «nada» que colmaba su expresión fue sustituida por un par de cejas que se levantaron.

—Soy la de la llanta pinchada. —Me obligué a sonreír una vez más, porque ahora que no existía en mi mente alguna imagen subida de tono que me entretuviera, me di cuenta de que debía parecer una idiota hablando con el equivalente humano de una pared—. Mi nombre es Sarah, Sarah Temper.

—Yo soy Todd —se presentó con una sonrisa el sargento de la barba enorme, sonriendo por primera vez, y me tendió la mano por encima de la barra.

—Encantada de conocerlo, señor Todd —dije, y estreché su mano.

Ambos miramos al fulano Greg como invitándolo a unirse en el mundo de las buenas maneras.

—¿Y ahora qué te pasó? —preguntó Greg abriendo la boca por primera vez—. ¿Otro problema mecánico? ¿Vienes a traerme un cheque por mis servicios? ¿O piensas ofrecer otra forma de pago?

—No. —Suspiré y me obligué a no perder la paciencia. Greg no me lo iba a poner fácil, pero tenía una deuda que saldar con el universo—. Vine a disculparme. Fuiste, no precisamente amable, pero me ayudaste sin ni siquiera pedirlo y me comporté de forma terrible. Sé que no tengo excusa, pero estaba toda mojada, asustada y perdida, y no lo manejé bien.

—Olvídalo —dijo, e hizo amago de voltearse.

—¿Nunca has hecho algo tan terrible que no te deja dormir por las noches? Mis palabras detuvieron su intento de huida.

—¿Insultar a un extraño es la cosa más terrible que te ha pasado? —me preguntó poniendo los ojos en blanco—. ¿Y eso te impide dormir por las noches? Debes vivir una vida muy emocionante.

«¡No tienes ni la más puta idea de la clase de monstruos que se esconden en mi armario!», me dieron ganas de gritarle, pero, obviamente, eso no era una opción, así que pasé completamente del comentario.

—Me pregunto si no te ofendería que te invitara a tomar algo como una forma de agradecerte, no de pagarte. No una cerveza, claro, porque trabajas en un bar.

—Traté de sonreír, porque sentía que nuevamente me estaba poniendo colorada. Mallory tenía razón: mis habilidades sociales estaban muy por debajo de las de un caracol ciego—. ¿Tal vez un café y un trozo de tarta de limón? A todo el mundo le gustan los dulces, a menos, claro, que seas diabético. En ese caso estaría metiendo la pata nuevamente y...

—¿Por qué haces todo esto? —me interrumpió, y su expresión era una mezcla entre confusión y molestia.

—La pregunta correcta es «¿qué carajo haces todavía aquí?» —Todd le dio un manotazo en la nuca—. Te va a comprar pastel, idiota. —Y repitió la dosis—. Deberías llevarla a lo de Mina —prosiguió—. Hace los mejores pasteles —me explicó—. ¿Te gusta el de zanahorias?

—Es uno de mis favoritos —dije, para no tener que aclarar que casi todo lo que contuviera harina y azúcar entraba fácilmente en la lista de favoritos.

—Una chica perfecta. —Todd miró entonces a Greg de arriba abajo—. ¿Qué haces todavía de este lado de la barra? Nunca hagas esperar a una dama.

Tras un suspiro de resignación, Greg simplemente puso una mano sobre la barra, se impulsó y saltó.

En serio, hasta aquel momento pensé que ese tipo de movimientos se veían solo en películas de acción y eran ejecutados por dobles que usaban un trampolín para impulsarse.

—¿Fuiste gimnasta olímpico en tu juventud? —pregunté atónita, y él simplemente se rio. No se trató de carcajadas incontrolables, pero esa risa medio ahogada era todo un avance para este sujeto.

—Vamos por ese café, Blancanieves —me dijo, todavía con una media sonrisa bailándole en los labios—, pero no empieces a cantar a mitad de camino.

«Blancanieves».

El apodo no sonó como un insulto, y además se adaptaba a la situación, aunque no sabía si iba a ir acompañada del cazador o del lobo feroz. Claro, si era honesta, al menos conmigo misma, tenía que admitir que el negro ébano de mi cabello no se debía a la genética ni al deseo de una reina embarazada al ver un contraste de colores en una ventana. No, el azabache era cortesía del uso mensual de un bote de Miss Clairol, pero lo había usado por tanto tiempo que solo cuando las raíces más claras hacían su aparición recordaba que no siempre me había visto de esta manera.

Greg salió del bar, así que me puse de pie, pagué por mi cerveza y lo seguí.

Caminó calle arriba y aunque, obviamente, estaba moderando sus pasos para no dejarme atrás, tampoco iba a mi lado ni intentó ningún tipo de conversación.

Se detuvo cuando pasamos al lado de mi coche. Un grupo de preadolescentes lo miraba apreciativamente, y yo que pensé al momento de recibirlo que el pequeño Citroën se veía de lo más tierno, incluso femenino. Tal vez debí pedir un Prius.

—¡Oye, Mattie! —llamó Greg, y el chico que aparentaba más edad se volvió con sorpresa—. Ese es mi coche. Si alguien viene husmeando, se lo dices, y si no se va, me buscas en lo de Mina, ¿de acuerdo?

—Seguro, Greg —respondió el chico, quien no cabía en sí de orgullo, no estaba segura si por la tarea encomendada o por el hecho de ser reconocido por el que daba la orden.

Con un seco asentimiento Greg siguió caminando, cruzó la calle en la esquina y abrió la puerta de un local, haciéndome un gesto para que entrara.

Trasasé el umbral y fue como entrar en una máquina del tiempo. Ese lugar parecía que había salido directamente de los años 1950: la barra con topes de aluminio, el suelo a cuadros y los reservados con sus mesas de fórmica clara y sus sofás recubiertos de plástico. Claro que en lo que te acercabas notabas que esa cápsula del tiempo no estaba tan bien conservada. El suelo se veía desgastado en algunas áreas, la fórmica de las mesas estaba rajada cerca de las esquinas y algunas costuras discretas en los sofás los hacían parecer un Frankenstein mobiliario.

No obstante, a pesar de que el lugar estuviese cubierto con esa falta de brillo que parecía envolver como en un manto todo el vecindario, el olor ayudaba a pasar todo por alto: galletas, tartas y otra variedad de delicias recién horneadas con azúcar y canela conformaban una nube deliciosa que se concentraba en el ambiente haciéndote olvidar hasta tu nombre.

Si el cielo tenía algún olor debería ser exactamente igual a este.

Me metí en uno de los reservados, me dejé caer en el sofá y cerré los ojos para concentrarme mejor en el delicioso aroma.

Después de unos cuantos segundos recordé que no había ido sola a ese lugar. Que tenía que pagar una deuda con el universo a un hombre irritable que, por lo que sabía, bien pudo haberse quedado en la puerta para luego salir huyendo.

Abrí los ojos poco a poco para encontrarme con el leñador ceñudo sentado frente a mí con una de esas sonrisas que no eran tales, un leve movimiento tocando su boca de forma poco evidente y filtrando un brillo indescifrable en el fondo de sus ojos que, me di cuenta en ese instante, no eran negros como había pensado en un principio sino del color de los granos de café.

—Disculpa. Es que el olor... —involuntariamente cerré los ojos nuevamente,

pues soy una golosa consumada y con solo mencionar el aroma quise volver a concentrarme en él.

—Nunca debes disculparte por el olor —dijo una voz de mujer.

Abrí los ojos de golpe para encontrarme con una señora de mediana edad ataviada con un gran delantal blanco. Sonreía complacida.

—Estamos orgullosos del olor —completó, sonriendo todavía más.

—Es como estar en medio de una tibia nube de algodón de azúcar —dije con una sonrisa involuntaria.

—Me gusta esta chica —le dijo a Greg.

—¿Sí? —El aludido se encogió de hombros—. Todavía estoy esperando que comience a cantar y los pajaritos vengan a hacer la limpieza.

—¿Tienes que ser tan grosero todo el tiempo? —pregunté molesta.

—Desafortunadamente —dijo la mujer—, es su naturaleza, pero siempre es bueno que alguien nuevo se lo diga. Nosotros estamos ya demasiado acostumbrados para recordarle que existen buenas maneras.

—¡Mina! —protestó Greg.

—¿Qué puedo traerte, dulzura? —preguntó Mina pasando totalmente de la protesta de mi acompañante.

—¿Qué es eso que huele tan bien? —dije, siguiendo el ejemplo e ignorándolo.

—*Sfogliatella* —explicó con una sonrisa—, acaban de salir del horno.

—¡Me encanta la *sfogliatella*! —exclamé, recordando el postre en todo su detalle—. Hay un sitio en Nápoles, Caffé del Professore, que está...

—Frente a la Piazza del Plebiscito—completó Mina.

—¿Ha estado allí?

—Cuando era niña. Mi madre era de Portici, cerca de Nápoles, y me llevó una vez de vacaciones. La receta de la *sfogliatella riccia* se la robó a mi abuela, y aquí la seguimos preparando como en los viejos tiempos.

—No hay nada mejor que sentarse allí en invierno y dejarse calentar por un café y una *sfogliatella calda*.

—Una *sfogliatella calda* y un *espresso*, entonces —dijo Mina con una sonrisa, anotando la orden—. ¿Y para ti, Greg?

—Solo café —contestó con su voz amargada—, normal.

No me quedó sino poner los ojos en blanco.

—¿Y ahora qué? —preguntó, porque, obviamente, no había pasado por alto mi expresión.

—¿Quién en su sano juicio rehúsa un postre delicioso recién salido del horno? Entiendo que no te agrada la *sfogliatella*, la crema y la barba no parecen ser una

combinación adecuada, pero ¿qué tal un poco de *babà*? —Volteé a ver a Mina, que seguía allí parada con expresión divertida—. ¿Hace *babà*?

—Bañados de ron —me contestó la mujer sonriendo indulgente.

—Entonces, traiga un *babà* para él, por favor. —Volteé a ver a Greg quien, nuevamente, tenía esa extraña chispa difícil de identificar en el fondo de sus ojos—. ¿Te gusta el *babà*?

—No tengo la menor idea.

—Necesitas más dulce en tu vida.

—¡Amén! —dijo Mina antes de irse con una gran sonrisa en la boca, lo que me dejó sola, otra vez, enfrentando las miradas de Greg.

—¿Qué? —pregunté al ver que no decía nada, pero seguía viéndome con esa expresión tan extraña.

—Creo que en vez de Blancanieves te voy a llamar Hada de Azúcar.

Y comencé a reír. No pude evitarlo. Definitivamente, hasta las situaciones más incómodas se hacen más llevaderas con algo de pastelería y siempre se convierten en un buen recuerdo.

—Entonces —dijo en lo que mi risa comenzó a disiparse—, ¿eres europea?

—¿Por qué piensas eso? —pregunté echando mano de mi infalible táctica, comprando un poco de tiempo mientras decidía cuánta información debía darle.

—Anoche estabas perdida, lo que indica que no eres de aquí. Estabas hablando de Nápoles con Mina y tienes un acento extraño, casi británico. Leí en alguna parte que cuando los europeos aprenden inglés lo hacen con acento británico.

—No, nada de eso —dije tranquila, sin dar ni la más mínima evidencia de todas las conexiones que mi mente estaba haciendo—, es que he vivido en muchos lugares y los acentos se me pegan con facilidad, creando una mezcla idiomática un poco extraña.

Afortunadamente, Mina regresó con nuestro pedido, lo que cortó cualquier intento de seguir profundizando en el tema, pues el aspecto y el olor no dejaban lugar para otra cosa.

—Bueno, Greg —dije señalando su plato—, gracias por ayudarme anoche. Fuiste mi caballero en vaqueros y camisa a cuadros.

Se rio nuevamente de esa forma medio ahogada, medio solapada, como si la risa lo sorprendiera por ser algo ajeno a su día a día y se escapara de su boca antes de que pudiera identificarla.

—De nada, Sarah.

—¡Recuerdas mi nombre! —dije con fingida petulancia porque, para ser

honesto, el hecho me había dejado extrañamente complacida.

—Claro —dijo—, aunque debo reconocer que fue difícil. No te ves como una Sarah.

Un extraño frío en mi espalda espantó de golpe el calor reconfortante que toda la conversación me estaba generando.

—¿Y cómo me veo? —pregunté, sin que nada se notara en mi rostro. Estaba entrenada para ello.

—Como el Hada de Azúcar, obviamente.

—Obviamente —dije volviendo a respirar—. Ahora prueba tu *babà* y dime qué te parece.

Encogiéndose de hombros, como si no fuera la mayor cosa, Greg tomó el pastelillo, se lo llevó a la boca y le dio un mordisco. Pude identificar claramente el momento en el que sus papilas gustativas se sorprendieron ante el delicioso sabor, pues sus pupilas se dilataron y su rostro se relajó.

—¿Qué tal? —pregunté sonriendo con suficiencia.

—Bueno.

—¿Solo bueno?

—Muy bueno.

—¿Atentaría contra tu masculinidad decir que un postre es delicioso? ¿Exquisito? ¿Fantástico? ¿Asombroso?

—Creo que nunca en mi vida he dicho esas palabras, a menos que esté hablando de sexo o de un coche.

—¿Un coche? —dije pasando por alto el otro ítem porque, definitivamente, no iba a entrar en esos detalles con él. Apenas lo conocía—. No puedes comer un coche. —E intencionalmente, nuevamente, dejé fuera la otra parte de la ecuación, aunque la forma en que se movieron sus labios me dijo que, aunque obviara las palabras, estaban claramente escritas en mi cara las imágenes que pasaban por mi mente.

—Pero puedes conducirlo, a alta velocidad, sintiendo la potencia del motor responder bajo tus manos, seducirte con su sonido, con la forma en que todo parece apretarse a tu alrededor cuando tomas una curva —sonrió de una forma que no tenía otro calificativo que sensual—, puede llegar a ser incluso mejor que... comer...

Levantó una ceja dejando claro que la palabra comer se había convertido en un eufemismo.

—Bueno, si lo pones de esa forma —dije sintiendo repentinamente que hacía mucho calor. Tuve que refrenar el impulso de abanicarme con la mano, con una

servilleta, cualquier cosa y, antes de hacer un espectáculo de mí misma, tomé la *sfogliatella* que me esperaba y le di un gran mordisco.

No ayudó.

El postre estaba delicioso, pero la sobredosis de azúcar no era suficiente para borrar las imágenes que el discurso de Greg había conjurado.

¡Maldito!

Nadie tenía el derecho de empañar el maravilloso placer que los dulces traían a la vida. De ahora en adelante, la sola mención de una *sfogliatella* evocaría en mi mente otras imágenes.

—Claro que... —continuó Greg. Ahora era él quien exhibía la sonrisa de suficiencia—para disfrutar las ventajas de un buen coche debe tener sus cuatro llantas funcionales.

—Parece lógico —dije dando una probada al café, y hasta disfruté que me quemara; era bueno para despejar la mente.

—¿Cambiaste la tuya?

—Tú lo hiciste, anoche, si recuerdo correctamente.

—Sustituí la dañada por la de repuesto, lo que significa que tienes que cambiar por una nueva la que está en el maletero que, si recuerdo correctamente, está completamente arruinada.

—Claro —dije intentando que no se me notara que ni había pensado en ello. Cada día que pasaba dejaba en evidencia que no estaba lista para esta nueva vida, sola e independiente. No tenía idea de nada—. Supongo que hoy mismo visitaré una tienda especializada y pediré una llanta... tamaño mediano.

La expresión de Greg me dijo que estaba fallando estrepitosamente en eso de no dejar que se me notara y, si me quedaba alguna duda, el bufido carente de humor me lo dejó claro.

—Voy terminar creyendo que de verdad vienes de la tierra de los dulces. —Negó con la cabeza—. ¿Cómo sales a la calle sin que te atropelle un autobús?

—Veo a ambos lados antes de cruzar —respondí a la defensiva—. Además, el ser arrollada no tiene nada que ver con mi conocimiento sobre el funcionamiento de los vehículos. En todo caso, no tienes de qué preocuparte, iré a algún lugar y seguramente habrá alguien que me ayude...

—O te estafe.

—No todo el mundo está tratando de robarme.

Hizo un pequeño ruido para demostrar que no estaba de acuerdo y terminó su café.

—¿Qué vas a hacer mañana?

—¿Mañana? —pregunté de vuelta, disfrazando la sorpresa que la pregunta había generado.

—Sí, como a las once de la mañana.

—Nada, estudiar, no lo sé.

—Pasa por mí frente al bar. Iremos a comprar tu llanta.

Un ramalazo de algo parecido a la emoción me recorrió el cuerpo.

Seguramente era una subida de azúcar.

—¿Estás seguro? —pregunté peleando a cada instante la sonrisa involuntaria que deseaba hacer su gran entrada—. No quiero abusar...

—Dejemos esto claro: Por lo general, no hago nada que no desee hacer —dijo trayendo de vuelta al señor antipático que era la mayor parte del tiempo—. Ahora, por ejemplo, debo volver a trabajar.

—¿Debes o quieres? Porque esas palabras no son sinónimos.

—Lo sé, terminé la secundaria. —Se inclinó sobre la mesa—. Por cierto, allí aprendí que a nadie le gusta un sabelotodo.

¡Yo y mis perfectas habilidades sociales! ¿Caracol ciego era la cosa?

—¿Si me disculpo otra vez estaría siendo redundante? —pregunté, intentando una sonrisa.

—Al menos no te ofreciste a explicarme qué significa redundante —sonrió un poco.

—Gracias por tu ayuda, otra vez —señalé hacia el mostrador donde Mina servía café a otros clientes. Había mucha gente en el lugar—. Déjame ir a pagar.

—No lo hagas.

—No podemos irnos sin pagar.

—Yo lo haré.

—Pero te invité —protesté— como agradecimiento por lo de anoche.

—Agradéceme apareciendo mañana a la hora y dejándome llevarte a buscar una llanta nueva.

Capítulo 5

Estoy segura que uno de los dilemas más grandes de la humanidad puede resumirse en la siguiente frase: ¿qué diablos me pongo para ir a comprar una llanta nueva?

Sí, por primera vez en mi vida me enfrentaba a ese reto desde que la luz del sol se asomó por el horizonte la mañana del sábado. Había, en mi limitado conocimiento, una sola forma de lidiar con ese dilema: desperdigando la mayoría del contenido del armario en lo que pretendían ser combinaciones posibles en cada superficie disponible de mi vivienda.

Caminaba de un lado a otro encontrando fallas en cualquiera de los atuendos, moviendo faldas y pantalones cortos de un sitio para otro y descartando camisetas en un rincón con un grito de hastío.

Pasé frente al espejo y la imagen me devolvió mi propia expresión patética.

«Esto está mal», me dije, y no me refería a ninguna de las opciones de vestuario esparcidas por doquier.

Se suponía que debía actuar como el adulto que era, no como una adolescente inmadura que se desespera por no encontrar el atuendo adecuado para una cita que no era tal, porque nadie va a una cita a las once de la mañana a comprar una llanta (eso sería, sin duda alguna, definido como una anticita).

Así que tratando de ser desapegada y tranquila, uno de mis mejores papeles, fui hasta mi habitación, recogí del suelo los vaqueros que había usado el día anterior y saqué de uno de los cajones una camiseta negra con el logo de una banda que nunca había escuchado. Completé el atuendo con mis Converse y un pequeño bolso donde solo entraba lo necesario.

Para declararme aún más en rebeldía con mi pequeño ataque infantil, pasé del maquillaje elaborado dejando todo a las sabias manos de mi protector solar. Para lo único que me tomé más de cinco minutos fue el cabello. Más de una década de tintes mensuales habían asesinado su onda natural, por lo que el uso del

secador era obligatorio.

Solo me permití una mirada a mi atuendo completo antes de salir de casa y me encogí de hombros. Iba a comprar una llanta, no a una cita y, además, el sujeto que me acompañaría ya me había visto en mi peor estado.

Aproveché el tiempo ahorrado en tratar de arreglarme para detenerme donde Mina y comprar dos cafés y algunos bollos. Aun así, cuando llegué frente al bar todavía Greg no aparecía.

Por un segundo pensé que era una especie de señal. Podía irme y pasar la página. No vería a Greg más nunca y seguiría con mi plan de vida, a fin de cuentas, ya había pagado la deuda con el universo. No obstante, apegarme al plan se parecía mucho a lo que había hecho siempre, a estar presa, y lo único que quería era ser libre.

Así que aparqué frente al bar, bajé del coche para evitar cualquier acto de cobardía intempestivo y con mis dos cafés en la mano y la bolsa de bollos sobre el capó esperé.

¿Y si no aparecía? ¿Si lo había olvidado? Ir a comprar una llanta no era un asunto memorable, algo que anotar en la agenda o requerir una alerta en el teléfono.

La puerta del bar se abrió, terminando mi tortura mental y comenzando otra nueva. Greg salió y ¡Dios bendito! Se me había olvidado lo grande, imponente y rudo que era. El porqué lo había olvidado era un misterio, este sujeto era del tipo que, si te lo encontrabas en una calle desierta, el sentido común te gritaba que salieras corriendo en sentido opuesto y un deseo visceral te obligaba a correr hacia él.

Por primera vez desde que lo conocía el gorro tejido estaba ausente, por lo que me pude dar cuenta, ahora que no estaba mojado por el agua de lluvia, que su cabello era color bronce oscuro, no llegaba a ser dorado, tampoco rojizo ni simplemente marrón, era una mezcla que, a la luz del sol, brillaba en decenas de matices diferentes. Claro, el estilo «despeinado sexy», seguía allí, favorecido por el hecho de estar muy corto a los lados y muy largo arriba.

Y la barba... también en los mismos tonos, ni roja, ni rubia, ni castaña, sino todos ellos.

Definitivamente, no un hombre hermoso, porque esa palabra implicaba algo vulnerable, suave. Greg era extrañamente atractivo en una manera un tanto perturbadora, rugosa en las orillas, mundana, adulta.

—¿Pasa algo? —preguntó, y solo en ese momento me di cuenta de que debía parecer un bicho raro, por la forma en la que me le quedé mirando.

—¿Café? —Di dos pasos adelante y le ofrecí el vaso como si acabara de darme cuenta de que estaba allí—. También traje algunos pasteles, son de lo de Mina, en caso de que no hayas desayunado.

—Gracias. —Recibió el vaso y se recostó en el carro hurgando con su mano libre el contenido de la bolsa—. Son de mis favoritos.

—Eso me dijeron, pero agregué uno dulce —me encogí de hombros—, el que sea desayuno no implica que no deba haber postre.

Greg hizo uno de esos ruidos que me había acostumbrado a identificar con risas ahogadas y me miró con un poco de travesura en el fondo de sus ojos.

—¿Quieres uno? —Me ofreció el contenido de la bolsa.

—No, estoy bien.

—¿Ni siquiera el dulce? —insistió con picardía.

—Lo traje para ti. Ya te lo dije, necesitas más dulce en tu vida.

—Tal vez tienes razón, Hada de Azúcar.

Allí, apoyado sobre el coche, Greg atacó el desayuno mientras yo pretendía estar distraída con mi café, aunque robando otra miradita de reojo, tratando de identificar esa jungla de tinta que poblaba sus brazos. Parecían dibujos inconexos y sobrepuestos, símbolos tribales, flores, barajas y hasta unas banderas a cuadros; algunos eran solo negros, otros tenían un toque de color que les restaba monotonía.

—¿Estamos listos? —pregunté al ver que se apartaba del coche para tirar la bolsa y el vaso de café en un contenedor cercano.

—Dame tu vaso —dijo estirando el brazo hacia mí.

—No he terminado. —De forma protectora retiré el vaso de su alcance.

—No pensarás beber eso dentro del coche.

—¿Por qué no?

—Porque un coche no es un comedor.

—Es mi coche. Yo decido en qué lo convierto.

Suspiró exasperado, negando con la cabeza.

—¿Cómo terminaste con esta belleza de edición limitada?

—Te dará mucha satisfacción saber que tenías razón —dije con un poco de vergüenza, aunque sonriendo para que no se me notara—. Mi padre me lo regaló, así que tienes mi permiso para decir que es un desperdicio de motor, caballos de fuerza o lo que sea que se ajuste.

—No pienso que sea un desperdicio —dijo un poco incómodo—. Creo que tu padre tiene un excelente gusto.

—Le gusta la velocidad y los coches de carrera —me encogí de hombros—,

pero es un hombre serio, mayor, y cree que se vería ridículo en uno. Así que vive vicariamente a través de mí y me hace feliz hacerlo feliz. Sé que puede sonar raro...

—No, para nada. —Miró hacia el suelo, un poco a la izquierda—. Mi padre tenía estas Sig Sauer hechas en fibra de carbono, edición especial, la envidia de todo el que las veía. Cuando murió dejó instrucciones precisas para que me las entregaran y siempre me sentí muy orgulloso de tenerlas, de que él quisiera que yo las tuviera.

«¿Qué son unas Sig Sauer?», me pregunté. Tendría que buscarlo en Google.

—Supongo que eso nos iguala —dije, y me miró con expresión confundida—. Ambos somos niños de papá.

Sonrió un poquito.

—Dame las llaves.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque yo sé adónde vamos y tú no —traté de protestar—, además, tienes una mano ocupada con ese café y no conozco tus habilidades como conductora, solo tu falta de conocimientos sobre los aspectos básicos de reparación y tu poco respeto por la tapicería.

—¡Por el amor de Dios! —dije tratando de sonar frustrada, pero sin poder ocultar la sonrisa.

—Sin mencionar que este pobre bebé necesita que alguien le exija su verdadero potencial. Es lo que tu padre querría.

Le lancé las llaves en un gesto que pretendía ser exasperado o agresivo, pero resultó ser meramente juguetón. Greg las tomó en el aire sin inmutarse, accionó el botón de la alarma para abrir las puertas y se sentó en el lado del conductor.

—Vamos, sube —me gritó desde adentro, y solo esas palabras me dejaron paralizada en la acera.

¿Qué estaba haciendo?

Yo no conocía nada de este sujeto. ¡No sabía ni su apellido! No podía haberle dado las llaves de mi coche y estar considerando subirme con él, cediéndole todo el control, para que me llevara a quién sabía dónde.

Esa no era yo. Años de aprender protocolos, formas de actuar para estar segura no podían borrarse con solo la visión de un hombre tan diferente a los que me rodeaban. El miedo, la precaución, los instintos de supervivencia debían estar allí encerrados en algún lugar. Solo tenía que tomarme un momento para permitir que salieran a la superficie, que se manifestaran.

La cuestión era que no quería seguir viviendo asustada. La mentira no podía

evitarla, era el castillo de naipes de mi vida, pero el miedo, las precauciones, eran lo que me impedían tener una vida real.

Así que por primera vez en muchos años decidí dejar atrás lo aprendido, dar el esquinazo a las malas experiencias y sacar a flote lo que muchos años de condicionamiento habían enterrado: espontaneidad.

Abrí la puerta del coche y me senté en el asiento del copiloto, dejando a la niña que fui en la acera, donde debió quedarse aquella primera vez.

Capítulo 6

—Entonces, Sarah, ¿qué haces en Detroit?

Si tenía que dar una respuesta que se refiriera a ese preciso instante no sería otra que: teniendo un ataque de pánico dentro de mi propio coche mientras calles desconocidas pasan ante mis ojos y un tipo con aspecto de delincuente tiene el control sobre mi lugar de destino.

Sí, eso lo resumía.

Obviamente mi ataque de espontaneidad duró poco, y en lo que el coche arrancó el miedo se hizo presente y era como tener a Dumbo sentado sobre mi pecho. Solo faltaba que empezara a llover para que dejara de respirar completamente.

—¿A qué te refieres? —pregunté al tiempo que intentaba, gracias a respiraciones controladas, que mis manos se relajaran evitando así una fractura de mis dedos, que asían con más fuerza de la que creía poseer ambos lados del asiento.

«Nada peligroso está ocurriendo», me repetía una y otra vez, pero una voz insidiosa se encargaba de rematar la oración con un «todavía».

—Dijiste que eras nueva en la ciudad.

—Estudio en la Universidad de Detroit. —Meforcé a seguir adelante, a seguir hablando. Mantenerse enfocada era una buena técnica para no meter la pata.

—¿Por qué te trasladaste aquí?

«Solo está tratando de dar conversación, no de averiguar tu vida con tu propósito ulterior», me dije.

—No me transferí. Es mi primer año.

—¿Qué edad tienes? —me preguntó lanzando una mirada curiosa en mi dirección.

—Veintitrés. ¿Quieres ver mi identificación? —pregunté haciendo una mueca—. Como te dije me mudé mucho cuando era niña y me atrasé en la escuela.

Además, mis padres viven en Europa y no querían que me mudara de continente. —Me encogí de hombros—. Nunca es tarde para empezar.

—¿Por qué Detroit? No lo tomes a mal, pero hay mejores universidades por allí y no pareces del tipo que se conforma con la primera beca que consigue. — Dudó un momento viéndome de reojo—. Tienes más el tipo de Yale o Stanford.

O la Sorbona o la Sapienza... o Georgetown.

—Aquí hay un buen programa de Trabajo Social, que es lo que estudio — comencé a recitar mis respuestas previamente elaboradas, sin aclarar que no necesitaba una beca porque eso sonaría a una princesa malcriada—, y es una universidad pequeña, pensé que sería más fácil así, que me ayudaría con mi timidez.

Greg estalló en una carcajada completa, una que nunca le había escuchado, y me miró de reojo todavía riendo.

—Tú no eres tímida.

—¡Claro que sí!

—Entraste a un bar de mala muerte en el medio de la noche, hablaste conmigo sin conocerme, regresaste al siguiente día a un vecindario que no es acogedor, lidiaste con Todd y me forzaste a ir a tomar un café contigo y a comer extraños postres. Eso sin mencionar que te rebelas ante cualquier cosa que te digo y siempre tienes una respuesta un poco sabihonda que no te da ni una pizca de vergüenza expresar en voz alta. —Se rio un poco más—. No eres tímida. Un poco inocente de una forma absolutamente linda, sí; con una tendencia adorable a sonrojarte, te lo concedo, y algunas veces de verdad creo que viniste del país del caramelo, pero no eres tímida.

—No me conoces —dije a regañadientes tratando de procesar que palabras como «linda» o «adorable» salieran de la boca de un sujeto con ese aspecto refiriéndose a mí.

—Solo digo lo que veo.

Tuve el impulso de buscar un espejo y verme. Estaba acostumbrada a que la gente asumiera que era tímida. Estar apartada, hablar poco y sonreír con la boca cerrada era suficiente, pero con Greg todas las precauciones salían volando por la ventana. Tenía que esforzarme por recordar que no era así que debía comportarme, que mi coartada podría estar en juego, pero simplemente no podía quedarme callada ni quería permanecer escondida.

En algún momento del camino, Greg llevó el coche a lo que parecía ser una abertura rectangular en la pared de un edificio. No había letrero ni señalización de ningún tipo y solo cuando mis ojos se adaptaron al cambio de iluminación me

di cuenta de que parecía un taller mecánico. Había coches en distintos estados de reparación, llantas viejas y el penetrante olor de la grasa mezclada con gasolina.

Greg se bajó del coche y por un breve momento cruzó por mi mente la posibilidad de cambiar de asiento y salir de allí, pero noté que ya no lo necesitaba. Dumbo aparentemente había hecho uso de sus orejotas y se había ido volando. El miedo ya no estaba y solo quedaba esa extraña sensación de estar pasando un buen rato, así que lo seguí, internándome con él en ese jardín de coches en distintos estados.

Se detuvo finalmente al lado de un sedán azul con el capote abierto, recostándose casualmente en una de las puertas.

—Hola, Lilly —dijo, y por un momento pensé que saludaba al coche.

Eso fue hasta que alguien emergió desde las entrañas del sedán: una mujer, hermosa de una forma absolutamente no convencional, al igual que Greg, ruda, rugosa en las orillas. Los genes latinos estaban presentes en todas sus curvas, en su piel tostada y en una cabellera oscura que, aunque recogida en un moño desordenado, dejaba escapar unos cuantos mechones para enmarcar su cara. Todo en ella parecía ser exagerado: lo grueso de sus labios, el largo de sus pestañas, lo alto de sus pómulos...

—Gregory Salinger —dijo casi como un suspiro, de la misma forma en que se agradece a un ente divino después de haber escapado por los pelos de una situación de vida o muerte—, precioso hijo de puta.

Se le quedó viendo unos segundos, como quien no da crédito a sus ojos, y dio un par de pasos hacia nosotros deteniéndose antes de alcanzarnos.

Vestía unos pantalones de camuflaje sucios, una camiseta manchada de grasa anudada justo arriba de su ombligo y botas de trabajo. Con todo y eso parecía que si se tiraba sobre el motor del coche que examinaba hasta hacía unos segundos, de un momento a otro escucharíamos los clics que nos indicarían que estábamos en medio de una sesión de fotografías. Exudaba confianza y una especie de vibra que te decía que sería capaz de patearte el trasero si te pasabas de listo. Solo le faltaba algo de ropa elástica y unas botas con tacones imposibles para ser una heroína de DC y, aun así, no parecía dispuesta a completar el camino hasta nosotros.

—Finalmente te dignas a aparecer por aquí —dijo limpiándose las manos en los pantalones, recobrándose de ese estado en el que parecía estar frente a un espejismo—. ¿Cuánto tiempo desde que volviste? ¿Seis meses? ¿Siete?

—Más o menos —respondió Greg metiendo las manos en los bolsillos.

Sostuvieron una intensa batalla de miradas que duró unos segundos, pero que

a mí se me hizo eterna, ya que era evidente que ambos esperaban algo, alguna especie de señal para avanzar de ese momento extraño, aunque no completamente incómodo.

Fue ella la primera en quebrarse. Su sonrisa afloró poco a poco, como un sol cauteloso que no aparece por miedo a encandilar a todos los que lo esperan y cuando finalmente se manifestó en todo su esplendor, en un salto, estaba colgada al cuello de Greg apretándolo como si la vida, no solo de ella sino de toda la humanidad, dependiera de ello. Él la abrazó por la cintura, con la misma intensidad que ella había empleado, despegándola del piso.

Había tanto afecto, tantas emociones en ese abrazo, que te hacía sentir al mismo tiempo incómoda por presenciar un momento que parecía privado y emocionada casi al punto de las lágrimas, aunque no tuvieras idea exacta de quiénes eran esas personas ni qué los unía de esa manera.

—¿De dónde sacaste ese Citroën, Salinger? —preguntó una voz masculina, ronca y fuerte.

Me volví bruscamente, como sorprendida en un acto ilícito, para encontrarme con un hombre enorme de tez oscura que salió detrás de un mostrador en el que no había reparado, pues estaba cubierto de partes de coches y papeles.

—Hola, Zion. —Greg depositó a Lilly en el suelo y se volvió para saludar al recién llegado con el mismo tono neutro, sin expectativas, que había usado con la chica. Solo en ese momento pude darme cuenta de que en las imposiblemente largas pestañas de Lilly había restos de humedad—. ¿No te agrada verme?

—Sabes que sí. Llevo meses pasando a todas horas frente al bar de Todd tratando de reunir el valor para entrar —dijo Zion, con rabia y exasperación—, ensayando lo que iba a decir, y ahora eres tú el que aparece, como siempre, cuando es más conveniente para ti, y lo haces con el francesito aquí presente. — Con una mueca de disgusto señaló con la cabeza hacia el Citroën—. Prefiero reservarme los vótores hasta que no quede clara su procedencia.

—¿Cuándo te volviste tan quisquilloso? —preguntó Greg con una mueca que parecía de desprecio.

—Cuando todo se fue a la mierda.

—¿Y recuerdas por qué ocurrió eso? —El rictus amargo en la boca de Greg se intensificó.

—Greg, hermano...

—Deja de darte aires de superioridad conmigo, Zion. No tienes ni la más mínima idea de lo que mandar todo a la mierda significa.

—Gracias a ti, no, no lo sé —Zion dio un par de pasos hacia Greg—, pero he

escuchado las historias...

—El coche es de mi amiga Sarah. —Greg lo interrumpió e inmediatamente los ojos de la mole se clavaron en mí, así que sonreí y agité la mano por si quedaba duda de a quién se refería. El encuentro con estas personas pasaba de ser emocional y sentido a tener mucha rabia solapada y yo solo podía pensar que un desacuerdo entre Greg y Zion sería parejo en tamaño, musculatura y malas pulgas—. Una de sus llantas está absolutamente destruida. Necesitamos una nueva.

El fulano Zion miró apreciativamente mi coche y no sabía cómo despegarme del vehículo para no ser parte del panorama.

—¿Fue este el que Manny trató de levantar hace un par de noches? —preguntó finalmente.

—Sí. —Greg se pasó una mano por la nuca y luego la metió nuevamente en el bolsillo.

—Imbécil. —Zion negó con la cabeza—. Dijo que tu chica tenía un Peugeot.

—Conoces a Manny, no sabe distinguir un Volkswagen de un Mercedes. Además, trató de abrirlo con una barra...

—¿Levantar un edición especial con una barra? Ese es el hombre que heredó tu imperio —dijo Zion negando con la cabeza, pero el atisbo de una sonrisa comenzó a aparecer en sus labios—. Tú y yo, ¿estamos bien?

—No lo sé, tú dime. Yo solo vine por la llanta.

—Oigan, chicos —Lilly pasó entre ellos lanzándoles una mirada de reproche—, parece que los educaron en las calles. —Siguió caminando hasta pararse frente a mí y extender su mano en mi dirección—. Soy Lilly.

—Sarah —dije estrechando la mano.

—El tipo grandote que no conoces es Zion —señaló al aludido—, y este es nuestro taller.

—Encantada de conocerlos, a los dos —miré a mi alrededor buscando algo más que decir—, y es un bonito taller.

Nunca había estado en un taller antes, y este parecía un poco desordenado, pero fue lo primero que se me ocurrió.

—Gracias —dijo Lilly con una sonrisa orgullosa—, lo hemos tenido casi por tres años ya.

—Felicitaciones —proseguí, porque ella me estaba mirando con esa sonrisa y nadie más hablaba—. Es impresionante que gente tan joven, en esta economía, pueda tener su propio negocio.

Zion le lanzó una mirada interrogante a Greg, quien exhibía una medio sonrisa

que me indicó que era momento de cerrar la boca, pues estaba en modo «caracol ciego» en su máxima expresión.

—Vamos a ver qué le pasó a tu llanta, Sarah —dijo Zion sonriendo como quien ve a un niño hacer algo tierno y, al mismo tiempo, terriblemente tonto.

Agradecida por la oportunidad de quedarme callada y no seguir excavando mi propia tumba, apreté el botón necesario y lo escolté al lugar donde estaba el cadáver.

—También va a necesitar alineación —intervino Greg acercándose también—, está un poco desbalanceado en las curvas. Seguro fue por el golpe.

—Sé hacer mi trabajo —protestó Zion sacando la llanta dañada.

—No debes hablar así a los clientes —le respondió Greg levantando una ceja—. No es bueno para el negocio.

—Tú no eres un cliente —dijo llevándose la llanta—. Los clientes pagan.

—¿Quién dijo que no voy a pagar? —preguntó Greg siguiéndolo.

—Yo lo digo —le respondió Zion sin voltear—. La familia no paga.

—No te preocupes. Siempre son así —me dijo Lilly bajito.

—¿Hostiles?

Lilly soltó una carcajada.

—Eso no es hostilidad —dijo todavía sonriendo—, es amor con una pizca de competitividad.

—¿En serio? —pregunté curiosa mirando al par de hombres que todavía discutían.

—Somos una familia disfuncional. Solo nos falta sentarnos a la mesa para ser un capítulo navideño de cualquier serie de televisión. —Se quedó pensando un momento. Miró a Greg y a Zion y luego a mí—. ¿Qué planes tienen para hoy?

—¿Planes?

—Tú y Greg... —subió las cejas—, después de la llanta.

—Ninguno —dije rápidamente—. Solo la llanta, no hay más planes.

—Bien, se quedan a almorzar —dijo Lilly, y no me dio tiempo de explicarle que a lo que me referí fue a que Greg y yo no teníamos planes juntos porque le habló a gritos al par «afectuosamente hostil»—. Voy a hacer pollo frito para almorzar. Cuanto terminen allí, Sarah y yo los esperamos arriba.

—Lilly, no, espera... —Greg dejó de prestarle atención a las reparaciones y comenzó a acercarse—. No sé si es buena idea.

—Puedes ayudarnos con los planos del coche nuevo —dijo ella inocente, creo que hasta batió las pestañas mientras hacía un mohín.

—¿Qué coche? —preguntó Greg interesado.

—Un Barracuda 68 que Zion rescató del desguace —respondió Lilly encogiéndose de hombros, como si el anzuelo no hubiese sido lanzado con esa intención—. Lo estamos reconstruyendo, pero estamos trancados en ciertas cosas...

—No estoy trancado en nada —protestó Zion acercándose—, solo me lo estoy tomando con calma para que quede bien.

—Siempre dices «si Greg estuviera aquí» —para esto último Lilly intentó poner su voz más gruesa, como la de Zion—, y ya está aquí. Problema resuelto.

—Está con una chica, Lilly —dijo Zion levantando la ceja, como un padre regañando a un niño impertinente.

—Ya consulté con ella y no tiene problema.

—Conociéndote —dijo Greg—, seguramente no le dejaste opción.

—Dejen de buscar excusas —dijo Lilly, y señaló a Zion—. Tú puedes dejar de aparentar que no quieres abrazarlo y luego beber una cerveza hablando sobre sistemas de enfriamiento; y tú —señaló a Greg—, puedes dejar de aparentar que viniste por una llanta nueva que podrías haber conseguido en cualquier otro lado. —Subió ambos brazos exasperada—. Voy a hacer pollo frito y los espero arriba. Fin de la historia.

Lilly nos dio la espalda y salió por una puerta lateral al final del taller con su andar de modelo de pasarela y su actitud que dejaba bien claro que si no la seguíamos podía ser nocivo para nuestra salud en el futuro próximo.

Me apresuré tras ella, no solo porque temiera por mi integridad física si no lo hacía, sino porque dentro de toda la hostilidad, las conversaciones cuyo significado no entendía completamente y la realización que Greg me había llevado allí no solo por el placer de mi compañía, me agradaba esta gente.

Parecían, sí, una especie de familia disfuncional o unos hermanos estereotipados de esa forma extrañamente atrayente para alguien que desconocía ese tipo de interacciones.

Una de las razones por las que vine a Detroit fue para hacer amigos, y me venían bien algunos, aunque fueran de segunda mano o amigos por asociación de un conocido heroico que me auxilió bajo la lluvia.

—¡Espera, Sarah! —Greg alargó la mano en mi dirección, pero la dejó caer antes de poder llevar a cabo lo que parecía una evidente acción de detenerme.

Aunque normalmente ser detenida por un agarre imprevisto en el antebrazo no podría ser catalogado como algo que la gente desee activamente (al menos, claro, que estén tratando de evitar que seas atropellada en plena calle), me sentí un poco decepcionada cuando la acción no llegó a término.

—Siento todo esto —me dijo en voz baja.

—¿Por qué? —Me encogí de hombros—. Voy a tener una llanta nueva, aparentemente gratis, y me gusta el pollo frito.

Me dio otras de sus sonrisas disimuladas.

—No tienes que quedarte si no quieres, si tienes otros planes.

«Seguro. Encerrarme en mi nuevo apartamento, estudiar, lavar ropa, terminar de ver la primera temporada de *Gotham* en Netflix o echar mano de la última novela de Jay Crownover. Soy toda diversión».

—Está bien, en serio. Nunca rechazo una comida casera si no tengo que cocinarla, y Lilly y Zion parecen agradables.

—Más bien son un gusto adquirido.

—Si no quieres que me quede o tú no quieres quedarte... —dije, porque su reticencia parecía ya demasiada.

—No, está bien si tú no tienes problema. —Espió la puerta por donde Lilly había desaparecido y la escalera que subía—. Es solo que los conozco desde hace mucho y puede haber algunas historias... embarazosas.

—Esas son las mejores.

—Puedes descubrir cosas no muy buenas —dijo, un poco preocupado.

—Ya descubrí una que me gusta —dije, y me miró interrogativamente—. Salinger ¿es tu apellido, no? Muy literario de tu parte.

—Es un orgullo llevar el apellido del autor favorito de John Hinckley Jr., Mark David Chapman y Robert John Bardo —dijo con una mueca.

—Estoy segura de que no solamente asesinos en serie componen el club de admiradores de Salinger, y espero que tampoco el tuyo. —Sonreí, pero su expresión había perdido toda calidez. Incluso cualquier atisbo de sentimiento parecía haber sido borrado de golpe. Tal vez tuviese algún tipo de fobia hacia *El guardián entre el centeno* y le daba vergüenza decirlo—. ¿Has leído a Salinger? ¿Te gusta?

—No —respondió, y si había alguna forma de llamar su expresión era ausente.

—Bueno, al menos eso es un alivio.

Capítulo 7

—¿Cómo conociste a Greg?

Encontré a Lilly en la cocina de un apartamento de medianas proporciones ubicado en la parte superior del taller. Tenía todo lo necesario: un sofá, dos sillas, un par de mesas, pero, por lo poco que pude ver, nada parecía estar allí por alguna función estética.

Igual era la cocina. Evidentemente era un lugar que cumplía su propósito y nada más: todos los utensilios parecían haber llegado al lugar por azar o producto de algún tipo de donación de personas diferentes.

—Mi coche se averió frente al bar y me ayudó —dije, dudando si sentarme en una de las cuatro sillas que rodeaban una mesa de fórmica u ofrecer mi ayuda (que estaba segura no ayudaría mucho), en las artes culinarias.

—Claro, nunca ha podido resistirse a una damisela en apuros —dijo sin mirarme, trajinando de un lado a otro capeando presas de pollo con harina y huevo y colocándolas luego en una freidora—. Puede ser caballeroso si le apetece.

—Estoy muy agradecida de que le haya apetecido esa noche, aunque odio ser una damisela en apuros.

—Todos, seamos hombres o mujeres, alguna vez necesitamos rescate. No te sientas mal por eso. —Fue hasta el refrigerador, sacó una cerveza y me la dio—. Nadie puede resolverlo todo por sí mismo, ni siquiera Greg.

—Hablas de él como si fuera un superhéroe. —Di un trago a la cerveza y evité la mueca que siempre hacía con la primera probada.

—Para mí siempre lo ha sido, me ha rescatado más veces de las que puedo contar, a Zion también. Todo lo que tenemos, este taller, el que la calle no nos haya tragado de niños, incluso el hecho de que estemos respirando ahora, se lo debemos a él. Es el hijo de puta más leal que conozco, el mejor amigo y la única familia que siempre he querido tener. Me importa una mierda lo que la gente

diga.

—¿Qué dice la gente? —pregunté curiosa.

Me miró un poco descolocada, como si no se hubiera dado cuenta plenamente de lo que estaba diciendo. Aparentemente a Lilly le gustaba hablar y Greg parecía ser su tema favorito del día.

Para mí, eso era perfecto. No era un hombre de muchas palabras así que cualquier información que pudiese recibir estaba bien, porque no había podido dejar de pensar en él desde el día que lo conocí.

—¿Me ayudas con estas patatas? —dijo, alcanzándome una cesta de plástico con seis patatas.

—Seguro. —Dejé la cerveza sobre la encimera, tomé las patatas y por un segundo tuve que preguntarme qué, exactamente, debería hacer con ellas.

—Lávalas —me dijo con una sonrisa indulgente, obviamente, leyendo mi confusión—. Luego les haces un corte en cruz, le pones mantequilla y queso y las metes en el microondas.

Me puse manos a la obra, tomándome, lo que estaba segura, era más tiempo del necesario para la labor encomendada, pero divirtiéndome en el proceso.

—No pareces el tipo de chica que necesita rescate —dije comenzando a hacer los cortes en las patatas.

—Cuando estás en el lugar más bajo en un vecindario no muy brillante, las cosas solo pueden empeorar cuando comienzan a salirte las tetas. —Sonrió mientras sacaba tres piezas de pollo de la freidora, las ponía en una fuente y sumergía tres más en el aceite caliente—. Greg me salvó de mis tetas. Me hizo darme cuenta de que era más que mis propias protuberancias.

—¿Cambiando tus propias llantas?

—Eso fue cosa de Zion. Siempre me dijo que era muy sexy una mujer que supiera hacerlo. —Me miró de reojo—. Puedo enseñarte, si quieres.

—Sería bueno...

—Aunque no es que lo necesites. Greg ya piensa que eres sexy.

—Seguro que no —dije tratando de que no se me notara lo mucho me gustaba esa idea.

—Soy su mejor amiga, lo he visto con muchas chicas desde que descubrió que podían ser más divertidas que los coches. Créeme, le gustas, y sabiendo lo que hay debajo de esos vaqueros puedo decirte que eres una chica afortunada.

Abrí la boca, no sé si para decir algo o simplemente como parte de una necesaria toma de aire producto de la sorpresa. De lo que sí estaba segura era de que mi cara debía lucir como si alguien la hubiese sumergido en la freidora.

—Te ves completamente horrorizada. —Lilly se rio—. No te preocupes, soy una de las pocas en este barrio que no ha probado la mercancía. Greg me ve como a uno de los chicos, por lo que no tiene ningún decoro en vestirse frente a mí o salir de la ducha si estoy en la habitación. Además, tras escuchar los comentarios de las afortunadas, aparentemente sabe darle uso a lo que Dios le dio.

Lilly me guiñó un ojo y yo intenté sonreír, pero estoy segura de que no me salió bien. Alguien debía decirle a esta chica que por cosas como esta se había acuñado el término de «demasiada información».

—¡Oh, por Dios! —dijo Lilly sorprendida, y volvió a reírse—. No has visto la mercancía.

—Lo conocí hace un par de días —pude decir finalmente como un reflejo, la típica levantada de manos cuando alguien va a golpearte—. Solo me está ayudando con el coche —insistí, tratando de convencer no solo a Lilly, sino a mi mente que solía ponerse muy creativa en lo que a Greg se refería y era mejor no darle alas—. Esta es la tercera vez que lo veo para asuntos estrictamente mecánicos.

—Un chico que ayuda a una chica, en más de una oportunidad, solo por motivos altruistas, no sonrío de esa forma secreta cada vez que la mencionada chica abre la boca.

—¿Tal vez soy graciosa?

—Lo eres, pero no muy brillante si no te has dado cuenta que tú y Greg están, oficialmente, saliendo.

—No —dije, y sonó más bien como un noooooooooo.

—¿No te agrada la idea?

¿Qué clase de pregunta era esa? ¿Es que acaso Lilly estaba ciega? Salir con Greg Salinger era algo que solo sucedía en los fértiles terrenos de mi mente, donde yo era la heroína de una novela de mis autoras favoritas.

—No es eso —dije sin explicar que, seguramente, no tenía las herramientas necesarias para salir con alguien como él.

—Admito que puedas estar confundida. Greg ha estado fuera de circulación por cinco años así que, probablemente, sus habilidades sociales estén un poco oxidadas y no ha dado las señales adecuadas.

—¿Por qué ha estado fuera de circulación?

—Lilly —la voz de Greg me hizo saltar—, tengo hambre.

Instintivamente volteé. Estaba recargado en el marco de la puerta de la cocina, los brazos cruzados sobre el pecho, y daba la impresión de que no había llegado

allí recientemente.

—Esto está casi listo —anunció Lilly, y para confirmar sus palabras, el horno de microondas pitó—. ¡Zion! Ven a comer.

Greg entró finalmente en la cocina y me miró con cierto toque de preocupación.

—¿Todo bien, Blancanieves?

—Todo bien. —Aunque realmente lo que quería era preguntarle «¿Estamos saliendo?».

—¿Qué tal tu cerveza? —Hizo un gesto con la cabeza hacia la olvidada botella.

—Perfecta.

—No la ha tocado desde que se la di —dijo Lilly sacando los platos y alcanzándoselos a Zion, quien finalmente se nos había unido—. A estas alturas con unos fideos y unos vegetales podría hacer una sopa en botella.

—No soy una gran bebedora —dije con una sonrisa de disculpa.

—Como Zion... —dijo Lilly a tono de broma mientras ponía la fuente con el pollo sobre la mesa.

—¿Qué te pasa? —protestó el aludido.

—¿Recuerdas el día que cumpliste quince? —le dijo Lilly con una sonrisa diabólica—. Robamos una botella de Jack Daniels al padre de Greg y Zion vomitó toda la noche —me explicó—, y no ha mejorado desde entonces.

—Claro que sí. —Zion abrió el refrigerador y me alcanzó una lata de Coca Cola y un vaso con hielo, acompañados de una gran sonrisa, aunque no escapó a mi vista la mirada que le echó a Lilly—. Es solo que nunca me ha gustado la sensación de no estar en control de mis acciones.

—Ni de tus lágrimas. —Greg sonrió sardónico—. Cada vez que bebe es como el inicio de la temporada de lluvia.

—Lloro por el daño que ustedes me obligan a hacerle a mi hígado. —Con sus manos señaló su torso—. Mi cuerpo es mi templo.

—Un templo abierto a toda hora para todo tipo de feligreses —dijo Lilly sentándose en la mesa.

—Hay que compartir lo que Dios nos dio —dijo Zion sentándose.

—Pero recuerda mantener el forro sobre los bancos del templo, hombre. —Greg puso su mano en mi espalda y me guio hasta la mesa. Incluso sacó la silla que debía ocupar—. No vaya a ser que tengamos que repetir aquel episodio de los antibióticos.

Lilly estalló en una carcajada y Zion se puso colorado.

—Te salvas —dijo Zion apuntando a Greg con una pata de pollo—, porque estás acompañado de esta chica tan bonita y dulce. —Me miró en forma conspirativa—. Este señor aquí también tiene sus historias.

—Pero, gracias a Dios, ninguna ha involucrado Ampicilina —dijo Greg alcanzándome la fuente con el pollo.

—Bueno, Sarah —anunció Lilly con una sonrisa enorme—, prepárate para probar el mejor pollo frito de todo Detroit.

—¿Recuerdas cuando tenía ese trabajo horrible en la empaquetadora de pollos? —preguntó Zion con una mueca.

—Comíamos pollo todos los días —dijo Greg sirviéndose un par de piezas.

—Fue allí cuando perfeccioné mi receta —dijo Lilly presumida, luego miró a Greg con una sonrisa triste—. Apuesto que, al menos el pollo, lo extrañaste. De seguro no había pollo como este allá...

Greg se quedó en silencio sin ningún tipo de expresión en el rostro.

—Incluso si no lo hiciste, porque seamos honestos, es solo pollo —Zion intervino en lo que parecía ser una salvada—, nosotros sí te extrañamos a ti, hermano. Hacías falta por aquí.

—Obvio. —Greg tomó su cerveza y le dio un trago—. Estabas a punto de arruinar ese hermoso coche. ¿Qué demonios estabas pensando con ese sistema de enfriamiento?

* * *

—Lamento que esto nos haya tomado todo el día —dijo Greg mirándome de reojo mientras conducía de regreso al bar.

Después del almuerzo, Zion sacó con un par de botes de helado, por lo que hubo postre y más tarde café. Todos esos consumibles fueron tomados acompañados de largas conversaciones sobre el estado financiero del taller de Zion y Lilly, el coche que estaban reconstruyendo, algunas habladurías sobre personas que conocían y aderezos adicionales de aventuras pasadas que parecían muy divertidas para los involucrados pero que, por alguna razón, se sentían censuradas en mi presencia.

—No te preocupes, no tenía más nada que hacer y el almuerzo me salió gratis —le respondí con una sonrisa—. Además, tus amigos son muy divertidos. No recuerdo haberme reído tanto en mucho tiempo.

—Yo tampoco. Los extrañaba.

—¿Por qué se separaron?

—La vida y el instinto de supervivencia. De cualquier forma, creo que quedó demostrado que no eres tímida. Nadie tímido podría haber manejado tan bien a Zion y a Lilly.

Greg detuvo el coche frente al bar y me miró sonriendo.

Aparentemente mi perfecto día había llegado a su fin.

Sabía que tenía que dar una de esas frases hechas que sirven para despedirse, algo así como «pasé una tarde maravillosa», pero no quería hacerlo, así que solo contribuí a extender el silencio esperando que pasara algo, cualquier cosa, un meteorito o un ataque alienígena serviría.

—¿Tienes tu teléfono contigo? —preguntó Greg todavía sonriendo.

—Sí —respondí confundida.

—¿Puedo verlo? —Estiró la mano en mi dirección.

Intrigada busqué el móvil, el oficial, el que todo el mundo conocía, y se lo di.

Jugó un poco con el teclado y me lo devolvió justo cuando un tono genérico que no conocía comenzó a sonar en algún lugar.

Greg hurgó en el bolsillo trasero de sus pantalones y sacó su teléfono.

—Ahora tienes mi número y yo tengo el tuyo.

Miré el teléfono como si fuera una gargantilla de brillantes enviada directamente de Tiffany con todo y cajita azul.

—Si vuelves a meterte en problemas no dudes en llamar.

Y con esas palabras mi leñador convertido en un caballero sin armadura se bajó del coche, me abrió la puerta y me acompañó hasta que cambié de lugar.

Justo antes de cerrar la puerta atrapó mi mirada nuevamente.

—En serio, llama si me necesitas.

Cerró la puerta y, como ningún fenómeno climático me había hecho el favor de aparecer, me fui, contemplando a través del retrovisor su figura parada en la puerta del bar.

Capítulo 8

—Ya te dije que no iría.

Dándole la espalda a Mallory, exquisitamente ataviada con un vestido largo color gris perla que contrastaba con su cabello azul, pero dejando la puerta abierta, regresé al interior de mi apartamento haciendo una parada estratégica en el lugar donde había dejado el teléfono para echarle una miradita, la millonésima del día.

—¿Y qué pretendes hacer la noche del sábado? —Escuché la puerta cerrarse a mi espalda y la voz de Mallory más cerca—. ¿Quedarte en casa viendo el teléfono?

—Yo no... —Pero no pude concluir mi respuesta automática, ya que negarlo habría sido estúpido, cuando precisamente tenía el teléfono en mi mano derecha.

—Es uno de los grandes misterios a los que nos enfrentamos las mujeres —Mallory miró el teléfono en mi mano e hizo una mueca—, y la mayoría nunca consigue una respuesta adecuada a la proverbial pregunta.

—¿Cuál pregunta?

—¿Por qué no llamó?

—Mallory... —Negué con la cabeza porque no tenía la energía para enfrascarme en una discusión que, sabía de antemano, no ganaría. Tampoco podía echarle la culpa a Lilly, al menos no en voz alta, por haber puesto ideas raras en mi cabeza.

—Puedes torturarte día tras día tratando de formar miles de escenarios en tu mente que nunca sabrás si son ciertos o, simplemente, puedes dejar de ser una mujer del siglo pasado y llamarlo. A fin de cuentas, él te dijo que lo llamaras.

—Que lo llamara si necesitaba algo —aclaré—, si tenía algún problema.

—Bueno, es obvio que necesitas hablar con él.

—No necesito hablar con él —dije tratando de sonar segura y, para mayor efecto, arrojé el teléfono en el sofá—. Han pasado dos semanas y estoy

perfectamente bien.

—Sí, claro, solo que has desarrollado una adicción poco saludable, aunque común en el mundo moderno, de echar una miradita al teléfono cada diez segundos.

—¡Yo no...! —Y allí otra vez mi intento de negar lo obvio.

—Claro que, si lo que necesitas es un pretexto —prosiguió Mallory interrumpiendo mi airada negativa—, podemos aflojar el desagüe del lavabo de tu habitación, lo llamas desesperada diciendo que tu apartamento se está inundando y lo recibes con una camiseta blanca convenientemente mojada.

—Por el amor de Dios, Greg no es un fontanero.

—Pero es un hombre grande y fuerte que resuelve problemas —dijo con una sonrisita pícara al tiempo que levantaba las cejas un par de veces—, y nadie le dice que no a una camiseta mojada.

—No voy a llamarlo. El teléfono es bidireccional y él tiene mi número. Si quisiera hablar conmigo, si estuviese realmente interesado, ya habría llamado, y como, obviamente, no lo está, debo pasar de él —dije poniendo fin a la discusión, y para cambiar el tema la recorrí de arriba abajo con la mirada—. ¿Por qué estás tan elegante?

—Porque es una fiesta de disfraces.

—¿Y tú disfraz es estar arreglada?

Bufó exasperada.

—Tal vez esto te dé una pista. —Hurgó en la bolsa de regalo enorme que tenía en la mano y sacó un antifaz negro que me mostró con triunfo, como si tuviese un significado en sí mismo.

—Un antifaz —dije remarcando lo obvio—, porque vas a una fiesta de disfraces.

—Vamos a una fiesta de disfraces, en plural, cariño —abrí la boca para protestar, pero levantó un dedo con energía, silenciándome de inmediato—, y yo voy de Anastasia. Además, tengo utilería. —Hurgó nuevamente en la bolsa de papel y sacó una fusta—. Esto es por si consigo al señor de las Cincuenta Sombras.

—Estás loca —dije entre risas—. No tengo un disfraz, así que no puedo ir.

—En eso te equivocas, mi pequeña Padawan. —Volvió a buscar dentro de la bolsa, que ya estaba por creer que en un pasado remoto había pertenecido a Mary Poppins o que Hermione Granger le había puesto un encantamiento—. Traje esto para ti.

Sacó un envoltorio de plástico y me lo arrojó. Una foto en el exterior mostraba

un vestido con una larga falda amarilla y un corpiño azul con mangas abombadas. En un letrero impreso en la parte superior ponía *Disfraz de Blancanieves*.

—Es mejor hacer las compras de Halloween cuando comienza el mes —me dijo presumida—, así puedes tener el vestido que buscas.

La miré exasperada.

—¿Blancanieves? ¿En serio? —Negué con la cabeza—. Es un golpe bajo.

—Por el contrario. —Me regaló su sonrisa ganadora—. Es aprovechar una descripción perfecta.

No quería ir a una fiesta. Estaba perfectamente cómoda en mi casa viendo series de televisión, leyendo y ordenando comida china. Sin embargo, había venido a la universidad, lo más lejos de casa posible, porque quería tener una vida, experimentar el mundo en vez de simplemente verlo a través de la ventana, con miedo y recelo. Quedarme en casa la noche del sábado era el tipo de cosas que me vi forzada a hacer toda mi vida, lo opuesto a lo que quería cuando vine aquí.

Además, aquella noche fatídica en la que salí a dar vueltas por Detroit, estaba planeando dar una fiesta salvaje en mi casa, así que estaba cumpliendo el plan, solo que con un poco de retraso y algo de economía.

Probablemente no estaba de humor para fiestas porque no las había experimentado lo suficiente. Si no has comido sushi no sabrás si te apetece para cenar.

Además, ya estaba cansada de ver el teléfono a cada rato y repetir en mi mente, entre una mirada y otra a la pantalla, la proverbial pregunta a la que Mallory se refería.

Así que un par de horas después, Mallory y yo estacionábamos mi coche en una calle atestada en medio del distrito universitario.

—Vamos, Sarah —me dijo Mallory antes de bajarse—. Vive un poquito, diviértete.

—Mi corazón late correctamente —dije mientras que bajaba—, y respiro con regularidad.

—Esa es la descripción de estar vivo, no de vivir.

—Y no podemos vivir si no estamos vivos. —Me encogí de hombros—. Todo es cuestión de semántica.

—Dame tu teléfono —me ordenó Mallory estirando la mano.

—¿Para qué?

—Vamos a una fiesta donde hay alcohol y es bien sabido que algunas mujeres

cuando beben son propensas a hacer las llamadas más idiotas precisamente a los sujetos que, convenientemente, olvidaron sus números. Quiero evitar que, a pesar de tus vastos conocimientos sobre semántica, te pongas en evidencia como cualquiera de nosotras las que, de casualidad, medio dominamos un idioma. — Volvió a estirar la mano—. El aparato, por favor.

Con un suspiro de resignación le entregué el teléfono y seguidamente metí las llaves del coche en el bolsillo estratégicamente colocado en medio de los pliegues de mi falda, enderecé el lazo rojo que me había puesto en el cabello para completar el disfraz y comencé a caminar hacia la música.

Tal vez, después de todo, me divertiría.

A pesar de la temperatura que comenzaba a descender, había bastantes personas en el jardín frontal de una casa de modestas proporciones. La puerta estaba abierta y el flujo de gente que entraba y salía parecía no disminuir nunca.

—¿Quién vive aquí? —pregunté, porque me parecía poco educado ir a una fiesta sin saber quién la daba.

—Algunos chicos del equipo de béisbol rentan este lugar juntos.

—¿Dante vive aquí? —pregunté curiosa.

—Sí, pero no esperes verlo. No le gustan estas cosas. Creo que me dijo que se iría esta noche a casa de unos amigos y regresaría mañana.

—Tal vez decidió quedarse —dije esperanzada. No conocía a nadie allí.

—Espero que no. Como te dije, nadie lleva naranjas a Florida, arena a Dubái...

—O linguinis a Italia —completé.

Mallory me tomó de la mano y, figurativamente, me arrastró al interior.

Si pensaba que el patio estaba lleno de gente, ni hablar de lo que pasaba dentro. Mujeres disfrazadas de sexys enfermeras, sexy gatas, sexy ángeles, o cualquier otra cosa que involucrara usar la ropa interior por fuera, desfilaban de un lado a otro haciéndome sentir poco adecuada con mi vestido de princesa de cuentos. Creo que estaba en la misma categoría de aquel muchacho que paseaba de un lado a otro con un negro abrigo de pieles y una espalda al cinto con una empuñadura en forma de lobo o con el que tenía la máscara de Darth Vader.

Empujando y escurriéndonos, Mallory logró llevarnos hasta el medio del salón, que estaba desprovisto de muebles, donde la gente bailaba. Estiró la mano hacia una mesa cercana y tomó dos pequeños vasos de plástico, ofreciéndome uno.

—Son chupitos de gelatina —explicó.

—Nunca he tomado uno —dije, estudiando esa cosa verde que temblaba

dentro del vaso.

—Pues salud.

Mallory hizo el tradicional gesto y luego dejó caer el cuadrito en su boca. Apretando el vaso de plástico hice lo propio y, sorprendentemente, no fue para nada desagradable.

Sabía a gelatina de limón, aunque con cierto toque extraño al final, y, como dicen, siempre hay lugar para la gelatina.

Bailamos, brincamos y no perdonamos a ningún otro chupito de gelatina que quedara a nuestro alcance. Claro que, como estaba destinado a suceder, eventualmente un sujeto vestido de Tarzán se incluyó en nuestro baile sin pedir permiso y con obvias intenciones hacia mi compañera.

Tratando de ser discreta, los dejé solos y deambulé, explorando las distintas estancias llenas de gente.

Aunque traté de mantener la sonrisa en el rostro y una actitud abierta, no muchas personas se me acercaron. Tal vez era por el vestido, tal vez porque todavía emanaba esa actitud que había cultivado toda mi vida de observar y no participar que me había funcionado como repelente social.

Después de preguntar un par de veces, encontré la fila del baño, y eso de quedarme parada, recostada a una pared por más de cinco minutos, fue una invitación abierta para que los chupitos de gelatina comenzaran a hacer efecto.

Gradualmente los sonidos a mi alrededor comenzaron a amortiguarse, mis miembros se sentían pesados y una sensación de desapego con mi entorno comenzaba a hacerse presente. Decidí que era más saludable dejar de hacer la fila para el baño, regresar a la cocina a intentar conseguir un vaso con agua y hielo para luego sentarme en algún lugar, preferiblemente en el exterior.

Me di media vuelta y comencé a bajar la escalera aferrándome cuidadosamente a la barandilla, pues eso de hacer una escenita al estilo Jennifer Lawrence en cualquier entrega de premios no me iba nada bien. Cuando me quedaban tres o cuatro peldaños por recorrer, una mano aterrizó sobre la mía, impidiendo mi avance.

—Sé quién eres —dijo una voz a mis espaldas que inmediatamente me robó la respiración.

Las piernas comenzaron a temblarme y un frío nada placentero me recorrió la espalda.

—Eres esa niña, ¿verdad? —dijo la voz—. La que abandonaron o secuestraron, no recuerdo bien.

El instinto superó al pánico. Me zafé de la mano que me mantenía en la

escalera y me volví a encarar la amenaza.

Era un joven delgado y alto. No podía decir más nada sobre su aspecto porque estaba disfrazado de Freddy Kruger. Llevaba un suéter a rayas verdes y rojas y su cara estaba cubierta con lo que parecía ser papel maché pintado de rojo para simular quemaduras, lo que impedía descifrar cualquiera de sus facciones. En su mano izquierda llevaba el guante con cuchillas que hizo famoso al personaje de las películas de horror.

Tal vez fue el efecto de los chupitos, pero podría jurar que en mi mente escuchaba el canto conocido por los fanáticos de las películas de horror: «Uno, dos, Freddy viene por ti...».

—¿No se suponía que eras rubia? —me preguntó con una sonrisa en la boca, y la habitación comenzó a dar vueltas a mi alrededor.

«Tres, cuatro, cierra la puerta...».

Cancioncita aterradora aparte, o tal vez precisamente por eso, parecía un buen momento para activar el protocolo que había memorizado mucho antes de llegar a la adolescencia, pero había dejado el teléfono secreto en casa porque no quería que Mallory preguntara por él, rompiendo, por primera vez en muchos años, una de las reglas.

De todas formas, de haberlo tenido conmigo no hubiese sido probable que alcanzara a darle uso. Estaba paralizada con la canción de una de las más famosas películas de Wes Craven atascada en la cabeza.

«Cinco, seis, toma el crucifijo».

—¿Quién eres? —pregunté con un hilo de voz.

—Tu peor pesadilla. —Con la mano que no tenía el guante tomó una de las mías y me atrajo hacia él—. Tengo el nombre en la punta de la lengua, pero no soy bueno con estas cosas.

«No lo digas, no lo digas», pensé una y otra vez. Si escuchaba el nombre, probablemente colapsaría. Había pasado más de una década desde la última vez que lo escuché en voz alta.

—¿No tenías un hermano? —insistió, y esa fue la gota que derramó el vaso.

Era un dato que no figuraba en los archivos ni era relevante. Saberlo era demasiado.

Eso me despertó del trance.

Me sacudí del agarre de Freddy y eché a correr escalera abajo. Esquivé personas y mobiliario, pues mi único propósito era salir de allí, encontrar mi coche y encerrarme en mi casa, donde estaba ese teléfono con línea directa hacia la salvación.

Claro que mi exitosa carrera de obstáculos tenía que tener un final, y este llegó cuando una persona se atravesó en mi camino. A pesar de que creía que llevaba suficiente inercia para derribar cualquier cosa, fui yo la que prácticamente rebotó ante la inmovilidad del cuerpo sólido que impedía mi huida.

Levanté la vista, mareada y confundida, y lo que vi me tomó unos cuantos segundos de procesar.

—¿Greg? —pregunté ante la visión del hosco leñador que, justo en ese momento, me parecía un caballero de brillante armadura dispuesto a derrotar al malvado dragón con su hacha, espada o lo que fuera—. ¡Gracias a Dios!

Y tanto las palabras como la reacción que siguió las atribuiría por siempre al alcohol que surcaba por mis venas, pues lo abracé por la cintura, fuerte, escondiéndome en su pecho, dejando que una oleada de alivio me embargara, devolviendo mi respiración a un ritmo normal.

Mi acción era completamente ilógica, pero no estaba en capacidad de razonar.

—¿Sarah? —Greg sonaba preocupado y su tono fue refrendado por la expresión que vi en su rostro cuando me tomó de los hombros y me separó de su cuerpo para verme de arriba abajo como si estuviese buscando algún daño evidente—. ¿Qué pasa?

Abrí la boca para decir algo, el problema era qué. Obviamente, no podía decirle la verdad.

Todavía estaba en el proceso de dar con una buena explicación cuando mi visión periférica captó un suéter verde y rojo moviéndose en la multitud en mi dirección.

En vez de retomar la carrera, mi reacción fue volverme y prácticamente esconderme detrás de Greg.

—¡Oye! ¡Preciosa! Vaya carrera que pegaste. Creo que te asusté —dijo acercándose—. Ya recordé quién eres.

Mi cuerpo se tensó nuevamente y mi visión se llenó de puntitos blancos.

Correr no era una opción, y como Kruger ya no parecía tan amenazante, tal vez porque estaba pegada a la roca que era Greg, debía optar por la fase dos del entrenamiento: niégalo, ríete o luce confundida y siempre responde con cara curiosa «¿quién?».

—Eres Grethel.

—¿Quién? —la pregunta me salió no porque la hubiese practicado, sino proveniente de una honesta perplejidad.

—Grethel, la de la casita de jengibre. El hermano se llamaba Hanzel. —Me

miró mitad confundido mitad avergonzado, una expresión que nunca creí ver en la cara de Freddy Kruger—. De eso estás disfrazada, ¿no?

—Es Blancanieves, idiota —intervino Greg con una voz para nada amable, y seguidamente pasó una mano por mi cintura.

Este detalle no escapó a los ojos de Kruger quien, tras echar una miradita a la mano que reposaba en mi cadera, levantó los brazos en señal de rendición.

—Lo siento, hombre. No sabía que estaba acompañada. —Y tras esas elocuentes palabras, volvió a internarse en la fiesta.

—¿Estás bien? —Greg me soltó y mi cadera, inmediatamente, extrañó el tacto de sus dedos—. ¿El idiota ese te hizo algo? ¿Intentó alguna cosa?

—No. —Sacudí la cabeza tratando de alejar los pensamientos de ese cosquilleo fantasma que su brazo dejó en mi cintura—. No hizo nada más que decir cosas sin sentido. Estoy bien.

—Venías corriendo como si el diablo te persiguiera.

—No, no el diablo, uno de sus demonios —dije antes de darme cuenta, por lo que tuve que enmendar rápidamente—, pero no fue nada. Creo que bebí demasiado y todo me abruma.

—Parece entonces que llegué en buen momento —me dijo con ese movimiento imperceptible en las comisuras de su boca que había aprendido a identificar como una sonrisa porque le daba a sus ojos oscuros un brillo especial.

—Sí —dije sonriendo de vuelta. No obstante, ahora que no estaba consumida por el pánico que me impedía procesar algún tipo de pensamiento más allá del instinto de correr, una idea asaltó mi mente—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Me miró confundido.

—Me llamaste —dijo.

—No lo hice.

—Me enviaste un mensaje de texto diciendo que estabas en problemas y la dirección.

Hurgó en el bolsillo de sus pantalones, sacó su teléfono y me mostró el mensaje proveniente de mi teléfono.

—¡No envié eso! —respondí indignada—. Ni siquiera tengo mi teléfono conmigo, cuando llegamos se lo di...

¡Mallory!

Iba a matarla.

Lentamente.

—Lo siento mucho, Greg —me apresuré a disculparme. Creo que nunca antes había estado tan mortificada—. Obviamente alguien trató de gastarme una

broma, una muy inmadura y tonta. Disculpa, en serio. No puedo creer que te hayan hecho venir hasta aquí por nada.

—Está bien —respondió, pero su expresión no hacía juego con sus palabras. La pequeña sonrisa había desaparecido para dar paso a la expresión hosca que tan bien conocía. Obviamente la broma de Mallory le había hecho menos gracia que a mí—. Supongo entonces que debo irme.

Me dio la espalda y me sentí como la vez que lo ofendí después que reparó mi llanta. Quería morir de vergüenza, pero, más que nada, no quería que se fuera.

—Quería hacerlo, quería llamarte —dije, las palabras saliendo a borbotones, y eso lo detuvo—. No hoy, sino varias veces en las últimas dos semanas.

Volteó la cabeza y me vio por encima del hombro.

—¿Por qué no lo hiciste?

Bufé y negué con la cabeza.

—Me dijiste que te llamara si necesitaba algo o me metía en problemas, pero he estado libre de incidentes. Además, no quería llamarte porque necesitara algo sino simplemente para verte, tomarnos un café...

—¿Comer extraños postres italianos? —me preguntó, y la sonrisa estaba casi allí otra vez.

—Sí. —Me encogí de hombros.

—¿Por qué no lo hiciste? —insistió.

—Porque no sabía si la invitación se extendía para algo más que la necesidad.

Suspiró, negó con la cabeza y finalmente se volvió.

—Puedes llamarme cada vez que quieras, Sarah, incluso más de una vez al día, aunque sea solamente para hablar del clima.

—También puedes llamarme tú. —Hice una pausa. Si no podía ser honesta en algunas cosas, al menos podía ser honesta en esto—. Me encantaría que alguna vez lo hicieras.

Sonrió, y esta vez no había duda del gesto. Traspasaba la barba y le hacía unas encantadoras arruguitas alrededor de los ojos.

Simplemente asintió como sellando un extraño, pero muy serio compromiso sobre algo tan trivial como llamadas telefónicas.

—¿Quieres quedarte? —pregunté algo dudosa—. ¿En la fiesta?

Miró a su alrededor sin mucho entusiasmo.

—Es mi primera fiesta universitaria y lamento decir que no estoy impresionado. Creo que no me perdí mucho.

Yo también miré a mi alrededor. Pasado el subidón de adrenalina y la placentera sorpresa de encontrarme con Greg, esa sensación de estar separada de

todo, los sonidos amortiguados y el mareo producido por los chupitos de gelatina estaban regresando.

—En este instante creo que yo tampoco estoy muy impresionada. —El mareo me asaltó y tuve que cerrar los ojos y concentrarme en respirar por unos segundos.

—¿Estás bien?

—¿Te molestaría llevarme a casa? —Una vez convencida de que no iba a caer sobre mi trasero, abrí los ojos nuevamente—. Debí pensar que tenía que conducir antes de atacar los chupitos de gelatina.

—Es bueno saber que no eres tan juiciosa todo el tiempo. —Estiró la mano en mi dirección—. Andando, Blancanieves. Yo te protegeré de la bruja mala.

—¿No era una madrastra malvada?

—Te protegeré de todo.

Sonreí, tomé su mano y todo el ruido de fondo se borró de inmediato, al igual que esa sensación de que el piso estaba hecho de espuma.

—Primero busquemos a mi amiga Mallory —dije concentrando toda mi atención a ese punto que nos unía—. Debo recuperar mi teléfono y, luego, no estoy segura de si debo agradecerle o asesinarla.

Capítulo 9

—¿Por qué me ves así?

«Hay un hombre en mi apartamento».

No lo dije, pero al ver a Greg parado en el medio del salón, ese único pensamiento se repetía en mi mente una y otra vez.

Todo parecía haberse reducido, las paredes encogido y hasta el mismo aire vuelto más denso, todo concentrándose solamente en él.

Lo estaba viendo porque para mis sobrecargados sentidos no había nada más allí, pero no iba a decírselo.

«Hay un hombre, muy hombre, que está como un tren, en mi apartamento».

Por unos segundos tuve que resistir el impulso de soltar una risita y mirar hacia todos lados para estar segura de que no había una cámara y todo se trataba de una broma.

«Hay un hombre, muy hombre, que está como un tren, en mi apartamento, y estamos solos».

Nunca había vivido sola, por lo que esta situación era completamente nueva y, además, no figuraba entre todos esos escenarios que había memorizado por años.

Total y absolutamente fuera de mi área de comodidad.

«¡Hay un hombre, muy hombre, que está como un tren, en mi apartamento, y estamos solos y yo estoy usando un estúpido disfraz de Blancanieves!».

—¿Sarah?

—¿Sí? —pregunté escapando de mi mente, de ese pensamiento repetido al que se agregaban palabras cada vez, porque estaba segura de que Greg me había dicho algo y no lo había escuchado.

—Esto es Detroit.

—Lo sé —dije, temiendo haber soltado alguna estupidez sin darme cuenta como «estoy en la Tierra Prometida» u otra cosa por el estilo.

Por salvaguarda quité el lazo rojo de mi cabeza con la esperanza de que

minimizara mi brillante vestido amarillo con azul. Una cosa era tener pensamientos infantiles y/o inmaduros, pero otra muy diferente era vestir como un vivo ejemplo del síndrome de Peter Pan.

—Aunque vivas en el tercer piso no debes dejar la ventana abierta.

—¿Qué ventana? —pregunté, pero toda consideración quedó para el olvido cuando Greg me dio una visión completa de su parte trasera mientras cerraba la ventana.

No podía creer que le estaba chequeando el trasero, creo que incluso ladeé la cabeza para tener un mejor ángulo de visión. Iba a culpar por eso al alcohol y también a los vaqueros que llevaba. No eran oscuros, para variar, sino muy claros, tampoco holgados ni ajustados, sino desgastados, y aparentemente su uso continuo parecía haber acomodado la tela para que resaltara lo que tenía que resaltar como una insinuación.

—Toma mucha agua antes de dormir y deja unas aspirinas en tu mesa de noche —dijo sobre su hombro, y fue cuando me di cuenta de que se dirigía a la puerta de salida.

¡No!

No te vayas.

No, no, no.

—¿No quieres beber algo? —ofrecí, esperando que la buena educación me comprara un poco de tiempo.

¿Para qué?

No tenía la menor idea.

Tal vez para solo seguir viéndolo como una acosadora.

—Creo que ya bebiste suficiente por los dos.

—Pero van a ser las tres de la mañana —o al menos eso calculaba—, y tú mismo lo dijiste, es Detroit, es peligroso. ¿Cómo vas a regresar a tu casa?

—Puedo cuidarme. Soy un hombre grande.

¡Vaya que lo era!

Grande, rudo, con barba, con los brazos llenos de tatuajes, increíblemente sexy...

—Deberías pasar la noche aquí.

Lo dije sin pensar, sin calcular las posibles implicaciones que esas palabras por lo general tenían, y cuando escuché el sonido y entendí su profundo significado quise absorber el aire a mi alrededor para ver si así se borraba su efecto.

No me dio tiempo de intentarlo.

En medio de su camino hacia la puerta, Greg se detuvo y se volvió a verme, curioso.

—¿Cuánto bebiste exactamente?

Podía decirle que me refería a que durmiera en el sofá, que se trataba de un gesto amigable y nada más. Eso hubiese sido lo correcto, eso me salvaría de lo que parecía ser un rechazo inminente, pero, lamentablemente, no era lo que quería.

Las palabras se me habían escapado, sí, pero no por eso eran menos ciertas.

Aunque fuera por una vez en mi vida quería actuar sin pensar, sin tomar precauciones, sin preocuparme. Quería hacer lo que me provocase, sentirme viva, sentirme yo, ser dueña, aunque fuese un instante, de mi vida y sus posibles errores.

—Lo suficiente para tener el valor de decir en voz alta lo que estoy pensando sin morir de la vergüenza en el proceso —dije abriendo esa compuerta de sinceridad cuya manija estaba algo oxidada por falta de uso. Luego negué con la cabeza porque esto me iba a salir tan mal—. Esos chupitos de gelatina asesinaron mis filtros.

Greg soltó una risita, una sola, y también negó con la cabeza.

—No solo los filtros —dijo, y comenzó a caminar hacia mí sin despegar sus ojos de los míos—, aparentemente también quemaron todo tu sentido común, de preservación, y lo que te quedaba de buen juicio.

Había cierta cualidad depredadora en cada uno de sus pasos, en la intensidad de su mirada, que parecía inmovilizarme y, aun así, por primera vez en mucho tiempo y a pesar de sus palabras, no sentí ni una pizca de miedo, tampoco aprehensión.

No me sentía presa o atrapada.

El pasado había desaparecido y solo estaba el presente, representado en un hombre intimidante que, extrañamente, me hacía sentir segura.

¿No era eso lo que había peleado tanto por obtener? ¿Una vida de primeras veces e independencia? ¿De errores propios y no ajenos?

—¿Y eso qué tiene de malo?

—Sarah... —Negó con la cabeza otra vez, pero no se retiró. Se quedó allí, parado tan cerca de mí que casi podía sentir su aliento, respirarlo, tan íntimo como un beso—. Esto no es una buena idea. Esos chupitos de gelatina...

—Quédate —lo interrumpí.

—¿Estás segura? —preguntó sin dejar de verme.

—Sí. —Traté de imprimir en mi mirada toda esa seguridad que, al menos, en

ese momento, sentía—. Con chupitos o sin ellos, estoy segura.

—Estoy sobrio, Sarah. No necesito nada adicional para decirte que tú eres hermosa y yo soy un maldito afortunado —sentí su mano posarse sobre mi nuca—, y por esto que estoy a punto de hacer, un hijo de puta irresponsable.

Sus labios aterrizaron de lleno sobre los míos.

No fue un beso suave o dulce, tampoco tuvo nada de preparatorio. Se trató más bien de ir por la medalla olímpica de los cien metros lisos sin ningún tipo de calentamiento.

No esperaba otra cosa.

Greg besaba como caminaba o hablaba: sin subterfugios ni delicadeza, con una fuerza que rayaba en la brusquedad, derrumbando muros y barreras, que encendía todo dentro de mí llevándome a su terreno.

Sin darme cuenta mis manos estaban sobre él y las de él sobre mí.

Lo sentía por todas partes.

¿Quién podría decir que un simple beso, tantas veces mal utilizado por todas las personas que habitaban en el planeta, podría despertar tanto deseo?

Claro, tenía que admitir que no era «un simple beso», eran muchos y ninguno de ellos era simple. Cada uno subía un peldaño en intensidad y en fuerza; con labios, con dientes; largos, breves, aterrizando en todas las superficies disponibles siempre y cuando fuera piel... todo un catálogo de lo que me había estado perdiendo.

Me levantó del suelo y no sé si por instinto o por una conducta aprendida vicariamente de leer tantas novelas de romance, rodeé sus caderas con mis piernas.

No supe más de mí.

Me convertí en un amasijo de nervios que respondían ante el estímulo, sin conciencia, sin pensamientos formando oraciones, hasta que sentí aterrizar mi trasero en algo que parecía la alfombra.

¡Mil disculpas señores de Aubusson por los daños futuros a esa obra de arte!

Mis piernas, automáticamente, se separaron haciéndole espacio y mis manos buscaron la piel debajo de la camiseta.

Suspiré de satisfacción al momento en que pude explorar esa espalda que tanto me había llamado la atención, los músculos insinuados siempre por sus camisetas.

Eran reales, estaban allí, duros, definidos, tensándose bajo mi tacto.

Lo sentí moverse sobre mí creando una fricción deliciosa mientras sus labios continuaban explorando mi boca, mi cuello, mi pecho.

Ni una sola vez se hizo presente algún pensamiento de alarma que tuviese que ver con lo indecoroso de toda la situación, con el hecho de que estaba bebida, lo conocía poco y eso podría ponerme en peligro o, por sobre todas las cosas, que lo que estaba a punto de hacer era algo que iba contrario a la conducta que había aprendido a adoptar como parte de mi personalidad.

En medio del sonido de respiraciones agitadas, más estimulantes, por cierto, que cualquier sinfonía, escuché la disonancia del típico ruido que hacen las cosas al caerse y tuve la noción de que, probablemente, en medio del desordenado desenfreno que parecía habernos atrapado, alguno de los dos le había dado una patada a la mesa de centro.

¿Me importó?

En lo más mínimo.

Y eso casi me hizo carcajear.

Lo hubiese hecho porque me sentía feliz, porque estaba con un sujeto que me encantaba en una sesión de besos apasionada en el suelo, porque esto se parecía mucho a una vida y mi cuerpo me recordaba su existencia con las deliciosas sensaciones que lo recorrían. Eso duró hasta que mi visión periférica captó uno de los artículos que había rodado al suelo: uno de los libros que mi mamá insistió en colocar como ornamento en alguna de las mesas y, en medio de él, un marcapáginas.

El logo naranja y negro impreso sobre el inocente pedazo de papel afiló mi visión. Todo a mi alrededor se esfumó, incluyendo las sensaciones de mi cuerpo, pues estaba de vuelta en Washington en esa librería cuyo logo era naranja y negro, donde descubrí quién era George el curioso, donde cada domingo iba a escuchar las historias leídas por esa señora de las mil voces.

¿Qué hacía un fragmento de mi pasado dentro de un libro de segunda mano que, con toda seguridad, nunca había abierto?

¿Casualidad?

«No existen las casualidades», dijo una voz en mi cabeza, una que todavía formaba parte de mis pesadillas.

De repente, no podía respirar. Casi podía oler la lluvia. Quería a mi padre que empacaba el desayuno cada mañana para la escuela y que me llevaba los domingos a escuchar historias y a comprar libros; quería ser valiente, pero estaba asustada.

Alguien venía por mí.

—¿Sarah?

La voz sonaba lejana, y ese no era mi nombre, no en ese momento.

—¡Sarah!

La urgencia de la voz me trajo de vuelta, pero por un momento no supe quién era ese hombre de barba y ojos oscuros que estaba prácticamente encima de mí.

Me encogí un poco, tratando de retroceder como un animal asustado.

—No, por favor. —Mi voz salió como un quejido infantil.

Greg se apartó como si estar cerca de mí lo quemara.

—¿Sarah? ¿Qué sucede? —preguntó, sentándose sobre sus piernas, mirándome con expresión preocupada—. ¿Estás bien?

—Greg —lo dije como una exhalación, un recuerdo, pero mi corazón se rehusaba a disminuir su ritmo y el aire a mi alrededor era insuficiente para mis pulmones.

—¿Qué rayos sucedió? —Se pasó las manos por el cabello poniendo aún más desorden en él del que yo había creado. En otro momento habría pensado que nunca se vio mejor. ¿En ese instante? No estaba para cosas estéticas—. Estábamos... y luego ya no estabas. —Suspiró frustrado—. ¿Te hice daño? ¿Te asusté? Estás pálida...

Miré hacia abajo y vi el estúpido vestido de Blancanieves subido hasta mi cadera, el corpiño estirado dejando al descubierto parte de mi pecho enrojecido seguramente por la barba. Todavía podía sentir el cosquilleo residual en algunas partes de mi cuerpo.

¡Oh, por Dios!

Era una loca certificada y la había cagado por un puto libro.

Allí iba mi supuesta normalidad y mis deseos de cometer errores.

«Inventa algo, pronto. Eres la reina de la mentira», me decía una y otra vez al verlo con esa expresión preocupada y culpable, pero mi cerebro, mis pensamientos, todavía no estaban completamente allí y el miedo seguía dejando un sabor amargo en mi boca.

—Estoy bien —mentí, intentando sacudirme el estupor por pura fuerza de voluntad—. Lo siento.

—¿Qué te pasó?

—Solo me puse a pensar...

—Entonces, hice algo mal. —Sonrió tentativamente y mi corazón se rompió en mil pedazos.

Algunas veces él podía ser dulce... y yo era una loca.

—Lo siento, Greg. —Tomé una bocanada de aire mental y utilicé todas las piezas de mi corazón roto como combustible para otra mentira—. Es solo que esta no soy yo. Creo que, de verdad, bebí demasiado, y estoy segura de que

mañana me voy a arrepentir y no quiero... no quiero...

Y hasta allí me llegó la gasolina.

—Está bien, te entiendo. —Greg levantó las manos como quien se rinde y se puso de pie—. Debo irme.

Quería detenerlo, pero las piernas no me respondían, por lo que ponerme de pie no era una opción. Quería decirle la verdad, pero eso estaba fuera de toda discusión.

¿Qué me quedaba?

Dejarlo ir, claro estaba, pensando sabría Dios qué.

—Puedes llevarte mi coche, si quieres.

—Tu sentido común sigue de vacaciones. —Bufó, y me dio la espalda, recogiendo a su paso su teléfono y unas llaves que habían ido a parar en distintas direcciones.

—Lo siento.

—Deja de disculparte —lo dijo como cansado, sin voltear—. Nos vemos, Sarah.

Cerré los ojos para no ver, pero escuché con toda claridad cómo la puerta se cerró con un sonido leve y al mismo tiempo definitivo.

Cuando el silencio a mi alrededor se hizo demasiado pesado de soportar, me acosté nuevamente sobre la alfombra. Estiré el brazo y tomé el puto libro, que para colmo de males era una edición en cuero de *Romeo y Julieta*.

Eso haría una buena anécdota: El libro más romántico del mundo saboteando el momento más románticamente ardiente que había tenido en... no lo sé, ¿toda mi vida?

Tenía toda la intención de lanzarlo contra una pared, solo que allí, justo en la página señalada por el odioso marcapáginas, había una frase subrayada sin ninguna delicadeza, más bien con rabia, en rojo: «La rosa no dejaría de ser rosa y de esparcir su aroma, aunque se llamase de otro modo».

Luego comenzó a llover.

Capítulo 10

La mañana siguiente me sorprendió hecha un ovillo en la cama con el teléfono de emergencia en la mano derecha y la mirada perdida de aquellos que han tenido problemas para dormir la noche anterior.

La lluvia y la frase marcada en el libro conspiraron para hacerme perder la poca cordura que me quedaba.

Intenté ser valiente y, como siempre, fallé.

Tras la partida de Greg, tomé una ducha, me cambié de ropa y me metí en la cama en un muy serio intento de apartar las sombras y dormir, incluso saqué de una gaveta las pequeñas estrellas doradas de papel que había hecho desde que era una niña para ponerlas bajo la almohada como amuleto de buena suerte, pero cada vez que cerraba los ojos, el sonido de la lluvia me atormentaba y la frase subrayada en el libro se volvía una amenaza.

«La rosa no dejaría de ser rosa y de esparcir su aroma, aunque se llamase de otro modo».

Si había una descripción de mi vida...

Más de una vez estuve segura de que había alguien en el apartamento, de allí esa necesidad de tener el teléfono especial en mi mano, de allí la negativa a tomar una de las píldoras que estaban en el baño. No quería estar inconsciente, vulnerable.

Cuando me convencía, después de estudiar minuciosamente los sonidos a mi alrededor, de que nada estaba pasando, lo sucedido con Greg volvía a mi mente como un sustituto de la tortura.

¿Qué hice?

Un desastre.

Por loca.

Por traumatizada.

Por tener las mismas habilidades sociales que un caracol ciego.

Me gustaba Gregory Salinger.

No sabía nada de él, más allá de su nombre, del hecho de que trabajaba en un bar y era muy bueno cambiando una llanta bajo la lluvia, pero me gustaba a un nivel estrictamente visceral, intuitivo.

Me gustaba cómo se veía, sí, tanto que el solo hecho de que me mirara me hacía creer a pie juntillas ese símil convertido en cliché de las fulanas mariposas en el estómago; pero no era solo eso.

Con él sentía, desde la primera vez, que era yo misma... cualquier cosa que eso significara, olvidaba que todo era falso.

Me gustaba Greg Salinger como nunca me había gustado nadie, más que el hijo del embajador coreano y sus manos andariegas mientras nos escondíamos en el armario más cercano, más que el sobrino del agregado militar suizo y sus besos, que ahora, en comparación, fueron babosos, descuidados y egoístas.

Sí, me gustaba el tipo del bar, y la había cagado comportándome como una mezcla extraña de Glen Close en *Atracción Fatal* y Kathy Bates en *Misery*.

Intenté interpretar a una mujer segura y despreocupada y terminé comportándome como una niña desequilibrada y asustada. Todo por un marcapáginas y un viaje al pasado que en ese momento parecía el fin del mundo y ahora, bajo la luz de la mañana, se veía tan desenfocado que no podía creer que me hubiese afectado tanto.

Me dolía la cabeza de tanto pensar.

Paranoia, falta de sueño, resaca y sentimiento de culpa, evidentemente, no eran una buena combinación.

Extrañaba a mi psiquiatra. ¿Qué era lo que siempre me decía la doctora Stone?

«No pienses en quién fuiste, tampoco en lo que habría pasado. El pasado está muerto y enterrado. Eres Sarah Temper y ella merece una vida. ¿Qué estás esperando?».

Habían pasado cinco años de esa conversación y lo había intentado, lo seguía intentando cada día. Aparentemente, intentarlo no era suficiente.

¿Qué estaba esperando?

«Soy Sarah Temper y merezco una vida». Sin detenerme a pensarlo mucho, tomé las llaves y salí.

Por unos momentos temí que el bar estuviese cerrado. Era domingo y ni siquiera mediodía, pero aparentemente los clientes no podían ser molestados con trivialidades como la hora o el día de la semana.

Como ya era costumbre, el local me recibió con su penumbra y calidez y, adicionalmente, la indiferencia de aquellos que bebían tranquilamente sin reparar

siquiera en que iba con mis pantalones de dormir y mi suéter favorito para noches incómodas.

Quien sí subió las cejas, no supe si por mi presencia allí o por mi atuendo, fue Todd, impassible detrás de la barra.

—Hola, Sarah —me saludó en lo que estuve cerca, sin despegar la vista del vaso que estaba limpiando.

—Buenos días, Todd —puse mi mejor cara de no estar en pijama en medio de un bar porque sospechaba que, aun concentrado en el vaso, podía verme—, ¿está Greg por aquí?

Finalmente levantó la vista del vaso y me escudriñó con la mirada.

—¿Qué hizo esta vez?

—¿Greg? —Traté de lucir confundida—. Nada, solo necesito hablar con él un momento.

—No soy idiota, Sarah. Greg salió anoche como si alguien le hubiese dicho que un Mustang nuevo fue dejado en la calle, abierto y con las llaves en el arranque, y regresó de madrugada con peor humor de lo habitual, que ya es mucho decir. Esperaba que no tuviese nada que ver contigo, pero apareces aquí al día siguiente demacrada y en ropa de dormir... —Negó con la cabeza, decepcionado—. Amo a ese malcriado como si fuera mi hijo, pero sé que es difícil de manejar y tal vez la persona menos adecuada para alguien como tú.

—¿Alguien como yo? —pregunté ofendida—. Ni siquiera sé lo que eso significa. Soy una persona, él es una persona...

—Hay distintas clases de personas.

—Y agradezco al cielo por ello, porque si todos fuésemos iguales habría una epidemia de trastorno de personalidad múltiple solo para escapar del aburrimiento. —Suspiré cansada porque no tenía la agilidad mental para sortear una conversación de ese tipo—. Solo necesito hablar con él y, si eres tan amable de decir dónde puedo encontrarlo, te lo agradecería, si no, dímelo de una vez para tomar la ruta larga y embarazosa.

—¿Larga y embarazosa?

—Sí, esperar afuera en la calle a que aparezca —hice una pausa dramática—, en pijama. Estoy segura de que, un caballero como tú, no permitiría que *alguien como yo* tenga que esperar en la calle, vestida así, en un vecindario como este.

Sostuvimos una breve, pero intensa, batalla de miradas asesinas, Todd intentando descubrir si estaba mintiendo y yo demostrando sin pestañear que era una chica con un propósito, hasta que finalmente fue él quien bajó la vista, negó con la cabeza y suspiró.

—Atrás hay una puerta que dice *solo personal autorizado*, sube la escalera y llama a la puerta cerrada que encontrarás al final.

—Gracias.

Sin detenerme a pensar si era una buena idea, me dirigí hacia la parte posterior del bar, esa que había recorrido en busca de una toma de corriente en mi primera visita. Finalmente ubiqué la puerta con un letrero, que resultó ser verde, subí las escaleras de dos en dos y solo tomé unos segundos para respirar frente a la puerta cerrada a fin de poner en orden mis pensamientos y encontrar esa motivación que me había llevado hasta ese lugar, la misma que parecía haberse agotado tras batallar verbalmente con Todd.

Toqué la puerta con los nudillos un par de veces y esperé.

La puerta se abrió tras un breve lapso, tal vez demasiado breve para mi tranquilidad mental, y el impacto visual fue tanto que olvidé no solo mi nombre, sino cualquier otro pensamiento que no fuera «oh, Dios mío».

Capítulo 11

Greg estaba allí, ocupando todo el umbral con su enormidad y sin camisa.

No sabía adónde mirar: los músculos que se marcaban, el espiral de colores que adornaba la piel de sus brazos, las hendiduras gemelas a ambos lados de sus caderas que hasta ese momento no creí que existiesen más allá del territorio del Photoshop, el caminito de vello oscuro que comenzaba bajo su ombligo y descendía hasta desaparecer por debajo de sus vaqueros que, sin cinturón, colgaban peligrosamente de sus caderas desafiando la gravedad.

Había decenas que cosas que ver y el conjunto, por más básico y primitivo que sonara, era capaz de hacerle la boca agua a cualquier mujer con algún rastro de hormonas en su cuerpo.

—¿Sarah? ¿Qué estás haciendo aquí?

«¿Admirando la vista?».

Sacudí la cabeza y cerré los ojos, apretándolos no solo para bloquear la vista sino también las imágenes remanentes en mi lóbulo frontal, porque por más que deseara quedarme apreciándolo en detalle, mi presencia allí tenía un propósito más allá que el caramelo visual. Debía recordarlo.

Abrí los ojos, levanté la vista y me enfoqué, únicamente, en esos ojos oscuros que lucían perplejos, un poco alarmados.

—Mi nombre es Sarah Temper —dije. No podía contarle la verdad, pero sí mi verdad, la única que ahora tenía sentido. Debía adueñarme de esa mentira para que pudiera convertirse en realidad si, en algún momento, quería tener una vida —. Mis padres murieron cuando tenía ocho años y, como no tenía otra familia que quisiese hacerse cargo de mí, fui puesta en un hogar temporal. Estaba traumatizada y, por eso, casi no dije una palabra en un año. Fue una suerte que, en el estado emocional en que me encontraba, me adoptaran, y más todavía que esas personas fueran los Temper. Mi padre adoptivo es un diplomático de carrera, miembro del Servicio Exterior, desde joven. Él y su esposa, Ellen,

perdieron a su único hijo en Afganistán.

Nunca antes abracé esa historia que, como toda historia buena, estaba anclada en la realidad. No había mentiras en ella, solo medias verdades, omisiones. Esa era la historia de Sarah Temper.

—En aquel entonces era una niña asustada y ellos unos padres aterrorizados con tan solo la idea de perder su segunda oportunidad. A pesar de mi resistencia a decir una palabra, a abrirme con nadie, recibí una familia amorosa, una educación privilegiada, la posibilidad de vivir en muchos países y que nunca me faltara nada, pero a cambio entregué mi libertad. Crecí excesivamente protegida, vigilada incluso. Nunca me molestó, me hacía sentir querida y a salvo, como si dentro de ese capullo la tragedia no volvería a tocarme nunca más. Esta es la primera vez que vivo sola, que no tengo un guardaespaldas y no vivo dentro de las paredes de una residencial consular.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque no tengo idea de lo que estabas pensando cuando te fuiste anoche de mi casa, porque necesito que sepas que no lo manejé bien porque no tenía idea de cómo manejarlo, porque has sido amable conmigo desde la primera vez y no hago sino meter la pata precisamente porque carezco de las herramientas sociales para hacer lo correcto.

—No intentaba ser amable.

—Pero lo has sido, a tu manera. —Sonreí un poco—. No te niego que, algunas veces, me asustas, pero no estoy segura de si es porque eres intimidante, diferente a lo que conozco o porque me da miedo que desaparezcas y no verte más. Tal vez es porque nunca tuve muchos amigos y recién descubrí que me gusta mucho tenerlos, aunque no esté muy segura de qué se supone que debo hacer con ellos.

—Sarah —dijo con un suspiro. Con una de sus manos se masajeó el cuello tensando todos los músculos de su brazo en el proceso—, pasa. —Se apartó del umbral e hizo el tradicional gesto con las manos.

Di un paso al frente porque para eso estaba allí: para dar un paso al frente, para decir la verdad, no de mi vida sino de lo que quería en ese instante.

La puerta se cerró detrás de mí y me encontré en el interior de una habitación no muy grande, con una cama prácticamente desnuda en el medio. Bajo la ventana, una mesa con una cafetera eléctrica, un horno de microondas y abajo, en el suelo, un pequeño refrigerador estilo ejecutivo.

¿Aquí era donde Greg vivía? Y yo que pensaba que mi apartamento era pequeño.

—Escúchame, Sarah, porque quiero que te quede claro. —Dejé de estudiar mis alrededores y me enfoqué en él. Lo primero que vi fue, obviamente, el pecho desnudo, y requirió una gran fuerza de voluntad subir la vista para encontrarme con esa expresión que no daba ninguna pista de lo que vendría a continuación—. Lo único que estaba pensando anoche cuando me fui de tú apartamento es que una mujer tiene todo el derecho de decir que no en cualquier momento y el hombre debe detenerse.

Y eso, damas y caballeros, es lo que hace falta para dejar a una mujer sin palabras: un sujeto decente.

—Ya te lo dije anoche, no tienes por qué disculparte —insistió, haciendo su característico amago de sonrisa—. Es tu derecho cambiar de opinión.

—¿Has recibido muchos cambios de opinión durante el transcurso de tu vida?

—La novedad siempre es apreciada. —Me guiñó un ojo—. De cualquier forma, no debí dejar que las cosas llegaran tan lejos. Estabas borracha, pero nunca he sido un caballero...

—Sí lo has sido —lo interrumpí—, conmigo, siempre. Mi caballero en vaqueros y camisa a cuadros, ¿recuerdas?

Sonrió un poco más.

—Nunca había conocido a una mujer como tú.

—¿Loca? ¿Insegura? ¿Sin la menor idea de nada?

—Tan dulce que cuando estás cerca no sé si debo inyectarme una dosis de insulina. —Hice una mueca y me regaló otro de sus intentos de sonrisa—. Tan inocente que por alguna razón quiero conservarte de esa manera, que el sucio del mundo no te toque. Mi padre solía decirme que hace falta una dama para crear un caballero.

—Me vas a hacer sonrojar.

—Eso no requiere mucho esfuerzo.

Y sí, siempre podía contar con mi sonrojo para que viniera en el momento en que su nombre era mencionado.

—Entonces, ¿estamos bien? —pregunté tentativamente—. ¿Todavía somos amigos?

—¿Amigos?

—¿Conocidos amigables con tendencia hacia la diabetes? —Intenté con una sonrisa esperanzada y un movimiento de manos algo vago.

Greg hizo ese sonido en la garganta que podía pasar por una risa ahogada.

—Nunca intenté ser amable contigo, Sarah, mucho menos amigable. Mi intención fue siempre otra.

—¿Cuál?

—Me gustas, Sarah, mucho. Me gustaste desde el momento en que te vi agachada bajo la barra en el bar, y no lo digo en una forma amigable. Estoy seguro de que no puedes ni comenzar a imaginar el tipo de pensamientos que tengo sobre ti.

En ese punto creo que estaba muy cerca del fallo cardíaco.

—Y cada momento que paso contigo me gustas un poco más. Eres hermosa, eres dulce, divertida, eres diferente a lo que fui, a lo que soy, así que te voy a pedir que pienses bien las cosas. —Abrió los brazos a sus costados—. No tengo dinero, no tengo casa, trabajo en un bar donde casi nadie deja propinas, no fui a la universidad, nunca he salido del país y mi padre no fue un ciudadano modelo, tampoco yo lo soy. No soy el amigo adecuado para alguien como tú.

—¿Quién lo dice?

Dio dos pasos hacia mí.

—Yo lo digo, porque, además, recuerda que me gustas —dijo, su voz adquiriendo un tono más bajo, juguetón—. Ya te besé, tuve tu piel en mis manos, tu cuerpo debajo del mío, y no voy a olvidarlo. No te quedes en mi vida balanceando frente a mis ojos lo que no debo ni puedo tener. Eso siempre ha sido un mal incentivo para mí.

—¿Quieres que me vaya? —pregunté, ahogándome con mis propias palabras.

—No, quiero que pienses bien si quieres ser mi amiga. —Dio dos pasos más en mi dirección, introduciéndose lentamente en mi espacio personal. Había tanta piel al alcance de mi mano que era como estar en una tienda de dulces mientras estás a dieta. Eso hacía perfectamente entendible su razonamiento—. Porque te aseguro que no se quedará en eso y tú no eres del tipo de chica que viene solo por un revolcón y no creo que, tratándose de ti, vaya a conformarme con solo uno.

Por enésima vez en mi vida quise ser otra persona, una que supiera cómo actuar o, al menos, responder a ese tipo de declaración. Sin embargo, y tras el desastre de la noche anterior, decidí que mejor no interpretaba otro personaje, porque si intoxicada no me había salido bien, sobria no tenía ni siquiera una pista de por donde comenzar.

—Te voy a hacer una oferta...

—¿Una que no voy a poder rechazar? —pregunté, intentando aligerar el ambiente porque la tensión estaba a punto de hacerme trizas. Él seguía allí, tan cerca que cada segundo se me hacía más difícil no sentir su olor como componente integral del oxígeno que inhalaba.

—Puedes rechazarla, pero ten en cuenta que no la hago muy a menudo. —Con un dedo recorrió mi rostro lentamente, casi como un suspiro—. ¿Quieres ser solo mi amiga o quieres algo más?

—¿Algo más?

—Debo ser honesto y advertirte de que no he hecho eso de «algo más» desde que era un adolescente.

—¿En serio? —La voz me salió como un murmullo inteligible.

Se encogió de hombros.

—No te preocupes. —Se inclinó un poco y sus labios se situaron cerca de mi oído—. Puede ser algo que no haya hecho recientemente, pero tengo una buena idea de cómo se hace.

—Conozco el sentimiento —repliqué sin atreverme a moverme.

—Entonces, Blancanieves —murmuró en mi oído—, ¿te gustaría algo más?

—¿Estás seguro? —pregunté también bajito, porque estaba tan cerca que era posible que pudiese escuchar mis pensamientos. Además, era buen momento para hacer uso de mi táctica preferida mientras esperaba que se me pasara esa contracción en el estómago y la disnea.

—No —dijo en ese susurro cómplice, y sentí que debía salir corriendo—. De lo único que estoy seguro es de que es una mala idea, de que la realidad va a alcanzarnos tarde o temprano, pero, ya te lo dije, soy egoísta, y mientras la realidad se pone al día, quiero besarte una y otra vez hasta que tus labios estén hinchados, tu cabello desarreglado y hagas esos ruiditos deliciosos que hiciste anoche; pero primero necesito tu permiso. Quiero escuchar que digas sí.

Sus palabras no se habían extinguido cuando solté mi respuesta.

—Sí.

¿Qué más iba a decir? ¿Déjame pensarlo?

Sentí el aliento de Greg moverse por mi mejilla derecha lentamente, separarse de mí por unos segundos para luego ser sustituido por sus labios sobre los míos.

No hubo asalto esa vez, solo suavidad, pero aun en medio de la delicadeza, los besos de Greg tenían una cualidad demandante, una especie de canto de sirena que resonaba en mi interior y nublaba todo pensamiento que no funcionara bajo la orden codiciosa de querer más.

¡Y la barba!

La noche anterior no había reparado en que olía bien y daba cosquillas de esas que no dan risa. ¡Definitivamente, besar a alguien con barba tenía sus atributos estimulantes!

Pero más allá del vello facial, de los estímulos externos, estaba el beso.

Todos los pecados capitales obtenían su perfecta definición con ese toque de labios.

Lujuria, sí, también gula y avaricia. La pereza de no querer moverse y abandonar ese lugar en el tiempo y en el espacio; el orgullo de ser mis labios los que generaban esos ronroneos masculinos que salían de su garganta cada vez que nuestras lenguas se encontraban; la envidia de todas aquellas que alguna vez lo habían tenido y la ira por haber sido tan tonta para casi arruinar la posibilidad de que ese momento existiera.

—Tranquila, princesa. —Se separó de mí y tuve que resistir el impulso de perseguir su boca. Lo logré únicamente porque sus manos continuaron acariciando mi cuello, mis hombros, mis brazos, y había muchas sensaciones con las que distraerse—. «Algo más» significa que tenemos tiempo, que no hay que apurarse. Ven acá, vamos a conocernos.

Tomó mis manos entre las suyas mientras retrocedía hacia la cama, llevándome con él.

Di los primeros pasos solo guiada por el instinto, por ese deseo de seguir persiguiendo sus labios, hasta que el panorama se abrió a mi alrededor como el lente de una cámara que decidió, por voluntad propia, dejar de hacer primeros planos.

Fue entonces cuando dudé. No me detuve, pero mis pasos perdieron su seguridad. Incluso me cuestioné el hecho de que no hubiese preguntado en mayor detalle qué involucraba eso de «algo más».

—Es solo una cama —dijo Greg con una expresión demasiado inocente, leyendo la mía, que seguro era un gran signo de interrogación—. Sirve para dormir, sentarse, descansar, estar cómodo, ver televisión, conocerse...

Soltó mis manos, se sentó en la cama y dio unas palmadas al lugar a su lado.

—En sentido bíblico —dije sentándome tentativamente a su lado, pero dejando suficiente espacio entre nosotros.

—Qué mente tan sucia, Blancanieves. —Me miró de lado arrugando la nariz—. ¿Metías chicos por la ventana de tu habitación por la noche cuando eras adolescente para que te conocieran?

La carcajada que brotó de mi boca fue tan honesta como inesperada.

—Es muy difícil meter a alguien de incógnito por la ventana de la residencia de un embajador. —Volví a reírme ante la posibilidad—. Por lo general hay un jardín y para llegar a ese jardín, que tiene cámaras de seguridad, se debe atravesar una puerta con oficiales donde los que entran deben identificarse.

—¿Te metiste tú por la ventana de alguien?

Esa posibilidad era incluso más descabellada que la anterior.

—La escalada nunca estuvo entre mis deportes favoritos.

—Entonces te has perdido una parte fundamental de la vida de todo adolescente. —Se adentró más en la cama hasta que quedó acostado con la cabeza sobre la almohada, completamente relajado—. Así que ven acá, debemos rectificar esa situación de inmediato.

—¿Y qué parte fundamental me perdí?

—Se llama magreo.

—¡Oh, por Dios! —lo dije cubriéndome la cara porque sentía que estaba del color de un tomate.

—Ven acá —dijo con la risa brillándole en los ojos—. No sigas perdiendo el tiempo.

Su postura era tan casual en la cama, con las piernas cruzadas en los tobillos, las manos detrás de su nuca y la mirada tan traviesa, que el conjunto constituía una de esas invitaciones que no pueden rehusarse.

«No sigas perdiendo el tiempo», me dije refrendando para mí misma sus últimas palabras, y gateé a su lado.

Me eché boca abajo, las manos debajo de mi barbilla.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Me besas.

Sí, por favor, gracias.

Siguiendo las indicaciones, usé mis antebrazos como soporte hasta que alcancé su boca y lo besé.

Fue un beso breve, tímido, inocente.

Demasiado breve.

—Sé de primera mano que puedes hacerlo mejor —dijo con una mueca divertida.

Cuando regresé por más, una de sus manos buscó mi cuello y su boca hizo de ese beso algo mejorado.

Era tan fácil besarlo, tan fácil que esos besos escalaran, como un pequeño arrollo que sin intención va tomando fuerza en cada meandro, con cada afluente, progresivo, natural, los cuerpos acomodándose hasta que encontraban la posición perfecta para su propósito.

—Ven aquí.

—Estoy aquí —respondí confundida porque no podía estar más «allí». Mi pecho estaba sobre su pecho, mis manos enredadas en sus cabellos, mis piernas entrelazadas con las de él.

—No, me refiero a aquí. —Sin más preámbulo tomó mis caderas entre sus manos y me hizo sentarme a horcajadas sobre él—. Ahora tienes el control.

¿Lo tenía?

Solo de sentir la dureza de su cuerpo bajo el mío me ponía en un estado que era lo opuesto de estar en control. El corazón me latía a ritmo redoblado y, sin quererlo, mis muslos, los muy atrevidos, se apretaban a sus costados.

—Es más cómodo así —me dijo con suficiencia.

Cómodo, incómodo, carne con patatas... daba lo mismo.

Seguí besándolo porque eso era lo que quería, porque se sentiría bien, aunque estuviese en una cama de clavos, porque estaba ahogada de la vida y él era aire.

Sus manos se deslizaron debajo de mi suéter y acariciaron mi espalda desnuda, poco a poco, de forma casi distraída.

—Primera fase del magreo: se prueban los límites —me dijo entre beso y beso —, para ver si la chica está de acuerdo en ser tocada, si protesta.

Su tacto era tan cálido, suave, que por reflejo mi cuerpo se inclinaba hacia donde se movían sus manos.

—¿Y si no protesta?

Sus manos se deslizaron suavemente hasta mi cintura y se posaron allí unos segundos.

Me miró con una sonrisa pícara y levantó una ceja antes de que sus manos pasaran al frente y comenzaran a subir, deteniéndose para dar una caricia alrededor de mi ombligo y más arriba, hasta alcanzar la curva de mis senos.

—Sigue explorando —dijo, y creí escuchar su voz un poco más grave de lo habitual—, hasta que lo detengan.

—¿Y si no lo detienen? —Mi voz salió temblorosa, producto de la anticipación, y su sonrisa se ensanchó.

Sin previo aviso, sus manos aterrizaron de lleno en mis pechos y, para mi mayor vergüenza, un gemido escapó de mi garganta.

No recuerdo con exactitud qué fue lo que hizo allí. Sí tocó, acarició, haló un poco con sus dedos; pero el orden, los movimientos exactos, quedaron perdidos entre el estallido de sensaciones que recorrían mi cuerpo buscando algo, un escape.

Lo que sí quedó grabado en mi mente para siempre fue el momento en que una de esas manos bajó nuevamente, se deslizó por debajo de la cinturilla de mi pantalón de pijama y se detuvo al llegar a mi vientre.

No solo su mano se detuvo, todo a nuestro alrededor también lo hizo. Estaba segura de que si miraba por la ventana los coches estarían parados a la mitad de

la calle tal y como estaban mis pulmones, negándose a funcionar según lo establecido.

—¿No? —preguntó Greg, sus manos acariciando de forma cariñosa ese punto desde el que no se atrevía a descender.

No obstante, y a pesar del efecto paralizante, la respuesta no era una negación. Lo sabía y, aun así, me tomó unos segundos reunir el coraje para soltar las palabras.

—Sí.

Hay expresiones que no tienen nombre para describirlas porque involucran una serie de sentimientos para cuya mezcla no hay una palabra. En ese momento, por el rostro de Greg, pasaron, no en secuencia sino al mismo tiempo, asombro, deseo, alivio, alegría y la mezcla era un espejo del remolino que sentía.

La mano bajó, sí, y el contacto, cuando llegó a su destino, fue electrizante.

—Estás toda... —pero la frase quedó inconclusa cuando dos de sus dedos se encargaron de darle significado al deslizarse sin problemas de adelante hacia atrás y mi cuerpo a moverse según el ritmo marcado—, como me gusta, perfecta.

Sin pensar en que probablemente moriría de la vergüenza al recordarlo, apoyé mis manos sobre sus hombros desnudos al mismo tiempo que el ritmo de mis caderas se intensificó buscando, con cada movimiento, la fricción con esos dedos y con la dureza de Greg más abajo, más evidente con cada segundo en esa posición.

Lo escuché decirme algo, pero no supe qué, solo que la cualidad de su voz en ese momento rompió la última hebra que me mantenía atada a la cordura y comencé a perseguir el desenlace ayudada por el cuerpo de Greg, que se movía bajo el mío, por las palabras que decía, por mis propios sonidos.

El estallido llegó, no como un alivio, sino como las olas del mar que te alzan y se retiran para luego regresar, y Greg navegó todas y cada una de ellas conmigo, con sus dedos, con sus labios, con su cuerpo, hasta que exhausta caí sobre su pecho y todavía en ese momento me rodeó con sus brazos.

—Y así es como se hace —dijo sin poder esconder la sonrisa en su voz—. Eso es conocerse a través del magreo.

—Suenas complacido.

—Cuando te corres eres más hermosa de lo que pude imaginar.

Me removí incómoda porque una cosa era hacerlo y otra hablar de ello. Además, allí, debajo de mí, pude sentir que él estaba exactamente como antes: duro, caliente. Tuve que resistir el deseo de comenzar todo otra vez, solo que con menos ropa.

—¿Qué hay de ti? —pregunté, porque eso se suponía que uno debía preguntar en estos casos.

—Voy a hacer lo que recuerdo se hace en estos casos. —Con delicadeza me apartó hasta dejarme a su lado en la cama. Luego se levantó—. Voy a tomar una ducha de agua helada pensando en ti y a tratar de ponerle —hizo un gesto pícaro— manos a la obra.

Se me escapó una risa medio nerviosa medio avergonzada.

—Me va a estallar la cara.

Se inclinó y me dio un beso antes de darse la vuelta.

Quería decir algo, pero cualquier iniciativa verbal quedó para el olvido al ver el tatuaje que adornaba toda su espalda, desde el nacimiento del cuello hasta su cintura: era sin duda Caronte, el barquero del inframundo. Su figura encapuchada estaba erguida sobre la barca sin mirar las manos que desde el agua se alzaban pidiendo ayuda, pasaje. El tatuaje estaba hecho en tonos grises y contrastaba con lo colorido de los que adornaban sus brazos.

Greg desapareció tras la puerta de lo que asumí era el baño, pero, por alguna razón, la imagen en su espalda borró de un plumazo el calorcillo delicioso que se había quedado conmigo en la cama, dejando un frío que se asemejaba mucho a una advertencia.

Capítulo 12

—Entonces ¿qué haremos esta noche? —preguntó Mallory cuando terminó nuestra última clase del lunes, la única que compartíamos el primer día de la semana.

—¿Conquistar el mundo? —pregunté con un buen humor que me duraba desde el día anterior.

—Es lunes, Mallory —intervino Dante, quien, gracias a créditos atrasados, también cursaba Introducción a la Psicología—. ¿Te mataría quedarte una noche en tu dormitorio estudiando?

—No, no me mataría, pero sería tremendamente aburrido. —Mallory hizo una mueca, recogió su mochila y salió del salón—. Además, he escuchado que hay un bar muy bueno al este de la ciudad cuyo camarero está para morir.

Resistí el impulso de poner los ojos en blanco. Mallory estaba tejiendo telarañas cada segundo más creativas con el único objetivo de atraparme y averiguar qué había sido de mi vida desde el sábado en la noche.

—Ya deja de insistirle a Sarah con el tipo ese. Todavía me rehúso a creer que la dejaste irse con él de la fiesta.

—¿Si no iba a dejar que se fuera con él, para qué lo llamaría? —Mallory lucía una expresión de fingidamente confundida—. Lo que sí no puedo creer es que tú —me señaló con el dedo— no me hayas contado nada de lo que pasó.

—Porque seguramente no pasó nada —contestó Dante—. Sarah tuvo suerte...

—¿La tuviste? —me preguntó Mallory con una sonrisa aderezada con un movimiento de cejas.

—Tuvo suerte —continuó Dante—, de que ese delincuente no le hiciera...

—¡No es un delincuente! —salté a la defensiva.

Había planeado dejarlos hablar sobre mi vida como si yo no estuviera presente porque me hacía sentir menos incómoda que relatar anécdotas como una adolescente y mucho menos contarles lo que había pasado. Además, a pesar de

mis últimos avances, seguía siendo muy reservada sobre mis cosas. Era un hábito casi inyectado en mi código genético.

Sin embargo, las acusaciones contra Greg eran más de lo que estaba dispuesta a soportar.

—Greg es un caballero y es mi... amigo —dije a falta de un título mejor porque no iba a soltarles eso de es «mi algo más»—, así que te agradecería que dejaras de ser tan prejuicioso.

Les di espalda y salí del edificio hacia el estacionamiento.

—Sarah, por favor —lo escuché llamarme—, no te molestes.

Seguí caminando sin voltear hasta que mi visión periférica captó que Dante estaba caminando a mi lado.

—Es que no entiendo —continuó—, qué puede querer una chica como tú con un hombre como ese Greg.

—Si tuvieras una vagina —Mallory nos alcanzó—, y lo hubieses visto, aunque fuera una vez, lo entenderías perfectamente.

—Y luego acusan a los hombres de pensar con sus genitales —masculló Dante.

—No se trata de genitales —dije, deteniéndome en medio del estacionamiento.

—¿Ya viste sus genitales? —Mallory volvió a exhibir esa expresión codiciosa—. Es bien sabido que el avistamiento de genitales puede cambiar las perspectivas de una chica.

—Greg es amable —dije pasando totalmente del comentario de Mallory—, dulce, y siempre se ha comportado conmigo como un caballero...

—¿Te has preguntado por qué? —me interrumpió Dante.

—¿Qué?

No quería dar crédito a sus palabras porque si lo hacía iba a resultar un comentario tremendamente ofensivo.

—No seas ingenua, Sarah. ¿Por qué un camarero, un sujeto que, según me cuentan, tiene el aspecto de un integrante de Los Ángeles del Infierno, capítulo Detroit, sería amable y caballeroso con una chica universitaria rica cuya única familia vive al otro lado del mundo? ¿No has pensado en eso?

—No, no lo he hecho —respondí levantando la quijada en un movimiento que buscaba desterrar pensamientos que siempre intentaban colarse en mi desconfiado cerebro—, como tampoco me pregunto por qué un estudiante transferido del último año, un atleta becado que cosecha suspiros y admiración por donde quiera que pasa, se sentó en mi mesa durante la primera semana y me

pidió un lápiz con el muy poco disimulado propósito de empezar una conversación.

—No es lo mismo.

—No acostumbro a andar por el mundo pensando en las segundas intenciones de las personas cuando se acercan a mí. —Al menos ya no quería hacerlo—. Esa no es una manera sana de vivir.

—Estás sola aquí, Sarah. Sin familia, sin nadie cercano a ti, piensa en eso. Si algo te sucediera...

—¡Santo hombre Marlboro!

La interrupción de Mallory era la más aleatoria de todo el día, y eso que se especializaba en frases aleatorias en momentos inoportunos, por lo que no me quedó más remedio que mirarla, confundida.

—Si fuera un anuncio de cigarrillos —continuó Mallory, pero parecía no prestarnos atención—, me pondría de primera en la fila para el enfisema.

—¿De qué rayos estás hablando? —pregunté, ya cansada de toda aquella charla.

Por toda respuesta Mallory tomó mi quijada con una mano y movió mi cabeza hacia el fondo del estacionamiento y allí, muy cerca de mi coche, estaba Greg, recostado casualmente en una motocicleta enorme y negra, con un cigarrillo colgando de sus labios.

¿Alguien había mencionado a Los Ángeles del Infierno?

No podía recordarlo porque me estaba mirando y yo a él, y todo a mi alrededor desapareció. Mallory, Dante, los coches...

¡Bienvenida visión de túnel!

Sonreí sin darme cuenta y de la misma forma mis pies comenzaron a caminar hacia él. Me alcanzó a mitad de camino, tomó una de mis manos entre las suyas enlazando nuestros dedos y sin que fuera un pensamiento consciente estaba en la punta de mis pies con sus labios pegados a los míos.

Seguramente para los inocentes transeúntes podía parecer que estaban en medio del rodaje de un comercial de desodorante o del final feliz de una película romántica, pero en ese instante no podía pensar en otra cosa sino en que él estaba allí y se sentía bien besarlo.

Creo que había mentido, un poquito, con respecto a eso de los genitales porque, definitivamente, los míos daban un bailecito de alegría cuando lo veían.

Claro, ese viaje lejos del territorio del aquí y el ahora duró hasta que escuché una tos pronunciada a mis espaldas, una que no parecía tener nada que ver con alguna enfermedad ni partícula extraña en la tráquea, sino con un deseo de

regresarme a la cruda realidad.

Había olvidado que teníamos público.

Con una muestra enorme de fuerza de voluntad dejé ir sus labios, aunque conservé sus dedos entre los míos, y me volví a la incómoda audiencia.

—Mallory, ¿recuerdas a Greg? —Sonreí inocente.

—¿Cómo olvidarlo? —preguntó coqueta, y admiré su facilidad para decir esas cosas de forma tan desfachatada.

—Y él es Dante —proseguí con las presentaciones.

Greg extendió la mano a modo de saludo y, tras unos segundos de expectativa que, seguramente, solo yo noté, Dante la estrechó.

—¿Una Yamaha? —preguntó, señalando con la cabeza la motocicleta que yo ya había olvidado, y me pareció notar cierto toque de desdén.

—¡Es una V-Star 1300! —saltó Mallory dándole a Dante uno de sus típicos manotazos—. Es urbana y clásica, preciosa y ruda al mismo tiempo. No hables de lo que no sabes.

Greg la miró curioso, levantando una ceja, y con esa sonrisa que no era tal, y ante mis ojos, Mallory comenzó a derretirse como aquel muñeco de nieve que ansiaba el verano.

—Me gustan las motocicletas —Mallory se encogió de hombros—, y lamento lo de la tos, es solo que creo que la noche del sábado cogí algo en la fiesta y no me había tomado la molestia de comentarlo con nadie —me miró levantando una ceja—, por lo que es lógico que los haya dejado confundidos.

Greg me miró con un claro signo de interrogación en su rostro y yo solo negué levemente con la cabeza. Explicar a Mallory era una tarea titánica que no estaba dispuesta a acometer en ese momento.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté a Greg.

—Trabajo tarde esta noche y como mencionaste la hora en que terminabas pensé que sería una buena idea pasar por ti y llevarte a hacer un poco de turismo, comer algo, ver una película.

—¿En eso? —pregunté con horror viendo la motocicleta.

—Nunca has subido en una —dijo, y no era una pregunta.

—No es eso. —Por alguna razón su sonrisita de suficiencia me retó—. Es que mi coche está allí —y señalé al inocente vehículo—, y no puedo dejarlo aquí.

—Dame tus llaves y problema resuelto. —Mallory extendió su mano hacia mí—. También las de tu casa. Llevaré tu coche y dejaré las llaves en la barra de la cocina, puedes entrar después con las de repuesto que, como chica responsable, sé que tienes.

—Eres una terrible conductora —dije aferrándome a mi último recurso.

—¡No lo soy!

—Iré con ella —se ofreció Dante—; me aseguraré que no le dé un rayón cuando lo estacione.

—Todo resuelto entonces —dijo Greg todavía con una sonrisita, y estuve a punto de decirle que él, seguramente, no dejaría que nadie más condujera ese monstruo brillante y cromado que nos esperaba, pero la cuestión era que poco a poco ese temor a subir en la motocicleta había sido sustituido por algo que se le parecía mucho, en cuanto a la sensación de pesadez en el estómago, pero en vez de hacerme querer huir, me hacía querer ir con él.

—Está bien —concedí, y Mallory dio unas palmaditas de felicidad antes de extender nuevamente sus manos hacia mí.

—Ahora ve y monta esa bestia —dijo bajito, y por su tono y la forma en que sus ojos parecían estrellitas titilantes no creí que se refiriera a la fulana Yamaha solamente—, y después, quiero todos los detalles.

Para evitar dar algún tipo de respuesta o dejar que mi imaginación comenzara a vagar a Dios sabría dónde, me limité a sonreírle a Greg y dejar que me llevara a ese pedazo de maquinaria intrigante y desconocido.

Me puso el casco como si yo fuese una niña pequeña, lo que me pareció tierno, se subió y me acomodó tras él.

El primer pensamiento que tuve fue que se sentía muy sexy ir así completamente pegada a su cuerpo, aferrándome a sus abdominales de roca. Luego, la motocicleta se puso en movimiento y hasta allí llegaron los pensamientos subidos de tono.

Capítulo 13

—Reconoce que te gustó.

Lo que me gustaba eran las manos de Greg jugando cerca de mi cuello para quitarme el casco; también que su aliento estuviese tan cerca. Servía como un poderoso calmante de efecto inmediato.

—Claro que me gusta —dije casi en susurro dejándome llevar por las sensaciones de ese momento, hasta que me di cuenta de que no estábamos hablando de la misma cosa—. Quiero decir, gustó, gustó, en pasado, porque Detroit es como una Grecia urbana, llena de ruinas de un pasado industrial donde las cosas eran mejores.

Levantó las cejas e hizo una mueca divertida mientras guardaba el casco en una de las alforjas laterales de la moto.

—No creo que a nadie se le haya ocurrido antes comparar el Grande Ballroom con el Partenón.

—Eso es porque ni el Grande Ballroom ni el Gran Teatro de Michigan y mucho menos lo que queda de la iglesia de Saint Agnes están organizadas como atracciones turísticas —respondí, sintiéndome satisfecha por haberme librado tan fácilmente de mi metedura de pata—, sino más bien como lugares icónicos medio solapados. Bueno, claro, eso antes de la película con Hiddleston.

—Porque nada atrae más el turismo que unos vampiros emo. —Puso los ojos en blanco antes de tomar mi mano y guiarme dentro de la cafetería de Mina.

—Todavía no puedo creer que hayas visto una película independiente de vampiros.

Había sido una sorpresa cuando la citó en medio del estacionamiento que era ahora el Gran Teatro.

—Era en Detroit y eso me llamó la atención. —Se encogió de hombros—. Me gusta mi ciudad. He vivido aquí toda mi vida.

—¿Nunca has pensado en ir a otro lado?

Se detuvo frente a una de las mesas, la misma que habíamos ocupado en nuestra primera visita.

—Boston —dijo finalmente antes de sentarse.

—¿Qué hay en Boston? —Me senté frente a él.

—Oportunidades perdidas. —Sonrió un poco, pero era más una mueca, una con mucha amargura detrás. No era, evidentemente, un buen tema de conversación—. Pero mi pregunta, señorita —esta vez sí movió las comisuras en un gesto más placentero—, no se refería a Detroit y a sus lugares clausurados. Tu gusto por ellos lo dejaste bastante claro con todas las fotografías que tomaste.

—¿Entonces de qué hablabas? —pregunté, porque había perdido el hilo de la conversación.

—Montar, conmigo. ¿Te gustó?

—Oh. —Aunque se refería a la motocicleta, la forma en la que lo dijo hizo que se me subieran los colores y, otra vez, mi mente se entretuviera más de la cuenta en el terreno de la fantasía—. ¿Quieres la verdad?

—Siempre.

—Es una experiencia que podría no repetir y vivir sin ningún tipo de remordimiento.

—¿En serio?

—Me aterró —dije tratando de ser lo más honesta posible—. Me hizo sentir... —busqué la palabra adecuada—, vulnerable, expuesta. Estás allí con el viento, el asfalto y la velocidad, nada más, y no tienes ningún tipo de control sobre lo que puede salir mal. Eso me asusta.

No estoy segura de si la mirada de Greg era la de una persona que no entendía en lo más mínimo a lo que me refería o si, por el contrario, entendía demasiado.

—Bueno, de todas formas —dije, porque no quería seguir siendo analizada por esa mirada—, creí que preferías los coches.

—Si tiene motor y se desliza por el pavimento, es lo mío.

—Los aviones hacen eso, al menos para despegar.

—Están en mi lista de pendientes.

—¿Qué van a querer hoy? —Mina sonriente, como siempre, esperaba al lado de nuestra mesa con su delantal blanco y su libreta de pedidos.

—Hola, Mina —saludó Greg, y si bien no exhibía una sonrisa, su semblante estaba relajado.

—¿Modales? —le respondió la mujer sonriendo un poco más—. Estamos mejorando.

Greg torció el gesto, pero no había verdadera animosidad en su expresión.

—Un emparedado de *roastbeeff*, patatas fritas y café —ordenó.

—¿Y tú, dulzura?

—Probablemente necesitaré más tiempo —dije mirando a mi alrededor buscando alguna pista—. No soy una asidua como el aquí presente. —Y señalé a Greg con la cabeza—. Solo conozco los postres.

—Prueba la hamburguesa de pavo. —Lilly apareció de la nada justo detrás de Mina luciendo casual y hermosa con sus pantalones de camuflaje, su tradicional camiseta atada en la cintura y su moño a medio hacer. Zion estaba a su lado, tan familiar como su forma de vestir—. Le ponen cebollas caramelizadas y, si quieres, un extra de queso provolone, lo que es demasiado elegante para la gente de aquí, pero es delicioso, y no olvides la tarta de chocolate como postre.

—No como chocolate —dije en lo que fue más una reacción que una respuesta.

—Pensé que eras una desquiciada por los postres. —Lilly se encogió de hombros—. Al menos eso dijo Greg.

—Estoy seguro de que no utilicé la palabra desquiciada —saltó Greg.

—Seguro que fue algo parecido —Lilly hizo un gesto con la mano—, o tal vez te referías a otra situación.

Miré a Greg confundida y su expresión había cambiado. No podía decir exactamente en qué consistía el cambio, era como si una luz se hubiera apagado dejando solo sombras en sus ojos, una sombra peligrosa, de esas que solo toman forma tangible en las pesadillas.

—Probaré la hamburguesa de pavo con las cebollas, pero sin el queso —le dije a Mina, que todavía permanecía parada al lado de la mesa—, también con patatas fritas y una cocacola.

—Vimos la motocicleta afuera. —Zion fue el primero en hablar en lo que Mina se fue—. Pensamos venir a saludar. No imaginamos...

—Que estabas en medio de una cita —terminó Lilly mirando a Greg con una ceja levantada—, con ella.

—Lilly... —dijo Greg con un tono de advertencia—, compórtate.

—¿Quieren acompañarnos? —pregunté, porque Lilly no daba indicios de querer marcharse y la situación se estaba poniendo incómoda, pues la simpatía que había caracterizado a Lilly en nuestro primer encuentro parecía estar ausente.

—¡Gracias! —Lilly hizo amago de sentarse frente a mí, pero Zion la detuvo, tomándola por el brazo.

—No queremos interrumpir.

—Ya interrumpieron —dijo Greg.

—Acompáñennos —dije casi al mismo tiempo que Greg, por lo que le dediqué una sonrisa de disculpa—. Así puedes contarnos cómo va el coche.

Lilly se sentó junto a Greg, por lo que tuve que apretujarme hacia el fondo de mi sofá para hacerle espacio a Zion.

Greg estiró la mano sobre la mesa en mi dirección. El gesto era de apoyo, pero uno público y evidente, una declaración, que por nada del mundo iba a despreciar. Tomé su mano y él se encargó de entrelazar nuestros dedos.

—Entonces, Sarah —atacó Lilly con una sonrisa demasiado dulce—, ¿qué clase de mujer pide cebollas en su cita?

—No entiendo —dije confundida, no por la pregunta, esa con todas sus implicaciones estaba bastante clara, sino por la actitud ligeramente hostil de Lilly.

—Solo preguntaba en caso de que las cebollas sean una excusa —Lilly se encogió de hombros— para echar a Greg a la calle a las tres de la mañana bajo un aguacero y yo tenga que salir de la cama para ir a rescatarlo, a él y a su motocicleta, otra vez.

Por un momento me quedé con la boca abierta buscando algo que responder. Me sentía como la protagonista de una telenovela a la que, de la nada, le han dado una bofetada. Todavía atónita me volví a ver a Greg, esperando que toda la traición que sentía por haber hecho público uno de mis momentos más embarazosos se notara en mi rostro y, por si no era lo suficientemente expresiva, solté su mano.

—No te pedí que fueras a rescatarme, Lily —intervino Greg muy serio, mirando a Lilly de una forma de la que yo no quería ser objeto—. Llamé a Zion y tú viniste porque quisiste.

—Y no estabas en la cama —remató Zion—. Por una vez en tu vida deja de meterte en los asuntos de otras personas.

Lily hizo una mueca y luego me miró, todavía un poquito belicosa.

—Greg es mi amigo, es mi deber cuidar de él.

—Creo que es lo suficientemente grande para cuidarse solo —dije debatiéndome sobre si tomar mi bolso y salir de allí.

—Lo lamento, Sarah —me dijo Greg con expresión contrita—. Fui a la fiesta en mi moto y cuando me pediste que te llevara a tu casa, no pensé, y la dejé allá cerca de la universidad.

—Debiste decir algo.

—Estaba muy contento de verte, así que se me pasó. —Y por un momento

tuve ante mis ojos lo que debió ser Gregory Salinger cuando era un jovencito: lucía ligeramente incómodo, pero sonreía. Estaba segura de que si no tuviera tanta barba probablemente habría algo de color en sus mejillas.

—No lo eché a la calle —dije mirando a Lilly—. Bebí demasiado en una fiesta y no me sentía bien. Incluso le pedí que se llevara mi coche.

—Dijiste que no bebías mucho —dijo Lilly, todavía un poco desafiante.

—Y no lo hago. Por eso me sentó tan mal.

—Como siempre digo, hay que cuidar el hígado —dijo Zion sonriendo complacido—. Y quiero que conste que Greg nunca mencionó nada parecido a ser echado a la calle, aunque... —miró a Greg se reajo con una sonrisa pícaro—, sí dijo otras cosas sobre ti. Cosas lindas, dulces...

—Corta el rollo —le advirtió Greg—, ¡ahora!

—Como que te gustan los postres —prosiguió Lilly también sonriendo—, que estudias Trabajo Social en la universidad de Detroit y te ves adorable en un disfraz de Blancanieves.

—Cállate, Lilly —protestó Greg, y todos echaron a reír, incluyéndome.

—Creo que este es el momento más embarazoso de mi vida —dije, todavía riéndome al tiempo que cubría mi cara con las manos.

—Ponte en la fila y toma tu número —murmuró Greg—. Eso me pasa por andar con este par de idiotas. —Estiró la mano en mi dirección—. No dejes que te espanten, por favor.

—No te preocupes —dije, y volví a tomar su mano.

Mina llegó con nuestra comida, lo que me obligó a recuperar mi mano. Lilly y Zion ordenaron algo y el resto de la cena transcurrió en paz, la conversación en su mayoría centrada en el coche que Zion estaba reparando lo que me permitió, gracias a unas preguntas que no me dio vergüenza hacer, aprender algunas cosas, aunque fueran meramente enunciativas, sobre el funcionamiento de un motor.

—¿Y ahora, adónde van los tortolitos? —preguntó Lilly cuando ya íbamos saliendo.

—Voy a llevar a Sarah a su casa y luego a trabajar.

—Ustedes dos son de lo más...

Pero no terminó de decir eso que éramos, pues Zion se paró en seco justo en la puerta causando un pequeño congestionamiento.

Aunque no podía ver lo que sucedía afuera, sí sentí, a través de su brazo, el cuerpo de Greg tensarse.

Zion terminó de pisar la calle y Greg dejó ir mi mano para seguirlo.

—A la mierda. —Escuché decir a Lilly, y me apresuré a salir a ver qué

causaba tanta conmoción.

Afuera, en la calle, había un hombre sentado casualmente sobre la motocicleta de Greg y casi podía jurar que era el mismo sujeto que había intentado robar mi coche el día que nos conocimos.

¿Cómo era que se llamaba?

—Manny —dijo Greg hurgando en su chaqueta y sacando un cigarrillo.

—Hola, Greg. Está hermosa. —Señaló la motocicleta con una floritura—. No estaba seguro de si la habías conservado.

—¿Nadie nunca te ha dicho que nunca, nunca, bajo ninguna circunstancia, debes sentarte en la motocicleta de otro hombre? —preguntó Zion, quien, de repente, pareció crecer como diez centímetros.

—Eso no incluye a los amigos —dijo Manny con un bufido.

—No somos amigos —le dijo Greg con una voz neutra, carente de emoción. Se llevó el cigarrillo a la boca y lo encendió.

—Pero tenemos amigos mutuos.

—Levanta tu trasero y vete antes de que lo levante por ti —insistió Zion—, con mucho dolor en el proceso.

—Hades te manda saludos —dijo Manny sin hacer el más mínimo caso a las amenazas de Zion. Su mirada estaba enfocada en Greg—. Dice que te tiene un trabajo.

—Ya tengo un trabajo —dijo Greg fumando con una tranquilidad casi congelada. Era como si alguien le hubiese pasado un interruptor, uno que borraba de golpe al sujeto con el que había pasado la tarde, que regañaba exasperado a sus amigos, que me tomaba de la mano en la mesa, dejando en su lugar a un sustituto completamente carente de emociones que, sin decir ni hacer nada, activaba algo parecido al instinto de supervivencia en todos los que lo rodeaban.

Era un extraño, uno decididamente peligroso y no de una forma explosiva o incendiaria, sino calmada y eficiente.

—¿En un bar? —Manny bufó—. Es un desperdicio de talento y lo sabes. Además, te conviene ganar mejor, ahora que andas con esa florecita tan bonita. —Movié la cabeza en mi dirección—. Hades paga bien, más aquí afuera.

—No estoy interesado —dijo Greg dando un par de pasos hacia Manny, quien debía estar percibiendo lo mismo que yo, pues lo vi inclinar el cuerpo hacia atrás ante esa mínima aproximación.

—Hades dice que le debes —continuó Manny de forma un poco abrupta, apresurada, como si esperara que esas palabras evitaran que Greg siguiera

avanzando—, y que necesita de tu mejor talento, ese que está por encima de reparar coches y que, por cierto, no es servir cerveza.

—Mi deuda con Hades está pagada —dijo dando un paso más hacia delante, lo que hizo que Manny se bajara de la motocicleta apurado, sin ninguna gracia, exactamente como lo hice yo cuando mi paseo del terror terminó—. Es más, es él quien me debe. —Otro paso de Greg adelante y otro de Manny hacia atrás.

—Yo solo traje el mensaje —dijo Manny levantando las manos. Ya no sonreía.

Greg lo miró ladeando la cabeza y las comisuras de su boca se levantaron un poco. Sin embargo, no era de esas sonrisas que compartía conmigo, esas que, aunque apenas allí, tenían un calorcito que subía hasta sus ojos. Lo que le dio a Manny era más una mueca, una que cortaba como navajas afiladas.

—En la antigüedad —dijo todavía con esa sonrisa que no era tal—, los mensajeros que traían noticias no muy agradables pagaban las consecuencias, y no me hagas contarte lo que les sucedía a ciertos cobradores de impuestos.

—Estamos en el medio de la calle —dijo Manny mirando nervioso a su alrededor.

—Pero no es cualquier calle. —Greg volvió a ladear la cabeza—. Es mi calle.

—Ya este espectáculo de testosterona me aburrí —dijo Lilly acercándose a la motocicleta, mirando a Manny con expresión exasperada—. ¿No entendiste que no está interesado? Vete antes de que Zion pierda la paciencia, todos sabemos que no tiene mucha, y te parta la cara en el proceso. Sabes bien que se muere por hacerlo desde hace algún tiempo.

Manny levantó las manos en señal de rendición y en su boca volvió a aparecer la sonrisa, pero no era igual que la anterior. Esta era de gratitud.

—No hay que ponerse violentos, Zion. Eso fue hace mucho tiempo. —Comenzó a caminar, se detuvo frente a mi e inclinó la cabeza—. Señorita...

—Sigue caminando —dijo Zion con un gruñido—. No la mires.

Manny desapareció calle abajo, no sin antes volver la cabeza y guiñarme un ojo.

—Los años pasan y Manny sigue siendo un idiota—dijo Lilly sonriendo, pero, al igual que la de Manny, la sonrisa no era real y, para mayor incomodidad, Greg seguía parado en el mismo sitio, su cuerpo todavía rígido y esa expresión extraña en su rostro.

Era una especie de rabia contenida por los pelos, una que nunca había visto antes. Me hizo recordar algo que leí una vez, que para algunas culturas el infierno no era un sitio en llamas sino un lugar cubierto de hielo.

Por lo general, Greg parecía un sujeto peligroso, pero era más que nada por ser tan grande, tan serio y tener los brazos llenos de tatuajes. A pesar de ello, nunca tuve miedo de él, nunca hasta ese momento.

Por eso no me atreví a moverme, todos mis instintos gritaban «peligro», y como un animal asustado traté de pasar desapercibida, volverme pequeña, insignificante.

Eventualmente volvió la cabeza y sus ojos encontraron los míos, como si hubiese recordado que estaba allí en la misma acera. No se acercó. No sé si no quiso o no le agradó el temor en mi rostro.

—Zion —dijo sin dejar de mirarme—, ¿puedes llevar a Sarah a su casa?

Y en el silencio que siguió estaba una nueva oportunidad de escoger entre ser valiente o estar asustada. Entre la que se esconde y la que sale al mundo. Entre la que era y la que quería ser.

—¿Tienes otra cosa que hacer? —le pregunté sacando coraje de una reserva que no sabía que tenía—. ¿Todd adelantó tu hora de entrada? —E intenté una sonrisa.

—Sarah... —dijo, y cerró los ojos brevemente.

—Solo pregunto para saber si estoy siendo abandonada en medio de una cita. No estoy segura porque nunca antes me había pasado.

Abrió los ojos y, aunque esa llama de peligro seguía allí, algo de calor comenzó a asomarse, desterrando un poco de hielo.

—Pensé que no te gustaba andar en motocicleta.

—A ti te gusta. —Me encogí de hombros—. Puedo hacer alguna que otra concesión de vez en cuando. No te acostumbres.

—¿Estás segura? —preguntó, y extrañamente sabía que no se refería únicamente al viaje.

—Vamos —dije dando un paso al frente, tanto en el sentido literal como en el figurativo.

Capítulo 14

El trayecto hasta mi casa fue silencioso. No es que andar en moto fomentara mucho la conversación, pero el estado de ánimo que parecía envolvernos era uno que no admitiría palabras, ni aunque estuviéramos sentados frente a una chimenea con una copa de brandy durante una nevada en los Alpes.

Había preguntas que, sabía de antemano de acuerdo a mi experiencia, no encontrarían respuestas, porque esas respuestas no estaban en los hechos, sino en las reacciones a ellos, y esas eran las más difíciles de explicar.

El Greg que emergió frente al restaurante de Mina no era una versión que conociera. Estaban el Greg sexy, el dulce, el malhumorado y el intimidante y, ahora, este sujeto de furia calculada y fría que prometía una muerte dolorosa.

Llegamos, desmonté y Greg no hizo el menor amago de bajarse, tampoco me ayudó con el casco.

—¿No subes? —pregunté para estar segura, para certificar el silencio y la incomodidad no como una suposición sino como un hecho tangible.

—No quiero que se me haga tarde.

Sabía que era una excusa de mierda. Ese día Greg debía entrar a trabajar cerca de la media noche y todavía faltaban horas para eso.

Tenía ganas de reclamarle la mentira, de utilizar algún comentario sarcástico, alguna broma, que nos sacara de ese momento incómodo sin sentido; pero no se me ocurría nada porque el problema no era la escaramuza frente a la cafetería, el problema era el atisbo del Greg que había emergido en ella, y aunque una parte de mí estaba intrigada, a la otra le daba todavía un poco de miedito, y cuando el miedo me asaltaba siempre se me daba bien darle la espalda.

—Vale. —Fue todo lo que dije pasando el casco de una mano a otra—. Gracias por el paseo y la cena.

—Entra. —Señaló la puerta del edificio con la cabeza—. Está comenzando a hacer frío.

¡Ni hablar! El frío había entrado en mi cuerpo hacía bastante rato, pero no era un comentario que haría en voz alta. Al menos, no en ese momento.

Le devolví el casco y esperé unos segundos por algo más, pero no llegó.

—Buenas noches —dije haciendo un movimiento patético con la mano, estirando el momento, pero ya comenzaba a sentirme como una imbécil, así que me di la vuelta.

Justo antes de entrar al edificio volteeé por última vez, un reflejo inconsciente que lamenté instantáneamente. El seguía allí, la moto encendida y un vacío en sus ojos.

Ya en mi apartamento, me quedé unos segundos recargada sobre la puerta cerrada porque, de repente, me di cuenta de que estaba mortalmente cansada, física y emocionalmente y, por lo general, cuando eso ocurre solo quieres silencio y mandar todo lo demás a la mierda hasta que estés en condiciones de hilvanar un pensamiento coherente.

Estaba a punto de hacer exactamente eso, mandar todo a la mierda hasta la mañana siguiente, cuando los vellos de la nuca se me erizaron como si alguien me hubiese pasado por el cuello un dedo helado, dejándome con la extraña sensación de que el lugar donde estaba, de alguna forma, había dejado de ser mío, una certeza de que alguien estaba allí conmigo, observando, esperándome dentro de las paredes de mi apartamento.

Me concentré en respirar, en tener la mente clara para estudiar el paisaje a mi alrededor tratando de identificar, como había aprendido hacer muchos años atrás, de dónde provenía el pánico para saber si era solo mi mente o había algún tipo de evidencia.

La lámpara que estaba sobre una de las mesas de la sala, una que nunca usaba porque su luz mortecina no me agradaba, estaba encendida, y la puerta de mi habitación abierta.

Intenté recordar si la había cerrado en la mañana antes de salir, pero, aunque no podía dar con una respuesta, sí sabía con certeza que la lámpara no había estado encendida.

Afiné el oído tratando de escuchar algo.

Un ruido sordo, proveniente de un lugar impreciso, me paralizó. Era una sensación extraña: todos mis músculos, mis articulaciones y hasta mis pulmones parecían haberse petrificado y, aun así, sentí que iba a desvanecerme, que mi consciencia, mi realidad, se despegaba de mi cuerpo poco a poco.

Otro ruido me trajo de vuelta de mi parálisis, pero no era allí, no en mi casa, parecía provenir del piso de arriba.

Poco a poco, tratando de liberarme del curare psicológico, comencé a moverme. El valor no me alcanzó para internarme mucho en el apartamento, para ir hasta mi habitación o apagar la maldita lámpara, pero necesitaba sacudirme esa parálisis que invadía mi cuerpo y mi mente dejando un sabor en mi boca que conocía bien. No era miedo, no, era algo muy parecido al pánico.

La cocina parecía una buena opción, pues si tenía que correr podía salir por la ventana directa a la escalera de incendios. La luz allí también estaba encendida y había algo sobre mi perfectamente limpia encimera. Me acerqué con cuidado hacia el extraño objeto, esperando una explosión o algo vivo que me mordiera, y en lo que identifiqué lo que era pude volver a respirar, casi reí del alivio: mis llaves, las del coche, las de mi casa y una nota.

Ese era el porqué de las luces encendidas, de la sensación estilo papá oso de «alguien ha dormido en mi cama».

Tal y como lo habíamos acordado, Mallory había estado en mi apartamento para dejar las llaves de mi coche.

¡Era tan paranoica!

Nadie me estaba persiguiendo, nadie me acechaba, no había ninguna historia de terror en progreso.

Con las manos todavía algo temblorosas, tomé la nota, y no pude evitar sonreír al reconocer la terrible caligrafía.

«Sin un rasguño. Como pago por mis servicios, asalté tu refrigerador».

Finalmente dejé ir mi bolso que, aunque no me había dado cuenta, mantenía aferrado a mi costado como una tabla de salvación, y me dirigí a mi habitación sacudiendo los brazos no solo para liberar tensión sino para ventilarme, pues esos segundos habían bastado para que comenzara a transpirar.

Aunque mi mente enviaba convencida el mensaje de «todo está bien», a mi cuerpo le estaba costando un poco ponerse al día con el programa y se resistió al llegar a la habitación.

Como mis piernas se negaban a funcionar, estudié el entorno desde el umbral.

Obviamente, Mallory no solo había asaltado mi refrigerador, sino también mi armario, pues la puerta estaba abierta y el cobertor de la cama con arrugas. Estaba en proceso de poner los ojos en blanco por mi estupidez, y la incapacidad de Mallory de dejar de revisar mis cosas, cuando vi un chocolate en la mesa de noche.

No comía uno de esos desde...

«¡No! No recuerdes, no pienses, no vayas por ese camino», me gritaba una voz en el fondo de mi mente al tiempo que mis manos asían el marco de la

puerta en un intento por mantenerme de pie, pues en ese instante la posición más segura para mi cuerpo parecía ser el suelo con la cabeza oculta entre las piernas.

«Mallory come esos chocolates. La has visto hacerlo, seguro lo dejó allí. Es una coincidencia, solo una cruel coincidencia. Respira, respira...», me decía, ahora a gritos, la voz en mi cabeza.

El timbre de la puerta sonó y salté. Mi corazón acelerándose nuevamente.

Estaba a punto de ponerme a llorar de desesperación, pero en vez de eso cerré los ojos y traté de encontrar la voz de la lógica, el valor, allí donde no había estímulos visuales que activaran los recuerdos.

«No hay monstruos en el armario. Son coincidencias y tu cerebro está llenando los espacios en blanco con el peor escenario posible», me dije repitiéndolo una y otra vez.

El timbre volvió a sonar. Compuse mi expresión y con una calma que no sentía, no totalmente, salí de la habitación hacia la puerta.

En un gesto de desafío hacia mí misma abrí sin utilizar la mirilla.

No pude reprimir la sensación de alivio que me invadió incluso antes de procesar completamente la persona que me esperaba en el pasillo. Esa capa de calma que había intentado utilizar desapareció al momento en que mi mente perdió la concentración que la mantenía en su lugar.

—Iba de regreso y me di cuenta de que no me despedí —dijo Greg mirándome desde arriba de lo más serio.

Quería reír, llorar, dejarme caer al suelo hasta que los latidos de mi corazón decidieran estabilizarse.

Eso no se le hace a una mujer con los nervios de punta.

—Necesitas mejores modales —le respondí con una sonrisa de gratitud seguramente exagerada para esa situación en particular.

—Que tengas buenas noches, Sarah —dijo, y dio un paso al frente.

—Que tengas buenas noches, Greg —respondí traspasando el umbral.

Me tomó de la cintura pegando nuestros cuerpos y acercó sus labios a los míos. Por unos segundos estuvimos así, respirando el mismo aire, y toda mi paranoia se desvaneció.

Nada de lo que había en mi mente era real, pero esos brazos, ese aliento, ese calor, definitivamente lo eran.

—Lo siento —dijo prácticamente contra mi boca—. No pretendí irme así. Soy un idiota con un carácter de mierda.

«No, eres mi héroe, mi caballero andante que siempre aparece cuando lo necesito. Lo sepas o no, no me importa que puedas llegar a ser aterrador. Es más,

algunas veces, lo necesito porque eres capaz de espantar mis miedos».

—Aparentemente saber cómo se hace esto y hacerlo son cosas muy distintas —dijo todavía sin recorrer los pocos centímetros que separaban nuestras bocas —. Prometo mejorar.

—Bueno —dije con una sonrisita pensando que si este hombre mejorara debería tener su propia serie de historietas—, al menos sé que hay algo que sabes hacer bien.

—¿Y qué será?

Por toda respuesta pegué nuestras bocas dándole gran beso de buenas noches que esperaba supiera más a bienvenida y, para demostrar mi punto, tomé su camisa entre mis manos y lo atraje al interior.

No era simplemente que no quería estar sola allí, era Greg a quien quería por compañía cuando los miedos amenazaban con invadir mi espacio, y vaya que hoy lo habían hecho.

Cerró la puerta de una patada y el ruido no se sintió como definitivo o urgente, sino más bien juguetón, divertido. Fue como cerrarle la puerta a todas esas sombras que hasta hace minutos me acechaban en lo que debía ser mi santuario.

Con mis labios adheridos a los suyos, porque nunca me cansaba de besarlo, nunca tenía suficiente de esa cualidad que conjugaba a la perfección la ternura y la fuerza, y sin soltar su camisa, seguí internándome en el apartamento hasta que el respaldo del sofá frenó mi avance. Traté de sentarme en el mueble y traer a Greg conmigo, pero cuando tratas de moverte con otra persona, una muy grandota por demás, de espaldas y un poco apurada, te vuelves algo torpe. ¿Quién lo diría?

—Necesitas bajar la velocidad —me dijo separándose un poco.

—Trató de encontrar la ironía en esa frase. —Tomé un poco de aire porque estaba jadeando—. Tú, coches, motos, velocidad... pero no la encuentro.

Fui nuevamente por sus labios, pero se apartó.

Greg sonrió ante lo que seguro era mi expresión de indignación y me derretí. Nunca me cansaría de ver esas arruguitas alrededor de sus ojos cuando lo hacía.

—Siempre tan apurada. —Me guiñó un ojo—. Te recuerdo que todavía tengo que ir a trabajar.

—No hasta medianoche.

Y sin querer pensar que estaba limitada como Cenicienta a las doce campanadas del ominoso reloj, tomé el borde de mi camiseta con ambas manos y me la saqué.

Greg me miró y levantó las cejas en un gesto que quería parecer sorprendido y

juguetón, pero que quedaba completamente traicionado por la forma en que sus ojos se desviaban constantemente a mi sujetador blanco con pequeñas florecitas rosas y su lengua asomaba tímida mojando sus labios.

Sin embargo, no se acercaba. Seguía viéndome a la distancia, como todos los visitantes de la Iglesia de San Pedro se ven forzados a admirar *La Piedad*.

—¿Estoy ofendiendo tu virtud? —pregunté, porque me negaba a compararme en voz alta con una obra de arte.

—No creo que tenga una.

—¿Qué estás esperando, entonces?

—No quiero volver a escuchar que digas que eres tímida.

En dos zancadas estaba frente a mí, me tomó por la cintura pegándome a su cuerpo y sus labios me tomaron por asalto con brusquedad, devorándome.

No había terminado de procesar el asalto cuando, con sus manos en mis caderas, me dio la vuelta y pegó su cuerpo completamente a mi espalda. Sus labios trazando un camino desde mi cuello hasta mi hombro.

—Me gustas tanto que algunas veces creo que me vas a volver loco. —Y con un leve empujón pegó sus caderas a mi trasero, haciéndome sentir la evidencia de cuánto le gustaba—. Estoy ejercitando mi fuerza de voluntad para no doblarte sobre esa mesa, bajar tus pantalones y enterrarme en ti. —Se movió rítmicamente contra mí e instintivamente mi cuerpo imitó sus movimientos—. Cuando me acuesto cada noche tengo las más deliciosas fantasías en las que estás de rodillas frente a mí y me lames, me chupas, mientras tomo tus cabellos entre mis manos y los acaricio. Estoy cansado de limpiar los rastros de mi deseo mientras tu voz suena en mi mente jadeando mi nombre, pidiéndome más. Estoy completa y absolutamente obsesionado contigo.

Traté de decir algo casual, divertido, al menos coherente, pero cuando abrí la boca solamente quedaban neuronas para emitir una especie de jadeo que quería aparentar ser una palabra de aliento.

—No quiero que esto sea algo casual, no quiero alguien con quien acostarme cuando alguno de los dos sienta ganas. Quiero algo más y para eso debo aprender primero todo lo que necesito saber para que veas estrellas cada vez que te toco. Si te gusta que te bese el cuello —sus labios delicadamente se posaron en ese punto donde latía mi pulso—, o que te muerda un poco —sus dientes tomaron la piel de mi hombro—, si te gusta que te acaricie lentamente —sus manos subieron por mis costados y aterrizaron en mis pechos, donde un dedo trazó el contorno de la aureola por encima de la tela—, o no.

Sus dedos se cerraron sobre mis pezones y comenzaron a halar con muy poca

delicadeza.

Una advertencia en mi cabeza trataba de decirme que algo no estaba bien, que las palabras de Greg no respaldaban lo que sus manos estaban haciendo, pero, si era honesta, en esos momentos podría estar recitando la Biblia y no hubiese notado la diferencia, pues lo único que notaba era el arrullo sensual de su voz que sí se correspondía, y además era parte integral de todo lo que me estaba haciendo sentir.

—Eso es lo que para mí significa algo más. No quiero que seamos para el otro un cuerpo donde descargar una necesidad, un alivio para un estado de ánimo como el que tengo esta noche, donde sentirse bien un rato y nada más —continúo, con la misma cadencia en la voz—. Quiero conocer cada parte de tu cuerpo por fuera. Cada lunar, cada peca, cada olor hasta que quede en mi memoria, hasta que pueda besarte en el lugar correcto aun medio dormido. Solo entonces descubriré cómo se siente estar dentro de ti, la forma en que late a mi alrededor, cómo me aprietas... Hoy menos que nunca es el día para eso, ¿estamos claros?

Y tras un beso final en el hombro sus manos me abandonaron y luego también desapareció el calor de su cuerpo. Esperé, no sé cuánto tiempo, lo que vendría a continuación hasta que finalmente, con algo de retraso, sus palabras comenzaron a tener sentido.

Me volví y allí estaba yo, en una versión no completamente apta para todo público de una comedia romántica: una chica, en sujetador y vaqueros, parada frente a un chico... escuchando unas palabras que hacían mi boca agua pero que, aparentemente, me iban a dejar hambrienta.

—No puedes seguir haciéndome esto —dije tratando de controlar mi respiración.

—No quiero que nuestra primera vez juntos sea apurada. Quiero perderme en ti sin ver la hora y si no llego a trabajar Todd va a matarme.

—Me gustas mucho más vivo —concedí.

—Pero puedo hacer algo por ti antes de irme. —Dio dos pasos hacia mí y deslizó un dedo por la cinturilla de mis pantalones—. Con mi boca, entre tus piernas. Trabajaría toda la noche con tu sabor en mi lengua.

—Creo que necesitas irte ahora o atenerte a las consecuencias.

—¿Y cuáles serían esas consecuencias?

—Te voy a atar a mi cama.

—Y allí va otro escenario para mis fantasías. Te prometo que tomaré en seria consideración tu amenaza cuando me vaya a dormir. —Se inclinó y me dio un

beso, uno muy breve—. ¿Y tú? ¿Pensarás en mí esta noche cuando estés en tu cama con las luces apagadas?

La pregunta me tomó tan por sorpresa que me quedé abriendo y cerrando la boca como un pececito fuera del agua.

—Siempre me quedo dormida al momento en que mi cabeza toca la almohada —respondí en lo que pude dejar de boquear y conjurar una expresión desinteresada—. No tengo pensamientos de ese tipo.

—No te creo, pero por si acaso... —Nuevamente se inclinó, levantó mi quijada con sus manos y me dio un beso de esos especialmente diseñados para bajarle las medias hasta a alguien que no las estuviera usando—. Ahí te dejó algo con un poco de incentivo.

Me guiñó un ojo y caminó hacia la puerta.

—Te acompaño.

—Me encanta como te ves —movió un dedo en mi dirección—, pero no estoy seguro de si quiero que otras personas disfruten la vista.

Me miré y solo entonces recordé que había estado caminando por la casa en sujetador.

—Buenas noches, Sarah.

Capítulo 15

«Todavía quiero que me digas lo que hiciste anoche en tu cama después de que me fuera, para recrearlo con mi boca».

Despegué, con mucho esfuerzo, la vista del teléfono y espíe a ambos lados para ver si alguien tenía el sexto sentido necesario para saber el tono de esa conversación. Estaba convencida de que en la cafetería llena de gente debería haber, al menos, una persona con habilidades especiales que pudiese ver en mi mente el mensaje que acababa de recibir.

Si eso no ocurría, pues no estábamos en un cómic de Marvel, seguramente la risita medio pícara, medio avergonzada, que solté me delataría o el hecho de que, seguramente, estaba del color de un tomate.

Apagué la pantalla haciendo desaparecer el mensaje de Greg, tratando de restablecer la normalidad de mi existencia, porque, aunque comenzó a enviar mensajes similares cerca de mediodía, en medio de mi clase de Comportamiento Social para más detalles, todavía me generaban ese mismo efecto de ser una niña muy pero que muy atrevida, eso sin mencionar que, tras varias insinuaciones, mi mente se estaba poniendo creativa con los escenarios.

El camarero llegó a tomar mi orden y aproveché la ventaja de tener cerca de mi casa un lugar que sirviera desayunos durante todo el día para pedir panqueques, huevos y tocino, aunque fuesen las cuatro de la tarde. Alguna vez leí que la comida era un buen sustituto para otras cosas y los mensajes de Greg dejaban una necesidad que requería ser llenada con alguna cosa, aunque fuese tocino.

Además, esperaba que el plato, que seguramente sería enorme, me durara hasta que Mallory apareciera. Me acorraló por la mañana en la universidad para implorar ayuda con una emergencia de vestuario. Necesitaba, urgentemente, que la acompañara a comprar algo de ropa formal para un evento familiar al día siguiente y, como sus clases terminaban mucho después que las mías, regresé a

casa para cambiarme y comer algo.

Claro que, conociéndola, preferí esperar en el café. Si le daba la oportunidad de subir al apartamento, sería muy difícil escaparme de las mil de preguntas que seguramente debía tener acumuladas sobre Greg y su aparición en el campus el día anterior, beso público incluido. Tener la boca llena era la mejor excusa para evitar responder preguntas íntimas.

Con los mensajes de Greg en segundo plano, y sintiéndome más atrevida que avergonzada, encendí nuevamente la pantalla del teléfono y, sonriendo, escribí la respuesta:

«Pensé que dijiste que no había que apresurarse».

La respuesta no tardó en llegar:

«Dije que iba a conocer cada parte de tu cuerpo. Me estoy ateniendo al plan original».

En ese punto, la sonrisa en mi rostro era suficiente para que me contrataran para un comercial de dentífrico y no fue derrotada ni siquiera cuando sentí a alguien de pie a mi izquierda.

Todavía sonriendo volteé a ver al camarero, pues la comida sería un beneficio adicional a mi maravilloso estado de ánimo, solo que no era el chico que debía traer mi desayuno vespertino quien esperaba de pie al lado de mi mesa, sino un hombre que era capaz de generar tantos sentimientos encontrados que mi sistema nervioso colapsó, dejándome momentáneamente catatónica.

Sorpresa, miedo y alegría se mezclaron produciendo una nada tumultuosa, pues Asher Reed hacía que mi corazón se acelerara con un amor instintivo, primario, pero que estaba contaminado por un resentimiento que no entendía a ninguna explicación o razonamiento lógico, tan implacable como los sentimientos de un niño decepcionado. Con él, amor y odio iban tan a los extremos que se encontraban convirtiéndose en una sola cosa.

Estuve a punto de decir algo poco agradable, una especie de mecanismo de defensa, pero no me convenía hacer una escena. Mi niña interior quería levantarse e irse en medio de gritos indignados, la adulta sabía que esta visita no era gratuita ni presagiaba nada bueno.

Calma. Debía mantener la calma.

—Señor Reed, esto es una sorpresa. —Conjuré una sonrisa que sabía amarga y era distante, como la formalidad que ahora nos obligábamos a utilizar—. ¿Qué trae al fiscal general de Washington a Detroit? Parece que está un poco alejado de su área de influencia.

—Sarah. —Lo vi hacer una mueca que, de seguro, se parecía mucho a la mía.

Nunca le había gustado llamarme por ese nombre, pero no sería él quien rompiera las reglas y botara al traste la preciosa carrera que construyó sobre los hombros del sufrimiento de su familia—. ¿Me puedo sentar?

—Seguro. —Hice el gesto respectivo con la mano. Esperé que desabrochara su chaqueta de tres botones y se sentara frente a mí concentrándome en el nudo windsor de su corbata. Ni pensar que, solo por él, había aprendido a hacerlos.

—Ha pasado tiempo desde la última vez que hablamos.

—Años —lo corregí, tratando, y fallando miserablemente, de ocultar la amargura—. Creo que incluso fue antes de que me mudara a Alemania. —Por su expresión supe que mi golpe había dado en el blanco. No podía darle tiempo a recuperarse—. ¿Cómo está su esposa? ¿Todavía trabaja para el Departamento de Estado?

—Sabes que sí.

—¿Y su hijo? ¿Jonah es su nombre, verdad? Ya debe de ir al instituto. No lo he visto desde que aprendió a hablar.

—Fue lo mejor —suspiró—, para ti... para todos. Lo sabes.

El camarero escogió justo ese momento para regresar con mi orden, la cual ya no podría comer debido al nudo que se había instalado en mi tracto digestivo. Ni siquiera se veía apetitoso.

Asher ordenó café.

Por mucho tiempo ensayé todo lo que quería decirle, una especie de terapia en la cual repasaba las líneas antes de dormir. Sin embargo, por alguna razón, seguramente calculada por él, nunca se dio el momento.

No imaginé que teniendo la oportunidad sería tan difícil, que las palabras no acudirían tan fácilmente como cuando practicaba frente al espejo o en la ducha.

Si estaba molesta antes, ahora mucho más. La frustración haciendo el papel de interés retroactivo.

—Hablando de lo correcto —dije mirando mis panqueques enfriarse y sumando en la mente otra razón para estar molesta: un perfecto desayuno vespertino arruinado—. ¿Le parece adecuado, señor Reed, estar aquí conversando conmigo? Es un sitio público, estamos sentados justo frente a la ventana. Cualquiera podría vernos.

—Nuestras familias han sido amigas incluso antes de que nacieras. —La frialdad en su voz, el pragmatismo, todos esos atributos que lo habían convertido en un gran abogado, clavó doscientas espinas más en mi corazón justo cuando creía que ya no había espacio—. No tendría nada de raro que pasara a ver a la hija de un gran amigo cuando estoy de visita en la ciudad.

Hubiese podido seguir el juego, encontrar alguna otra espina que clavar o finalmente reunir el valor para hacer todas las preguntas sin respuesta, pero decidí que era mejor cerrar la puerta. Nadie puede reescribir el pasado y las recriminaciones, los porqué, no cambiaban nada.

—Estoy esperando a alguien —dije intentando sonar aburrida.

—¿Gregory Salinger?

—No. —Mi negativa salió como una expresión de sorpresa, indignación, pánico y tristeza y ni de cerca se acercaba a lo que estaba sintiendo—. No hagas esto, Asher.

—No debiste regresar, Sarah. Debiste quedarte en Europa, tener una vida maravillosa allá. Ese era el plan. —Por un momento, pude ver un atisbo de angustia pasando por sus ojos, humanizando su cuidada apariencia, en la que ni siquiera uno de sus rubios cabellos se salía de lugar, hasta las canas en sus sienes parecían salir en un orden previamente establecido. En el pasado estaban los días de risa, de espontaneidad, de desayunos quemados y tardes frente al televisor—. Desde que estás aquí, vivo angustiado por lo que pudiera ocurrir. No duermo, no tengo tranquilidad...

Y solo con esas palabras cualquier simpatía que su rostro atormentado pudo generar en mí, desapareció.

—¿Es por eso que me vigilas? ¿Por tu tranquilidad? —Agité las manos frustrada—. No creo que te importe, pero por primera vez en mucho tiempo estoy feliz, tengo algo por lo que salir de la cama cada mañana, una vida, amigos...

—¿Gregory Salinger? —insistió, y cada vez que mencionaba el nombre de Greg, el amor que inevitablemente sentía por Asher disminuía y el odio crecía.

—Mi vida privada, con quien salgo, no es de tu incumbencia. Renunciaste voluntariamente a ese privilegio.

—Eso no significa que deje de preocuparme.

—No tienes nada de qué preocuparte.

—Acaba de salir de prisión.

Las palabras dejaron su boca y el mundo quedó en estado de animación suspendida. No podía escuchar ni una vajilla sonar contra un cubierto o la máquina de café soltando vapor. La gente a mi alrededor parecía hasta haber dejado de conversar.

—¿No lo sabías? —insistió.

Era un abogado, a fin de cuentas, y uno muy bueno. Parte de su trabajo era buscar la sorpresa en una declaración y atacar. Por algo se decía en los corrillos

políticos que sería, en un futuro no muy lejano, fiscal general, uno de los más jóvenes de la historia. ¿Qué edad tenía ahora? ¿Cincuenta? ¿Cincuenta y uno? No aparentaba muchos más de cuarenta.

—Tu nuevo novio —prosiguió aprovechando mi estado de shock, el silencio necesario para procesar la noticia y la erupción de sentimientos que había generado— pasó los últimos cinco años de su vida en Greenville, una prisión federal, convicto por robo a gran escala, extorsión y asalto, además de otros cargos menores, como resistirse a la autoridad. Salió apenas hace seis meses. Su sentencia fue leve porque tuvo el mejor abogado defensor de todo Michigan, pero no te equivoques, proviene de una familia criminal, tiene un pasado criminal, sigue siendo un criminal.

—¡No lo es! —Honestamente, mi afirmación no tenía ningún tipo de sustento, y eso no ganaba ninguna discusión con un abogado, ni quiera podía argumentar un «lo conozco», servir como un testigo de carácter, porque recién había entrado a mi vida, pero había cierto instinto de protección que se activaba cuando se trataba de Greg. Tal vez era la terca negación de quien se resiste a abandonar algo que le gusta, aunque dañino, o simplemente el deseo infantil de poder, por alguna vez, hacer algo contrario a lo que Asher Reed consideraba correcto—. Todos tenemos un pasado, abogado, todos hemos cometido errores. Usted, como representante del Estado, debería tener más fe en la reinserción social.

Asher bufó.

—Ese es un buen concepto para ponencias o cuando se dan clases, no para la realidad y menos cuando tú estás involucrada. Un exconvicto no es el tipo de hombre con el que te conviene pasar el tiempo —hizo una pausa—, por muchas razones.

—Gracias por la información. La manejaré como crea conveniente.

Hice amago de levantarme e irme. Necesitaba hacerlo. A pesar de mi bravata, la información había movido el piso de mi nueva vida y los naipes de mi castillo se enfrentaban ahora a un temporal. Nunca lo reconocería, pero, como siempre, una parte de mí sabía que Asher tenía razón.

Debía procesar la información, sola, lejos de esa mirada que todavía tenía autoridad sobre mí, pero el fiscal tenía otros planes. Tomó mi brazo y me obligó a permanecer sentada.

—Cuando Salinger llegó a prisión, inmediatamente fue protegido por una pandilla llamada Hijos del Infierno liderada por Garon Lincoln, alias Hades, y rápidamente escaló posiciones dentro —me dijo en susurro.

«Hades».

El nombre disparó más signos de alerta. Era el nombre que Manny había usado anoche para ofrecerle trabajo a Greg, el nombre que había desatado la tormenta de hielo.

—Hades —prosiguió, echando con cada palabra una pala más de porquería para manchar irrevocablemente mi vida— ha sido vinculado por muchos años con Emiro Salazar.

Ese fue su golpe mortal.

El nombre Emiro Salazar conjuraba un rostro y una voz que todavía aparecían frecuentemente en mis pesadillas. No era una imagen que quisiese asociar con Greg, y pelear contra las conexiones que mi cerebro hacía de forma automática me estaba generando mareos. De un momento a otro mi nariz iba a comenzar a sangrar como la de Once en *Stranger Things*, más cuando tenía al mismísimo doctor Brenner sentado al frente.

Tenía que salir de allí... y dejar de ver Netflix.

Preferiblemente en ese orden.

—Tengo que irme. —Miré donde su mano todavía me sostenía—. Por favor.

Aunque odié la súplica en mi voz por todas las veces que, bajo diferentes contextos, la había utilizado con él, aparentemente el tono surtió efecto, pues me soltó. Tal vez también recordaba, tal vez no era tan inmune como creía.

—Lo único que he querido siempre es mantenerte a salvo —dijo, y podía jurar que había mucho de arrepentimiento en su mirada.

—Debes estar haciendo algo mal, porque siempre fallas.

Capítulo 16

Greg me prometió que seríamos «algo más» hasta que la realidad nos alcanzara. Lo que nunca imaginé era que su realidad y la mía se encontrarían en ese cruce de caminos donde historias antiguas aseguraban que los demonios podían ser convocados.

Lo último que necesitaba era que el demonio regresara para seguir torturándome, tanto literal como figurativamente.

Obviamente no esperé a Mallory, y tampoco tuve cabeza para llamarla y cancelar. Como la cobarde que era me fui a casa, cerré la puerta, apagué el teléfono e hice oídos sordos a los llamados en la puerta.

No sé cuánto tiempo estuve sentada frente a la ventana viendo a la gente en la calle, envidiando la normalidad de su vida, esa capacidad de ir a algún lugar, conocer a alguien y que lo más oscuro que pudieran encontrar en su armario fuese un corazón roto, una equivocación, una multa de tránsito o, en el peor caso, un grave problema de higiene o de sentido estético.

Mucha gente podía vivir toda su vida sin cruzarse con alguien que hubiese cometido un delito grave y pagado con pena de cárcel por ello y yo, con seguridad, había favorecido la estadística para todos los habitantes del edificio, tal vez incluso de la calle entera.

«Soy el polo positivo del imán que siempre atraerá el negativo», me dije.

Me daba vergüenza admitir que quería llamar a mis padres como la niña pequeña que, algunas veces, todavía sentía que era, pero, viéndolo desde el punto de vista práctico, con seguridad tomarían el primer vuelo disponible y me convencerían de irme con ellos de regreso a Europa, a la jaula de oro que nunca se sintió como tal pero que, a la luz de las nuevas experiencias, reales o fabricadas, había perdido parte de su brillo.

Toda la lógica me decía, gritando para más detalles, «olvídate de Greg y desaparece. Es un convicto. Estuvo en la cárcel y, si eso no es suficiente, no

puedes tomar riesgos si el nombre de Salazar está en el panorama», pero el problema era que no quería, no otra vez. Amenazas y posibles escenarios catastróficos aparte, me gustaba mi nueva vida, me gustaba Detroit y, por sobre todas las cosas, me gustaba el chico del bar. ¿No había renunciado ya a muchas cosas?

En mi actual situación de callejones sin salida y decisiones imposibles, lo único que me quedaba era ahogar mis penas, derivadas de las injusticias de la vida, en un gran bote de helado.

Tenía helado en casa y cualquier excusa era buena para tomarlo directamente del bote, pero no me ponía de pie e iba al refrigerador porque me negaba, una y otra vez, a verme a mí misma como una víctima, aunque fuese de las inevitables circunstancias. Era un papel al que, tras muchos años de terapia, había renunciado.

—Sarah, ¿estas allí? —La voz, acompañada de unos suaves golpes en la puerta, me hizo querer correr en dos direcciones opuestas: a un armario a esconderme y hacia ella, pues la sola presencia que acompañaba a esa voz me hacía olvidar las sombras que me rodeaban.

El impulso que ganó no fue una sorpresa: mi vida necesitaba más interacción humana y menos esconderse en las sombras.

Sí hice un gran alarde de fuerza de voluntad para no lanzarme a los brazos de Greg cuando, en lo que abrí la puerta, lo vi levantar una mirada preocupada hacia mí.

—¿Estás bien? —preguntó—. ¿Estabas llorando?

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté, porque era mi táctica usual, porque no quería decirle que no, que no estaba bien, y porque si había estado llorando no me había dado cuenta.

—Mallory me llamó. —Greg avanzó hacia el apartamento como si fuese lo más natural del mundo y lo dejé entrar porque no se me ocurrió impedirselo—. Me dijo que habían quedado, pero no apareciste, que tu teléfono estaba apagado y que no atendías a la puerta, aunque el conserje le dijo que te había visto entrar. Estaba preocupado.

—¿Cómo tiene Mallory tu número? —pregunté, porque, extrañamente, eso fue lo que llamó mi atención, tal vez porque era lo más fácil.

—No tengo la menor idea y no se me ocurrió preguntar. —Avanzó hasta el medio del salón—. ¿Qué pasa?

—Me quedé dormida —mentí, porque eso de contestar preguntas con otras preguntas no servía por periodos prolongados.

—¿Llorando? —Levantó las cejas dejándome claro que mis famosas mentiras, que mi talento como embustera, me había fallado—. Dime qué pasa.

—¡No quiero!

Mi voz salió con una fuerza que no había esperado, el grito de alguien que se encuentra entre la espada y la pared, desesperada y al mismo tiempo exasperada, y no creo que mi declaración estuviese relacionada únicamente a la voluntad de hablar. Había tanto que debía hacer ahora y no quería.

Claro que Greg no estaba en mi cabeza para saberlo y ante la violencia de la respuesta dio un paso atrás y levantó las manos.

—Está bien. —Dio otro paso más—. Ya vi que estás viva y dejaste muy claro que no quieres hablarme. Llámame si cambias de opinión.

Sabía que se iría y esa era la solución más fácil. Estaba hecho. Solo tenía que esperar, sin decir nada ni expresar nada, que se fuera. Era el primer paso, todo lo demás dependía de ello. Luego simplemente tenía que evitarlo, esconderme, hasta que se cansara de buscarme y, si no me dejaba inundar por nociones románticas, podía convencerme de que ese escenario de indiferencia ocurriría rápido. A fin de cuentas, la gente entra y sale de tu vida y no estás constantemente intentando saber qué pasó con cada uno.

Greg y yo tuvimos algo, nada que bajo los estándares actuales pudiese clasificarse de trascendente o definitivo, nada que, objetivamente hablando, podría ahora estar interesada en mantener. ¿Por qué entonces se me hacía tan difícil? ¿Por qué, tras una vida de decisiones prácticas y ajustadas a las circunstancias, era precisamente en este momento en el que quería rebelarme?

Mientras sentía la inevitabilidad de su partida, una voz en mi cabeza me recordaba que eso era lo mejor; para mí, para él, para todos, pero la voz se parecía a la de Asher Reed y eso era un incentivo para hacer lo contrario.

—Greenville.

Esa palabra bastó para que se frenara en seco, su columna adoptando una rigidez que no tenía antes y, a pesar de ello, pude volver a respirar simplemente porque él no estaba dando los literales pasos, necesarios por las circunstancias, para salir de mi vida.

—¿Quién te lo dijo? —preguntó sin voltear—. ¿Zion? ¿Lilly?

—¿Importa?

—No realmente. —Y retomó su camino hacia la puerta.

—Por qué...

—¿No te lo dije? —Se volteó y había pena en sus ojos, una que se parecía mucho a la tortura, a la derrota—. Créeme que lo pensé, pero no encontré la

forma ni el momento adecuado. No es algo que se deje caer casualmente en una conversación, algo como «me gustas mucho y, por cierto, acabo de salir de una prisión federal de media seguridad».

—Apuesto a que más de uno ha usado esa frase para conocer chicas. —Intenté sonreír.

—No a una como tú.

«En eso tienes razón, aunque no por lo que crees».

—De cualquier forma, no iba a preguntarte por qué no me lo dijiste. Lo entiendo. —En más de una forma. Entendía la necesidad intrínseca de las mentiras—. Solo quiero entender por qué.

«Y prolongarlo un tiempo más, seguir sintiendo esta pena que será mejor que la ausencia».

—Es una larga historia.

«¡Aleluya!».

—Entonces, mejor te sientas y hago café.

Sonrió, solo una pequeña mueca, mitad resignación mitad desconcierto.

—Siempre me sorprendes.

—Espera que pruebes mi café —dije sintiéndome ligera por la posposición de la sentencia. Era lo mejor que iba a obtener: unos minutos más antes de lo inevitable—. Será una gran sorpresa y no de las buenas.

Fui a la cocina a preparar la cafetera.

—Mi padre era un delincuente.

La voz de Greg me sorprendió. Me había seguido hasta la cocina, pero no abandoné ese arduo trabajo que significaba preparar café, al menos aparentemente no lo hice. Si algo sabía yo era sobre contar historias difíciles y el espacio que requería.

—No era un ladrón de poca monta, tampoco un gran mafioso. Tenía una alta posición en una de las pandillas de la ciudad: Las Bestias de Detroit. Era respetado, admirado y fue un gran esposo y padre. Crecí entre armas, planes para golpes, tráfico de armas, entregas de drogas y las intrigas y traiciones de esa clase de vida; pero no de una forma traumática. Mi padre, armado hasta los dientes, me servía el desayuno, mientras discutía condiciones de entregas y cosas peores al teléfono. Era lo normal. —Terminé de preparar la cafetera y me dediqué a buscar tazas, azúcar, leche, con tal de hacer más tiempo—. Imagino que es como los hijos de los doctores que terminan siendo doctores. Es lo que conocen, es lo familiar.

Recordaba haber comprado unas galletas de avena, pero no podía

encontrarlas. Esperaba que Mallory no hubiese acabado con ellas.

—Siempre fui bueno con los coches. A los catorce años podía armarlos y desarmarlos, cualquier coche, en especial los más exclusivos y costosos. — Avanzó hacia el interior de la cocina y se sentó frente a la mesa—. Clientes y amigos de mi padre comenzaron a contratarme para pequeños trabajos en los que mis habilidades particulares eran necesarias, algunos simplemente requerían partes, otros el coche completo, una vez que lo convertía en un artículo prácticamente imposible de rastrear hasta su dueño original. Sabía que era ilegal, pero en una forma lejana, retórica. Esa vida era lo normal, lo que mi padre y sus amigos hacían, el negocio familiar. Amasé una cantidad de dinero que ningún adolescente debe manejar y, sobre todo, prestigio. Ya no era solo el hijo de William Salinger, era una persona con mi propio rango dentro del mundo en el que había crecido, una especie de ladrón de arte, pero con motores.

Terminé de preparar todo, puse las galletas y el café sobre la mesa y me senté frente a él.

—Luego mi padre murió en circunstancias atribuibles a la vida que llevaba y mi madre, una mujer fina y de buena educación que se enamoró perdidamente de un delincuente, me arrastró fuera de las calles del este de Detroit. No quería irme, no quería perder lo que había logrado, mi posición. Tampoco quería dejar a Zion y a Lilly. Mi padre rescató a Zion de las calles cuando todavía éramos niños, y él no entraba en los planes de mudanza de mi madre. Lilly tampoco estaba en una buena posición: su madre iba y venía con el novio de turno dejándola sola por más de una semana sin dinero y nada en la despensa para comer. Ellos dependían para vivir del dinero que hacía con mis trabajos y mi vida estaba cambiando, alejándome de todo lo que conocía.

—¿Cambiando cómo? —pregunté casualmente sirviendo el café.

—Mi madre proviene de una larga línea de abogados muy exitosos y cuando mi padre murió nos fuimos a vivir con mi tío. Él se convirtió en una nueva figura paterna completamente distinta a la que tuve mientras crecía, aunque el proceso fue lento. Como todo adolescente intransigente pensaba que yo tenía la razón y seguí regresando, haciendo trabajos. Respetaba a mi tío, pero sentía que si dejaba de hacer lo que hacía traicionaría el legado de mi padre, traicionaría lo que era. Además, era el mejor en el negocio.

—Pero te atraparon.

—Solo porque ese golpe no lo planeé yo.

Tomé una galleta y puse mi mejor expresión dudosa.

—Cuando comencé mi último año de secundaria —prosiguió Greg—, mi tío

me propuso un trato: debía graduarme y solicitar universidades, hacerlo en serio. Si lo hacía, al terminar la escuela podría tomar el camino que deseara y él me respaldaría, lo que incluía apoyo legal si me metía en problemas.

—¿Y lo hiciste?

—Lo hice y lo que me sorprendió fue lo mucho que me divertí en el proceso. Me esforcé por escribir ensayos y hacer buenos proyectos para mis solicitudes, pues un trato era un trato, y eso me alejó de mis amigos, de la vida que hasta ese momento creí que tenía. Todavía recuerdo el día que recibí la carta de invitación para una entrevista en el MIT.

—¿El MIT? ¿El de Boston?

—¿Hay otro? —Hizo una mueca—. Con toda mi arrogancia de adolescente pensé que me entrevistaría un genio estirado que no entendería ni una palabra de lo que hacía.

—Y no fue así...

—No. El jefe del Departamento de Ingeniería Mecánica me recibió en su taller. Construimos cosas, hicimos planos, hablamos... —Suspiró—. Una semana después me llegó la carta de aceptación formal y no sabía qué iba a hacer. A una parte de mí le gusta creer que al final me hubiese ido a Boston, que esa era la decisión que hubiese tomado, pero es el yo de ahora el que habla. En aquel entonces no tenía idea.

—Pero tomaste una decisión. Te quedaste.

—No exactamente. Lilly llamó una noche un poco histérica. Yo había estado tan ocupado con la escuela y las entrevistas para universidades que Zion tomó un trabajo por su cuenta, por dinero. No me gustaba ni a Lilly tampoco. No era uno de nuestros clientes habituales, era muy grande para lo que normalmente manejábamos y el plan había sido entregado, no armado por nosotros. —Tomó un sorbo de café—. No me gustó, pero pensé que si ese estúpido iba a meterse en ese problema mejor estaba yo ahí cuidándole las espaldas.

—Los atraparon.

—Todo era una trampa para dismantelar una corporación internacional. Cuando me di cuenta de que algo estaba fundamentalmente mal me llevé la carga y mandé a Zion en otra dirección. Todavía era demasiado engreído para creer que podía salirme con la mía. —Bufó y luego sonrió—. Casi lo logré, pero el exceso de confianza me llevó a estirar mi suerte más de lo necesario. Quise salvarme yo, también la carga, para quedar como una leyenda. Me atraparon rodeado de evidencia y fui a la cárcel; pero te prometo, Sarah, que ya no más. Ya tenía prácticamente un pie fuera y cuando quedé en libertad, cuando vi que en

esos cinco años todo lo que creía que sería mi vida, todas las posibilidades se habían ido a la mierda... —Negó con la cabeza—. No pretendo volver a eso.

—¿Y Hades?

Por un momento su mirada se endureció. La calma asesina y atemorizante estaba allí, nuevamente, al otro lado de la mesa.

—¿Fue Manny quien te lo dijo? ¿Te buscó? ¿Te ha estado molestando?

—No. —Negué con la cabeza para más énfasis—. ¿Quién es este Hades y qué quiere contigo?

—Cuando fui a prisión mi tío pagó una gran cantidad de dinero para que me protegieran dentro. Tenía dieciocho años, los necesarios para ser juzgado como adulto, pero no era más que un niño engreído. En Greenville no era nada. Inmediatamente me di cuenta de que no tenía lo necesario para soportar lo que era estar en una prisión federal. No tienes idea de lo que es eso. Uno que se cree muy malo, muy duro, hasta que se encuentra con lo que está allí. —Tomó otro poco de café e hizo una mueca. Quería creer que era porque ya estaba frío, no por el sabor—. Cuando vi cómo eran las cosas dentro decidí que no quería ser un niño que necesitaba protección hasta para ir al baño. No era solo por orgullo, también era la única forma de sobrevivir. Nadie puede cuidarte todo el tiempo. Si allí mandaban los duros, yo sería uno de ellos por derecho propio.

—Y lo lograste.

—Lamento decir que de una forma bastante efectiva y, ahora que estoy fuera, Hades me quiere con él, pero no voy a volver a esa vida. Mi deuda está pagada.

Sonreí con tristeza porque eso no cambiaba nada. Bien sabía yo que los hechos no variaban y aunque conocerlos alteraba la percepción de la realidad, seguían allí inamovibles y definitivos.

—Lo lamento, Sarah.

—No tienes por qué disculparte conmigo.

—Sí, tengo que hacerlo. Tenía muy claro el tipo de vida que iba a enfrentar cuando salí de prisión. Conozco desde niño las consecuencias, las vi, las viví. Sé que hay trabajos que, por ley, no puedo hacer; otros para los que nunca me contratarán; no puedo portar armas, seré siempre el primer sospechoso en cualquier conflicto y, al desistir de la vida que llevaba, tengo menos opciones que la mayoría de las personas y, está bien. —Se encogió de hombros, en cierta forma derrotado—. Estoy preparado para ello, sé sobrevivir. Sin embargo, has hecho que me dé cuenta de que hay mucho más de lo que nunca podré tener de lo que inicialmente pensé. Alguien como tú, por ejemplo. Eres mi Boston, mi MIT, algo que perdí la posibilidad de tener antes de saber que lo quería. Supongo

que de eso se tratan las consecuencias, la letra pequeña que nunca nos molestamos en leer.

—No tiene por qué ser así.

—Gracias por el café. —Se puso de pie y miró la taza vacía—. Creo que es el peor que he tomado en mi vida.

—¡Oye!

—No me refiero al sabor sino al recuerdo que siempre traerá.

Y así, sin mucho drama, sin lágrimas, con la simple aceptación, el trabajo sucio estaba hecho y ni siquiera tuve que hacerlo yo. A pesar de ello, no había ningún tipo de alivio, sino el deseo de seguir robándole a la vida minutos, segundos, instantes de todo aquello que no podía tener.

En eso éramos iguales. Nuestras prisiones habían sido diferentes pero las consecuencias se parecían.

—Greg... —lo llamé y me vio como si estuviera imprimiendo en su memoria mi imagen y también esperando algo, solo que no había más que pudiera decir, pues su sola cercanía iba en contra de lo que cualquier persona normal desearía, de la vida que me había esforzado por sacar adelante, de todos los protocolos memorizados.

¡Y una mierda con los protocolos y lo correcto!

¿Qué se supone que haces cuando lo que te hace sentir bien, está mal? ¿Cuando lo incorrecto se siente correcto? ¿Cuando ni siquiera tienes un remordimiento moral?

Si Greg era un ladrón yo también me convertiría en una. Robaría tiempo de eso que se parecía mucho a la felicidad. Minutos, horas, días, todo lo que pudiera...

Caminé hasta él, tomé su cara entre mis manos y lo besé.

Capítulo 16

Greg protestó, más de lo que anticipé, pero cada amago de rechazo lo silencié con otro beso. Preguntó muchas veces si estaba segura y lo besé con más fuerza porque no lo estaba, pero como cualquier delincuente no quería pensar en las letras pequeñas, en las consecuencias, sino en eso que me dijeron que no podía tener e iba tercamente a obtenerlo hasta que llegara el momento de pagar.

Con una valentía que nunca había tenido, lo arrastré hasta la habitación dejando rastros de su ropa en el camino, pero sin detenerme a saborear completamente lo que tenía entre las manos, al alcance de la boca.

Había una advertencia en el fondo de mi mente, algo parecido a que las fantasías tienen poco que ver con la realidad, pero no iba a pararme en pequeños detalles más cuando sabía que Asher Reed estaba en la ciudad respirando en mi cuello y, seguramente, dispuesto, como siempre, a sacrificarme por el bienestar general. No iba a permitirlo, al menos no sin este recuerdo.

Merecía esto, lo quería e iba a tenerlo. Fin de la discusión mental. Luego tendría tiempo para arrepentirme y decidir qué pasaría a continuación.

Si algo me había enseñado la vida era que a los días soleados pueden seguir noches lluviosas y de oscuridad sin ningún tipo de aviso del pronosticador del tiempo, así que era mejor disfrutarlos cuando estaban allí, el sol al alcance de tu piel.

—Si hubiese sabido que mi pasado criminal generaría esta reacción, te lo habría contado el día que te conocí —dijo Greg medio asombrado, medio divertido.

—Mentiroso —dije riendo un poco mientras me sacaba sin mucha producción el vestido que llevaba y enlacé mis dedos en el elástico de mis bragas—. Siempre reacciono igual cuando te tengo cerca. Eres tú quien ha estado jugando al caballero, a conocernos mejor, pero no hay una fórmula garantizada para hacer las cosas bien, la vida no viene con instrucciones, y lo único que podemos hacer

es tratar de hacer bien lo que sea que estemos haciendo en el momento en el que lo estamos haciendo.

Por un momento se quedó en silencio, mirándome de arriba abajo, y yo solo quería encontrar una manera de explicarle que no había más tiempo para jugar a eso de «hacer las cosas bien», sino simplemente unas horas para hacer «lo que se sentía bien».

Bueno, malo, correcto, incorrecto, eran solo palabras, conceptos subjetivos que podían tomar distintos significados de acuerdo con el momento.

—No seré yo quien inicie una discusión con una mujer inteligente —dijo finalmente dando un par de pasos hacia mí.

—Dice el sujeto aceptado en el MIT a la estudiante de la Universidad de Detroit.

Sus manos sustituyeron las mías allí en el elástico de mis bragas y juraría que un choque eléctrico recorrió mi cuerpo aflojándome las rodillas, más cuando comenzó a deslizar la prenda por mis piernas y terminó arrodillado frente a mí, su aliento tibio justo en la boca del estómago, la pequeña pieza de tela enredada en mis tobillos.

—Dice el exconvicto que sirve tragos en un bar a la mujer que ha vivido en más países que yo en ciudades. Dice el hombre de rodillas, agradecido, porque alguien como tú le permita tocarla. Eres dulce, suave, limpia y, Dios me perdone, pero quiero ensuciarte un poco.

Sabía lo que, en teoría, ocurriría a continuación y, aun esperándolo, algo parecido al alivio me llenó cuando sus labios se posaron sobre mi piel con reverencia, suavemente, y siguieron bajando haciendo escala justo arriba de mi ombligo, en el hueso no visible de mi cadera, en mi vientre...

Pensaba que la barba me haría cosquillas. Había imaginado toda una escena embarazosa en la cual me reía en un momento justo así, pero no había risas. Si algo escapó de mi garganta fue un suspiro.

—¿Pensaste en mí anoche cuando me fui? —preguntó mirándome desde abajo con un brillo travieso en sus ojos.

—Sí —dije maravillada de que mis pulmones tuviesen todavía el suficiente control para expulsar la cantidad de aire necesaria para emitir palabras.

—¿Hiciste algo al respecto?

—Sí.

—¿Con tus dedos?

¡Por el amor de Dios! ¿No era suficiente con querer matarme con una mezcla concentrada de lujuria y anticipación? ¿Tenía que agregar la vergüenza a la

mezcla?

—Contéstame, Sarah.

—Sí.

—Bien.

Se puso de pie y por un segundo pensé que había contestado mal e iba a ser castigada, denegada; pero luego me tomó entre sus brazos y me besó, y la urgencia de ese beso era una respuesta más que contundente.

—¿Quieres que use mis dedos? Recuerdo que te gustó la última vez— preguntó mientras se encargaba del sujetador—. ¿Mi boca, tal vez?

Y así como así, estaba completamente desnuda, Greg me miraba y, lo peor, era que no podía concentrarme en la forma en que esa mirada, que siempre pareció congelar todo a su alrededor, calentaba mi cuerpo en cada parte en la que se posaba, porque tenía que dar una respuesta para la cual carecía de los elementos de juicio necesarios.

¡Nadie me dijo que tendría que contestar un examen oral!

¿Oral?

¡Oh, por Dios! Se suponía que uno no pensaba en estos momentos.

—Lo que quieras —dije, porque tenía que decir algo que no me comprometiera, que no se pareciera en nada a las tonterías que danzaban en mi mente, y, además, la advertencia seguía allí, insistiendo en que no tenía tiempo, que la realidad ya había tocado mi calle y en breve estaría dentro de estas cuatro paredes.

—¿En serio? —La sonrisa traviesa me desarmó. Su cara se acercaba a la mía buscando otro beso, sus brazos rodeándome, nuestros cuerpos juntos, piel con piel—. No tienes idea de la puerta que has dejado abierta.

En eso llevaba la razón, no tenía idea, pero nada podía ser peor que aquella vez. Desde el hijo del embajador alemán, de esa decisión tomada con el solo motivo de espantar un poco la soledad y que me había dejado sintiéndome mucho más sola, las cosas solo podían mejorar e incluso, si fallaba miserablemente y lo hacía todo mal, siempre me quedaría la imagen que ahora llenaba toda mi vista: Greg despeinado, sin camisa y con los vaqueros desabrochados. Eso bastaba para alimentar una vida entera de fantasías, aunque cuando tenía la realidad tan cerca, ¿para qué conformarse?

Quería lo que, en teoría, siempre venía después de una imagen como esa, sin las disolvencias que usan en las películas o los montajes de manos y bocas frente a una cámara, que insinúan, pero no dicen nada.

No quería imaginar cómo sería, deseaba saberlo.

—Ven aquí y muéstrame entonces —dije dejándome caer sobre la cama—. No me gustan las amenazas.

Greg rio y se pasó una mano por los cabellos.

—Eres una caja de sorpresas.

—Y tú estás siendo muy pero que muy lento.

Con una mirada de burla se sacó una bota, luego otra. Sacó de su billetera un par de preservativos y los arrojó en la cama a mi lado y ese gesto se sintió más definitivo que la desnudez y las palabras, casi tanto como para distraerme de ese momento en el que comenzó a quitarse los pantalones.

Casi.

Porque nunca pensé que sería testigo de la real existencia de un hombre que se quitara los pantalones y no tuviera ninguna otra prenda de vestir debajo. Mitos y leyendas urbanas a un lado, también estaba la filosofía de Mallory sobre el avistamiento de genitales, y realmente, cambiaba las perspectivas.

Ahora ya no estaba tan segura de querer hacer esto rápido, pues la idea de que el tiempo se me agotaba era nada comparado con las dimensiones de lo que tenía al frente desafiando la gravedad.

Ajeno a todos los extraños pensamientos que cruzaban en ese momento por mi cabeza, incluida la voz de Idina Menzel cantando el tema del musical *Wicked*, Greg se echó en la cama a mi lado sobre su costado con la cabeza apoyada en la mano y una sonrisa en los labios. Yo estaba desnuda, él estaba desnudo y, por sobre todas las cosas, más que listo, y la protección aguardaba sobre nuestras cabezas como la famosa espada y, sin embargo, él prefería acostarse a mi lado casualmente como en un romántico día de campo. No entendía por qué decía que yo era la caja de sorpresas, era él quien no actuaba como ningún hombre sobre la faz de la tierra, menos uno con sus antecedentes y su aspecto.

No podía negar que estaba derretida.

Me besó delicadamente, su mano acariciando suavemente mi brazo.

—Eres como un niño explorador disfrazado de motero —dije sonriendo también.

—Soy solo un hombre —hizo un gesto displicente que no afectó su sonrisa—, contemplando algo realmente hermoso.

—¿Hermoso? —pregunté sonriendo—. ¿Qué tal delicioso? ¿Exquisito? ¿Fantástico? ¿Asombroso?

Su sonrisa se ensanchó aún más demostrándome que también lo recordaba.

—Te lo diré en un rato.

Volvió a besarme y esta vez no fue breve. Su cuerpo cubrió el mío, mis

piernas separándose para hacerle espacio, al tiempo que sus manos acariciaban mi cuerpo y nuestras bocas se separaban únicamente para tomar el aire meramente necesario.

Lo sentí en mi entrada, jugando, tentando; escuché su respiración agitada, probé en mi lengua el sabor de su boca, olí ese extraño aroma que solo se hace presente cuando dos cuerpos desnudos se frotan entre sí, y por sobre todas las cosas vi su rostro rudo, serio y en algunos momentos, con esa pizca de dulzura que solo llegaba a mostrarse en pequeños gestos.

Ni el miedo ni el apuro tenían ya espacio porque todos mis sentidos estaban copados, casi en sobrecarga, esperando sin estar plenamente consciente de ello.

Sentí su mano en el momento que dejó de tocarme con una ausencia no justificable para tan breve tiempo de contacto y el frío se coló por mis poros en el momento en el que su cuerpo se apartó del mío. Lo vi rasgar el envoltorio con los dientes y colocar la protección con más eficiencia de la que creí posible o, al menos, de la que yo hubiese sido capaz.

Cuando volvió a cubrirme con su cuerpo no podía negar que estaba asustada, más bien aterrada, pero al mismo tiempo quería que todo fuera real, que sucediera de una buena vez. Imagino que así debía sentirse la gente cuando se lanza en paracaídas por primera vez.

—¿Has hecho esto antes? —me preguntó mientras tomaba una de mis piernas por detrás de la rodilla y la levantaba un poco.

—¿No es un poco tarde para preguntar eso? —dije intentando una sonrisa.

—No —me dijo al tiempo que lo sentía en mi entrada, y creo que dejé de respirar—. Todavía hay tiempo. No soy un maldito cavernícola. Si me dices que cambiaste de opinión, que pare, lo haré.

Miedo, aprehensión y/o anticipación a un lado, no quería que hubiese más tiempo.

—Sí, sí lo he hecho antes.

No era una mentira. Lo había hecho. Una vez. Él no había preguntado mi nivel de experiencia, ese habría sido un tipo diferente de conversación. Claro que los tipos de conversación y sus diferencias dejaron de existir, al menos en mi universo, cuando me penetró de un solo empujón.

No pude evitar la exhalación que escapó de mi boca y no era una de alivio, no totalmente. Cada centímetro arrasó en su camino de entrada, dejando una sensación fantasma de ardor. Me sentía llena casi al punto de ser demasiado, mi cuerpo se movía y mis piernas se separaban tratando de hacer espacio; pero mientras esa sensación de llenura me embargaba, la incomodidad inicial pasó a

segundo plano, dando paso a algo que no podía nombrar exactamente, una especie de orgullo engreído y satisfactorio, posesivo. Greg estaba dentro de mí, enteramente, de alguna forma mío, y eso me hacía sentir feliz.

—¿Estás bien? —preguntó con un dejo de jadeo en su voz—. ¿Esto está bien?

—Sí —contesté con la misma respiración entrecortada—. Sí, sí, sí...

Hubiese seguido repitiendo la misma palabra porque no escuchaba ni siquiera mi propia voz, así que no estaba segura si lo estaba diciendo en voz alta o solo repitiendo el monosilábico mensaje en mi mente, pero lo sentí retirarse y ese solo movimiento captó involuntariamente toda la atención de mis sentidos, era demasiado para pensar en otra cosa, mucho menos para tratar de expresarlas en sonido. Luego comenzó un ritmo lento, una especie de cadencia enloquecedora y al mismo tiempo tierna que hacía que el mero acto de que nuestros cuerpos se movieran juntos, unidos en la forma física más íntima posible, se sintiera trascendente, más cuando no se parecía en absoluto al asalto, brusco y delicioso, al que sus besos me tenían acostumbrada. Era como si él también estuviese saboreando cada embestida y cada retirada, cada encuentro de labios y roce de piel, cada caricia suave y tímida.

Obviamente, si la sobredosis hormonal y la inundación de sensaciones no hubiesen estado bloqueando el funcionamiento de mis neuronas, me habría dado la usual charla mental que le aclarara a mi confundido cerebro que esto no era nada trascendental, era algo que millones de personas estaban haciendo en ese mismo instante alrededor del planeta por las más diversas razones. También me habría recordado que yo tenía mis propios motivos para dejar entrar en mi cuerpo a alguien que prácticamente no conocía y que, ahora más que nunca, no encajaba en el cuadrado perfectamente dibujado de mi vida, por más que encajara perfectamente en una forma mucho más prosaica. Sin embargo, no podía recordar las razones que me habían llevado a esto, tampoco podía pensar en nadie más alrededor del planeta cuando todo el universo se había reducido a Greg y al encuentro de nuestros cuerpos. ¡Ni siquiera podía recordar mi propio nombre! Ninguno de ellos para ser exacta, pues una urgente presión dentro de mí aumentaba con cada empujón, queriendo liberarse. Yo no tenía nombre, ni pasado, era solo cuerpo, sensaciones y muchos sentimientos sin denominación conocida en mi diccionario.

El estallido me tomó por sorpresa. Lo había sentido venir poco a poco, construirse a fuerza de caricias y fricción, pero aun así no estaba preparada para la forma violenta en la que finalmente se hizo presente, para la sacudida silenciosa que tensó mi cuerpo por dentro y por fuera, el grito que escapó de mi

garganta y los minutos de silenciosa calma que parecieron envolverme. No obstante, para lo que menos estaba preparada fue para que no fuera algo solitario. En medio del desenfreno, del miedo y la exaltación, sentía a Greg conmigo en cada paso, todavía moviéndose dentro de mí, sabiendo exactamente el ritmo que mi cuerpo demandaba a cada segundo, las caricias que requería, los besos en el lugar y momento necesarios.

—Eso fue... hermoso —dijo todavía moviéndose, pero a un ritmo casi perezoso, trayéndome de vuelta a la tierra sin el menor apuro. Me besó brevemente en los labios y tras un movimiento que no esperaba rodó, llevándome consigo hasta que quedé sentada sobre él—. Delicioso —dijo incorporándose un poco hasta que estábamos frente a frente—. Exquisito —dijo con un poco de picardía en su voz y una media sonrisa. Alcanzó uno de mis pechos con sus labios, rodeándolo con la lengua hasta que mi cuerpo despertó nuevamente y comenzó a moverse con él, y luego repitió con el otro, pero en vez de la lengua usó un poco sus dientes—. Fantástico...

—Asombroso —completé, apoyándome en sus hombros, pues ya ese ritmo lento no era suficiente.

Como adivinando mis deseos, puso sus manos en mis caderas y me ayudó a llegar al ritmo que deseaba, y ya no había ese lento baile que auguraba un largo rato sobre la pista. Ahora era el Greg del primer beso, el Greg brusco y, en cierta forma desesperado también por alcanzar la meta.

Era otra forma de placer, mucho más cruda, menos romántica y sensual, pero igualmente deliciosa.

Los besos ya no tenían esa cualidad dulce y tentadora. Se trataba ahora de dientes chocando, labios chupando y mucho de su barba arañando mi piel.

Al sonido de nuestras pieles colisionando se unió una especie de rugido que escapó de la garganta de Greg. Sus movimientos se volvieron más descontrolados y los míos parecían responder en el mismo lenguaje frenético.

—Necesito —dijo entre jadeos— que me des una mano antes de que sea tarde.

No entendía a qué se refería. Sí, sus manos estaban a ambos lados de mis caderas, moviéndome hacia él, o más concretamente, estrellándome sin compasión, ocupadas, podría decirse, pero ¿para qué necesitaba una de las mías?

—Como ayer —dijo como si le costara un mundo articular pensamientos coherentes—, cuando yo no estaba.

Si mi cuerpo no hubiera estado actuando con mente propia y mi cerebro hubiese estado en control suficiente de mis movimientos, me hubiese detenido a tratar de entender. Seguramente no me estaba pidiendo que...

—Anda, Sarah, quiero verlo y sentirlo. Me voy a correr y quiero hacerlo con esa imagen. Sabes que se va a sentir bien.

Tentativamente solté uno de sus hombros y poco a poco bajé la mano hacia ese lugar donde nuestros cuerpos estaban unidos. Solo bastó un ligero roce de mis dedos para que toda preocupación o vergüenza quedara para el olvido y buscara más de ese toque que complementaba perfectamente todo lo demás.

Y así, con el estímulo de tenerlo dentro de mí, de su boca haciendo un festín donde quiera que aterrizaba y mis propios dedos acariciando sin ningún tipo de tentativa delicadeza ese lugar que se sentía como el ombligo del mundo, salté del acantilado sin mirar atrás con la seguridad de que Greg me seguiría en cualquier momento.

No había terminado de extinguirse el sonido de mi propio grito cuando sentí su potente descarga dentro de mí y el sentimiento posesivo y egoísta volvió, manifestándose en movimientos descontrolados que intentaban retenerlo dentro de mí el mayor tiempo posible.

Cuando caímos los dos sobre la cama, mi cuerpo arrojando al suyo, sus manos acariciando mi espalda, esperé que algún sentimiento parecido a «qué demonios acabo de hacer» se hiciera presente. No obstante, tras tratar de escudriñar un poco en mi interior me di cuenta de que no importaba, pues la única sensación que encontré fue la que se tradujo en las palabras que escaparon de mi boca:

—Quiero más.

—¿Más? —Una risa medio ahogada escapó de la garganta de Greg—. Voy a necesitar algo de tiempo, mi princesita insaciable.

—No importa. —Lo besé en el centro del pecho—. Tenemos toda la noche.

—¿Estás segura de que no eres tú la que recién salió de la cárcel?

«No tienes idea», pensé.

Las paredes intangibles a mi alrededor se habían comenzado a derrumbar por más que todos a mi alrededor estuvieran haciendo su mejor esfuerzo por mantenerlas arriba, y la bocanada de aire puro que recién había probado era el combustible necesario para pelear con uñas y dientes si alguien trataba de volverlas a levantar.

Capítulo 17

«Hay un hombre en mi cama», pensé la mañana siguiente al momento en que abrí los ojos y el cuerpo dormido de Greg llenó todo mi campo de visión.

«Hay un hombre, totalmente desnudo e increíblemente sexy en mi cama», repetí con una sonrisa que no me cabía en la cara.

Estaba dormido a mi lado, boca abajo, con la cabeza volteada en mi dirección, un brazo atravesando mi cintura y una pierna sobre las mías. Incluso en sueños, parecía querer el contacto con mi piel y si eso no hace a una chica despertarse del mejor humor posible, no sé qué otra cosa podría hacer la magia.

Muchas personas lucen distintas cuando duermen y, en muchos casos, se ven vulnerables, frágiles, incluso más jóvenes. No era el caso de Greg. Aun dormido era rudo y un poco aterrador, como dormir al lado de un enorme oso con malas pulgas, garras y feroces dientes. Es más, estaba segura de que en más de una parte de mi cuerpo estaban las marcas para probarlo, pues ahora que las últimas nubes de la somnolencia se habían disipado, podía notar cierto ardor en algunas zonas, así como el tirón muscular de alguien que nunca hace ejercicio y decide, de la nada, correr un maratón.

Poco a poco abrió los ojos y, con la misma parsimonia, una sonrisa enorme se hizo presente en su cara, de esas que muy rara vez le había visto.

—Buenos días —dijo con esa voz ronca de quien acaba de abandonar el terreno de Morfeo.

—Buenos días —respondí con lo que, estaba segura, era una sonrisa que igualaba a la de él en tamaño. Era así de contagioso verlo sonreír.

—¿Cómo amanece la mujer, supuestamente tímida, que voló todas mis neuronas durante la mayor parte de la noche?

Sentí inmediatamente que el sonrojo estaba de vuelta en mi cara. Pensé que después de la noche anterior ese rubor se habría quedado sin empleo, pero el muy idiota insistía en ser parte casi permanente de mi rostro. ¡Qué importaba! A

estas alturas veía todo con un marco tan optimista que solo podía pensar que el rubor era bueno, pues me ahorraba el odioso proceso de usar maquillaje.

—Un poco dolorida.

Nunca esperé que mi declaración fuese a poner la más grande expresión de orgullo en su cara. Solo le faltaba mover las cejas, al muy presumido.

—Eres un cavernícola.

—Y tú mi princesa —dijo moviéndose lentamente hasta colocarse encima de mí—, mi Blancanieves, eres la cosa más dulce, insaciable y demandante que he tenido la fortuna de conocer. —Me dio un beso rápido—. En un momento, o dos, pensé que ibas a partirme a la mitad y no podría volver a caminar hasta que cumpliera cuarenta.

—Exagerado.

—¿En serio? —dijo, y me dio otro beso, más largo, con más intención, que hizo que involuntariamente mi cuerpo se relajara bajo su peso y mis piernas se separaran un poco para hacerle sitio—. ¿Sabes que anoche agotamos mi provisión de condones?

—No es mi culpa que no trajeras los suficientes.

—Tenía cuatro conmigo y, en caso de que no lo sepas, es una proyección mucho más que optimista para cualquier ser humano normal. —Me besó en el cuello y comenzó a descender—. ¿Sabes lo que eso significa?

—¿Que no somos normales? —dije completa y absolutamente distraída por el camino que estaba tomando su boca.

—Que voy a tener la oportunidad de borrar de la lista dos de las fantasías que tengo en la cabeza desde que te vi agachada en el bar con toda esa ropa mojada encima. —Me vio con picardía desde el tope de uno de mis senos y, sin perder contacto visual, rodeó la aureola con la lengua.

—Eso lo hiciste anoche —dije como quien llega de correr perseguido por feroces leones bajo el calor abrasante de África.

—No estoy hablando de esto. —Y para demostrar lo que era «esto», su boca descendió sobre mi otro pezón para jugar un poco—. Finalmente voy a poner mi boca entre tus piernas y probar con mi lengua cómo sabes. Y voy a ensuciarte y a hacerte gritar mi nombre otra vez, porque no me canso de escucharlo.

—¿Ensuciarme...?

La pregunta quedó en el aire, pues Greg apartó la sábana que nos cubría y comenzó, sin pausa, a hacer un camino de besos desde mi esternón hacia más abajo.

Solo levantó la vista cuando llegó justo más abajo del ombligo.

—Cuando te corras con mi boca, voy a follarte las tetas.

Abrí los ojos como platos y mi boca soltó una silenciosa exclamación de horror. Estaba en medio de una porno, con un hombre musculoso, tatuado y bien dotado que de seguro podría adornar muy bien el mundo del territorio de películas para adultos. Lo peor era que, extrañamente, me sentía más que curiosa de cómo ese procedimiento particular podría llevarse a término.

—¿Está bien? —preguntó, no sé si ante la expresión horrorizada o el que súbitamente mi cuerpo se hubiese quedado paralizado mientras mi cerebro hacía toda una escena.

—Sería mejor que hicieras las cosas sin anunciarlas tanto.

—Mejor no te digo entonces las cosas que quiero que me hagas a mí. —Se rio bajito—. Eso sí te escandalizaría.

Siguió descendiendo con pequeños besos y se me olvidó por qué había estado tan horrorizada, más cuando lo que siguió a continuación fue mucho más vergonzoso: mi estómago soltó un rugido.

Solo quería taparme la cara con la almohada cuando Greg miró en mi dirección levantando una ceja.

—Tienes hambre.

—Puede esperar —dije con una sonrisa de disculpa.

—No quiero que te desmayes, princesa. Así que mejor pospongo mi desayuno —de forma juguetona me dio un beso allí donde precisamente estaba esperando que la acción tuviera lugar— y te llevo a desayunar.

—¿Vamos a salir? —dije haciendo un puchero viendo cómo se incorporaba para, evidentemente, salir de la cama—. ¿No podemos quedarnos y preparar algo aquí?

—Ya he probado tu café. No es forma de comenzar el día.

—De seguro hay algún tutorial en Internet y puedo tostar pan sin quemarlo, porque tengo una tostadora, y revolver unos huevos no parece tan complicado —dije batiendo las pestañas.

—Déjame invitarte a un buen desayuno, Blancanieves. Tenemos todo el día.

—¡Por Dios! No fuiste a trabajar ayer —dije cayendo en cuenta finalmente de todas las horas que habíamos estado encerrados en estas cuatro paredes—. ¿Todd va a asesinarte?

—Probablemente. Así que si voy a morir prefiero hacerlo con algo en el estómago que no sea el café que preparas.

—Está bien —claudiqué porque, de verdad, tenía mucha hambre.

—Voy a la ducha —dijo incorporándose finalmente—. No te invito a venir

conmigo porque así no saldríamos nunca de aquí y nos encontrarían muertos de inanición.

—Pero con una sonrisa en la boca, de seguro.

Se dio la vuelta y allí estaba otra vez ese tatuaje de Caronte con las manos de aquellos que esperaban cruzar hacia el inframundo, extendiéndose en una plegaria olvidada. Era una pieza maravillosa, parecía más un dibujo al carboncillo que un tatuaje, aunque la imagen seguía siendo un poco aterradora.

Greg debió sentir mi mirada clavada en su espalda, porque justo antes de desaparecer tras la puerta del baño, volteó a verme.

—Es diferente del resto —dije señalando mis brazos, por si quedaba alguna duda de a lo que me refería.

—Estos me los hice cuando todavía era un delincuente feliz. —Señaló sus propios brazos—. El de la espalda me lo hice en prisión.

—Es hermoso.

En verdad lo era. Un poco perturbador, pero hermoso.

—Necesitaba algo que me identificara con la pandilla de Hades. —Se encogió de hombros—. Algo grande, que inspirara temor.

—Bueno, bien podías haber optado por Cerbero y sus tres cabezas.

—Caronte me iba bien. A fin de cuentas, era yo quien le llevaba a Hades las almas al inframundo, por el precio adecuado, claro.

Capítulo 18

El desayuno transcurrió sin más mitología griega involucrada, y eso estaba bien para mí. Debía de dejar de perseguir al conejo dentro de su madriguera. Greg había estado en prisión y, según podía inferir, su estancia allí había sido digno de algo escrito por Kurt Sutter, así que, si quería ahorrarme desagradables detalles, mejor era dejarlo todo de ese tamaño.

Incluso en el café cercano a casa evité la mesa junto a la ventana que había ocupado el día anterior con Asher Reed, pues no quería más recuerdos malsanos infiltrándose en una mañana memorable.

Así que ordenamos un montón de comida, hablamos de cosas divertidas, hicimos planes y nos reímos como idiotas.

Una parte muy negativa de mi mente insistía en que había un reloj encendido en alguna parte, que alguna bomba iba a detonar en algún momento, pero preferí obviarla, ser feliz mientras un escuadrón de agentes federales, o lo que era mucho peor, mis padres, aparecieran para montarme en el próximo avión disponible.

Greg llamó a Todd y, aunque lo hizo afuera mientras esperábamos el desayuno y daba cuenta de al menos dos cigarrillos, regresó tranquilo diciendo que no tenía que ir a trabajar hasta tarde en la noche, lo que nos dejaba todo el día para pasarlo juntos y yo tenía ideas muy específicas sobre eso, que involucraban una farmacia cercana y una caja, o tal vez dos, de condones.

Sí, probablemente me estaba convirtiendo en una chica obsesionada con el sexo, de esas que son las primeras en morir en cualquier película de horror, pero había pasado toda mi adolescencia siendo responsable, mirando sobre el hombro, asustada y prácticamente recluida, y esta era mi oportunidad para, finalmente, comenzar a vivir un poco y, por sobre todas las cosas, quería vivir ese poco con Greg.

Tal vez no era la elección más ortodoxa, tampoco la más adecuada, pero era

mi elección y cada minuto que pasaba en su compañía estaba más segura de ella. Me gustaba, más que mucho, quizá el solo «gustar» se quedaba un poco corto, pero eso era algo que tendría que analizar cuando todas las partes de mi cuerpo que había tocado con su piel no tintinearán al recordarlo.

De regreso, Greg sucumbió a mis deseos e hizo una parada en la farmacia mientras yo me adelantaba, pues quería cambiar las sábanas. Hice una parada estratégica en el vestíbulo, recogí mi correo, que era más que todo catálogos a los que mi mamá me había dejado suscrita, y esperé el ascensor.

Hubiese podido tomar la escalera, como regularmente hacía, a fin de cuentas eran solo tres pisos. Sin embargo, estaba relajada, contenta, ni siquiera me preocupaba el hecho de que me había saltado mis clases.

La puerta del elevador se abrió, salí al pasillo, y estaba tan distraída solo por la contentura, que no me di cuenta, hasta que casi fue inevitable, de que había algo en mi puerta. Parecía... ¿una flor?

Miré a mi alrededor, curiosa. Sin duda Greg no había tenido tiempo de regresar.

Pegada con cinta adhesiva en el centro de mi puerta había una rosa roja, de tallo largo, con una tarjeta de hilo color crema.

Todavía perpleja, tomé la rosa y la tarjeta. La abrí, y todos los sonidos a mi alrededor se esfumaron creando un ruido blanco cuando leí el contenido:

Hola Rose

¿Vas a portarte bien hoy y leer esto para mí?

Dile a tu padre cuánto lo quieres, dile que venga por ti.

Todo a mi alrededor se desvaneció. Otra vez estaba en ese cuarto oscuro con una cámara frente a mí y un arma apoyada en mi cabeza. Quería ser valiente como mi padre, que ponía en la cárcel a los tipos malos, pero estaba asustada, mucho. Era la primera vez en muchos días que me desataban las manos y me ponía de pie para otra cosa que ir al baño dos veces al día. Más de una vez me había hecho en los pantalones. Estaba avergonzada, sí, pero sobre todas las cosas muy asustada.

«Vamos, Rose, di las palabras. Sé que sabes leer, que te va bien en la escuela y te gustan los libros. Dile a tu padre que venga por ti y te prometo que pronto volverás a clases», me decía el monstruo de mis pesadillas, Emiro Salazar, con su acento extraño y su voz suave.

Las lágrimas corrían por mis mejillas y no podía hablar, el pánico en mi

garganta era demasiado, el frío del arma traspasando a cada centímetro de mi piel hasta hacerme tiritar.

Cuando fui suficientemente mayor había leído el expediente y visto los videos de lo que me hicieron, tratando de racionalizarlo, de separarlo de mis terrores nocturnos, pero en este recuerdo, no veía las cosas desde fuera como el espectador frío que analiza los hechos. Estaba nuevamente allí, la niña que fui y el rostro de Salazar sonriendo en la penumbra.

Desperté del trance con la sacudida y todavía no sabía qué era ese lugar de paredes claras y puertas a un lado y el otro. Una rosa roja estaba a mis pies, unas manos grandes me sacudían y un rostro que me invitaba a esconderme en su pecho me miraba con una expresión cerca de la histeria.

—¿Sarah? ¡Sarah!

¿Quién era Sarah?

El hombre lucía tan preocupado y yo solo quería que no lo hiciera, que estuviera bien. También quería abrazarlo, sentirme segura.

—Blancanieves, ¿qué pasa? ¿Por qué estás llorando?

«Greg, es Greg», pensé cuando los contornos a mi alrededor volvieron a tener sentido. «Y tu eres Sarah, Sarah Temper».

Había un protocolo que seguir en estos casos. Estaba entrenada para ello, pero solo quería abrazarlo y pedirle a la vida unas horas más, unos minutos más, porque el sueño acababa de terminar y tenía que volver a la pesadilla.

—Tienes que irte, Greg —dije dándome cuenta de que no valía de nada ya robar segundos.

—¡Y una mierda, Sarah! —protestó—. Estabas aquí en el pasillo temblando como una hoja, pálida y llorando. ¿Qué pasó?

—Tienes que irte. Ahora. No quieres estar en medio de esto.

—¿En medio de qué?

No le respondí. Había llegado el momento de usar ese teléfono que había llevado conmigo la mayor parte de mi vida y estaba en proceso de buscarlo cuando Greg notó el rectángulo de hilo blanco que todavía sostenía.

—¿Qué es eso?

Hizo amago de tomar la nota, pero di dos pasos atrás escondiéndola detrás de mi espalda y pulsé el único número que el viejo teléfono tenía en la memoria.

—Hola —contestó una voz de hombre, casual y calmada al otro lado de la línea. Era lo que me habían enseñado que debía esperar.

—Mi nombre es Sarah Temper.

—¿Tienes un código, Sarah? —preguntó el hombre todavía en tono jovial.

—3824911.

Pasaron unos segundos que se sintieron eternos.

—¿Situación? —La voz del hombre había dejado de ser la de un teleoperador aburrido para pasar a un tono de seria urgencia. La fachada ya no era necesaria.

—Dejaron una nota en la puerta de mi apartamento con mi nombre —miré de reojo para ver a Greg, quien tenía la mandíbula apretada. No podía hacer nada al respecto, tampoco podía evitar que estuviera escuchando—, el pasado y un mensaje muy personal.

—¿Entró al apartamento, señorita Temper?

—No.

—¿Siente que está en peligro inmediato?

Nuevamente miré a Greg de reojo.

—No.

—Quédese donde está, señorita Temper. Una unidad ha sido despachada y el agente más cercano a usted estará allí en cualquier momento.

La llamada desconectó y me volví para encarar a Greg. Esperaba que estuviera sorprendido, que me mirara como a una extraña, pero lo que había en sus ojos era muy similar a la furia asesina que tenía el día de nuestro no muy placentero encuentro con Manny.

—¿Te amenazaron? —dijo señalando con la cabeza el papel que todavía sostenía en la mano—. ¿De eso se trata todo esto? Sarah, tienes que hablarme. Estoy aquí, contigo...

—Necesitas irte —dije por enésima vez, y aunque todo dentro de mí gritaba con frustración, logré poner mi máscara de calma y la dureza necesaria en la mirada—. Dentro de unos minutos este pasillo estará lleno de agentes federales y no sé qué otra fuerza pública y no te conviene que te encuentren aquí. Tu pasado te pondría en una situación muy comprometida.

Por unos segundos pasaron por su cara una multitud de expresiones y algunas de ellas, como la decepción y la rabia, estuvieron a punto de romper mi corazón en mil pedazos. Tal vez lo habrían hecho si hubiese tenido más tiempo para mirarlas, pero la campana que indicaba que el ascensor había llegado nuevamente a mi piso me distrajo y mucho más que quien emergió de allí fue Dante.

«No necesito esto ahora», pensé al verlo salir del ascensor con sus típicos vaqueros y su camisa blanca de mangas largas. Solo que algo no estaba bien. No me saludó, tampoco sonrió. Pareció tomar inventario de lo que ocurría a su alrededor: sus ojos se posaron en mí, luego en Greg y finalmente llevó su mano a

la espalda para reaparecer segundos después con un arma apuntando en nuestra dirección.

Me quedé congelada en el lugar sin poder procesar completamente el por qué mi compañero de la universidad aparecía justo ahora con un arma en la mano.

—Vete, Sarah —dijo Greg mirándome momentáneamente—. Ahora.

Y dándome la espalda comenzó a caminar hacia Dante.

—Ni un paso más, Salinger —le dijo Dante, ahora con el arma apuntando no en sentido general hacia nuestra dirección, sino hacia el pecho de Greg.

La amenaza no surtió efecto. Como si fuera el hijo de Superman o alguna versión a prueba de balas de Daredevil, Greg siguió avanzando. Brevemente la mirada de Dante se enfocó en mí y eso bastó para que en dos zancadas Greg lo alcanzara. Creo que necesitaría una repetición en cámara lenta para saber si primero lo golpeó y luego le quitó el arma, o fue al revés.

Solo sabía que en un momento había estado aterrada, esperando el horrible y seco sonido de la detonación del arma, y ahora Dante estaba de rodillas y Greg estaba parado detrás con el arma apuntando a su nuca. Nuevamente estaba allí esa expresión de furia incontrolable que parecía transformarlo y esa mirada intensa y carente de algún tipo de buen sentimiento. El arma parecía una extensión de su mano, sin dudas, sin pulso tembloroso.

—Necesitas salir de aquí, Sarah —dijo robándome el discurso.

Sabía que no podía irme. Debía seguir el protocolo, esperar que llegara quien fuera que hubiesen enviado, pero toda la situación había sobrepasado mis límites. Una voz dentro de mí solo gritaba «corre», y lo haría sin duda, siempre y cuando Greg viniese conmigo.

Avancé por el pasillo hacia ellos, hacia la salida, hacia el escape, pero no avancé mucho. El ruido fue la primera alerta, el típico sonido de pasos a la carrera casi en sincronía, luego la sonrisa de Dante, apenas allí; hasta que la boca de la escalera dio paso a la inundación de policías en equipo táctico.

—Suelte el arma —dijo uno de ellos apuntando directamente a Greg.

—¡No! —me adelanté—. No entienden.

—¡El arma! —repitió más fuerte, ahora aprisionando la suya en la espalda de Greg.

Lentamente Greg levantó las manos sobre su cabeza. Otro de los agentes se adelantó y tomó el arma.

—Ahora de rodillas, manos sobre la cabeza.

—¡Detengan esto! —insistí avanzando un poco más—. Es un error.

Traté de colarme en medio de la situación, pero Dante se puso de pie y me

tomó por la cintura impidiendo mi avance.

—¡Suéltame! —forcejeé, gruñí y hasta intenté pisarlo, pero no pude liberarme.

—Dijo que la soltaras. —Greg intentó ponerse de pie, lo que generó una escaramuza mucho más fea que terminó con él acostado boca abajo en el piso, esposado.

En medio de toda esa locura, la campana del ascensor se escuchó como un botón de pausa. Las puertas se abrieron y un rayo de sol hizo su aparición en el pasillo.

Al menos eso siempre había sido para mí el agente Joseph Townsend. Fue él el primero en llegar a aquel sótano con su chaleco antibalas, su arma desenfundada y su insignia con forma de estrella; fue él quien me acompañó a la Corte; me compró mi primer cómic para que pudiese escaparme del mundo; fue él quien me llamó Sarah e incluso durante un tiempo fui «Sarah Townsend». Durante seis meses, en una casa anónima en Wyoming me habló de *Spawn*, *300*, Frank Miller y, aunque en ese entonces yo no decía una palabra, sí escuchaba, no solo con mis oídos. Gracias a él aprendí que los héroes vienen en distintas formas y los mejores son los menos convencionales.

Casi quince años habían pasado desde la última vez que lo vi, y se notaban. Ya Joseph Townsend no era un joven oficial. Las arrugas, las canas en sus sienes, así lo demostraban. Sin embargo, para mí siempre sería una especie de héroe que, en vez de capa, llevaba una insignia.

Con lo que siempre había sido su superpoder, Joseph Townsend tomó inventario de la situación con una mirada. Sus ojos emitieron un destello de emoción (la misma que de seguro se reflejaba en todo mi rostro) cuando nuestras miradas se encontraron. Luego, esa misma expresión se endureció al ver los brazos de Dante alrededor de mi cintura.

—¿Qué crees que haces, Polcaro? —dijo con esa voz de gravilla producto, si recordaba bien, de, al menos, una cajetilla de Pall Mall al día—. Suéltala.

Apenas sentí el agarre de Dante aflojar, estaba fuera de sus brazos y en tres zancadas más frente a Townsend. Quería abrazarlo, colgarme en su cuello y saber que todo iba a estar bien, pero ya no era una niña pequeña y había cosas más urgentes que tratar.

—Diles que lo suelten —le pedí señalando a Greg tendido en el piso.

—Me atacó —protestó Dante.

—Te desarmó —lo corregí—, cuando tú llegaste al estilo comando apuntándonos. ¿Quién eres, a fin de cuentas?

—Muchachos —dijo Joseph dirigiéndose a los oficiales—, lleven a Salinger a la comisaría.

—¡No! —protesté otra vez, lo que me ganó una mirada de reprimenda por parte de Townsend.

—¿Bajo qué cargos? —preguntó Greg, todo desdén, mientras los oficiales lo ponían de pie.

—Tienes prohibido portar armas, Salinger —dijo Townsend con una mueca.

—No portaba ningún arma. Se la quité a ese imbécil —señaló a Dante con la cabeza—, en legítima defensa.

—Resistencia a la autoridad y asalto a un oficial federal —siguió Townsend.

—Nunca se identificó. ¿Cómo se supone que sabríamos que era un oficial?

Joseph miró a Dante. Fue muy breve, pero por lo que presagiaba, no querría estar en sus zapatos más tarde.

—Si es así, Anthony Famiglietti tendrá un día de campo feliz con su trasero —le dijo a Dante antes de volver su mirada hacia Greg—. Andando, Salinger, conoces el procedimiento.

Los oficiales procedieron a escoltar a Greg hasta el ascensor. Hice amago de acercarme, de decir algo, pero la mano de Joseph se cerró en mi antebrazo, silenciándome.

Solo cuando el ascensor cerró sus puertas me volví a verlo con lo que esperaba fuese mi mejor cara de indignada.

—Estás cometiendo un error.

—Estará fuera en un par de horas, pero hay que interrogarlo. Necesito saber qué sabe y cuánto dedujo gracias a este desastre. ¿Le contaste algo?

—¡Claro que no! —respondí indignada.

—Eso es algo, pero Gregory Salinger es un criminal avezado, seguro ya está armando el rompecabezas.

—No lo llames así.

—Por favor, Sutton —dijo dirigiéndose a uno de los oficiales que permanecía en el pasillo—, asegúrate de que llamen a Famiglietti al momento en que Salinger pise la comisaría. No quiero más errores aquí.

El oficial asintió y procedió a transmitir la orden desde el radio que tenía al hombro de su equipo táctico.

—¿Quién rayos es Famiglietti? —pregunté, porque a estas alturas era una pregunta tan buena como cualquier otra.

—El abogado de Salinger, el mejor defensor de todo Michigan y, para más detalles, su tío.

—¿Qué?

—Sé más de tu novio de lo que tú quieres saber. —Miró a Dante con gesto de lástima—. Si es cierto que los apuntaste con un arma sin identificarte...

—Lo hizo —interrumpí.

—Famiglietti te va a joder tanto que no vas a poder sentarte en una semana.

—¿Y qué pintas tú en todo esto? —pregunté también mirando a Dante, solo por confirmación, porque ya tenía una buena idea.

—Soy tu custodio encubierto. —Dante hizo una mueca de disculpa—. Lo lamento, Sarah.

—Alguien debió decírmelo.

—Queríamos que tuvieras una vida normal, nena, libre de nosotros. —Joseph también se veía apenado—. Te la mereces.

—Pero no la tengo, ahora menos que antes.

—¿Tienes la nota?

Prácticamente me había olvidado de la tarjeta que desencadenó todo el drama, pero mi mano la mantenía apretada, hecha un ovillo, una parte de mi cuerpo recordando su importancia. Se la tendí a Townsend, que la estiró antes de leerla. Supe cuando terminó de repasar el contenido porque se estaba masticando las muelas y a ambos lados de su boca las arrugas se veían más pronunciadas.

Sacó una bolsa de evidencias del bolsillo de su gabardina y metió la nota.

—¿Alguien más la tocó?

—No.

—¿Salinger?

—Te dije que no.

—¿Entraste en el apartamento?

—No.

—Polcaro, encárgate de que revisen el apartamento, y procura hacer un buen trabajo por al menos una vez en tu vida —dijo para luego tomarme de la mano—. Tengo que sacarte de aquí.

No había terminado de decirlo cuando me pasó un brazo por los hombros y me guio hasta el ascensor. Aunque el gesto era el habitual para sacar a alguien de una situación peligrosa, había mucho más en él del simple protocolo. Era del tipo de protección que nace del cariño, y aunque por unos instantes me dejé embargar por esa sensación, estaba muy claro que lo que me esperaba no sería un viaje placentero.

Capítulo 19

Estaba en una oficina de mediano tamaño en la comisaría de Detroit. La mayoría de sus paredes eran transparentes de la mitad hacia arriba por lo que, sentada en una mesa de conferencias con un vaso de café peor que cualquiera que yo pudiera preparar, veía cómo transcurría la vida de las personas encargadas de velar por el orden en la ciudad.

El camino hacia allí había sido uno silencioso. Estaba frustrada, molesta y, sí, debajo de todo aquello, un poco asustada; toda una mezcla emocional nada sana escondida, para más daño emocional, bajo mi máscara de calma.

Joseph se dio cuenta, así que evitó la charla trivial, nada de «¡cuánto has crecido!» o «cuéntame qué tal Suiza»; tampoco se embarcó en nada más serio, pues para eso debería tomarme una declaración, probablemente grabarla o al menos tomar notas, y era lo suficientemente buena gente como para no hacerme pasar por eso dos veces.

En lo que llegamos a la comisaría, me acompañó a la oficina, me dio el café horrendo y fue a entregar la evidencia, contenida en esa bolsita de plástico con la breve nota que resumía los horrores de mi vida, a la gente del Departamento Forense para rastreo de huellas y algún otro detalle oculto que pudiera ser de interés, y también, si la memoria no me fallaba, a dar cuenta de un par de cigarrillos en el estacionamiento antes de regresar.

Cuando volvió lo hizo con un café para él y el olor circundante del fumador compulsivo. Cerró la puerta, se sentó frente a mí y amagó una sonrisa que intenté devolver con tanto éxito como el que él había conseguido.

—Salinger ya está con su abogado rindiendo declaración. Estará fuera de todo esto pronto.

—Quiero hablar con él.

—¿Y decirle qué exactamente?

—Algo se me ocurrirá.

—Cuando cuentas muchas mentiras seguidas, tarde o temprano algo se escapa, nena. Mejor esperar a que las cosas se calmen un poco, a que tengamos mayor información.

—¿Cuál es el punto de todo esto, Joseph? —dije levantando la voz, y él me miró perplejo—. Se supone que todos los sacrificios, las horas empleadas por funcionarios gubernamentales para cuidarme, la soledad, la terapia... Todas esas decisiones que ustedes tomaron por mí hace tantos años, tuvieron un único motivo: que pudiese tener una vida normal en el futuro. ¿Qué vida normal es esta? Ni siquiera puedo salir con un sujeto sin que el pobre termine esposado y detenido.

—Si salieras con otro sujeto...

—No me vengas tú también con eso.

—Salinger siempre será el tipo de hombre que termine esposado.

—No hizo nada.

—Ha hecho bastante. —Lo fulminé con la mirada—. Mira, Sarah, nadie esperó nunca que esto regresara para mordernos el trasero.

—¿En serio? ¿Por qué entonces tengo un custodio encubierto? Nunca antes lo tuve. —Al menos eso creía—. No lo tuve, ¿verdad?

—Estabas en el extranjero y con suficientes guardaespaldas, no era necesario.

—¿Y ahora sí?

—Es un entorno nuevo para ti.

—¿Son tan cuidadosos en todos los casos similares?

—Tú eres especial.

Traté de resistir la tentación de hacer una mueca, pero fue imposible. La cosa era que, ahora, dentro de una estación de policía, con luz suficiente, con Townsend a mi lado, todo parecía mucho menos dramático.

—Tal vez esto no sea nada más que una broma de mal gusto —dije encogiéndome de hombros.

—No descartamos nada todavía, pero es demasiado trabajo de investigación para tratarse de una broma. Averiguar tu verdadero nombre no es tarea fácil, me aseguré personalmente de eso.

—¿Qué tal alguien buscando dinero?

Joseph negó con la cabeza.

—Tus padres han probado en varias oportunidades que no ceden al chantaje. Les iría mejor vendiendo la historia a un periódico.

—¿Mis padres han sido chantajeados antes?

—No los Temper.

Instintivamente me eché hacia atrás como si alguien hubiese intentado golpearme o, tal vez, distanciándome de una situación a la que no quería regresar ni en sueños.

—Entonces —dije llenando el silencio—, no es una broma de mal gusto ni un chantaje. ¿Dónde nos deja esto?

—La nota tiene información que solo consta en expedientes sellados, conocida únicamente por personas vinculadas con el caso. —Suspiró fuerte—. Lo único sobre lo que tenemos certeza es que tu identidad ha sido comprometida.

—Han pasado casi quince años. ¿Qué importa a estas alturas?

—Importa. Hay mucho loco fanático allá afuera, eso sin mencionar a la prensa.

—¿Qué hacemos ahora?

—Tratar de averiguar quién está detrás de todo esto y por qué. —Me guiñó un ojo con confianza—. ¿Has notado algo raro? ¿Diferente?

—Todo en mi vida es diferente: vivo sola, voy a la universidad, tengo amigos.

—Me refiero a algo específico, algo que te haya molestado.

—No... —dije, pero lo que pretendía ser una negativa firme, salió un poco dudosa—. Aunque...

—¿Qué?

—Puede que sea nada. Algunas veces tengo la sensación de que alguien movió las cosas dentro de mi apartamento, que hay ventanas abiertas que cerré antes de salir. Había un libro que no recuerdo haber comprado y tenía un marcapáginas con el logo de esa librería en Washington...

—¿Esa librería?

—Sí, esa librería, y había una frase subrayada en rojo «una rosa, aunque con otro nombre...», es de *Romero y Julieta*, y también está el chocolate en mi mesa de noche.

—¿Chocolate?

—Sí, de la misma marca que me daban... —dudé un poco porque no encontraba la palabra correcta. El concepto de la semántica y el sentimiento que generaba eran diametralmente opuestos—, cuando era buena.

—¡Por Dios, Sarah! —Dio un golpe sobre la mesa—. ¿No se te ocurrió avisar? Tienes un teléfono exclusivo para esos casos.

—¡Pensé que estaba imaginando cosas! —Me puse a la defensiva—. De seguro has leído mis reportes psicológicos. Sufro de estrés postraumático crónico y los episodios de paranoia no son inusuales.

—Sarah... Esto es grave.

—Solo quería pretender que todo iría bien. —Hice una mueca y suspiré derrotada—. Pensé que si lo ignoraba, desaparecería. Soy buena en eso.

—¿Algo más? —preguntó con una sonrisa triste.

—El fiscal general de Washington, el famosísimo abogado Asher Reed, está en Detroit. Me visitó hace unos días.

—¿Ahora lo llamas así? —preguntó con sarcasmo. Incluso levantó las cejas—. ¿Con todos sus títulos?

—Solo en voz alta y cuando hay terceros presentes. En mi mente lo llamo «hijo de puta egoísta».

Joseph suspiró y sonaba mucho más cansado que yo.

—Era una situación difícil, Sarah. Varias opciones le fueron presentadas y él tomó la que creyó más conveniente para tu seguridad.

—No, Joseph, ambos sabemos que tomó la más conveniente para él y para su carrera.

—Tal vez estás siendo demasiado dura.

Alguien llamó a la puerta y, segundos después, sin esperar respuesta, Dante hizo su aparición.

—Jefe, puede... —Con la cabeza hizo un gesto hacia el pasillo.

—Di lo que tengas que decir de una vez, así no tendré que repetírselo a ella más tarde.

Dante me miró, luego a Joseph, y repitió la operación un par de veces.

—Encontramos cámaras de transmisión inalámbrica en el apartamento —dijo finalmente—. Ya habían sido desconectadas, por lo que no pudimos rastrear la señal para saber adónde transmitían.

—¿Estás seguro de que no eran nuestras? —preguntó Joseph. Lo miré con indignación y él se encogió de hombros como pidiendo disculpas.

—No hay registros en nuestro archivo de ninguna orden para colocarlas y nadie encargado de monitorearlas. Además... —Dante se miró los zapatos, incómodo—, nuestros protocolos prohíben tener cámaras en sitios privados como las habitaciones o los baños.

Había pasado por muchas situaciones horribles en mi vida, invasivas y no únicamente el tiempo que estuve con la gente de Salazar. Después vinieron los médicos, psicólogos y largos interrogatorios, pero jamás, nunca, me sentí tan violada y asqueada como en el instante en que las palabras de Dante tomaron forma de imágenes. Era una sensación fea, un sabor amargo, podrido, que no solo sentía en mi boca, sino incluso sobre mi piel, pegajosa, pastosa, sucia.

Alguien había estado viéndome dormir, ir al baño, tomar una ducha, pensar en Greg, estar con Greg...

¡Oh, por Dios!

Necesitaba vomitar y no en sentido retórico. La bilis estaba subiendo por mi garganta.

—Sarah...

Joseph puso su mano en mi hombro para detener ese movimiento automático que había sido ponerme de pie y caminar hacia la puerta.

—Necesito...

«Un baño, una papelera, una bolsa».

Miré de un lado a otro buscando una respuesta providencial.

—Necesito un minuto —dije, esperando que llegara en cualquier forma, una señal divina, y allí, al otro lado de la pared de plexiglás, caminando hacia la salida de la comisaría, estaba Greg.

Joseph no pudo detenerme. Ninguna fuerza humana podría haberlo hecho. Sin saber cómo estaba fuera de la oficina.

—¡Greg! —lo llamé e inmediatamente se detuvo y comenzó a correr hacia mí—. Lo siento tanto —dije resistiendo el impulso de echarme en sus brazos.

—Sarah... —Su mirada era toda preocupación—. ¿Estás bien?

Obviamente no lo estaba, así que por toda respuesta me abracé a su cintura escondiéndome del mundo en esa roca segura que era su cuerpo. Inmediatamente me sentí rodeada por sus brazos y, solo por unos segundos, con sus manos acariciando mi espalda y sus labios en mi cabello, creí que todo volvería a estar bien.

Definitivamente las fantasías estaban permitidas cuando el mundo que te rodeaba era una mierda.

—Creo que no nos han presentado...

La voz me recordó que probablemente teníamos una audiencia numerosa, así que haciendo un esfuerzo sobrehumano salí de mi escondite para encontrarme con un hombre en traje Hermès, una barba de dos días perfectamente recortada y unos ojos astutos que me miraban de arriba abajo. Si uno buscaba en Google «abogado muy exitoso», seguramente este señor de piel caramelo mediterráneo aparecería como primera opción de imagen.

—Anthony Famiglietti —se presentó estirando la mano en mi dirección.

—Sarah Temper —me presenté—. Lamento mucho todo este incidente. Fue un malentendido.

—Admito que no es la forma más adecuada de conocernos, pero descuida,

Sarah, molestar a la policía es una de mis formas favoritas de pasar las noches.
—Me guiñó un ojo.

—¿Qué está pasando, Sarah? —me preguntó Greg.

Si esa no era una pregunta con una respuesta imposible que dar...

—Hemos encontrado una posible amenaza a la seguridad de la señorita Temper —intervino Joseph, como siempre, salvando mi trasero—. Estamos investigando.

—Curioso que sean los agentes federales los que se encarguen —respondió Famiglietti sonriendo—, aunque se trate de la hija de un embajador. La última vez que revisé las competencias...

—¿Qué sucede aquí?

¡Justo lo que me faltaba! El flamante fiscal de Washington haciendo una entrada airada a la comisaría.

—Y esto se pone más interesante —dijo bajito Famiglietti como quien saborea un bombón cuyo relleno desconoce.

—¿Estás bien, Sarah? —Asher Reed hizo amago de acercarse, por lo que me enterré más contra el cuerpo de Greg, lo que solo logró que le lanzara una mirada asesina al dueño de los brazos que ahora me rodeaban y que fue respondida con la misma intensidad por mi convicto favorito—. Townsend, ¿qué significa esto?

Estoy segura de que Joseph quería desaparecer justo en ese momento. Me había rescatado en muchas oportunidades, así que ahora era mi turno de devolver el favor.

—Señor Famiglietti —dije separándome un poco de Greg para jugar a la chica de la excelente educación.

—Llámame Anthony, querida.

—Anthony —sonreí—, este es Asher Reed. —Señalé a la molesta presencia y debí haber recibido un premio, porque no se me notó—. Un amigo de mis padres.

—El fiscal es bastante famoso. Sus casos con la ley RICO son materia de estudio.

Famiglietti estiró la mano y me juré a mí misma que si Asher decidía ser más odioso que de costumbre lo golpearía en el estómago. Afortunadamente, debió ver algo en mi mirada o sentir lo cargado del ambiente, porque decidió unirse al juego y estrechó la mano del abogado.

—Usted también es bastante famoso, Famiglietti —respondió Asher—, aunque estemos usualmente en lados opuestos en la corte.

—Anthony es el tío de Gregory —insistí, siendo un modelo de las buenas maneras impartidas por los manuales de Emily Post. Era como si estuviésemos en un recibidor tomando té y no en el medio de una comisaría en el segundo mayor desastre de mi vida—. Gregory es...

—Su novio. —Greg completó la frase dando un paso al frente, y aunque no era el momento apropiado para ello, tuve el impulso de hacer un bailecito en lo que escuché sus palabras o hacer algo más estúpido, como preguntarle «¿en serio?».

Pero Asher ni siquiera iba a permitirme ese pequeño momento de dicha sublime. Aparentemente la línea de sus buenos modales terminaba justo en la frontera conocida como «estrecharle la mano a un delincuente convicto».

—¿Abogado? —dije con mi mejor tono de advertencia, y no le quedó más remedio que darle la mano, aunque lo hizo sin hacer el más mínimo contacto visual.

¡El muy imbécil y elitista!

—Creo que es momento de que continuemos con tu declaración, Sarah. —Asher señaló hacia la oficina.

—Está fuera de su jurisdicción, abogado —le respondí, porque, aunque sabía que debía volver a la oficina y responder más preguntas incómodas, que este era el último respiro que tendría en sabría Dios cuánto tiempo, simplemente se sentía bien llevarle la contraria.

—Sarah, por favor. —Joseph intervino con el mismo tono que usaba cuando era más pequeña y me negaba a hablar con el psicólogo.

—Puedo esperar a que termines. —Se ofreció Greg.

—Probablemente nos tomará bastante tiempo —dijo Asher con desprecio.

—No me importa esperar. —Y aunque era una respuesta a Asher, en ningún momento dejó de mirarme.

—A mí sí me importaría saber que estás aquí afuera sentado en esas sillas incomodísimas. —Intenté una sonrisa tranquilizadora que esperaba no dejara ver para nada que no me apetecía en lo más mínimo que se fuera para quedarme cara a cara con Asher—. Déjame terminar esto aquí y en lo que esté lista te llamo. Probablemente se trate de una broma de mal gusto.

—Ya escuchaste a la dama. —Anthony le puso una mano en el hombro—. Es momento de dejar a las autoridades hacer su trabajo.

—Llámame en el momento en que termines. Puedo venir a por ti.

—Gracias. —Me paré de puntitas para darle un beso.

Mi intención era que fuese ligero, breve, a fin de cuenta teníamos público,

pero el mero roce de sus labios me supo triste, a despedida, a final, y no estaba lista. Mi vida tenía demasiados finales y muy pocos comienzos.

Decidí quedarme un poco más allí, tomar un poco más para recordar después, y él no parecía molesto en lo más mínimo.

Solo un ruido incómodo a mis espaldas me dejó saber que era, tal vez, demasiado.

—Llama, Sarah, aunque sea para hablar del tiempo —dijo susurrando contra mi boca antes de darse la vuelta.

Todavía no había podido borrarle la sonrisa de la cara ni la visión de su espalda había desaparecido de mi campo visual, cuando Asher ya me tomaba del brazo para arrastrarme dentro de la oficina.

Cerró de un portazo, apenas dando tiempo a que Joseph y Dante entraran.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Capítulo 20

—¿Necesita tomarme una declaración? —dije dirigiéndome a Joseph y pasando olímpicamente de Asher que, si fuera un dibujo animado, estaría echando humo por las orejas—. ¿Grabarla, tal vez?

—Después de todo lo que te dije sobre Gregory Salinger —insistió—, no solo sales con él, sino que orgullosamente lo declaras tu novio.

—Lo dijo él, yo no. —Y sonreí solo de recordarlo.

—No lo corregiste.

—¿Por qué lo haría? —Me encogí de hombros—. Me agrada la idea. Está como un tren y es muy bueno en la cama.

Creí escuchar una risa contenida, pero no supe nunca si fue de Joseph o de Dante, ya que toda mi atención estaba a la espera de que Asher colapsara con un infarto o una subida de presión.

—Estás actuando como una adolescente irresponsable.

—¿Cómo lo sabes? —Algo dentro de mí se afiló como un cuchillo a la espera de ser utilizado—. No estabas allí cuando era una adolescente.

—Dile tú, Townsend. —Suspiró exasperado—. Cuéntale en qué clase de animal transformó Greenville a su «novio». A ti, al menos te escucha.

—Tal vez porque Joseph nunca me ha mentado ni me ha decepcionado.

—Dile —insistió.

—No creo que sea el momento —intervino Joseph dudoso.

—No te preocupes, Joseph. —Le sonreí—. Greg me contó que se unió a la pandilla de Hades en prisión para sobrevivir. Me dijo que tuvo que volverse el más duro entre los duros.

—¿Te dijo exactamente cuál era su trabajo dentro? —insistió Asher.

—No quiero hablar contigo ni quiero escucharte —respondí a la defensiva, porque algo en su tono puso un peso extraño en mi estómago.

—Dile, Townsend. No pretendas que estás bien con esta tontería que está

cometiendo. Díselo. Tal vez a ti te escuche.

Miré a Joseph curiosa y al mismo tiempo con algo de miedo. Solo en ese instante entendí cómo debía sentirse un condenado a la guillotina en esos segundos antes de que la hoja cayera.

—Gregory William Salinger Famiglietti, conocido antes de entrar a prisión como el Mecánico —dijo en el tono más profesional que le había escuchado, y eso no presagiaba nada bueno—, se unió a la pandilla Los Hijos del Infierno a los pocos días de entrar a Greenville y en menos de un año se le conocía como Caronte o el Ejecutor.

El significado de las palabras tardó un poco en tomar sentido. Mi mente estaba en otro lugar, hacía unas horas apenas.

«Era yo quien le llevaba a Hades las almas al inframundo», me había dicho Greg esta mañana.

¿Había sido realmente esta mañana? Sentía que había pasado una vida entera desde ese momento.

—Nunca pudo probarse nada, obviamente —continuó Joseph, e hizo un gesto de disculpa—. Las autoridades no se preocupan mucho por lo que les ocurre a los reos dentro, pero era del conocimiento común que Salinger era el encargado de hacer el trabajo sucio de Los Hijos... Eso significaba...

—Golpear, herir, violar o incluso asesinar a los miembros de pandillas rivales o a cualquiera que Hades fuese contratado para eliminar en la prisión. —Asher dejó caer un archivo sobre la mesa, que se abrió, regando fotografías de hombres, convictos por sus uniformes, heridos de forma horrible, golpeados, algunos incluso muertos—. Esto es lo que tu novio hacía para Hades.

—Estás mintiendo... —dije sin poder despegar la vista de las fotos—. Greg nunca...

Pero me detuve porque mi mente se estaba riendo a carcajadas de mí, burlándose, recordándome que no lo conocía, que debí hacerle caso a Asher cuando me advirtió.

Hacerle caso a Asher... No, nunca. Si Asher decía «salta», había aprendido que era mejor sentarse.

—Acabas de decir que Townsend nunca te ha mentado. —La sonrisa de Asher era de suficiencia—. Honestamente, Sarah, imaginé que te apartarías de sujetos así después de todo lo que has pasado.

Juraría que escuché una especie de plop, y luego un siseo, como los que hace una botella de espumante al destaparse o un enlatado en mal estado cuando lo perforas.

—¿Qué sabes tú de todo lo que he pasado? —le pregunté viéndole finalmente—. ¿Tienes idea de lo que se siente ser abandonada por la única familia que tienes?

Los ojos de Asher se abrieron sorprendidos y eso, extrañamente, era un incentivo para que el veneno saliera. A fin de cuentas, golpear al caído lo había aprendido de él.

—La pequeña Rose era una niña feliz, ni siquiera le importaba mucho no tener mamá, pues su padre era su mundo —dije en mi mejor tono de conversación casual, como quien relata una historia de un cuento para niños cuyos personajes no son reales—. Él le hacía el desayuno, la llevaba al colegio, la ayudaba con la tarea y no se perdía uno solo de sus recitales. A ella nunca le importó que trabajara más cada día porque su padre era una especie de héroe, un abogado que ponía en la cárcel a los tipos malos, así que pacientemente Rose esperaba su turno porque sabía que los domingos eran su día. Papá la llevaba a desayunar fuera, al parque, y luego, en la tarde, a su librería favorita, donde una señora contaba cuentos.

Con cada palabra recordé cada una de esas escenas que me había esforzado tanto por meter en un baúl en el fondo del desván que todos tenemos en la mente, y poco a poco Rose dejó de ser una extraña, la historia de alguien más, como había aprendido a verla para poder encajar en mi nueva vida y finalmente ser capaz de seguir adelante.

Con cada palabra volví a ser Rose, y el dolor volvió con ella.

—Solo que ese domingo a mi padre lo llamaron de la oficina porque era un caso grande, un señor muy malo y poderoso. No tenía idea de lo que era la ley RICO, pero sabía que papá lo pondría tras las rejas, siempre lo hacía. Así que no me quejé cuando me dejó en la librería y prometió que volvería por mí, intenté no desesperarme cuando las horas pasaron y no regresó, incluso salí a la calle para esperarlo y no hacerlo perder tiempo porque de seguro estaba ocupado. —El miedo se instaló en mi estómago como si volviera a estar allí, en esa calle, pero sabiendo lo que ocurriría y aun así incapaz de cambiarlo—. La mujer que me dijo que mi padre la había enviado por mí no parecía una de las malas, incluso tenía una identificación y estaba bien vestida. Fui con ella y en el instante en que la puerta del coche se cerró supe que había hecho algo indebido, tan malo como pelear en la escuela o desordenar los papeles en la oficina de papá.

—No tienes que hablar de ello —intervino Asher. Su rostro había perdido el color de la ira y ahora solo quedaban las cenizas que deja el fuego después de

arder—. Sé lo que sucedió.

—Leíste lo que sucedió en un frío informe, nunca quisiste escucharme hablar de ello. —Negué con la cabeza—. El informe dice que estuve atada a una viga en un sótano, pero no que casi siempre llovía y que por la pequeña ventana que estaba casi encima de mí veía el agua golpear el cristal, algunas veces hasta me salpicaba, dejando mi ropa mojada. No habla del frío húmedo que me llegaba hasta los huesos y de los músculos contraídos tratando de protegerse. Solo dos veces al día venía un hombre, me enteré después de que su nombre era Kolznic, a darme algo de comer y a llevarme al baño, y aunque estaba tan asustada que temblaba como una hoja y me ardían los ojos de tanto llorar, sabía que mi padre, mi héroe, vendría por mí. —Solté un bufido amargo al recordar lo idiota que había sido—. Después de un par de días aprendí a desear estar amarrada en el sótano. ¿Recuerdas el primer video?

La temperatura en la oficina parecía haber descendido a niveles espectrales. No ayudaba que nadie se moviera ni emitiera ruido alguno. Parecía que incluso habían dejado de respirar.

—Me llevaron a otra habitación y había una cámara. Salazar estaba allí, sonrió al verme, y me dio la nota que debía leer. Traté de ser valiente, buena, como mi padre —negué con la cabeza—, pero la voz no me salía y las manos me temblaban tanto que no podía sujetar el papel. Con un gesto aburrido, Salazar le dijo a Kolznic que lo hiciera y sentí el frío del arma en mi cabeza. ¡Tenía ocho años y tuve que leer una maldita nota con un arma apuntando a mi cabeza! —grité—, y luego me dieron un chocolate por ser una niña buena. —Me reí un poco más alto, tal vez rayando en los bordes de la histeria—. Para el segundo video, Salazar me dijo que mi padre no había hecho caso, que seguía investigando, metiendo las narices donde no debía, y que tenía que convencerlo de que lo dejase para que pudiera ir a casa. Rogué, lloré, pedí por favor frente a esa maldita cámara, pero eso no era lo que quería Salazar, ese era solo el preámbulo. ¿Recuerdas lo que me hicieron después? ¿Tuviste el valor de ver el video?

La boca de Asher se transformó en una línea dura y lo vi tragar varias veces.

—Nunca nadie me había pegado. Papá no era ese tipo de hombre, prefería conversar cuando me portaba mal. En algún momento mientras crecía deseé que lo hubiera hecho, tal vez así el primer golpe no me habría caído tan de sorpresa ni hubiese dolido tanto. Aun después de que me rescataron tenía el ojo cerrado y el labio partido por la golphiza, además de una costilla fracturada, y vomité sangre durante dos días. Claro que no venían a llevarme al baño cuando tenía

que vomitar y amarrada a una viga la movilidad era poca, así que después de una semana allí mi ropa era una mezcla de orín, sangre y vómito. Tal vez por eso no me sorprendió cuando me dijeron que necesitaba un baño, tampoco me di cuenta de que había una cámara; recuerdas el tercer video, ¿verdad? Debo reconocer que todavía me pongo aprensiva al momento de tomar una ducha. Creo que debo ser la mujer adulta que lo hace más rápido en todo el planeta. Una cosa buena que me dejó todo esto, ¡soy ecologista!

—Ya basta, por favor —prácticamente me imploró Asher.

—¿Sabes lo que esos reportes no dicen? En algún momento pensé que lo merecía, que mi padre no venía por mí porque actué mal al subir a un coche con una extraña o porque no había sido suficientemente valiente y lloraba mucho o porque escondía los vegetales del almuerzo en la servilleta. Dos semanas atada a esa viga me pusieron muy creativa en eso de convencerme de que lo que me pasaba era mi culpa.

—No fue tu culpa, Sarah. —La mano de Joseph estaba en mi hombro, un contacto tentativo como había sido desde el primer momento, esperando a ver si saltaba o lo rechazaba. No lo rechacé, nunca, ni la primera vez ni ahora. Ese contacto humano, cariñoso, solidario, o simplemente su recuerdo, me había impedido colapsar muchas veces.

—Siempre me lo dijiste —sonreí, y esta vez fue una sonrisa sincera, porque recordé la primera vez que lo vi. Puse mi mano sobre la suya para hacerle entender que entre nosotros todo siempre estaría bien—, pero me tomó un tiempo aceptarlo porque cuando llegaste a rescatarme, cuando me cargaste y me sacaste de allí, mi padre no estaba, ni siquiera afuera, no me envolvió en una manta ni sostuvo mi mano en la ambulancia, tú lo hiciste. Al hospital llegó horas después y prometió muchas cosas. Dijo que no permitiría que me dañaran otra vez, que pondría al hombre malo en la cárcel y que todo volvería a ser como antes, pero tenía que esperar un poco más y ser valiente. Luego volvió a irse. Nunca, nunca, dijo que no era mi culpa.

—No fue tu culpa —dijo ahora Asher.

—Como dije, ahora lo sé, tras más de una década de terapia. —Me volví a verlo, pero para Asher no hubo sonrisa—. Sin embargo, en aquel entonces no ayudó que la única familia que tenía no estuviera conmigo durante mi estancia en el hospital, en las entrevistas con los psicólogos donde me daban esa odiosa muñeca para que señalara donde me habían tocado, como si la evidencia no estuviese grabada en un video, en las interminables declaraciones donde tenía que contarle todo una y otra vez como si se tratara de un cuento que estaba

inventando.

—Había un conflicto de intereses.

—¡Claro! ¿Cómo iba mi padre a acusar a Salazar por tráfico de drogas y armas si era parte interesada en el crimen por el cual lo capturaron? Aunque todo el mundo lo sabía, era mejor no ser muy evidente al respecto y dejar que la prensa lo alabara como el adorado fiscal del distrito para el cual la ley era más sagrada que su familia, que, a pesar de su dolor, seguía trabajando por la seguridad del mundo entero.

—Rose...

—Leí los documentos del caso, sé que no era necesario ponerme en el estrado a declarar, incluso los psicólogos lo desaconsejaban debido a mi frágil estado mental. ¡Pero no! ¿Qué saben los psicólogos del aspecto teatral de un juicio? Poner a la pequeña Rose en un salón lleno de gente, que con su vocecita relatara lo que le sucedió y luego se pusiera de pie y señalara a Salazar con la mano fue un golpe magistral, y a las pruebas me remito, abogado, tras esa declaración la gente comenzó a hablar, Salazar estaba caído y los que trabajaban con él querían salvar su pellejo y las evidencias para enjuiciarlo con la ley RICO aparecieron como por arte de magia. Hasta los delincuentes más desalmados estaban conmovidos.

Me senté en una de las sillas porque estaba cansada, con algo parecido a la resaca después de una larga noche de juerga, pero no iba a callarme ahora. Finalmente había encontrado la oportunidad y el valor para dar ese discurso que había practicado y enriquecido con los años. Tal vez otra oportunidad así no se presentaría nuevamente.

—Y a partir de allí todo fue para peor. Creí que como hice todo lo que me pidió, como fui valiente y dije toda la verdad en esa habitación llena de personas una y otra vez, mi padre me perdonaría, pero no. Me envió a Wyoming con el oficial Townsend, al que ahora debía llamar tío Joseph y no le debía decir a nadie mi verdadero nombre. Al menos, tío Joseph me ayudó a escoger un nombre bonito, también me permitió decidir si prefería ser pelirroja o morena, y cuando todo era demasiado, cuando me despertaba gritando en las noches o me ponía a llorar como una histérica si se me caía una taza, leía conmigo una novela gráfica para que Spawn, Daredevil o Punisher me llevaran a otro mundo donde después de mucha sangre y muerte, los buenos de cierta forma ganaban, aunque perdieran mucho en el proceso. —Me volví a ver a Joseph y le sonreí—. Gracias. Fuiste la luz en el momento más oscuro de mi vida y lo que hiciste, tu dulzura, tu paciencia, permitieron que lo poco que quedaba de mí no se

desmoronara, te encargaste de salvar la semilla que me permitió volver a existir.

«Todavía amo tomar desayunos a la mitad de la tarde como los que me preparabas, si tienen huevos y tocino, mejor, y cuando tengo pesadillas coloco una estrella bajo mi almohada, como tú colocabas tu insignia cada noche para llevarte a los malos que vinieran en mis sueños. Nunca tendré palabras suficientes para decirte cuánto te quiero y te admiro, mucho menos las tenía en ese entonces, teniendo en cuenta que me negaba a hablar, no por el trauma, como decían los psicólogos, sino por miedo, miedo a equivocarme, a hacer las cosas mal otra vez y que te molestaras y también te fueras. No comprendía en ese entonces que no podías irte, que era tu trabajo».

—No era solo trabajo, nunca lo fue.

—Pero te fuiste.

—No porque quisiera.

—Claro, mientras yo estaba en Wyoming tratando de entender por qué no podía irme a mi casa, por qué no podía usar el nombre que mi mamá había elegido para mí, por qué mi padre no venía y, al mismo tiempo, no perder a la última persona adulta a la cual me aferraba —me volví a ver a Asher—, el autor de mis días no solo se estaba encargando de ganar un caso contra el traficante más importante del momento, al mismo tiempo estaba negociando el acuerdo más complicado de protección de testigos del que se tenga noticia. Que nadie diga que mi padre no era un genio para manejar su tiempo.

—Todos estábamos preocupados por tu seguridad. Díselo, Townsend. —Asher miró a Joseph casi implorándole—. Con Salazar preso, habría venganza, el mundo criminal estaba en tumulto, se decía que sicarios habían sido contratados para matarte a fin de que Salazar pudiese demostrar que todavía tenía el poder, que aun desde la cárcel sus tentáculos eran largos.

—Lo sé y lo creo, pero recuerda que leí cada uno de los informes que conforman el archivo de mi caso y ningún abogado, ningún psicólogo, recomendaba poner a una niña, una totalmente traumatizada además, en el programa de forma permanente, con un cambio completo de identidad involucrado, sin su familia.

—Tu padre era un hombre muy conocido, no encajaba en el perfil.

—No intentes justificarlo, Joseph. En ese entonces mi rostro era más famoso que el de Shirley Temple. Por meses había estado en los periódicos, en los noticiarios, en todas partes, y a pesar de ello, nos fue bien en Wyoming a ti y a mí. Allí celebramos mi noveno cumpleaños, tú y yo, más nadie, con un pastel de chocolate hecho de una caja, que ambos nos encargamos de hornear; y

Hellblazer: Volumen 1, que me regalaste para que supiera que John Constantine no se parecía a Keanu Reeves. Recuerdo ese día y creo que por primera vez desde Salazar fui casi feliz, pero eso no era suficiente para papá, no cuando su carrera finalmente despegaba, no cuando estaba en el ojo del huracán. Ser un abogado en un pequeño pueblo donde solo podría ocuparse de si el árbol de manzanas del señor X traspasaba los linderos del señor Y, o poner una ferretería o una tienda para excursionistas no era suficiente. Pueden tratar de embellecerlo todo lo que quieran, tratar de racionalizarlo con razones estúpidas, pero la verdad es que ya había hecho mi parte y le estorbaba en sus planes. Así que simplemente se deshizo de mí, me dio en adopción, no una falsa como mi vida con mi tío Joseph en Wyoming, sino de verdad. Nuevo padre y nueva madre.

—Los Temper son buenas personas.

—¡Y gracias a Dios por los Temper! —Elevé las manos al cielo como una plegaria—. Ellos de verdad me querían en su vida, pero lo único que yo podía ver era que mi familia no me quería, que yo debía ser muy mala, porque a pesar de mis mejores esfuerzos, el tío Joseph tampoco me quería ya. Solo estaban esos extraños que me llevaban a un lugar donde la gente hablaba diferente, vivía diferente. Incluso después, cuando entendí el porqué de todo, no podía dejar de pensar que los Temper no me amaban, no realmente, era un teatro como todo lo demás, una mentira, y aun así me esforcé. Fui la mejor hija, la mejor estudiante, aprendí todos los protocolos y convertí a la pequeña Rose en un recuerdo, como todos me ordenaron, solo para que estos extraños no se cansaran de mí y me enviaran a otro lado. Nunca más volví a cometer un error.

«Muchos años después aprendí que lo único que los Temper querían era lo único que no les había dado: amor, porque durante toda mi vida siempre mantuve a la gente a distancia a mi alrededor. Me decía que era por su protección y por la mía, pero en realidad era porque creía que algo estaba mal conmigo, que era de alguna forma defectuosa y que si los dejaba acercarse mucho se darían cuenta y me abandonarían también».

Mi rostro estaba mojado debido a las lágrimas que habían comenzado a caer sin darme cuenta. Asher también lloraba, como había imaginado muchas veces que lo haría, pero verlo así no me hizo sentir nada, ni siquiera cuando, en ese momento, su rostro me recordaba mucho a la persona que había sido, al hombre que más amé en mi vida.

—Perdóname, Rose, lo siento tanto. —Se arrodilló frente a mí—. Creí que era lo correcto, creí...

—No puedo perdonarte y no me interesa lo que creíste, papá. —A pesar de

que pensé que sería instintivo llamarlo así, que nunca antes la palabra se me había escapado porque había entrenado duro para evitarlo, por alguna razón mi mente ya no lo asociaba con la palabra y a mi lengua le costaba—. Eras mi héroe, la persona más importante en mi vida, ese modelo enorme y perfecto que papi es para todas las niñas pequeñas, y te deshiciste de mí, me regalaste a unos extraños, te desentendiste cuando estaba rota, cuando ser mi padre requería que cambiaras tu nombre y sacrificaras tu carrera. Me hiciste sentir que no valía nada, que no era nada.

—No fue así, mi amor. Pensé que estarías segura...

—Si eso es lo que te ayuda a dormir por las noches con tu nueva esposa y tu nuevo hijo en la habitación de al lado... —Me encogí de hombros—. Yo, por mi parte, todavía hay noches en las que no puedo dormir, sobre todo cuando llueve siento que estoy otra vez en ese sótano, aunque ya en mis pesadillas no espero por ti porque sé bien que no me salvarás. Ahora eres otro de los que vienen a hacerme daño.

—Rose...

—No me llames así. Rose no existe, tú la mataste, la borraste de la existencia y hasta le diste una tumba que visitas una vez al año para que los periodistas tomen fotografías. Imagino que es buena publicidad. —Con rabia limpié las lágrimas de mi rostro porque él no las merecía—. Eres un monstruo, Asher Reed, peor que Salazar y Kolznic, porque yo no significaba nada para ellos; peor que Greg, quien hizo cosas terribles en prisión para poder sobrevivir. Tú eres el monstruo más aterrador que he conocido porque usas el rostro de un hombre decente. Así que no te pares en un pedestal y presumas de una superioridad moral que no tienes. Vive tu vida y ni siquiera pienses en mí porque, contrario a todos los pronósticos, salí bien, soy un ser humano funcional, un poco rarita algunas veces, un poco asustada otras, como todo adulto que trata de encontrar su lugar en el mundo. —Sonreí un poco presumida porque era verdad—. Orgullosamente puedo decir que soy una superviviente y, tal vez, ese instinto es el que me acercó a Greg, porque cuando los monstruos te persiguen ya sea dormida o despierta, puede que sea buena idea tener uno a tu lado.

Capítulo 21

—Ya la escuchó, abogado. —Joseph tomó a Asher del brazo—. Le agradezco que se retire.

—¿Qué? —Asombrado, Asher se sacudió del agarre de Joseph—. No tienes ningún derecho...

—Es usted quien está fuera de jurisdicción, abogado. Sarah es nuestra responsabilidad y, en caso de cualquier acción legal, estoy seguro de que la fiscalía de Detroit se hará cargo.

—Rose es mi hija.

—Rose Reed murió seis meses después de su rescate producto de complicaciones en las heridas que sufrió en cautiverio. Usted hizo el anuncio, abogado. Lloró en la televisión nacional. Sarah es una mujer adulta que, legalmente, no necesita a sus padres en este proceso. Si ella quiere o no a sus padres aquí, y me estoy refiriendo al embajador Temper y a su esposa, será su decisión.

—Solo tendré que hacer un par de llamadas y lo sabes, Townsend.

—Y puede hacerlas fuera de esta oficina. —Abriendo la puerta, Joseph hizo el tradicional gesto con la cabeza—. Lo acompaño.

Asher bufó frustrado, pero salió.

—Cuídala —le dijo Joseph a Dante antes de cerrar tras él.

Me desinflé un poco más en mi silla en un estado de puro y absoluto cansancio emocional.

Esperaba que decirle a Asher lo que había fermentado por tantos años en mi interior me haría sentir más ligera, de alguna forma, energizada, pero simplemente me dejó agotada, mucho peor que cualquier visita al gimnasio porque, en esos casos, sí se dejaban las sesiones con la adrenalina alta. Ahora, solo podía recordar que mi vida era un desastre y señalar con el dedo solo dejaba detrás el cansancio de un pasado que no podía resolverse con recriminaciones.

Decir lo necesario no había sido terapéutico, por el contrario, había regresado a esa etapa pasada en la que no era más que una víctima sin ningún tipo de poder, esa que me había esforzado por superar.

—Lo lamento —dijo Dante sentándose a mi lado.

Lo miré como si fuese la primera vez que mis ojos se posaban en él. Olvidé la confusión cuando apareció armado en el pasillo y la rabia posterior cuando se enfrentó con Greg. Ahora era solo un extraño.

—¿Qué parte lamentas? ¿Hacerte pasar por mi amigo? No te preocupes —e hice un gesto displicente con la mano—, para alguien que no ha tenido muchos, hasta los amigos ficticios son apreciados. Además, tuviste que ir a la universidad, estar con inmaduros estudiantes, asistir a clases, tomar exámenes. Creo que ya tuviste tu castigo.

Dante sonrió un poco y ahora, viéndolo fuera del contexto con el cual siempre lo había asociado, me pregunté cómo no me había dado cuenta. Así, con su traje de operaciones tácticas, su arma en la cadera y su chaleco antibalas, resultaba obvio que era demasiado mayor para la universidad, demasiado serio, demasiado policía y muy poco atleta. Probablemente de tanto ver series de televisión con adultos interpretando adolescentes, mi mente no asociaba cómo realmente debía verse un estudiante universitario.

Y yo que siempre creí que mis habilidades de observación eran una maravilla. Otra creencia errada, allí en el mismo renglón que mi pretendido libre albedrío.

—No hablaba de esa parte. Solo estaba haciendo mi trabajo. —Se encogió de hombros—. Me refiero a lo otro.

Con la cabeza señaló la puerta por donde Asher y Joseph habían salido.

—Repito: ¿qué parte? ¿El drama familiar? ¿El llanto? ¿Ser testigo de un momento incómodo? —Negué con la cabeza—. Imagino que así son las reuniones de las familias disfuncionales.

Y, por extraño que pareciera, recordé a Lilly y a Zion lanzándole pullas a Greg alrededor de la mesa. Ellos sí eran una familia, una no unida por la sangre, llena de personas no muy respetuosas hacia la ley, pero menos disfuncional que la única que yo había tenido durante casi la primera década de mi vida.

—Lo que te sucedió —insistió Dante—, lo siento.

¿Y cuántas veces había escuchado eso durante toda mi vida? Tal vez demasiadas para que esas palabras tuvieran ya algún efecto.

—El pasado es el pasado, no vale la pena sentir pena por él porque de todas formas eso no lo cambia. —Esta vez fue mi turno de encogerme de hombros—. Además, toda la sórdida historia no debe ser novedad para ti. Estoy segura de

que conoces mi caso de principio a fin, incluso debes tener detalles que yo no recuerdo.

—Sí, tienes razón, la conozco bien. Leí todos los expedientes cuando me asignaron tu custodia antes de que regresaras, pero, como dijiste, nunca es lo mismo leerlo en un informe. La realidad tiene poco que ver con esa tinta fría. El sufrimiento de las personas, los daños colaterales de una situación así, no siempre quedan plasmados en el papel. —Miró nuevamente hacia la puerta—. Va a regresar, lo sabes, ¿verdad?

—¿Asher? —Miré a través de los cristales que me separaban de la labor rutinaria de los encargados de hacer cumplir la ley—. Sí, lo sé. No le gusta perder y ni sé por qué habló de dos llamadas telefónicas. Probablemente, no le tome más de una.

—La segunda llamada seguramente será para los Temper en Alemania. Vendrán por ti y te sacarán del país, Sarah. Es una opción con la que el departamento está de acuerdo, por ahora.

—¿Por ahora?

—Si no descubrimos de dónde procede la amenaza en tu contra, si no logramos neutralizarla, es probable que decidan reubicarte y darte una identidad nueva. Pero sea una cosa u otra es probable que no te permitan regresar aquí.

—No quiero eso... —dije más para mí misma que para ser escuchada. Ya estaba acostumbrada a que lo que yo quería no siempre era escuchado, sin importar el volumen de mis palabras.

Sin embargo, lo escucharan o no, lo cierto era que no, no quería. Me había tomado mucho tiempo permitirme amar a mis padres, aceptar quien era y no quien fui, armar una vida, construir una persona que se sintiera «yo» y no un personaje, para que ahora me la arrebataran y tener que empezar desde el comienzo.

—El fiscal Reed de seguro apoyará esa opción —continuó Dante. Y estuve a punto de advertirle de que si seguía hablando seguramente me escucharía gritar tan alto como sonaba el ensordecedor grito de frustración en mi interior.

—No lo dudo —dije con amargura, y mi voz se escuchó ronca, como si el deseo de gritar hubiese ya dejado sus secuelas sin haberse producido. Tal vez era solo el efecto del llanto contenido.

—Townsend está en contra —prosiguió Dante—. Cree que necesitamos más tiempo.

—¿Planea usarme como carnada? —pregunté extrañada. No parecía una decisión que Joseph tomaría.

—No, nada de eso. Sería peligroso. Este sujeto nos ha demostrado que no importa lo que hagamos, siempre está un paso por delante. —Suspiró frustrado—. Me refería a tener tiempo para investigar. No es justo para ti que decidan reubicarte por una amenaza de la que no sabemos la magnitud. Pero no creo que ni siquiera Townsend tenga la influencia para sobrepasar una recomendación del fiscal Reed. Nosotros solo somos los que llevan a cabo las decisiones de otros. —Miró hacia la puerta con cautela, como si temiera que alguien lo escuchara.

—¿Crees que estoy en peligro? —pregunté también con cautela—. Dime la verdad.

—No, no lo creo, no inmediatamente. —Negó con la cabeza como confirmando su mensaje—. Este sujeto sabe quién eres, te ha tenido vigilada por un tiempo. Si su objetivo fuese hacerte daño, ya lo habría hecho. No habría anunciado su presencia de esta manera.

—¿Por qué crees que lo hizo? Anunciar su presencia cuando me tenía en sus manos no parece lógico.

—Si no sabemos quién es, no sabemos el motivo. —Dante sonrió de forma triste—. Lo lamento, tal vez no debí decirte estas cosas.

—Agradezco la novedad. Eso de que otros decidan mi existencia, mi nombre y mi sitio de residencia sin decirme nada ya es cansino.

La frustración que sentía dio paso a una especie de rabia que amenazaba con desbordarse. El agotamiento mental del debate con Asher desvaneciéndose gracias a una nueva fuente de energía nacida de la impotencia de seguir interpretando el papel de damisela en apuros, de testigo mudo de las decisiones de mi propia vida, si es que a esos interludios breves de felicidad y despreocupación podían llamarse vida.

—Solo desearía que tuviésemos más tiempo —prosiguió Dante—, que pudiésemos, no sé, esconderte aquí en la ciudad mientras averiguamos más, antes de tomar cualquier decisión definitiva, pero no podemos tomar acciones unilaterales ni tampoco mantenerlas ocultas a Asher Reed y mucho menos al Departamento de Justicia.

—Pero yo sí —dije, una idea descabellada formándose en mi mente, una idea que me alejaba de ese papel de víctima constante.

Por una vez tenía la oportunidad de tomar las decisiones, de no ser la marioneta que baila al son del titiritero, de las órdenes y deseos de otras personas.

Si iba a cargar con la culpa de las malas decisiones, al menos sería por mis malas decisiones.

—¿De qué hablas? —me preguntó Dante mirándome curioso, con una sonrisa leve en los labios.

—¿Perdón? —pregunté haciéndome la desentendida—. Nada, solo una rebeldía tonta que no va más allá de las palabras. —Moví la mano, como quien espanta una mosca. Necesitaba un momento a solas, un momento sin ojos molestos sobre mi espalda—. Creo que necesito más de ese odioso café. ¿Dónde está la cafetera?

—Afuera, al final del pasillo. Puedo traértelo, si quieres.

—Eres muy amable —intenté una sonrisa que era toda inocencia mientras revisaba, gracias a mi visión periférica, lo que ocurría fuera de la oficina. No había rastro ni de Asher ni de Joseph, y los demás ocupantes de la comisaría parecían concentrados en sus actividades—, pero yo puedo buscarlo.

—No puedes salir de esta oficina y deambular sola...

—Se supone que aquí estoy segura —protesté—. ¿Qué sucede si tengo que ir al baño?

—Te acompañaría y esperaría en la puerta.

—¡Necesito pensar!

Dante se pasó la mano por el cabello.

—Mira, Sarah, adonde vayas yo debo acompañarte, al menos hasta que la orden cambie, pero —levantó el dedo ante mi intento de interrupción—, puedo ir solo a buscar ese café.

Me miró con intención, como intentando transmitir un mensaje sin palabras.

—Debo advertirte que —dijo poniéndose de pie—, aunque el café es horrible, se acaba muy rápido, así que es probable que tenga que hacer otra jarra, y eso me tomará tiempo.

—Vale —dije pensando que era una aclaratoria un poco extraña, precedida, por demás, de una mirada mucho más extraña todavía.

—Y, Sarah... —Dante hizo una pausa mientras sostenía la puerta abierta.

—¿Sí?

—Las tarjetas de crédito están monitoreadas y tu coche tiene un rastreador, al igual que tus dos teléfonos. —Por unos momentos no comprendí por qué me decía todo aquello—. Nadie está vigilando a Salinger, por ahora, pero eso cambiará pronto, será lo primero que el fiscal Reed ordene cuando vuelva a tener el control de la situación. Piensa etiquetarlo como el principal sospechoso debido a su vinculación con Hades y Salazar.

—Eso es estúpido.

—No se puede negar que apareció en un momento muy oportuno. —Dante se

encogió de hombros—. No estoy diciendo que sea culpable, tampoco lo absuelvo. Solo sé que Asher Reed necesita a alguien a quien culpar y te quiere lejos de Salinger lo más pronto posible, involucrarlo en esto le resolvería muchos problemas.

—Está fuera de jurisdicción. Puede conseguir que lo dejen estar cerca, meter la nariz donde nadie lo quiere, pero no puede tomar ningún tipo de acción penal. Es el fiscal general de Washington, no de Detroit.

—Y esto es un caso federal, no local, que además involucra a un testigo protegido cuyas condiciones fueron negociadas por Reed. Seguramente tiene precedente...

—¡Mierda! —dije lamentando por única vez en mi vida no haber estudiado leyes—. No sé si pedir un libro o un abogado.

—No pienses mucho, Sarah. No tienes tiempo.

Y con esas palabras, salió, dejando la puerta abierta.

¿Una metáfora? Me gustaba creerlo, pero Dante tenía razón: no tenía mucho tiempo para pensar y mucho menos en metáforas. Así que saqué de mis bolsillos los dos teléfonos, los puse sobre la mesa y salí.

No me detuve a ver si alguien me seguía. Con la espalda recta avancé, aparentemente tranquila, hacia la salida de la comisaría, pisé la calle y refrené el deseo de echar a correr.

El primer impulso fue tomar un taxi, pero eso sería lo primero que investigarían. No era muy difícil indagar qué taxista había pasado por allí y hacia dónde me había llevado. Además, al salir de casa para desayunar con Greg solo había metido en mis bolsillos los teléfonos, las llaves, algunos billetes y una tarjeta de crédito que no podía utilizar.

Tenía una especie de plan de contingencia medio elaborado, pero para decidir la forma más adecuada de llevarlo a cabo necesitaba poner en orden mis ideas, y para hacerlo necesitaba pensar, preferiblemente, mientras estaba en movimiento.

Seguí calle abajo y la respuesta a mis plegarias vino en la forma de un autobús que aparecía dando la curva e hizo parada en la esquina. No sabía exactamente cuál era la ruta, tampoco adónde me llevaría (sin la aplicación en el teléfono era complicado), pero me estaba moviendo y tendría tiempo para pensar.

No sé cuántas veces me bajé y cambié de bus, probablemente unas tres. En cada cambio hacía preguntas al conductor, a la persona que se sentaba a mi lado, mientras hilvanaba alguna especie de plan.

No podía regresar a mi apartamento, de eso no me quedaba duda. Necesitaba dinero en efectivo, todo lo demás dependía de ello; pero no podía obtenerlo hasta

la mañana del día siguiente. Mallory estaba fuera de la ciudad asistiendo a ese compromiso familiar para el que me había pedido ayuda con la ropa y, aunque estuviera cerca, involucrarla en algo tan peligroso no se sentía correcto.

Creo que nunca, hasta ese momento, sentada en un autobús sin rumbo definido, me había sentido realmente sola.

Hacemos mucho uso de la trillada frase «quiero estar sola», decimos que disfrutamos de la soledad, de tener la casa para nosotros solos o de no tener que tomar una decisión consultada con alguien más sobre lo que nos gustaría comer un día determinado. Normalmente, confundimos los conceptos de soledad con independencia y autonomía, algunas veces simplemente con la necesidad de una momentánea tranquilidad, y no nos damos cuenta de nuestro error hasta que, de verdad, estamos realmente solos, sin nadie que nos ayude en un momento de necesidad o simplemente nos escuche.

La verdadera soledad, ese terrible sentimiento de que estás en el mundo sin la ayuda de nadie, por tu cuenta, sentada en el borde de un agujero negro que te absorbe sin que nadie haga contrapeso para mantenerte de este lado, es la más desesperante de las sensaciones, de esas que te paralizan, te aíslan de tu propia consciencia y te provocan unas ganas horribles de sentarte a llorar en un rincón oscuro. Peor es cuando esa soledad es autoimpuesta...

«Nadie puede resolverlo todo por sí mismo», me había dicho Lilly el día que nos conocimos y, en este caso, tenía razón.

Cuando tomé el último autobús sabía exactamente adónde me dirigía, gracias a una señora muy amable que me dejó usar su teléfono para buscar la dirección y posteriormente la ruta adecuada.

Cuando llegué tuve la precaución de bajarme unas cuerdas antes, aunque probablemente todavía no asociarían ese lugar conmigo, y caminar tratando de no mirar sobre mi hombro.

Llamé a la puerta y esperé hasta que la esbelta figura en pantalones de trabajo y una camiseta amarrada en la cintura me recibió.

—Necesito ayuda.

Capítulo 22

—¿Y a ti qué te pasó? —preguntó Lilly horrorizada—. Te ves terrible.

—Lamento aparecer así...

—Obvio —dijo mirándome de arriba abajo—. Yo no dejaría que nadie me viera en ese estado. ¿Estuviste llorando?

—No tenía a quién más acudir. Por favor...

Algo parecido a la preocupación apareció en el rostro de Lilly.

—No te quedes parada ahí, entra. —Lilly cerró la puerta y le echó llave, lo que me dio una momentánea sensación de seguridad—. ¿Qué te pasó, Sarah?

—Necesito dos enormes favores —dije allí mismo al pie de la escalera que subía hacia el apartamento. Si me iba a poner de patitas en la calle, mejor era que lo hiciera de una vez—, el primero de ellos es que me prometas que no le dirás nada a Greg.

—¿Decirme nada de qué?

Greg apareció al tope de la escalera, y aunque mi mente solo podía repetir la palabra «mierda, mierda, mierda», mi cuerpo quería echar a correr y abrazarlo. Si la puerta cerrada me había dado algo de seguridad, su presencia se sentía como una habitación de pánico para mi solita.

—¿Qué está pasando, Sarah? —preguntó, haciendo amago de comenzar a bajar.

Caronte, el Ejecutor, «golpear, herir, violar o incluso asesinar», «no estás segura con él», decía una voz en mi mente, la voz de quien fui, la voz de la que pude haber sido. Sin embargo, ya no era Rose, no había sido Rose la mayor parte de mi vida y tampoco era la Sarah que llegó a Detroit llena de tontos e inocentes planes, ideales de una vida que se resumía en lo que todos dan por sentado: ir a la universidad, hacer amigos, tener un novio, ser independiente. Ahora toda esa normalidad parecía estar fuera de mi alcance.

Greg nunca sería la opción obvia para alguien como yo pero, a fin de cuentas,

¿quién era yo a estas alturas? ¿Una fugitiva? ¿Una mujer con un blanco en su espalda? ¿Una niña asustada?

—Dale un segundo —dijo Lilly, probablemente motivada por cualquier expresión que en ese momento aparecía en mi rostro, al tiempo que extendía una mano hacia él, en la señal universal de «alto», y la otra la pasaba sobre mis hombros en un gesto protector—. ¿No la estás viendo? La pobrecilla parece un perrito extraviado, no necesita que tú vengas con ese vozarrón a abrumarla. Dejemos que se siente, se tome un vaso de agua, o de tequila, lo que sea que la ayude, y esperemos a que respire.

Me acompañó hasta el apartamento y logró que Greg mantuviera su distancia. Zion estaba en el sofá y al verme intentó decir algo, saludar, tal vez, y fue silenciado con la misma mano estirada de Lilly.

Me depositó en un sillón y, tras una breve visita a la cocina, regresó con un vaso de agua en una mano y una botella de tequila en la otra. Los balanceó frente a mi cara y escogí el agua porque no me parecía buena idea confundir más mi mente de lo que ya estaba.

Me lo tomé de un solo golpe y, aunque no tenía sed, al acabarlo sentí que podía volver a respirar con más facilidad. Como dicen las abuelas, no hay mal que no cure el agua...

Miré los tres pares de ojos que me observaban, esperando. No había más tiempo para tratar de poner las cosas bonitas o interesantes. Había ido allí con un propósito, y aunque la presencia de Greg complicaba un poco las cosas o, mejor dicho, complicaba mi capacidad de justificar mis acciones, ya no tenía más alternativas que atenerme al descabellado plan original.

—Necesito dinero, en efectivo —dije, y me sorprendí por lo calmada y pragmática que soné—. Prometo devolverlo lo más pronto posible.

—¿No se supone que eres rica? —preguntó Lilly y, a pesar de sus palabras, no había veneno tras ellas, solo curiosidad.

—Lo necesito esta noche y no puedo utilizar mis tarjetas ni movilizar ninguna cuenta bancaria.

—¿Por qué? —preguntó Zion muy serio.

—Me gustaría poder darles más detalles, pero créanme que mientras menos sepan es mejor para ustedes. Les evitaré problemas.

—Nos gustan los problemas. —Lilly se encogió de hombros—. Somos expertos en problemas. Creo que tengo unas tarjetas de presentación por allí.

—Además, no sé si estás al tanto, pero ya una vez confiamos en los planes de otros sin hacer preguntas y eso no terminó muy bien. —Zion me miró muy serio

—. Queremos ayudarte, pero necesitamos saber en qué nos estamos metiendo.

Levanté la vista hacia Greg por primera vez desde que entré al salón, pero ni siquiera estaba mirando en mi dirección, aparentemente la ventana era ahora más interesante que yo, y no de una forma amena, pues su rostro estaba lleno de esa nada helada que había visto muy pocas veces pero que me asustaba.

—Mi verdadero nombre es Rose Reed.

Dejé caer la bomba y esperé la reacción ante ese nombre que había luchado por olvidar, que se había convertido, no solo para mí, sino para muchos otros, en sinónimo de tragedia, y que siempre se había sentido como un peso enorme en mis espaldas.

Sin embargo, no obtuve nada. Era como si acabara de hablar en francés.

Luego caí en cuenta de que probablemente no significaba nada para ellos. Habían sido unos niños, como yo, cuando todo ocurrió, por lo que ese nombre, famoso en su momento, no resumía una historia de horror conocida por toda una generación.

—Estoy en el Programa de protección de testigos. Yo fui quien puso a Emiro Salazar en prisión.

Lilly abrió la boca, Zion musitó una maldición y Greg permaneció impasible mirando por la ventana.

—¿La niña secuestrada? —preguntó Lilly como quien recuerda una foto muy antigua, borrosa, sin capacidad de identificar completamente a quienes están en ella.

Asentí.

—Después del juicio a Salazar fui puesta en el programa y sacada del país. Nueva familia, nuevo nombre, nuevo color de cabello...

—¡Sabía que no era tu color original! —intervino Lilly triunfante.

—Lilly... —la amonestó Zion.

—¿Qué? —respondió ofendida—. Me gusta tener la razón de vez en cuando.

—Después de tantos años pensé que sería seguro regresar, pero me estaban esperando —continué, agradecida por la interrupción de Lilly, que me había permitido tomar un poco de aire—. Hoy encontré una nota en mi puerta con mi verdadero nombre y detalles muy particulares sobre mi cautiverio. Los protocolos de seguridad fueron activados y se descubrió que alguien ha estado vigilándome desde hace algún tiempo. Incluso ese alguien puso cámaras dentro de mi casa, en mi habitación, en mi baño; y aparentemente ha estado dentro en más de una ocasión. —Tuve que reprimir por la fuerza el temblor que comenzó en la punta de mis pies al recordarlo—. Los agentes federales piensan que la

amenaza es grave y están considerando la opción de reubicarme, lo que significaría volver a sacarme del país, darme un nombre nuevo, una historia nueva. —Me pasé las manos por el rostro porque solo de recordarlo quería volver a gritar—. No puedo pasar por eso, no otra vez.

Todos se quedaron en silencio, interrumpido únicamente por el sonido del encendedor de Greg prendiendo un cigarrillo.

—¿Y cuál es la alternativa? —preguntó Zion calmado.

—Quiero desaparecer, esconderme un tiempo, por mi cuenta, hasta que todo se calme, que las autoridades encuentren a quien me está buscando o que ese loco me pierda la pista.

—Déjame ver si entendí —dijo Lilly luciendo genuinamente confundida—: alguien te está buscando, presumiblemente para hacerte daño, y te escapaste de las personas encargadas de protegerte para hacer precisamente lo que ellos quieren hacer. No es que quiera ponerme de parte de las autoridades, jamás haría algo como eso, pero ¿en qué estabas pensando?

—No pueden protegerme, nunca han podido, y hoy quedó bastante claro. Mi coche tiene un rastreador, mis llamadas telefónicas están monitoreadas, seguramente también mis correos electrónicos, y hasta uno de mis amigos de la universidad es un agente encubierto, e igual me encontraron. Tal vez tenga más suerte por mi cuenta.

—Si haces esto vas a estar mirando constantemente sobre tu hombro —me advirtió Zion—. No podrás saber quién ni cuándo vendrán por ti.

—He estado mirando sobre mi hombro desde que puedo recordar, solo que esta vez, al menos, tendré la posibilidad de ser yo misma, de decidir adónde iré, qué haré cuando llegue, cuál será mi historia. No volveré a caer en esa falsa sensación de seguridad porque despertar de ella solo hace las cosas peores. —Suspiré, porque era el único elemento del que disponía para intentar conseguir un poco de valor y algo más de fuerza para seguir adelante—. Solo necesito dinero para pasar la noche en algún sitio, no tiene que ser mucho. Mañana sacaré lo que tengo en una caja de seguridad en el banco y me iré de Detroit para esconderme en algún lugar, preferiblemente una ciudad grande donde no destaque. Sé que es mucho pedir que se involucren en esto, que puede ser peligroso, a fin de cuentas, no sé quién me está buscando, por eso no quiero darles muchos detalles...

—Tienes razón, es mucho pedir. —La voz de Greg retumbó en la habitación. Se levantó del sofá, desde donde había escuchado mi historia sin dedicarme ni una miradita. Sin embargo, ahora toda esa expresión muerta de sus ojos estaba

concentrada en mí y sentía su efecto, sentía que la gélida nada me mataba poco a poco—. ¿Qué estabas pensando?

Abrí la boca para decir algo, pero la furia fría congeló también mis neuronas, porque no se me ocurrió nada que decir. Tal vez porque no tenía nada que decir, no estaba pensando mucho cuando tomé el autobús, era solo el instinto que me decía que tenía que salir de esa comisaría, que mi vida estaba a punto de tomar un giro para peor.

—¿Qué te pasa, hombre? —Zion se levantó del sofá, molesto, interponiéndose entre Greg y yo—. No le hables así. Está asustada, todo esto es una mierda muy seria.

—Eso es quedarse corto. —Greg miró a Zion echando chispas por los ojos y con rabia lanzó la colilla consumida por la ventana—. Está en el Programa de protección de testigos, tiene un psicópata pisándole los talones, los agentes no saben ni por dónde comenzar...

—Nadie sabe si es un psicópata —dijo Lilly—. No seas melodramático.

—¡Puso cámaras en su baño, maldita sea! ¿Qué clase de persona normal hace eso? —dijo Greg gritando. Creo que nunca antes lo había escuchado levantar la voz—, y ahora ella cree que puede tomar un autobús y salir de la ciudad como si nadie la estuviese buscando, como si fuera una de los Winchester en un episodio de *Supernatural* en un maldito viaje por carretera.

—Lo siento, ¿vale? —lo interrumpí yo también levantando la voz. Ya estaba cansada de que la gente hablara de mí como si no estuviese presente—. Sé que probablemente no haya pensado esto muy bien, pero no tengo a nadie más a quien acudir.

—¡Me tienes a mí! —gritó, dejándonos a todos en silencio—. ¿No se te ocurrió ni por un momento pensar en acudir a mí?

—Greg... —Traté de hablar.

—Aparentemente, para ti soy solo un idiota que cambió tu llanta una vez bajo un aguacero porque le pareciste la mujer más hermosa, dulce y divertida que había visto...

—Greg —insistí.

—Anoche y esta mañana, al parecer, solo ocurrieron en mi mente de tanto pensarlo, de tanto desearlo.

—Greg, por favor, no es así.

—¡Y una mierda, Blancanieves! Puede que no te sea de mucha utilidad más allá de resolver problemas mecánicos o hacerte pasar un buen rato en la cama, puede que no encaje en tu mundo, pero ser quien soy debió convertirme en tu

primera opción.

Y con esa última frase, las fotografías regadas sobre el escritorio volvieron a mi mente con todos sus gloriosos y escalofriantes detalles.

—Hoy me dieron más información sobre tus actividades en Greenville. —Lo miré a los ojos y pude ver la sombra que apareció en ellos ante la sola mención de su tiempo en prisión—. Me mostraron un archivo con fotografías bastante reveladoras de las cosas que dicen que hiciste allá dentro y no pueden probar. El Ejecutor, un alias bastante aterrador, por cierto...

—Y finalmente llegamos a lo que importa. —Se sentó en el sofá con una sonrisa asqueada en la boca—. ¿Es por eso que no me quieres cerca? ¿Me tienes miedo, Blancanieves? ¿Te disgusta pensar que alguien como yo, tu versión muy personal del lobo feroz, se revolcó contigo en tus costosas sábanas de algodón egipcio? ¿Te da vergüenza admitir que te gustaron las cosas que un tipo con un alias aterrador y las manos manchadas de sangre te hizo sentir?

—¡No me importó una mierda lo que me dijeron y lo saben! —grité exasperada—. Estuve secuestrada por dos semanas cuando solo tenía ocho años por el más temido capo que haya conocido este país y, déjame aclararte, no se trató del típico secuestro donde te encierran en un cuarto, no. Me hicieron cosas que la mayoría de las personas no soportarían ver hechas a una niña, mucho menos hacerlas. —Sacudí la cabeza para espantar las imágenes que amenazaban con volver porque no quería visitar esos recuerdos dos veces en un día—. Cualquiera persona que haya pasado por lo que yo pasé, instintivamente debería correr bien lejos de alguien como tú, al menos eso era lo que ellos esperaban, pero cuando vi que estabas aquí, cuando apareciste en el tope de la escalera, creo que fue el único momento desde que salí de la comisaría en que pude volver a respirar. No sé qué dice eso de mi estado psicológico, tal vez padezca de una extraña versión del síndrome de Estocolmo o exista una teoría freudiana que lo explique...

—Es tu instinto —dijo bajito, acercándose—. Deberías escucharlo.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque eres el único sospechoso que tienen debido a tu vinculación con Hades y a la de él con Salazar, eso sin mencionar tu aparición en mi vida en un momento tan oportuno.

—¿Qué? —El chillido de Lilly me recordó que había otras personas presentes—. ¿No crearás eso?

—Si lo hiciera, sería muy estúpido haber venido aquí —le respondí a Lilly

intentando una sonrisa—. Pero, gracias a mi reacción —y miré a Greg con lo que esperaba fuese la más sincera expresión de disculpas—, a estas horas ya deben tener a alguien buscándote para ponerte bajo vigilancia.

—No me importa.

—¡Pero a mí sí! Eres el que más tiene que perder si te atrapan ayudando a una fugitiva.

—Lo único importante que puedo perder eres tú.

Y vaya que esa era una frase que podía hacerte olvidar incluso que la Tierra daba vueltas o, lo que era más importante en esta situación, que los minutos pasaban.

—¿Qué hay de tu libertad? —dije bajito—. ¿De tu vida?

Una de las comisuras de su boca se movió hacia arriba en lo que parecía ser una sonrisa involuntaria y ni siquiera me había dado cuenta de cuándo se había bajado del carrusel de gritos el sujeto iracundo, cínico y asqueado de sí mismo y había regresado el otro, el que me hacía sentir que todo estaría bien.

—¿De veras quieres escucharme decir en voz alta que ninguna de esas cosas es más importante que tú? —Levantó las cejas, el intento de sonrisa todavía allí—. Vamos, Blancanieves, se supone que soy un tipo malo, tú viste las fotos. No digo esas cosas.

Una risa intentó escapar de mi garganta e hice lo mejor que pude para reprimirla. No era momento para risas, pero la fuerza, el deseo de batallar con él, poco a poco se había esfumado. Todavía estaba muy asustada y no iba a negar que me aterraba hacer esto sola, que no tenía ni idea de por dónde comenzar, pero involucrarlo se sentía erróneo, desleal, egoísta.

—Greg, por favor.

—Si vas al banco a por tu caja de seguridad, lo sabrán—explicó Greg—, tu fotografía estará en todas las estaciones de autobuses y en los aeropuertos en las próximas horas.

—Pediré aventones.

—No me hagas recitarte por qué eso es peligroso. Solo te diré que, probablemente, haya patrullas en las autopistas buscándote.

—No van a paralizar todo Michigan por mi culpa.

—Recuerda que no están seguros de si te fuiste o te llevaron y, en cualquier caso, eres la hija de un embajador... —Me miró ladeando la cabeza—. ¿Lo eres de verdad?

—Sí —respondí, sintiendo el sabor amargo de las mentiras que había dicho dejar un rastro en mi boca—. Cuando entré en el programa, mi familia no quiso

dejar su vida atrás para venir conmigo, así que me dieron en adopción a los Temper.

—Eso es retorcido —dijo Zion arrugando la nariz.

—Mi padre biológico es un sujeto retorcido —dije con amargura—, y está aquí, en la ciudad, dispuesto a demostrar que todo es culpa de Greg.

—Deja que lo intente —masculló Greg.

—¿Qué hay de tus padres adoptivos? —preguntó Lilly—. ¿No podrían ayudarte?

—Son buenas personas y me quieren, pero, en el mejor de los casos, su ayuda sería encerrarme otra vez dentro de una residencia consular para mantenerme segura y vivir aislada de todo, salir con guardaespaldas, ser incapaz de tener amigos... no es la respuesta. Ya lo intenté y, créeme, no es forma de vivir. —Recordé a mis padres, vi sus caras en mi mente y una punzada parecida al dolor se instaló en el medio de mi pecho. Tal vez era miedo, miedo a que dejaran de quererme, miedo a que no les importara tanto como creía—. Además, cuando ya tu padre biológico te traicionó una vez, abandonándote en manos extrañas cuando más lo necesitabas, vives siempre con la duda. No puedo estar segura de que si los contacto no me entregarán a los agentes, convencidos de que será mejor que me manden a los fiordos de Noruega pretendiendo ser una científica reclusa que estudia el comportamiento de los glaciares.

—Debemos comenzar a movernos ya —dijo Greg, decidido. Intenté protestar, pero me silenció con la mirada—. Me necesitas, Blancanieves. Si hay un delincuente tras de ti, necesitas a alguien que piense y pueda encargarse de uno llegado el momento; además, soy bueno evadiendo a las autoridades.

—Te recuerdo que te atraparon y fuiste a la cárcel.

—Me atraparon una vez en cuatro años. La estadística todavía me favorece.

—¿Y nosotros qué haremos? ¿Sentarnos y ver? ¿Quieres que ordene una pizza y me olvide de todo? —preguntó Zion indignado—. No es que no haya sido entretenida esta discusión, créame, fue como una de esas películas que tanto le gustan a Lilly, pero si bien Sarah no puede hacer esto sola, tú tampoco.

—Podría... —dijo Greg con una sonrisita.

—Y precisamente ese ego te mandó a prisión —Zion lo apuntó con el dedo—, y esta vez no lo voy a permitir.

—Dije que podría, no que piense hacerlo. —La sonrisa de Greg terminó de aflorar y era una de diversión, como si estuviese planeando una travesura.

—Oigamos el plan del maestro entonces.

Zion volvió a sentarse, las manos estiradas sobre el sofá, exhibiendo una

sonrisa muy parecida a la de Greg.

Definitivamente, algo no estaba bien con estas personas, pero muchos podían estar pensando lo mismo de mí.

—¿Dices que pondrán a alguien a vigilarme? —me preguntó Greg ya sin la sonrisa, aunque el brillo travieso en su mirada continuaba.

—Estaban considerándolo cuando todavía estaba en la comisaría. Mi escape debió acelerar las cosas.

—Perfecto —dijo, y se volvió hacia Zion—. Tú y Lilly se llevarán la moto. Mangas largas y el casco puesto siempre. Pasarán frente al bar, pero no se detendrán. Seguirán hasta la residencia de descanso de mi tío en Saint Claire, no hay nadie allí en esta época del año. Esperemos que los vean y los sigan, creyendo que somos nosotros. No dejen que los atrapen, pero tampoco los pierdan. Una vez dentro de la casa, estarán seguros. Nadie se atreverá a allanar la casa del mejor abogado del estado sin una orden, y conseguirla les tomará tiempo.

—¿Qué pasará cuando tengan la orden?

—Lo único que pasará es el tiempo, tiempo que ellos perderán persiguiendo a los que no son. Les daré la llave, avisaré a mi tío de que estarán allí, así que su presencia en la casa estará justificada. Si llegan las autoridades con la orden respectiva, abran la puerta y déjenlos pasar a ver. Legalmente no tendrán nada en contra de ustedes.

—Soy demasiado linda para ser un señuelo. —Lilly se estiró como un gato y, a pesar de sus palabras, se veía casi complacida.

—Mientras más bello es el señuelo, mejor, y todavía más conveniente cuando puede patear unos cuantos traseros. —Zion atrajo a Lilly hacia él y le dio un beso en el tope de la cabeza—. ¿Y ustedes qué harán?

—Necesitamos dinero, teléfonos prepago y un coche, uno cuyo registro no haga saltar ninguna alarma.

—Por los teléfonos y el dinero no te preocupes. El Barracuda está listo para rodar y el registro está a nombre de mi abuela.

—Te enseñé bien —dijo Greg, lo que hizo que Zion pusiera los ojos en blanco.

—Tu padre nos enseñó bien, a ambos. ¿Necesitas algo más?

—¿Vendiste mis Sig Sauer?

—Nunca haría eso. Están listas para usar.

Greg solo asintió.

—Pongamos este espectáculo en movimiento.

Capítulo 22

La noche había comenzado a caer sobre Detroit cuando Zion y Lilly abandonaron el taller. Greg y yo lo hicimos momentos después en la dirección opuesta.

No podía dejar de pensar, e incluso echar una miradita de vez en cuando, a los bultos en los costados de Greg que indicaban el lugar donde bajo su camisa reposaban las dos armas, oscuras, brillantes y pesadas, que Zion le había entregado. Tampoco podía evitar ver hacia atrás de cuando en cuando esperando ver aparecer, de un momento a otro, un contingente policial.

—Nadie nos está siguiendo —dijo Greg sin despegar los ojos de la vía.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

El exceso de confianza no me calmó, sino que me hizo desear poner los ojos en blanco y, tal vez, resoplar un poco.

—¿Adónde vamos? —pregunté haciendo un esfuerzo sobrehumano para no volver a mirar hacia atrás.

—Al punto de inicio.

—¿Podrías dejar de ser tan críptico? —pregunté, y no pude evitar el tono obstinado de mi voz—. Para ser llevada de un sitio a otro sin la menor información, mejor me hubiera quedado con los agentes. Al menos ellos están autorizados para portar armas.

—¿Y con todo lo que está pasando eso es lo que te molesta? —preguntó todavía con los ojos en la vía.

—Creo que me molesta hasta respirar —mascullé entre dientes.

—No te preocupes. Estás segura conmigo.

—¿Y tú estás seguro conmigo? —pregunté, poniendo un poco de sarcasmo a la mezcla.

No sé por qué estaba siendo tan insufrible. Tal vez, simplemente estaba

cansada, asustada, y con un día terrible a mis espaldas que estaba comenzando a pasar factura.

Sin embargo, Greg no mordió el anzuelo. Por el contrario, sonrió ante mi pregunta y fue de esas sonrisas lentas y casi imperceptibles que siempre me desarmaban porque parecían ajenas a la normalidad, porque me gustaba pensar que esa anomalía era producida solo por mí.

—Es muy dulce que te preocupes por mí, pero no tienes por qué —dijo todavía sonriendo—. Por ahora necesitamos una ruta segura para salir de Detroit, identificaciones falsas y algunas respuestas. Todo lo podemos conseguir en el mismo lugar y es allí adonde vamos. No es un sitio al que querría llevarte, pero no voy a dejarte sola, aunque me arriesgue a que cuando salgamos no me dejes volver a tocarte.

—Greg... —dije lamentando el haber sido tan pesada.

—Tengo que volver a ser el sujeto que fui en prisión hasta que estés segura.

—No tienes por qué, podemos pensar en otra forma.

—Me gusta cuando hablas en plural —me dijo, y volvió a sonreír.

Estacionó el coche frente a lo que parecía una mezcla entre un garito clandestino y un bar de *strippers*. No podía estar segura porque estaba todo apagado, como si todavía estuviese cerrado o, tal vez, abandonado.

—Por favor —me dijo cuando apagó el motor—, pase lo que pase, veas lo que veas, trata de no decir nada comprometedor, de no lucir asustada, de no llamar la atención y, por sobre todas las cosas, mantente cerca.

Luego de tan ominosa introducción, Greg bajó del coche y, tras una breve sacudida tanto mental como física, lo seguí.

Había visto a Greg cambiar muchas veces frente a mis ojos, pero la versión que me esperó frente al coche era una de la que solo había visto pequeños destellos. Parecía que había crecido unos cuantos centímetros y su rostro era completamente inexpresivo, completando un espectáculo realmente amenazante. El efecto del cambio se veía potenciado porque hasta hacía solo segundos me había regalado su versión más dulce.

Estiró su mano hacia mí y tuve que refugiarme mentalmente en esos momentos dentro del coche, en esa versión de él, una que reía y decía las cosas más tiernas, para poder responder al gesto.

Tomé su mano y atravesamos el estacionamiento hacia la puerta cerrada. No llamó, simplemente abrió y entró a lo que parecía ser un bar completamente desierto. Solo una luz mortecina iluminaba las sillas sobre las mesas, una tarima baja en el fondo y la barra con sus botellas solitarias en el mostrador, haciendo

sombras en cada uno de los rincones.

—¡Estamos cerrados! —gritó un hombre que apareció por una puerta al final de la barra. No podía verlo claramente, debido a la pobre iluminación, pero parecía de mediana edad, grueso y un poco desaliñado.

—Voy a ver a Garon —dijo Greg sin detenerse, sin mirar para los lados. Lo seguí muy de cerca, tal y como me había pedido.

—¿Y quién te crees que eres? —El hombre se acercó y pude ver el arma en su mano.

Greg se detuvo y lo vio sin mucho interés, pero pude notar el cambio en la orientación de su cuerpo, como si estuviese escudándome.

—No quieras saber quién soy.

—Tienes razón, no me importa. —Se acercó un poco más y levantó el arma —. Ahora, vete de aquí.

—Solo intentaba ser educado —dijo Greg dando un paso al frente, acercándose más al arma, demasiado para mi gusto, tal y como hizo con Dante —, porque hay damas presentes.

En ese instante el hombre se dio cuenta de que yo estaba allí. No lo culpaba, podía pasar desapercibida cuando lo quería, más con la mole intimidante que era Greg llevando la delantera a paso seguro.

El hombre estiró el cuello para verme y fue entonces cuando Greg aprovechó. Estiró el brazo violentamente, clavando la parte baja de su mano en la nariz del sujeto que miraba hacia arriba tratando de verme por encima de su hombro. El sujeto dio un par de pasos atrás, un poco trastocado por lo que imaginaba era el dolor del impacto y con evidente dificultad para respirar. Greg lo desarmó o, mejor dicho, simplemente le quitó el arma de la mano y lo golpeó con ella en la cabeza sacándolo de circulación.

Todo el asunto no tomó más de cinco segundos.

—Vamos —dijo antes de rodear al sujeto que, esperaba, estuviese solo inconsciente en el suelo y no muriendo a causa de una contusión severa, y seguir avanzando hacia la penumbra que parecía bordear todas las paredes de ese lugar.

Finalmente pude ver la puerta hacia la que nos dirigíamos. Tal vez no la noté antes porque estaba tapizada igual que la pared y la luz no era generosa con mis sentidos o, tal vez, simplemente, porque no podía dejar de mirar el arma que ahora lucía como una extensión de la mano izquierda de Greg. Su agarre era seguro, pero no rígido, casual y al mismo tiempo letal, y era imposible para mí olvidar que tenía dos más bajo su camisa.

Llegamos a la puerta y antes de que pudiésemos hacer nada se abrió. El joven

que intentaba salir se sorprendió al vernos tanto como yo de ver la puerta abrirse cuando menos lo esperaba.

Greg estaba más allá de cualquier sorpresa. Lo golpeó con el codo en la cara, pero no lo dejó alejarse producto del impacto: lo agarró por la camisa, lo atrajo hacia él para luego tirarlo al suelo con fuerza.

Entró levantando el arma en su mano izquierda al mismo tiempo que se paraba sobre la mano derecha del caído, ejerciendo peso.

Lo seguí y me di cuenta de que allí, a la izquierda, precisamente al lugar donde apuntaba, casi sin ver, estaba otro hombre a medio desenfundar.

Estaba en proceso de formar un pensamiento que iba, más o menos, por el estilo de «mi novio es the Punisher» o, quizás, «Ra's al Ghul va a reclutarte», cuando un aplauso lento, repetido y solitario, que parecía resonar con eco, hizo que mi atención se enfocara en un hombre sentado tras un escritorio al fondo de lo que parecía ser una oficina decorada con mucho estilo.

En lo que mis ojos se posaron en él fue muy difícil notar cualquier otra cosa, mucho menos seguir armando escenarios dignos de Marvel o DC en mi mente para tratar de bajarle el nivel a todo lo que acababa de suceder y sus implicaciones.

El sujeto, con solo echarle un vistazo casual, producía escalofríos, y era tan magnético, en una forma que se sentía errónea, que era prácticamente imposible mirar hacia otro lado, como esos horribles accidentes en la autopista o el encuentro poco probable con una serpiente hermosa pero letal en medio de un jardín.

No se trataba de que él fuera horrible, nada de eso. Era atractivo, sí, pero de una forma poco convencional: sus facciones hablaban claramente de antepasados, no muy lejanos, de claro origen asiático, y, sin embargo, su piel era oscura y resaltaban en su rostro unos ojos amarillos de un tono tan extraño que serían dignos de cualquier protagonista de una novela de romance paranormal.

Sin embargo, no era su aspecto físico lo que hacía prácticamente imposible dejar de verlo, tampoco esa calma poderosa que exudaban los hombres atractivos mayores de cuarenta años acostumbrados a comandar corporaciones. Era la intensidad de su mirada que te hacía esperar que, de un momento a otro, adivinaría tus más oscuros deseos y los recitaría al mundo.

Todavía aplaudía, la boca con una sonrisa abierta y, en algún momento, su lengua salió para rozar brevemente sus dientes.

—Eso es hacer una entrada —dijo todavía sonriendo.

—Tu seguridad apesta. —Greg bajó el arma, esa que le había quitado al tipo

de afuera, la desarmó mientras avanzaba y lanzó las piezas sobre el escritorio.

—Por eso te he estado llamando.

—¿Para cuidar la puerta? —preguntó Greg con una mueca.

—Una que otra vez, entre trabajos. —El hombre se encogió de hombros—. Nadie puede culparme por querer alardear un poco. Sabes que soy presumido. — Se volvió hacia el hombre que había quedado a medio desenfundar y todavía lucía una expresión confundida—. Recoge a tu compañero y sal de aquí.

—¿Está seguro, señor Lincoln? —Le lanzó a Greg una mirada nerviosa.

Ojos amarillos movió la cabeza como esos perritos de plástico que ponían en los coches en las películas de los ochenta.

—Si este me quisiera muerto, me hubiese disparado entre los ojos al momento de entrar, luego se hubiese encargado de ustedes dos, dado la vuelta y salido de aquí con la misma calma con la que entró. Todo en menos de diez minutos. Caronte no juega con su comida —el joven guardaespaldas abrió los ojos ligeramente, obviamente reconociendo el alias—: la termina de forma eficiente y sin teatralidad, por eso vale más que todos ustedes juntos. Así que, sí —ojos amarillos sacudió la mano—, ¡fuera! Dejen a los hombres grandes y experimentados conversar y vayan a ayudar a Yasiel, si es que quedó algo del pobre Yasiel —dijo lanzando a Greg una mirada interrogativa.

—No le corte la lengua y lo dejé desangrarse si eso es lo que quieres saber. Dale quince minutos y un par de aspirinas —le respondió con expresión aburrida—. No vine a causar problemas.

—Ya escucharon, andando.

Todavía nervioso, el guardaespaldas recogió a su amigo del suelo y salió de la oficina.

—¿Dónde quedaron mis modales? —dijo poniéndose de pie, sonriendo, pero lo relajado de sus maneras se sentía como una trampa, una superficie brillante aceitosa sobre la cual podías resbalar y romperte el cuello al caer—. Por favor, señorita Temper, siéntese.

Señaló las sillas frente a su escritorio sin dejar de verme.

Tratando de que no se me notara el temblor nervioso que me generaba que un sujeto así supiera mi nombre, me senté. Greg lo hizo en la otra silla, medio desparramado y aparentemente relajado.

—Te presento a Garon, Sarah.

El nombre me resultaba familiar, pero no podía ubicarlo.

—Todos aquí me llaman Hades —dijo aclarando mis dudas y, si antes estaba nerviosa, ahora lo estaba más, y con conocimiento de causa—. ¿Puedo ofrecerle

algo de beber?

—No, gracias. —Cruce las piernas y luego las manos en mi regazo, tratando de aparentar que estaba igual de relajada que mi acompañante—. Aprendí mi lección sobre Perséfone.

—Culta, intelectual y un poquito sarcástica. Me agrada —dijo haciéndole un guiño a Greg mientras se sentaba—. ¿Qué puedo hacer por ustedes? Imagino que no se trata solo de una visita de cortesía.

—Vine por mi dinero —dijo Greg, lo que generó que Hades levantara las cejas, teatralmente sorprendido.

—Te lo ofrecí cuando saliste y, creo recordar, que me diste unas ideas muy gráficas y específicas sobre dónde podía ponerlo.

—Solo porque sabía que ahí estaría seguro. —Greg se encogió de hombros—. Espero que lo hayas envuelto en algo plástico, por lo menos. De lo contrario sería una nueva definición para el término «dinero sucio».

Hades rio un poco, divertido, y hasta sonó genuino, claro que con él no podía estar segura.

—¿Algo más que pueda hacer por ti? —preguntó, todavía con una chispa brillándole en los ojos.

—Necesito identificaciones, para ella y para mí. De las buenas, con números de seguridad social reales y que se adapten a nuestra edad —dijo, como si estuviera pidiendo seis manzanas en el mercado—, y una ruta sin interferencias molestas para salir de Detroit. Puedes cobrarte de mi dinero y darme la diferencia.

—Por favor —Hades arrugó la cara—, nada de eso. No le cobro esa logística a mis amigos. —Sonrió un poco más—. Lo tendrás todo para mañana. ¿Necesitas algo más?

—Un lugar seguro para pasar la noche y algo de información.

—¿Información? —preguntó, inclinándose interesado—. ¿Sobre qué exactamente?

—Rose Reed.

—¿Rose Reed? —preguntó perplejo.

—Rose Reed —insistió Greg.

—La pobre niña murió.

—Necesitaré algo más, a fin de cuentas, eres amigo de Emiro Salazar, alguna cosa interesante debes saber. —Greg sonrió mostrando los dientes—. Te deberé un favor, uno que podrás cobrar cuando y en la forma que desees, siempre y cuando la información sea buena.

—Tentador —Hades sonrió formando una mueca codiciosa—, pero ¿puedo preguntar por qué te interesa?

—Digamos que por cultura general.

—Nunca pensé que fueses aficionado a la historia antigua.

—Soy una caja de sorpresas.

—Rose Reed —recitó Hades como quien está a punto de impartir una lección fundamental—, «la niña que derrotó un imperio», comentaron algunos periódicos, y no puedo negar que tiene cierto toque dramático, de película de alto presupuesto. —Pasó un dedo sobre la superficie de cristal del escritorio, casi como una caricia—. No mucha gente lo sabe, pero le debo todo lo que tengo a Rose Reed.

—¿Cómo así?

—En aquel entonces mi carrera como *consierge* comenzaba. —Se volvió hacia mí y retomó su tono de conferencista—. Conocía a personas con ciertas habilidades particulares y a otras que necesitaban de esas habilidades, así que estaba dedicado a poner en contacto a esas personas, siempre garantizando un buen trabajo, sin errores y a un precio razonable. En nuestra profesión siempre es necesario, y hasta recomendable, un contratista externo que eche una mano en asuntos complicados.

—Lo hace sonar muy... —busqué el término adecuado, ya que no quedaba duda de que estaba relatando mi historia— corporativo.

—No lo era en ese entonces, pero ahora soy una especie de corporación.

—Una que no cotiza en Wall Street —dijo Greg por lo bajo.

—Si solo fuese posible. —Hades suspiró—. Regresando a la historia: aunque Salazar estaba radicado en Washington, movía sus productos por todo el país y regularmente su gente me llamaba cuando necesitaba algún distribuidor local, compradores, un policía dispuesto a mirar hacia otro lado en el momento adecuado, protección para los envíos grandes...

—Lo usual —acotó Greg.

—Pagaba bien, y ayudarlo me daba prestigio, y con el prestigio venían más clientes. —Hades se recostó en su silla y entrelazó los dedos sobre su regazo—. Un día recibí una llamada del propio Salazar, sin intermediarios. Me contó que un fiscal molesto estaba muy cerca de completar un expediente incriminatorio en su contra y Emiro quería secuestrar a su hija para hacerlo entrar en razón. La niña estaba en Washington, así que necesitaba una persona que se la llevara y otra que la mantuviera cautiva, diferentes, sin conexión y, sobre todo, que no fueran locales. Eso haría más difícil cualquier filtración o rastreo por parte de la

policía.

—Inteligente —dijo Greg como si estuviesen discutiendo estrategias de negocios mientras yo simplemente me horrorizaba al escuchar cómo había sido planeada, de una forma tan fría y pragmática, la debacle de mi vida. Era mucho peor que leer los expedientes del caso.

—Eso pensé —concedió Hades—, así que fui a hablar con tu padre. Las Bestias de Detroit eran una organización llena de tipos duros y me parecieron los más adecuados. Claro que al gran William Salinger la idea no le pareció tan buena. Gracias a él aprendí que hasta los más duros delincuentes tienen límites, y te sorprenderías cuántos de ellos se rehúsan a involucrarse con niños. Tú padre era un tipo serio en los negocios.

—Lo era —concedió Greg sin mostrar la más mínima emoción.

—Al final de la reunión me aconsejó que no me metiera en eso. Dijo que lidiar con niños nunca terminaba bien, eso sin mencionar que nos estábamos metiendo con Asher Reed y ese abogado era, ya en ese entonces, un bastardo hijo de puta que no dejaría que ni siquiera el secuestro de su hija lo detuviera, es más, lo usaría en su beneficio. El tiempo le dio la razón a tu padre.

—Por lo general, lo hacía.

—El caso es que llamé a Salazar, le dije que estaba fuera y que él también debería olvidarlo. Le aconsejé que, si quería que el fiscal terminara con la investigación, e infundir un poco de miedo en el proceso, lo mejor era meterle un balazo a Reed. No obstante, en ese momento Salazar se creía el rey del mundo, estaba convencido de que nada podía salirle mal, así que el muy idiota siguió adelante.

—Pero tuvo éxito, secuestró a la niña.

—El éxito de toda operación está en sus resultados. En este caso ese resultado no era obtener a la niña, cualquiera podía haberlo hecho, sino la reacción que esa acción debía traer. —Hades suspiró—. Nunca creí posible que Reed desistiera, pero tampoco ayudó que Salazar no seleccionara a la gente adecuada para el trabajo. La mujer que se llevó a Rose era alguien que le debía dinero a Salazar, no una profesional, y por eso fue la primera en quebrarse cuando se filtraron los videos de lo que le estaban haciendo a la pobre criatura. Fue ella la que dio la pista sobre quién la tenía y, tras eso, fue más fácil deducir dónde estaba. Sin embargo, el mayor error fue poner a Kolznic a cuidar el paquete. ¿A quién se le ocurre poner a un conocido pedófilo a cuidar a una niña de ocho años?

Comencé a temblar, no podía evitarlo. Sus palabras invocaron el rostro de ese hombre, sus manos, su voz. Miré a Greg tratando de concentrarme en otra cosa,

separarme de esa historia tan conocida que Hades narraba, pero había perdido esa postura relajada que necesitaba ver, incluso parecía estar evitando, casi con precisión quirúrgica, mirar en mi dirección.

Con todo lo que había ocurrido en un lapso tan corto de tiempo, había pasado por alto que él desconocía los detalles de la historia y deseé que alguien nos interrumpiera, aunque fuesen los agentes federales para llevarme. No quería que supiera, me daba vergüenza.

—Creo que la pobre Rose tuvo suerte de que el gusto de Kolznic estuviese orientado a niños de doce y trece años. Se decía que tenía su propio harén, chicos que rescataba de las calles, nunca niñas, y que lo llamaban padre —prosiguió Hades, completamente ajeno a que en ese instante deseaba amordazarlo—, pero igual fue una estupidez, al igual que el que Salazar quisiera estar presente cuando se grabó el primer video con Kolznic apuntando una nueve milímetros a la cabeza de Rose y, además, hablar. Su defensa no pudo convencer al jurado de que no estuvo presente también en el segundo video, donde Kolznic le da una golpiza a la niña. —Negó con la cabeza—. Esa criatura de rizos rubios y carita de ángel siendo golpeada de esa forma, pateada mientras estaba en el suelo, llorando, suplicando. —Bufó—. En una maniobra que nadie esperaba, Reed filtró los videos que le enviaron a la prensa y Salazar se convirtió no solo en el hombre más buscado sino en el más odiado en gran parte del planeta, incluso antes de que el tercer video apareciera.

—¿Qué había en el tercer video? —preguntó Greg, y podía ver su mandíbula apretada, las manos agarrando la silla con tanta fuerza que pensé que iba a romperla.

—Fue un gran escándalo en su momento, algunas grandes cadenas de televisión se negaron a exhibirlo. Es muy inocente, comparado con las cosas que en la actualidad se encuentran por allí y precisamente por eso, incluso hoy en día, es tan buscado.

—¿Buscado? —pregunté con un hilo de voz—. El expediente fue cerrado y todas las evidencias del caso retiradas del dominio público, por tratarse de una menor.

—Hoy en día nada desaparece, no totalmente. Hay algo llamado la red oscura, un lugar donde lo peor de la sociedad se concentra, donde los sicarios se contratan, donde todavía hay enfermos que pagan buen dinero por ver pornografía infantil con una falsa sensación de anonimato. Allí todavía se consigue el tercer video de Rose y cada día el derecho de verlo genera una buena cantidad de dinero.

—¿Qué había en el tercer video? —insistió Greg, y su voz sonó a amenaza.

—Kolznic metió a la pequeña Rose en la ducha, desnuda y con la cámara encendida, y le dio un baño. La niña estaba golpeada, llorando y, con toda la delicadeza del mundo, el degenerado le lavó el cabello y otras partes también. Si la imagen no te dan ganas de vomitar, lo que le dice...

—¿Cómo te pusiste así, Rose? ¿Qué va a decir tu padre? —dije sin poder detenerme, recitando unas palabras que todavía, en los días malos, me acechaban—. Sé una niña buena y deja que te limpie bien, muy, muy bien. Déjame ponerte toda resbalosa con el jabón. Quédate quieta y te daré un premio.

Hades me miró ladeando la cabeza, las cejas juntas en confusión, y algo parecido al horror en el fondo de sus extraños ojos. Luego negó con la cabeza y siguió hablando.

—Cuando ese video salió a la luz, todos comenzaron a hablar. Salazar había perdido el respeto del mundo criminal. Fue capturado y condenado por secuestro y abuso infantil y las pruebas para el caso RICO que llevaba el fiscal Reed por tráfico de drogas y armas aparecieron por montones. Todos sabemos que los condenados por abuso de menores no lo pasan bien tras las rejas, así que Salazar tuvo que emplear sus mayores recursos para mantenerse a salvo en prisión y sus negocios disminuyeron hasta casi desaparecer. Lo que queda lo manejan sus hijos a nivel local y muy modesto. Como ves, todo lo que soy hoy se lo debo precisamente a que me mantuve alejado de ese asunto.

—Pero como lo cuenta —dije apenas conteniendo el deseo de torcerle la cara a golpes—, me hace pensar que tal vez si hubiese participado, las cosas habrían salido mejor.

—Y, seguramente con menos daños para la niña, aunque probablemente mi carrera no hubiese llegado a estos niveles. En este negocio, incluso después de tantos años, la sola vinculación con Rose Reed es considerada de mala suerte.

—¿Quién podría estar interesado, hoy en día, en hacerle daño a Rose Reed? —preguntó Greg.

Ya no había nada relajado en su postura, tampoco frialdad en su mirada. Toda su actitud era pura violencia.

Hades lo miró perplejo.

—¿Los Cazafantasmas? ¿Buffy? ¿Jared Padaleki? —Hades abrió los brazos e hizo un gesto confundido—. La pobre niña murió.

—¿Por qué estás tan seguro? —insistió Greg.

—Porque lo dijeron los periódicos, hubo un anuncio oficial, un funeral en el que todas las cámaras de televisión se pelearon por tener el mejor ángulo de

Asher Reed llorando destrozado.

—¿Y siempre crees en lo que dicen los periódicos?

—No, pero si fuese mentira, si la niña estuviese viva, en todos estos años alguien habría hablado y yo lo habría escuchado.

—El caso ocurrió en Washington, no en Detroit. Está fuera de tu área de influencia.

—El mundo es mi área de influencia —respondió presumido—. Opero desde aquí, pero mis clientes están en todas partes, al igual que mis fuentes de información. Incluso en esos lugares a los que no es tan fácil llegar.

—¿Y si te digo que Rose Reed está viva? —preguntó Greg.

Hades me miró nuevamente de esa forma que parecía captar hasta mi densidad ósea y luego se echó a reír. Primero fue una risa confundida, perpleja, y luego estalló en una larga y sonora carcajada.

—Necesito beber algo —dijo poniéndose de pie, y buscó en un gabinete cercano una botella de brandy que sirvió en una copa con bordes de oro—. ¿Quieres un poco?

Greg negó con la cabeza, pero aprovechó para encender un cigarrillo. A su regreso al escritorio, Hades estiró en su dirección un cenicero de cristal de rocas.

—Si Rose Reed está viva —dijo sentándose nuevamente—, diría, con toda la admiración de la que soy capaz, esa que no prodigo con mucha frecuencia, que por primera vez desde que estoy en este negocio las autoridades hicieron un trabajo excelente en esconderla.

—¿No crees entonces que Salazar, o lo que quede de su organización, esté tras ella? —preguntó Greg.

—No. —Hades negó con la cabeza—. Cuando alguien de tan alto perfil como Rose Reed desaparece, muerte fingida incluida, siempre se sabe algo. Incluso en los más exitosos casos de protección de testigos, esos en los que nunca se sabe dónde fue a parar la persona o su nueva identidad, siempre hay, al menos, alguna información sobre su entrada al programa. —Dio un trago a su brandy—. Créeme cuando te digo que nadie en el mundo criminal sabe que está viva. No hay ni un susurro, tampoco leyenda urbana o teoría conspirativa alguna en ese espacio anónimo y poco vigilado que te comentaba. Todos nos comimos el cuento, incluido Emiro Salazar.

—Pero alguien la está buscando, acechando —insistió Greg—. Sabe dónde está, cómo se llama, conoce cada uno de sus movimientos.

Hades se quedó pensativo unos momentos balanceando lo que quedaba del brandy. Sus ojos inteligentes y unos mínimos movimientos en su rostro relataban

las mil conexiones que su mente hacía en esos momentos.

—No se trata de alguien en nuestra línea de trabajo —dijo bebiendo lo que quedaba en la copa—. Alguna vez pudo haber algún interés en hacer desaparecer a Rose Reed, ahora no hay ganancia para nadie en ello, y si no hay ganancia, no es negocio. Definitivamente, esto es otra cosa, probablemente personal, y tiene más de una década incubándose, por lo que debes preguntarte: ¿por qué ahora y no antes?

—¿Qué hay de ese Kolznic? ¿Dónde está? ¿Habrás salido recientemente de prisión?

—Está muerto —dije, y estoy segura de que no pude evitar la mueca de asco en mi rostro—. El primer oficial que llegó a la escena, Joseph Townsend, le disparó entre los ojos cuando trato de usar... a Rose como escudo para escapar.

—¿Qué ha cambiado, Gregory? —insistió Hades con un brillo en los ojos.

—Rose no estaba aquí antes —dijo finalmente, encontrándose con la mirada de Hades, una conversación silenciosa pasando entre ellos.

—Eso te da una madeja muy reducida de la cual tirar y la punta está a simple vista.

—¿Me dirás dónde está esa punta?

—Obviamente no —dijo Hades haciendo una mueca—. Tu mente es más impresionante que tu puntería, Gregory, y debes ejercitarla, más que tus músculos o tu habilidad de usar un cuchillo para causar el mayor daño posible con un solo corte. —Se puso de pie—. Tendrás lo que me pediste para mañana.

—¿Qué hay del sitio para pasar la noche? —preguntó Greg.

—Ah, claro. —Hades se puso un dedo sobre la boca y pareció meditarlo unos segundos—. Estás en compañía de una dama, así que los huecos usuales no servirán. Ve donde Andy, te dará un buen lugar y mantendrá la boca cerrada.

—¿Ahora Andy trabaja para ti?

—Todo el mundo trabaja para mí —extendió las manos a los costados en un gesto afectadamente presumido—, o me debe un favor.

—Mantén tus oídos afilados. Todavía no cubres la cuota del favor que ofrecí.

—Descuida. En este punto no solo tus habilidades me interesan. Soy aficionado a las novelas de misterio. —Me miró con una mueca de disculpa—. Siempre intento averiguar quién es el culpable.

—Debería ser abogado o policía —le dije, y se carcajeó nuevamente.

—No, cariño. Para lo primero hay que estudiar mucho y lo segundo paga muy mal. —Estiró su mano en mi dirección a modo de despedida—. Fue en placer, señorita Temper. No todos los días conozco a una leyenda.

—¿Una leyenda? —pregunté fingiendo inocencia mientras estrechaba su mano.

—La mujer capaz de calentar la helada sangre que corre por las venas de Gregory Salinger y lograr que se ponga bajo la camisa las legendarias Sig Sauer de su padre merece el título.

Capítulo 23

Resultó que Andy era el encargado nocturno de un motel. No un cuchitril de mala muerte sino un lugar bonito que tenía hasta piscina, una pequeña nevera dentro de la habitación, toallas limpias y chocolates al lado de la almohada.

Nos dio un cuarto que daba al frente desde donde podíamos ver el estacionamiento a través de la ventana y, según me dijo Greg, nos permitiría llegar al coche y huir en cuestión de segundos si algo resultaba sospechoso.

En el camino, paramos a comprar algo de comida para llevar. No tenía hambre ni creía que la situación estuviera para cotidianidades como comer, pero Greg insistió tras enterarse de que no había probado bocado desde nuestro desayuno.

Entramos a la habitación, cerró la puerta con cadena y dejó sobre la cama una mochila misteriosa que había estado en el asiento trasero del Barracuda.

—Lilly empacó algo de ropa para ti —dijo, desvelando el misterio de la mochila al tiempo que sacaba las armas de debajo de su camisa y las ponía sobre la mesa de noche—. Cuando salgamos de Detroit podemos comprar cualquier otra cosa que necesites —continuó mientras levantaba la cortina para ver el estacionamiento—. Ahora, deberías comer algo y dormir un poco.

—¿Y tú? —pregunté todavía de pie en el medio de la habitación.

—Lo haré luego.

—¿Vas a pasar la noche vigilando por la ventana?

—No te preocupes por mí.

Era difícil no estar preocupada, no solo por él sino por todo, incluyendo la proliferación de armas nucleares y el efecto invernadero. La preocupación se había convertido en una especie de grifo sin filtro que, una vez abierto, dejaba entrar todo sin discriminación alguna.

Tal vez era simplemente la forma en que estaba tratando de obviar lo que verdaderamente me preocupaba: desde que salimos de la oficina de Hades, Greg casi no me había mirado, tampoco me había dirigido la palabra para cosas no

esenciales.

A simple vista parecía que se había convertido nuevamente en ese sujeto aterrador y helado, sin ningún tipo de sentimientos, que algunas veces emergía y al cual todavía me rehusaba a acostumbrarme. Sin embargo, había algo más en el cambio, un cuidado especial en no cruzar sus ojos con los míos, en no ver ni siquiera hacia las cercanías donde me encontraba, en mantenerse lo más físicamente alejado posible.

—¿Crees que fue sensato contarle todo a Hades? —insistí, más que porque me interesara saber la respuesta, en un vano intento por atraer su atención, por lograr que me mirara y desterrar con una sola acción el miedo más importante que sentía en ese momento.

—Garon es mi amigo —dijo sin dejar de espiar al estacionamiento—. Confío en él.

—Según entendí has estado evitándolo.

«Por favor, voltea, mírame».

—No estoy interesado en su oferta de trabajo. Ya no más.

Esperé a ver si decía algo más, si hacía algo más, pero nada ocurrió ni fue dicho.

Me senté en una silla frente a la mesa que estaba en la esquina donde reposaba la cena que compramos. Miré las armas sobre la mesa de noche y la espalda de Greg junto a la ventana, luego la bolsa de comida frente a mí. El olor a patatas fritas inundaba el lugar cerrado, y los círculos de agua bajo los vasos con hielo y soda crecían con cada gota que se deslizaba. En unas horas, la humedad alcanzaría las bolsas de papel destruyendo el fondo, las patatas estarían frías y duras, y la lechuga de los sándwiches de atún mustia, dejando un sabor desagradable en el pan que perdería su consistencia gracias a la mayonesa.

La sensación de *déjà vu* fue sobrecogedora.

Sí, sabía muy bien cómo estaría todo en unas cuantas horas. Era como ver una película antigua, hecha de experiencias poco placenteras, repetida en la mente una y otra vez.

Fue como regresar a ese momento de mi vida antes del juicio, antes de que me enviaran a Wyoming con Joseph. Hubo muchas noches como esta, encerrada en la habitación de un hotel con una bolsa de comida rápida y la compañía de un hombre armado que no me prestaba la más mínima atención, para el cual no era una persona sino una asignación, y que pretendía que encendiera la televisión y viera algo que me hiciera quedarme dormida, como si todo mi mundo no estuviese derrumbándose, como si estuviese en medio de las vacaciones menos

divertidas de la historia de la humanidad, pero vacaciones a fin de cuentas.

—Deberías dormir —insistió Greg sin voltear, y quise gritar.

—Si hubiese querido que alguien me estuviera dando órdenes, si hubiese querido todo esto... —dije poniéndome de pie, las patas de la silla arañando el suelo, haciendo el ruido que sustituía a mi grito—, no hubiese escapado de los federales.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó con el mismo tono de frustración que yo había empleado.

—Al menos me gustaría que me miraras.

A pesar de la petición directa y de la acusación implícita en ella, lo único que logré fue que Greg dejara caer la cortina y fuera a sentarse en la cama.

—No puedo —dijo mirándose las manos, y escuché un ruido, aunque no era posible ya que los músculos no hacen ruido cuando se desgarran y el corazón no era otra cosa que un músculo.

En esos segundos de silencio, la soledad que había sentido en el autobús, la misma vieja compañera que había estado conmigo, en mayor o menor intensidad, durante toda mi vida, asomó nuevamente la cabeza desde los linderos donde la había dejado abandonada, solo que esta vez no estaba dispuesta a dejar que se acercara.

Otra de las cosas sobre la soledad es que tiene el extraño efecto de adormecerte. Si estás sola, si a nadie le importa, si eres únicamente tú y el espacio que te rodea ¿para qué esforzarse?, ¿para qué seguir? Normalmente la gente sigue adelante, aun cuando está cansada, porque hay alguien que necesita que llegues a la meta, que te espera. Si no hay nadie, da igual echarse una siesta al lado del camino; y yo no estaba para siestas pues en este camino los lobos aparecían cuando te descuidabas.

—Sé que he dicho esto antes, pero lo digo en serio. —Me sorprendió lo dura que sonó mi voz, molesta incluso—. No tienes por qué hacer esto conmigo.

—Ya te dije que no hago nada que no quiera hacer.

—¿Y quieres hacerlo? ¿Con alguien que no puedes ni siquiera mirar? —dije, mi voz subiendo con cada palabra, tanto que estaba a punto de quebrarse.

Tomé una bocanada de aire tratando de calmarme. No estaba siendo justa con él. Ahora que estábamos relativamente seguros, que había silencio, era cuando toda la información debía estarlo golpeando como una bola de demolición. Si yo estuviese en su lugar me estaría preguntando muchas cosas, dudando de todo, más cuando estaba poniendo todo en riesgo para ayudar a alguien que, a la luz de los últimos acontecimientos, no era más que una extraña.

Tomé un poco más de aire y comencé nuevamente.

—Mira, de verdad lo siento.

—No te atrevas a disculparte.

—Sé que en este momento debes estar haciendo el recuento de todas las mentiras que dije —proseguí, porque sentí que debía hacerlo. Aunque era una mentirosa entrenada no era algo que disfrutara—, te estarás preguntando si hay algo real, verdadero. Probablemente no sabes ni siquiera por cuál nombre llamarme...

—¿Crees que eso es lo que me importa? —Se puso de pie bruscamente y finalmente me miró, sus ojos echando chispas—. No me importa tu nombre, ni quiénes sean tus padres, ni el lugar en que naciste. Tú eres mi Blancanieves y...

—Lamentablemente eso tampoco es verdad —dije, porque no puedes comenzar una disculpa con una mentira—. Mi cabello no es oscuro, no en realidad.

—¡No me importa! Tú eres tú: linda, dulce, divertida, inocente... —Me miró torturado y se pasó las manos por el rostro—. Tuve que sentarme frente a Garon y escuchar cómo contaba las cosas que te hicieron a ti, no a una niña con un nombre ajeno y un color de cabello que desconozco, no, a ti, a esa mujer que saborea postres llenos de azúcar con una sonrisa de completa satisfacción, que no sabe cambiar una llanta y está orgullosa de ello, que prepara el café más espantoso que he tomado, que me besa como si no hubiese mañana, a ti, no a una mujer desconocida y sin rostro, sino a ti, a mi mujer. —Cerró los ojos, fuerte, haciendo que todo en su rostro se contrajera—. Necesité de toda mi fuerza de voluntad para no levantarme y destrozar ese lugar, para no romperle la cara a uno de los mejores amigos que tengo por hablar de ello de una forma tan casual, para no rodearte con mis brazos y prometerte...

Abrió los ojos nuevamente, miró hacia el techo y negó con la cabeza.

Conocía bien esos gestos, los había visto en el jurado, en la policía, en los Temper cuando me adoptaron. Por eso sabía que en lo que volviera a mirarme, encontraría vergüenza en sus ojos, pena y los silencios se harían más frecuentes.

Esa era la razón por la que en algún momento del día deseé que ocurriese una catástrofe que silenciara a Hades: no quería que Greg también me mirara de esa forma, que no supiera qué decir, cómo actuar.

El pasado en sí mismo, los hechos, no me avergonzaban, no desde que entendí que no era mi culpa, pero era sorprendente cómo solo un elemento de tu vida, al conocerse, podía modificar en segundos la percepción de la gente sobre ti. Dejas de ser tú, tus acciones, tu carácter, todo desaparece y te conviertes solo en el

resultado de las acciones de alguien más.

—No me tengas lástima, Greg.

—¿Lástima? —Me miró incrédulo y volvió a desviar la mirada—. Lo que siento ni siquiera se acerca a la lástima, es lo opuesto. Deseo salir de aquí y cazar, sí, cazar, como un animal salvaje, a todo el que te tocó, a todo el que permitió que ocurriera y traerte sus cabezas como trofeo. Nunca había sentido esta necesidad visceral de acabar con la vida de alguien y disfrutarlo... No se trata de ti.

—¿Entonces por qué te cuesta tanto mirarme?

Lo hizo, por un par de segundos. Luego toda su atención estaba en sus manos, puso sus palmas hacia arriba y su expresión se llenó de algo parecido al asco.

—Desde que te conocí —dijo finalmente—, cada vez que estoy contigo, que te tengo cerca, hay una señal de alarma que se enciende, una que me recuerda que no tengo derecho, que estas manos —me las mostró y luego las dejó caer— están sucias y no deberían mancharte, pero se me ha dado bien el no escuchar esa alarma porque lo que siento por ti es más poderoso que las advertencias, que ese estúpido deseo de hacer, aunque sea por una vez, las cosas bien, pero ahora...

Suspiró y miró nuevamente a la ventana.

—¿Ahora qué?

—Escuchaba lo que Garon contaba y no podía dejar de recordar, una y otra vez, las cosas que he hecho contigo, los lugares donde te toqué, la forma en que lo hice, lo que te dije mientras lo hacía —su voz sonaba frenética, desesperada, ahogada—, y me tortura pensar que aquella vez que te masturbé en mi cama, o cuando te dije que quería ensuciarte, tal vez te hice recordar, tal vez estabas asustada y no me di cuenta, no me detuve. —Se pasó las manos por el rostro—. Debí haber sido más cuidadoso, más delicado...

—Detente ahora y mírame. —Esperé hasta que ocurrió, hasta que volvió la cabeza en mi dirección. Aproveché el tiempo que le tomó para desterrar cualquier indicio de lágrimas, de dudas, de miedo, que pudiesen haber aparecido en mi rostro—. Quiero que me escuches y entiendas, aunque sé que no tengo mucha credibilidad en ese departamento, que lo que te diré es la verdad: no tengo problemas con la intimidad ni con ser tocada, mucho menos por ti...

—Pero ese hombre, Kolznic, abusó...

—Fui abusada en distintas formas durante las dos semanas que estuve secuestrada: fui amarrada, forzada a grabar mensajes, golpeada brutalmente y tocada en formas poco apropiadas. Ninguna de ellas tuvo que ver con el sexo...

—Apuesto a que los enfermos que todavía ven tus videos no piensan así.

—Eso no importa porque no es como yo lo veo. Todo abuso no es más que alguien ejerciendo poder sobre otra persona que no puede defenderse y, si quieres saber la verdad, lo que pasó en esa ducha no es lo que más me atormenta —dije poniendo a buen uso a lo que los años de terapia me habían enseñado—. Cuando pienso en Rose lo que recuerdo es ese miedo cercano al pánico que tiene sabor e incluso olor, el dolor de los golpes y, sobre todas las cosas, un terrible sentimiento de indefensión que se mantuvo mucho tiempo después de que fui rescatada, por eso lo que más odio es no poder controlar mi vida. Son esos momentos los que hacen que me ahogue.

Finalmente estaba mirándome, su cuerpo frente al mío, aunque todavía a una distancia que se sentía demasiada.

Intenté una sonrisa.

—No te voy a negar que tengo algunas cicatrices: pesadillas cuando llueve porque siento que estoy atada otra vez en ese sótano, sola, sin la posibilidad de defenderme; soy incapaz de tomar duchas largas, no porque la situación evoque a un viejo enfermo tocándome, sino porque me hace recordar que, aún ahora, no podría hacer nada para evitarlo. —Comencé a acercarme a él lentamente—. Tú nunca me has hecho sentir vulnerable ni indefensa, porque cada minuto que he pasado contigo ha sido mi decisión. Si estás tan enfrascado en hacer un ejercicio de memoria, busca bien y encontrarás que siempre me dejaste una salida, una puerta abierta, y te juro que nunca, en ningún momento, quise utilizarla.

Finalmente estaba frente a él y tomé sus manos entre las mías.

—Sarah... —Intentó retirarlas, pero las retuve.

—Si quieres ayudarme o hacer las cosas bien, la respuesta no es que dejes de tocarme o que seas extremadamente cuidadoso en cómo lo haces, eso solo me haría sentir que hay algo mal conmigo.

—No hay nada mal contigo.

Sonreí, una idea estaba formándose en mi cabeza.

—Bien. Ahora que dejamos eso claro, lo único que se me ocurre que puedes hacer es meterte en la ducha conmigo y ayudarme a sustituir un mal recuerdo por uno muy bueno.

—¿Cómo puedes querer eso sabiendo lo que soy? —Miró nuevamente sus manos, que ahora estaban arropadas entre las mías—. Sabiendo lo que he hecho.

—De la misma forma en que te estoy pidiendo que estés conmigo: poniendo el pasado donde pertenece. Tú sigues siendo tú: malhumorado pero dulce, serio pero divertido, rudo pero delicado, mi caballero andante en camisa de cuadros.

—Greg sonrió un poco y le sonreí de vuelta—. No te definiré por tu pasado, así como espero que no me definas por el mío.

—No es lo mismo. Tú no eres culpable, yo sí. Yo soy el ejecutor, tú fuiste la víctima.

—¿Te gusta ser definido por esa palabra? ¿Ejecutor? ¿Es lo que eres?

—Es lo que fui.

—Yo fui una víctima, pero ya no. Odio ser definida por esa palabra. — Comencé a caminar hacia atrás, todavía con sus manos entre las mías, lo que le obligó a seguirme—. Ven a la ducha conmigo. Yo seré yo y tú serás tú, sin definiciones pasadas, sin historias tristes, solo tú y yo.

Trasasé la puerta del baño todavía con una de sus manos entre las mías. No era muy grande, pero estaba limpio. Abrí la ducha, me saqué los zapatos, luego la ropa, sin intentar ser provocadora. Incluso queriendo, creo que no hubiese podido hacerlo. A pesar de todo mi discurso, era un paso difícil para mí entrar a ese rectángulo en compañía, no porque en ese momento sintiera miedo o aprehensión, sino porque no sabía cómo podía reaccionar una vez que estuviésemos los dos en el reducido espacio.

Toqué con la mano el agua para corroborar que no estuviese helada. Greg seguía en la puerta, totalmente vestido, observándome.

—¿Qué estás esperando? —dije mirándolo sobre mi hombro justo antes de entrar. Podía estar nerviosa, pero no iba a dejar que se me notara—. No te atrevas a dejarme allí sola.

Entré y me metí directamente bajo el chorro de agua, intentando espantar los recuerdos que en las últimas veinticuatro horas habían sido puestos en el sitio de honor de mi lóbulo frontal solo para darme cuenta de que no estaban allí, de que no me atormentaban, al menos no todavía. Traté de relajarme cuando sentí la cortina abrirse y cerrarse, y lo más calmada que pude, como si no se tratara de un evento significativo en mi vida, abrí los ojos.

Greg estaba frente a mí, en todo su tatuado esplendor, pero a la distancia más prudencial que le permitía el espacio. Un poco más y su trasero desnudo estaría enfriándose contra la pared de baldosas.

Ese solo pensamiento me dio ganas de reír, y eso era una señal mejor que buena.

—¿Sabes que es intrínseco al proceso de ducharse el tener que mojarse? —Di dos pasos hacia atrás escapando del agua—. Lamento informarte que para eso tienes que acercarte.

Dio un paso al frente, luego otro, lo que lo puso al alcance de mis brazos. Eso

hice, trazando con mis dedos el contorno de los tatuajes que lo cubrían como mangas pintadas.

El contacto fue comedido, apenas allí, probando no solo sus límites sino también los míos que, aparentemente, no estaban tan a flor de piel como pude haber anticipado.

—Estos son diferentes al de tu espalda —dijo recorriendo una especie de símbolo tribal gris en su bíceps, luego pasé a un as de corazones a todo color—, mucho menos lúgubres.

—Son anteriores —dijo acercándose, creo que sin darse cuenta, un poco más—. El artista que los hizo es lo suficientemente bueno para crear algo interesante con las ideas locas que se me iban ocurriendo sobre la marcha.

Estuve a punto de hacer algún paralelismo inteligente sobre ser los talentosos artistas de nuestras propias vidas, tratando de crear algo armónico con los retazos del día a día. Sin embargo, ¿quién en su sano juicio se pone a hacer disertaciones filosóficas en un momento como ese en el que las acciones valían más que las palabras?

Simplemente tomé el botecito enano de gel de ducha, lo abrí y dejé caer un poco en la palma de mi mano.

—Supongo que bajo las actuales circunstancias no podrás decir nada sobre ensuciarme.

—No tienes la más mínima idea de lo que estás hablando —dijo sonriendo finalmente, y sentí que había ganado la lotería—. Puedo ensuciarte y luego dejar que el agua se encargue del desastre.

—Mejor nos apuramos entonces. No creo que el agua caliente dure eternamente y odio bañarme con agua fría.

Me quedé mirándolo todavía con la sonrisa en el rostro, pero no me acerqué ni lo toqué. Ya había hecho todo lo posible y un poquito más. No quería sentir que lo estaba obligando a nada, usando su lástima o pena para evitar el rechazo, para forzar a que las cosas volvieran a ser como antes. Ahora era su turno.

Sentí que pasaron horas, pero fueron solo segundos. Tentativamente, Greg puso la mano cerca de mi cintura. Era un gesto tímido, dulce, contenido que imité poniendo la mía, llena de jabón, en su pecho, y esperé.

Sus labios descendieron poco a poco hacia los míos y, como ya él había dado el primer paso, completé el trayecto poniéndome de puntitas hasta que nos encontramos en ese beso que era demasiado casto para su entorno y, precisamente por ello, era todavía más precioso.

Estábamos piel con piel, con tan solo el agua tibia colándose entre nosotros, y

si quedaba algún pensamiento desagradable relacionado con el pasado, algún atisbo de nervios en mi inquieto subconsciente, ese leve beso se encargó de borrarlo de un plumazo.

No hubo nervios, miedo ni recuerdos cuando las cosas avanzaron. La única preocupación fue resbalarme y caer mientras mi espalda estaba contra la losa y mis piernas lejos del suelo, envueltas en su cintura. El único temblor lo generó él con cada una de sus caricias, con sus besos, con palabras que me hacían sentir que la pesadilla de mi vida le había ocurrido a alguien más.

Cuando selló el final con un beso duro, prolongado, en el que pareció dejar lo que le quedaba de energía, me di cuenta de que este sería el único recuerdo sobre una ducha que decidiría conservar, incluso si la vida me permitía que, más adelante, tuviera otros mejores.

Capítulo 24

Las patatas fritas, frías y tiasas, pueden llegar a tener cierto encanto cuando las consumes en la cama, de madrugada, utilizando el pecho del hombre que está contigo como mesa para poner la bolsita de mayonesa.

Después de la ducha vino la cama, donde aprendí la mecánica de las acciones anunciadas aquel día en mi habitación y que involucraban a mis chicas copa D, y luego la silla cuando estaba en la búsqueda de la bolsa de comida. (Nota mental: nunca más me sentaré en la silla de un hotel a menos que esté completamente vestida).

Después de un buen rato de intensa actividad descubrí que estar felizmente agotada físicamente, con cierto ardor en algunas zonas producto del uso constante, potenciaba el sabor de la comida basura abandonada. ¿Quién lo diría?

—Ojalá se me hubiese ocurrido comprar algunas galletas, o un *twinkie* —dije mojando una patata en mayonesa—. Esta deliciosa cena merece un postre.

—Yo ya sé qué voy a tomar de postre —dijo Greg, y me volví a verlo con una expresión mitad asombro mitad dolor.

—¿Cómo puedes...? —comencé a decir.

—Estás aquí, estás desnuda. La pregunta indicada sería ¿cómo no puedo?

—¡Pues no, señor! —dije metiéndome otra patata en la boca—. Ya cerramos por hoy, terminamos. ¿Quieres que me dé un aneurisma? ¿Que no pueda sentarme en un mes?

—Para el desayuno entonces —dijo sonriendo pícaro.

Terminé con las patatas, retiré de su pecho el sobrecito de la mayonesa y utilicé mi lengua para limpiar una gotita que había quedado por allí.

—No empieces si no vas a terminar.

—Aguafiestas.

Dejé los envoltorios en la mesa de noche y me acurruqué nuevamente contra él poniendo la cabeza en su pecho. Una de sus manos acariciaba distraídamente

mi espalda y así era difícil imaginar el tipo de días, de vida, que vendría para nosotros a continuación, pero no iba a pensar en eso, no en ese momento.

—Vi una máquina en el pasillo —dijo—. Puedo ir a comprarte un dulce, algo de café.

—No te atrevas a moverte —dije abrazándolo más fuerte y entrelazando mis piernas con las suyas—. Puedo comerme el chocolate que estaba junto a la almohada.

—Pensé que no te gustaba el chocolate.

—No sé si todavía me gusta... —dije antes de darme cuenta, y en lo que las palabras dejaron mi boca me sentí cansada, o mejor dicho, harta.

Harta de vivir con miedo de los recuerdos, de explicar por qué era tan rarita, de ver esas miradas en los ojos de las personas cuando lo hacía. Creí que había dejado a Rose atrás, pero le permitía acecharme desde las esquinas.

Si hoy era un día para desterrar recuerdos...

—Dame ese chocolate.

Haciendo su mejor esfuerzo por moverse lo menos posible, Greg estiró el brazo y un momento después ponía el chocolate en mi boca.

Sabía a chocolate, probablemente no de los mejores, pero era dulce. No se convertiría en uno de mis postres favoritos en un futuro próximo, pero me conformaba con no estar sufriendo ningún conato de ataque de pánico.

—No está mal —dije como una especie de declaración, un anuncio personal—. Ni siquiera me dio ganas de vomitar.

Cerré los ojos y dejé que lo que quedaba de la barrita se disolviera en mi boca, mientras el calor del cuerpo de Greg se mezclaba con el mío y me ponía en un estado muy cercano al sueño.

—La primera vez que atacé a alguien en prisión, vomité —dijo Greg, y fue como recibir un balde de agua fría en medio de la tibieza en la que estaba envuelta y la dulzura que todavía descendía por mi lengua. Traté de quedarme como estaba, sin mover un músculo, sin dar ningún indicio de que sus palabras me habían traído de vuelta a la realidad de la que quería escapar por lo menos por una noche, del delicioso estado de sopor que el calor de su cuerpo me generaba—. Cuando las rejas de Greenville se cerraron tras de mí, nunca había estado tan asustado en mi vida. Era un niño todavía, un ladrón, y sí, venía de un ambiente donde la violencia era común, pero la cárcel era un nivel muy distinto al que conocía.

«Garon estaba también en prisión en ese momento, aunque estoy seguro de que se trató de un movimiento calculado. Nadie atrapa Garon a menos que él

quiera ser atrapado. Mi tío había pagado una pequeña fortuna por mi protección, así que probablemente estaba poniendo en movimiento lo que más adelante sería un negocio rentable que comenzó conmigo».

El rostro de Hades vino nuevamente a mi mente: sus rasgos inquietantes, su sonrisa de miedo, sus ademanes quietos y evidentemente estudiados que me recordaban a una serpiente. Sin embargo, Greg no hablaba de él de esa manera, nunca lo llamaba por su alias sino por su nombre. Era evidente que para él era otra cosa distinta de lo que yo podía apreciar a simple vista.

La mayoría de las personas lo eran, a fin de cuentas. Todo espejo tenía dos caras.

—Integrantes de Los Hijos del Infierno me cuidaban la espalda, pero no podían estar conmigo todo el tiempo. No tenía ni una semana dentro cuando fui atacado en las duchas simplemente por ser el chico nuevo, por estar asociado con la pandilla de Hades. Cuando me encontraron tenía dos costillas rotas y mi rostro era un amasijo morado. Durante mi estancia en la enfermería decidí que no quería ser ese niño asustado, pues el miedo en un lugar así solo te debilita. Es como echar sangre en una piscina llena de tiburones y no estaba dispuesto a ser el que sangraba.

Greg seguía acariciando mi espalda distraídamente, y como tal era su tono: conversacional, tranquilo. No quería quitar mi cabeza de su pecho y romper la quietud de esa terrible confesión hecha en la penumbra. Tal vez si no reaccionaba, si no me daba por enterada, la confesión sería parte de un sueño que no se recuerda al día siguiente, ese árbol que cae en el bosque sin que nadie pueda atestiguar si hizo ruido.

—Cuando salí de la enfermería y volví con el resto de los reos hablé con Garon, le dije que no quería ser el eslabón más débil de la cadena, que prefería ser temido que temer. Recuerdo que me dijo que la vida en prisión crea distintos tipos de animales, que lo que hacíamos dentro definiría la vida que tendríamos fuera. Yo era un niño rabioso al que le habían dado una paliza y como tal le dije que solo quería estar vivo cuando terminara mi condena, me ocuparía después de las consecuencias. —Se quedó en silencio por unos segundos—. Recibí un tipo muy particular de instrucción, una que no solo tenía que ver con cómo romper huesos, usar un cuchillo o la forma de hacerlo sin dejar rastros, sino sobre todo con cómo sería percibido. Hasta para ser un matón, la imagen es lo más importante.

«Al sujeto que me atacó le devolví el favor en el comedor, durante la hora más concurrida. Lo vigilé y esperé mi oportunidad: una pelea, un tumulto de gente

cuidadosamente orquestada por Garon. Me acerqué en medio de la conmoción, le atravesé la yugular antes de que se diera cuenta y seguí caminando sin voltear, como si nada. Estaba rodeado de reos, de guardias, y nadie me vio hacerlo ni, afortunadamente, tampoco cómo temblaba. Recuerdo que abandoné el lugar rezando por primera vez en mi vida para que no me flaquearan las piernas y en lo que entré a mi celda vacié todo lo que tenía en el estómago. Creí que estaba solo, pero Garon me había seguido».

El tono calmado había quedado atrás poco a poco. Ahora las palabras de Greg salían más atropelladas y podía sentir los latidos de su corazón acelerándose. Incluso su mano había cesado esa caricia distraída en mi espalda.

—Esperó a que terminara, a que me lavara las manos hasta que casi me arranqué la piel porque seguía viendo allí la sangre, tomó el cuchillo que había usado, uno que él mismo había proveído días antes, y solo dijo «así comienza» antes de irse. Y así comenzó. Garon se encargó de echar a rodar rumores que incluían palabras como «paciente», «letal», «frío» y más trabajos vinieron y con cada uno me acercaba más a ser el hombre que se decía que era. Siempre traté de asegurarme de que las cuentas que cobraba para Garon tuviesen como objetivo personas terribles, que no faltaban en Greenville; también intenté ayudar, proteger a otros, aunque no tuvieran los recursos para pagar por ello, pero eso no lo compensaba, no era suficiente, no alejaba las pesadillas. Descubrí entonces que todos tenemos dentro un interruptor que podemos aprender a apagar para desconectar las emociones, para protegernos.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —pregunté, porque no quería emitir ningún juicio de valor sobre lo que estaba escuchando, porque no quería resentir perder la última noche pacífica que creí que tendría en mucho tiempo con escenarios que no sabía cómo manejar, a los que no sabía responder emocional ni verbalmente.

—Porque después de casi cinco años olvidé cómo encender ese interruptor. Era más fácil tenerlo apagado todo el tiempo, incluso después que salí, porque me daba miedo enfrentar el remordimiento, el horror, lo que en realidad sentía sobre lo que fue la única manera que encontré para seguir con vida. Pensé que estaba roto, que nunca sería capaz de volver a encenderlo, hasta que te vi agachada en el bar aquella noche. —Hizo otra breve pausa, una que no me atreví a llenar—. Te vi y no tuve que esforzarme, no tuve que hacer nada, se encendió solo, automáticamente, sin mi permiso. Tenía años que no reía, que ni siquiera sonreía a menos que intentara ser siniestro, y cada vez que estaba contigo, incluso cada vez que pensaba en ti, todo venía solo, natural, tanto que algunas

veces tenía que obligarme a apagarlo nuevamente, pues lo que sentía se había convertido en un territorio desconocido, abrumador, peligroso. Sabía que, al igual que un náufrago, no podía tomar tanta agua fresca de una sola vez.

—No sé qué decir —dije, porque la honestidad era mi nuevo modo de vida y, de verdad, no sabía cómo comenzar a explicar que al horror se le sumaba una especie de calorcito placentero, de satisfacción que, aunque pequeña, no tenía el más mínimo lugar en una conversación como esa.

—No tienes que decir nada. Solo quería que supieras que es mucho lo que se dice de mí y gran parte de ello está magnificado por esa reputación, esa imagen que Garon creó. Probablemente la mitad de las cosas que leíste en ese archivo no son ciertas, pero la otra mitad sí lo son. Tienes que ser consciente de ello.

—¿Cambiarías algo si tuvieras la oportunidad de hacerlo de nuevo?

—Solía pensar que sí, pero viendo la situación en la que estamos ahora me alegra ser quien soy, me alegra tener las herramientas y las habilidades para mantenerte a salvo.

—No tienes que usarlas, no otra vez.

—Tú me devolviste mi humanidad, la capacidad de volver a ver a la cara a mis amigos, a mí familia, la habilidad de sentir algo, y estoy dispuesto a lo que sea, a volver a ser un monstruo si es necesario solo para mantenerte segura, porque sé que con tan solo una sonrisa serás capaz de traerme de vuelta.

—Me das demasiado crédito.

—No, no lo hago. —Besó mi cabello—. Duerme, descansa, mañana tenemos un largo día por delante.

—No creo que pueda dormir ahora.

—¿Finalmente me tienes miedo?

—No, nunca.

—¿Te doy asco?

—Mírame. —Levanté la cabeza de su pecho y lo miré a los ojos—. No. No siento ningún deseo de dejar el lugar donde estoy. Eso es lo único de esta situación que me asusta porque no sé en qué clase de persona me convierte.

Y para demostrar mi punto volví a asumir mi posición original, con mi cabeza en su pecho y mis piernas enlazadas con las suyas. Esperé sentir algo parecido al remordimiento o la vergüenza intrínseca de estar actuando mal, pero lo único que sentía era preocupación por lo que debía ser una respuesta automática que no llegaba.

Tal vez me había convertido en una especie de sociópata amoral. Tal vez debía llamar a mi psiquiatra.

—Te conviertes en una superviviente —dijo Greg—, y los supervivientes no pueden darse el lujo de creer a ciegas en morales teóricas, pues están demasiado ocupados en sobrevivir. Tal vez cuando todo se calme cambies de opinión.

—Tal vez.

—Y estará bien, lo entenderé. Solo pensé que, por ahora, merecías saber qué tipo de hombre está en la cama contigo, qué tipo de hombre te ama.

Capítulo 25

Los golpes secos en la puerta me hicieron despertar con el más abrupto de los sobresaltos. Greg ya estaba de pie, el arma en una mano y los pantalones en otra mientras yo no entendía totalmente lo que pasaba.

—Ve al baño, vístete —me dijo totalmente alerta cuando yo todavía intentaba, por la fuerza, terminar de despertar—, y no salgas hasta que te lo pida, no importa lo que escuches.

Salí de la cama, tomé la mochila que Lilly había preparado y me encerré en el baño. Mientras me echaba encima alguna ropa, sin ponerme a pensar en si me iba bien o combinaba, agucé el oído tratando de averiguar lo que sucedía fuera.

Escuché la puerta de la habitación abrirse, luego cerrarse y la cadena siendo echada nuevamente. También la voz de Greg y la de otro hombre. No había gritos, ni golpes, mucho menos las tan nombradas Sig Sauer siendo utilizadas. Tal vez fuese Andy trayendo alguna información o simplemente el servicio de habitaciones para hacer la limpieza.

Aproveché entonces para lavarme la cara y los dientes y poner un poco de orden en mi cabello con la ayuda de unas ligas que Lilly había tenido a bien poner en el bolso con todo lo demás.

—Ya puedes salir, Sarah. —Escuché a Greg llamarme desde el otro lado de la puerta.

Abrí lentamente, espionando por un resquicio, para encontrarme con un Greg en vaqueros y sin camisa, lo que me robó unos segundos de atención antes de darme cuenta de quién era la otra persona de pie dentro de la habitación.

—Buenos días, señorita Temper —dijo Hades con esa sonrisa que me daba escalofríos—. De haber sabido que todavía dormían, habría traído algo de café.

Y con solo sus palabras, mi mente convocó una taza humeante, casi podía olerla.

—Fue una noche larga —dijo Greg.

—No lo dudo. —Todavía sonriendo Hades se volvió hacia mí—. En vista de que la situación es urgente, decidí traerles personalmente lo que me solicitaron. Cuando lo deseen pueden irse.

—Muchas gracias.

—No lo menciones. —Hizo un gesto con la mano—. El misterio que han traído hasta mi puerta ha resultado ser de lo más estimulante. —Se volvió hacia Greg—. ¿Tuviste tiempo de pensar en la punta de la madeja?

—Sí. Como dijiste era bastante obvia, pero ahora no tengo ni el tiempo ni los contactos para seguir el hilo. Cuando esté fuera de Detroit tal vez las conexiones de mi tío en el Departamento de Justicia puedan ayudarme.

—Seguramente, aunque según las pistas que he venido siguiendo, esos contactos serían de más ayuda si vinieran del Departamento de Servicios Sociales.

Seguí atenta la conversación, pero no podía entender ni una palabra. Todo el discurso me parecía en exceso crítico, aunque tal vez se trataba de que una parte de mi mente seguía dormida. Debía, con urgencia, conseguir un café para luego, algo más despierta, pedirle a Greg que me tradujera la conversación, porque estaba determinada a no seguir moviéndome a ciegas en mi propia vida.

—Voy hasta la máquina de la esquina a comprar un café —anuncié recorriendo la cadena de la puerta.

—No —dijo Greg haciéndome detener la mano a medio camino—. Desayunaremos cuando salgamos de aquí.

—La máquina está como a quince pasos —dije poniendo los ojos en blanco—. No va a pasar nada.

Salí de la habitación, sin voltear. No estar a ciegas en mi propia vida también involucraba no estar presa, y no se trataba de ser malcriada o cabezota. De verdad necesitaba un café y en ese momento no me sentía particularmente amenazada (la mañana estaba bonita, los pajaritos cantaban y el estacionamiento estaba desierto).

Llegué frente a la máquina de café, que estaba al final de un pasillo lleno de habitaciones a mi izquierda y el estacionamiento a mi derecha con una sensación de triunfo que me duró justo el tiempo que me tomó darme cuenta de que no tenía ni un centavo y de que debía volver a la habitación, después de toda mi bravata, a pedirle a Greg algo de efectivo. Como siempre, Sarah Temper era un modelo de independencia.

—¿Sarah?

El sonido de mi nombre me hizo saltar como si hubiese escuchado un disparo.

—Menos mal que te encuentro.

Dante salió de detrás de la pared donde terminaba el pasillo y, sin ser plenamente consciente de ello, mi vista contó las cinco puertas que me separaban de mi propia habitación, donde ahora estaba la seguridad, donde estaba Greg.

—No te asustes —dijo levantando las manos—. Estoy solo.

Como intentando corroborar la información, recorrí con la vista las inmediaciones, esperando ver patrullas o funcionarios policiales llenando el espacio del vacío para aparcar, pero no había nadie.

—¿Cómo me encontraste? —dije dando un paso hacia atrás.

—Después de que nos diéramos cuenta de que estábamos siguiendo un señuelo, nadie parecía tener ni la más mínima pista de dónde podría estar Salinger. —Subió el primer peldaño de la breve escalera—. Así que le hice caso a mi instinto y decidí seguir a Garon Lincoln.

—¿Quién más lo sabe? —dije dando otro paso hacia atrás y echando una mirada hacia la puerta cerrada que se sentía a kilómetros de distancia.

—Nadie lo sabe, Sarah. —Subió los otros dos peldaños—. No voy a delatarte, no vine hasta aquí para llevarte de vuelta.

—Entonces ¿por qué estás aquí? —Mi intento de retirada no se detuvo al igual que la esperanza de que Greg se preocupara y saliera a buscarme.

—Joseph está en problemas, está de mierda hasta el cuello. Necesito tu ayuda.

—¿Qué le pasa a Joseph? —pregunté casi en pánico, olvidando dar el siguiente paso atrás.

—Después de que desapareciste, Asher Reed montó en cólera. Está acusando a Joseph de ayudarte a escapar. Quiere su cabeza.

—No tiene pruebas de eso.

—¡Es Asher Reed! —Ahora fue la voz de Dante la que escaló hasta convertirse en un chillido desesperado con tan solo tres palabras—. Tiene a Joseph suspendido hasta que termine la investigación y está apuntando a una destitución completa. Perderá su trabajo, su carrera y, es posible, que el fiscal le impute cargos criminales. —Dante dio dos pasos al frente y miró a los lados—. Fui yo quien te dejó escapar, quien salió de esa oficina sabiendo que te irías en el momento que dejara de vigilarte. Lo hice porque creí, y todavía creo, que era lo más seguro para ti, porque estoy convencido de que tenemos un soplón...

—¿Un soplón?

—Piénsalo, Sarah. ¿Quién más sabía el momento en el que regresarías? ¿Tu nombre actual? ¿Cómo luces? ¿Dónde vives? La información tiene que haber

salido del departamento.

—No es posible. —No pude ocultar que la incredulidad que sentía se tradujera exactamente a mi tono de voz. Me gustaran o no, los agentes federales me habían mantenido segura durante las épocas más difíciles, precisamente cuando mi testimonio importaba, cuando era mucho más rentable vender mi ubicación.

—Es solo una teoría, pero cierta o no, no puedo permitir que Asher Reed destruya la vida de Joseph por una decisión que yo tomé.

—¿Y no te da remordimiento destruir la mía? ¿Por qué simplemente no les dices la verdad?

—Lo intenté, pero no me creen. Saben que Joseph es más que mi superior, es mi amigo, es mi mentor, una especie de figura paterna, como lo es para ti. —La desesperación en el rostro de Dante había sido sustituida por la súplica—. Saben que haría cualquier cosa para protegerlo.

—No puedes pedirme que regrese —dije sintiendo que alguien me estaba partiendo a la mitad—, menos cuando tienes esa teoría...

—No te estoy pidiendo que lo hagas. Tengo un plan y solo te tomará unos minutos. Ni siquiera tienes que salir de aquí.

Miré nuevamente hacia la puerta de la habitación, pero ya no sentía ese deseo visceral que me hacía querer seguir corriendo. Amaba a Joseph, era una de las personas más importantes de mi vida. Es más, si todavía estaba viva y con posibilidades de llegar a la edad adulta era gracias a él. No podía dejar que fuese, precisamente él, quien pagara por mis decisiones.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunté, y Dante suspiró aliviado.

—Mi coche está allá atrás. Tiene un radio con la señal de la policía local. Los contactaré, diré que te encontré en un lugar distinto a este, en la estación de autobuses tal vez, y que te tengo bajo custodia. Luego declararé que me engañaste y escapaste, eso quitará la atención de Joseph. También diré que estabas sola, para que dejen de buscar a Salinger.

—¿Y para qué me necesitas?

—Necesito que hables por la radio, que certifiques con tu voz que estás conmigo. De lo contrario pensarán que estoy inventando todo para sacar a Joseph del atolladero. Sería bueno que dijeras algo que lo ayude, como que sientes haber traicionado su confianza al escapar o que sabes que debe estar molesto contigo, algo así. Luego podrás irte.

—¿Aceptarás así como así las consecuencias? Asher Reed no es un hombre que olvide. Puede destruir tu carrera.

—Soy un novato y los errores pueden retrasarme, pero no terminar conmigo,

no como a Joseph. Incluso si así fuera, soy responsable de mis acciones.

—Está bien —dije mirando nuevamente a la puerta de la habitación, solo que esta vez no esperaba que Greg saliera, sino todo lo contrario, que me concediera unos minutos más para poder hacer lo correcto—. Hagámoslo rápido antes de que alguien salga a buscarme.

—El coche está por aquí. —Con la cabeza Dante señaló el pasillo por donde había salido, así que bajé los tres peldaños de la escalera y lo seguí por el suelo de gravilla del estacionamiento que me hacía ir más lento de lo que necesitaba—. Es aquel sedán marrón que está allá.

Caminamos juntos hasta el coche. Dante abrió la puerta del copiloto.

—¿Dónde está la radio? —pregunté cuando estaba en proceso de subirme. Luego solo vino el dolor seco que se expandió por mi cabeza y la oscuridad.

Capítulo 26

«Tienes que despertar. Despierta, Sarah».

Mi propia voz en medio del sueño se estaba volviendo cansina. No quería abrir los ojos, mis párpados se sentían como si alguien los hubiese bañado con cemento. Además, estaba ese dolor punzante en la parte de atrás de mi cabeza que, sabía, se haría más real en cuanto me despertara.

«Tienes que despertar. Despierta, Sarah».

Traté de moverme un poco, buscar una almohada para taparme la cabeza. Tal vez eso surtiera efecto y la voz se iría. Solo que, poco a poco, me di cuenta de que los brazos y la espalda también me dolían, como cuando has dormido en una mala posición. Traté de moverme y no pude.

Eso, la sensación de no poder moverme, de estar atrapada, me hizo abrir los ojos de golpe y aun así estaba segura de que no había despertado. Era probable que, al otro lado de mi consciencia, estuviera lloviendo, porque esta era la pesadilla recurrente en esos casos: estaba sentada frente a una viga, abrazándola con brazos y piernas, y mis muñecas estaban atadas una a la otra con unas esposas de plástico grueso.

Por instinto, traté de separarme, pero no llegué muy lejos.

«Tienes que despertar. Despierta, Sarah», seguía repitiendo la voz, y aunque deseaba creer que nada de esto era real, que estaba dormida, el dolor y la incomodidad crecían a cada segundo indicándome lo contrario.

Hacía un frío húmedo que me calaba hasta los huesos y, aun con la movilidad reducida y la poca visibilidad de una tenue luz amarilla, pude ver un techo bajo que amenazaba con tragarme y un lugar cerrado prácticamente vacío, aunque amplio, a mi alrededor, lo que, contradictoriamente, no disminuía la sensación claustrofóbica que me embargaba.

Estaba en lo que parecía ser un sótano, uno sin ventanas esta vez, y con la apariencia de estar a medio terminar en una casa recién construida o remodelada.

Traté de girar la cabeza para ver un poco más, para entender un poco más, para encontrar algo, aunque fuera minúsculo, que me hiciera recordar, y por sobre todas las cosas, convencerme de que esto era parte de algo, que todo estaba bien; pero tan solo intentar el movimiento hizo que un quejido involuntario escapara de mi boca.

—Ya estás de vuelta. —La voz era suave, preocupada incluso, y, en medio de la confusión, familiar—. Por un momento temí que tuvieras una contusión.

Dante salió de las sombras que ahora eran mi escaso campo de visión y se sentó en el suelo de cemento frente a mí con una sonrisa en los labios. El gesto, la posición casual con las piernas dobladas como quien está haciendo yoga, eran tan incongruentes con toda la situación que, por unos segundos, pensé que, tal vez y finalmente, todo tendría una explicación razonable, segura.

—¿Qué...? —comencé a decir, pero solo esa palabra retumbó desde mi cabeza hasta mi cuello. Cerré los ojos un momento y cuando abrí la boca nuevamente ya estaba preparada para la punzada—. ¿Qué está pasando?

—Necesitas aprender unas cuantas cosas, es todo.

—¿Por qué estoy atada? —pregunté tratando nuevamente de soltar mis manos, y lo único que conseguí fue enterrar el plástico en mi piel.

—Ya te lo dije.

—No entiendo —dije, porque nada tenía sentido, porque me dolía la cabeza, porque pensar era una tortura, porque el miedo se atoraba en mi garganta, porque estaba a punto de ponerme histérica y comenzar a gritar.

—Para ser la niña que derrotó a un imperio, eres un poco lenta, Rose.

El brillo de triunfo en la mirada de Dante pero, más que nada, el nombre, sirvieron como confirmación para ese pánico que estaba tratando de mantener a raya: nuevamente había cometido un error, casi igual que la primera vez.

«¡No!, no, no no...», era la única palabra que se repetía en mi mente, una y otra vez, bajito, en gritos, con lágrimas, como si al repetir la negativa muchas veces la realidad en la que ahora estaba desaparecería.

—Tú... Fuiste tú todo el tiempo —dije finalmente cayendo en la cuenta, encontrando las esquinas del rompecabezas, aunque todavía no pudiese ver el panorama completo, sí el dibujo que se formaría en el centro—. ¿Qué es lo que quieres? ¿Por qué...?

—¿Por qué hago esto? —preguntó con un tono de burla, casi cantando las palabras—. ¿No me recuerdas, verdad?

Parpadeé un par de veces para intentar enfocar la vista en medio del dolor de cabeza y lo miré como si fuese la primera vez, tratando de evocar algún

recuerdo, buscando en el archivo de mi memoria a alguien que se le pareciera, creyendo, o mejor dicho, con la esperanza infantil, de que si daba con la respuesta correcta esto terminaría.

—¿No? —insistió—. No me sorprende. —Se encogió de hombros todavía sonriendo—. Te espiaba desde lejos, desde el último peldaño de la escalera del sótano, pero estabas atada frente a la ventana, de espaldas a la puerta, y aunque quería sentarme más cerca, hablar, leerte un libro para que no estuvieras tan triste, mi padre me lo prohibió.

—¿Tu padre?

—Eras la niña más linda que había visto en mi vida, con tus rizos rubios y tu boca como un corazón. —Sonrió como un niño que recuerda sus mejores Navidades—. Estuve tan molesto cuando mi padre te golpeó que hasta monté un berrinche. Me puse rebelde por primera vez en mi vida. Lo de la ducha fue un premio de consolación, un regalo muy al estilo de papá: «puedes ver, pero no tocar». —Ladeó la cabeza y me miró. Ahora su sonrisa era un poco triste, casi melancólica—. Fuiste la primera niña que vi desnuda, Rose, y nunca nada ha podido igualarse.

—Eras uno de los niños de Kolznic —dije con el horror del entendimiento.

—¡No! —soltó indignado, un poco furioso—. Esos eran unos cualquiera que se dejaban hacer cualquier cosa por un plato de comida y un lugar donde dormir. Yo —y se tocó el pecho un par de veces, con orgullo—, era su favorito, su hijo.

—No, no podrías ser agente federal...

—¿Por qué no? —preguntó, y parecía genuinamente sorprendido—. No hay ninguna ley en contra de eso. No puedes culpar a los hijos de los pecados de los padres.

—No hay forma de que te hubieran puesto en este caso.

—Una de las ventajas de ser un bastardo. —Se encogió de hombros—. Solo el nombre de la indeseable de mi madre sale en mi certificado de nacimiento; pero mi padre siempre estuvo pendiente de mí, cuidándome, protegiéndome. Pasaba más tiempo con él que con ella. Claro, eso fue hasta que tu querido Joseph entró a nuestra casa, tipo comando, y le disparó entre los ojos. —En el fondo de sus ojos brilló el más puro odio—. Mi madre murió poco tiempo después, de sobredosis, y pasé a manos del Estado. Déjame decirte, hay muchos hogares de acogida terribles, incluso en la pulida y bella Washington, y a mí me tocaron todos: madres que me hacían extrañar a la drogadicta que me dio la vida, padres que harían parecer al mío digno de una canonización y compañeros de cuarto mucho peores de los que tu Greg se cargó en Greenville. Pasé hambre, sed, frío;

fui humillado, golpeado, violado, y cada vez solo venía a mi mente el rostro de Joseph Townsend. Por su culpa mi padre estaba muerto, por su culpa me pasaban esas cosas...

—Tu padre hizo cosas terribles...

—¿Y qué hay de las cosas terribles que me hacían a mí? —preguntó levantando la voz, indignado—. Nadie vino a rescatarme, no hubo policías con chalecos antibalas entrando en el medio de la noche, rodeándome con una manta tibia mientras decenas de periodistas immortalizaban el momento. ¿Sabes por qué? Simplemente porque yo no era el hijo de un famoso fiscal sino de un delincuente tan anónimo que nadie sabía si tenía alguna descendencia regada en la ciudad. Aprendí muy joven que la justicia no es igual para todos, que no es esa dama ciega con una balanza en la mano que pintan en todos lados. Aun así, las noches que no soñaba con ver a Joseph Townsend muerto, esos días que necesitaba algo lindo por lo que seguir adelante, pensaba en ti y lloraba tu muerte. Incluso cuando no me quedaban lágrimas para derramar por mí, siempre tuve algunas para ti, Rose.

—Lo siento mucho.

—¿No eres tú la que siempre dice que esas palabras no cambian nada? No sientas pena por mí. —Sonrió como un depredador—. Te recuerdo que también fuiste tú la que dijiste que las cosas son muy distintas en la realidad que en el papel. Mi archivo dice: «Dante Polcaro, padre desconocido, madre fallecida, pasó siete años bajo la tutela del Estado y luego se graduó con honores en la academia de policía». Ambos sabemos que siempre hay más de lo que dicen esas frías letras. Yo sobreviví, crecí con un propósito que me llevó a ser policía, a escalar posiciones hasta que mis méritos fueron suficientes para aprobar mi solicitud para ser trasladado a la oficina de agentes federales y allí estaba Joseph Townsend, casi al alcance de mis manos. Solo tenía que lograr que el malnacido me aceptara en su equipo para tenerlo cerca, para que en su momento final supiera que fui yo. Intenté destacarme, pero es un hijo de puta muy difícil de complacer tu querido Joseph.

—Dijiste que eran amigos, que fue tu mentor.

—Eres tan inocente, Rose. ¿También creíste que Asher Reed quiere acabar con Joseph? —Chasqueó la lengua y negó con la cabeza—. A estas alturas deberías saber que las personas mienten, que no todo lo que sale de sus bocas es verdad. A fin de cuentas, lo has hecho tú misma a lo largo de tu vida.

—¿Por qué estoy aquí?

—Como te dije, Joseph no quería nada conmigo. Solo me admitió en su

equipo cuando necesitó a alguien que luciera lo suficientemente joven como para pasar por un estudiante universitario. Te imaginarás mi sorpresa cuando el archivo que me entregaron no era otro que el de Rose Reed. Con cada página que leía me sentía feliz, molesto, esperanzado, decepcionado. Estabas viva, sí, y, además, te dieron una vida de cuento de hadas: padres ricos, amorosos, escuelas caras, viajes de esquí a Suiza y compras en París. Mientras yo pasaba hambre, dolor y humillaciones; tu comías pastel de chocolate y lo más grave que te ocurrió fue caer de un caballo en tus clases de equitación.

—No fue tan perfecto como parece...

—Y esa es la parte que más me enfurece. —Se incorporó sobre sus rodillas y me señaló con el dedo—. Te lo dieron todo y tú solo podías quejarte porque tu padre no te quería. Horas y horas de terapia repitiendo lo mismo. —Negó con la cabeza—. Eres una niña malcriada y desagradecida, Rose. Tú no sabes lo que es dolor, no sabes lo que es desesperación. Dos semanas atada en un sótano no es nada comparado con lo que otros tuvimos que soportar, mientras la famosa niña era resguardada mejor que todo el oro del Fuerte Knox. Pero no te preocupes, vas a aprender.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —pregunté, tratando de que mi voz no temblara, de ser valiente, de no revelar que mi cuerpo entero se sacudía involuntariamente como una hoja en medio de un vendaval.

—No te preocupes, no voy a matarte si eso es lo que estás pensando. Me tomó mucho tiempo leer todas tus evaluaciones psiquiátricas y sé exactamente qué hacer contigo. Sé cómo alterarte, cómo hacerte obedecer. Tenía todo este plan... —Hizo un movimiento vago con las manos y volvió a sentarse—. Los libros, los chocolates, las ventanas abiertas, las cosas fuera de lugar e incluso el tonto disfrazado de Freddy Kruger, fueron para tenerte en un estado de ansiedad permanente, para que, como yo en esos horribles años, nunca te sintieras completamente segura. Claro, a diferencia de lo que yo tuve, tú, mi querida Rose, me tendrías a mí, tu confiable compañero de clases. Creí que estaba haciendo un buen trabajo, que las cosas finalmente funcionarían, que podría entrenarte en un ambiente menos coercitivo, pero te buscaste de guardaespaldas al sujeto más peligroso de todo Detroit y Gregory Salinger no es alguien que puedas sacar del camino tan fácilmente. ¿No podías buscarte un intelectual? ¿Alguien a quien le gustaran la física, las computadoras, todos esos cómics que te encanta leer? ¡No! La tímida y dulce Rose tenía que ir a abrirse de piernas a un asesino a sueldo.

—No lo llares así.

—Es lo que es, y a ti te gusta, te vuelves una perra en celo cada vez que te toca, que te folla —dijo con asco—. Puse esas cámaras para aprender tu rutina, tus movimientos, ver cómo te estaban afectando mis mensajes, pero resultaron de lo más entretenidas para mis noches solitarias. —Comenzó a tocar sus muslos, acariciándolos de abajo hacia arriba, un pequeño movimiento que parecía involuntario—. Eres tan hermosa cuando estás en tu cama con las luces apagadas y las manos entre las piernas, ni hablar de tu noche con tu novio el delincuente. Le podrías dar clases a cualquier actriz porno. Haces que uno quiera estar allí en la cama, con ustedes, oliendo, tocando, participando. Me pregunto si Salinger me dejaría follarlo mientras tú nos miras si le prometo que te dejaré ir.

—Eres un enfermo.

—No seas inocente, Rose. Tu novio estuvo en prisión y allí las violaciones no ocurren solo por placer, también son una forma de castigo humillante y tú novio era famoso por impartir castigos en nombre de Hades. Llámalo justicia poética por las cosas que ha hecho. De todas formas, por más tentadora que sea la fantasía, prefiero no involucrar a Salinger. —Se acercó un poco y habló en tono quedo—. Dicen que puede matar a un hombre con sus propias manos, que puede esquivar balas como Neo, o matar con un lápiz como en esa película de Keanu Reeves y, aunque estoy seguro que los rumores están exagerados, prefiero no probar la teoría.

—Eres un hijo de puta.

—No me hables así. —Como un latigazo estaba nuevamente de rodillas frente a mí, su cara a centímetros de la mía—. Nunca. ¿Entendiste? No tienes moral para hacerlo precisamente cuando preferiste a un asesino a sueldo como novio que a tu estable compañero de clases. ¿En qué estabas pensando? Me hiciste las cosas tan difíciles. Tuve que descubrir mi juego antes de tiempo, revelarme, traer a todo el equipo de agentes federales a ver si así podríamos librarnos de el Ejecutor, pero como que le gusta demasiado lo que tienes entre las piernas, porque no se fue a ningún lado. Por esto tuve que meter en tu cabeza esa idea de que sola te iría mejor, que necesitabas alejarte de las autoridades y tú, tan tontita como siempre, caíste en la trampa. Todo esto es tu culpa, Rose, no aprendiste nada en todos estos años.

—No te vas a salir con la tuya —dije enterrando por la fuerza esa certeza de que Dante tenía razón. No podía pensar en eso, ahogarme en la autocompasión no me ayudaría. No estaba segura de qué podía hacer, probablemente no mucho por ahora, pero sí sabía que el sentimiento de culpa, y la derrota que normalmente viene con él, me paralizarían. Debía ser inteligente, buscar una

oportunidad.

—Claro que sí. Sé con antelación dónde te buscarán, qué acciones están tomando para encontrarte. Incluso esta casa —miró a su alrededor— es una vivienda para testigos protegidos y, por lo tanto, con una ubicación estratégica, alejada, y sabré si alguien vendrá a echarle un vistazo. Estoy un paso adelante. Por ejemplo, en este momento están concentrados en tu noviecito. Alerté sobre su paradero y, aunque ya tú no estés allí, estoy seguro de que tu ADN estará en todas partes de esa habitación, así que perderán bastante tiempo tratando con Gregory Salinger mientras tú aprendes.

—¿Qué es exactamente lo que voy a aprender? —dije con el tono más calmado que pude, no desafiante, no curiosa, tampoco asustada.

—Todo lo que yo aprendí. Tendrás sed, hambre, frío, hasta que me agradezcas cada sorbo de agua, cada sobra de comida. Aprenderás a obedecer, a hacer lo que se te pida, porque cuando no lo hagas las cosas irán peor para ti, y puedo ser muy creativo con los castigos, pues los viví todos. Llegará un momento en el que, como un perro bien entrenado, no saldrás, aunque la puerta esté abierta, no comerás hasta que yo te lo ordene, aun teniendo la comida al frente. Serás la perfecta niña obediente que recuerdo, que siempre quise y, como bono adicional, con tu desaparición, Joseph Townsend perderá mucho más que su vida o su carrera, perderá algo que realmente le importa.

—¿Y qué pasa si no aprendo?

—Como toda mascota que no aprende a comportarse, serás puesta a... dormir. —Se rio un poco, negando con la cabeza—. No te veas tan horrorizada Rose, sé que dará resultado. Lo he hecho antes sin investigación previa y en tu caso sé muy bien lo buena que eres siguiendo órdenes, lo mucho que te gusta complacer.

Se puso de pie, fue hasta el pequeño refrigerador que había en la esquina y sacó una botella de agua.

—¿Tienes sed? —preguntó, y no quise responderle—. Aquí te dejo eso.

Y dejando la botella de agua justo fuera del alcance de mis manos, apagó la luz y se marchó.

Capítulo 27

Tenía frío, dolor en cada músculo, en cada articulación. Estaba desesperada, asustada, con hambre, con sed.

Con la luz apagada no sabía si habían pasado horas, días, desde el momento en que Dante se fue, y eso no hacía sino incrementar a niveles de psiquiátrico mi desesperación.

Lloré, muchas veces. Intenté resistir el deseo, la urgencia, ser valiente, pero en lo que la primera lágrima logró escapar y comenzó a rodar por mi mejilla, no pude contenerme más. Sollocé, grité hasta que la garganta me ardió, no pidiendo auxilio, tampoco esperando que alguien me escuchara. Grité por rabia, por impotencia, por miedo.

Estaba exhausta. Exhausta tratando de recordar algún atisbo de Dante en mi pasado, exhausta de pensar en las señales que debía haber visto y pasé por alto, exhausta con ese cansancio pesado y viscoso que solo dejan horas de llanto incontenible, exhausta de buscar en mi mente una salida, una manera, sin encontrar ni siquiera un punto de partida.

Traté de dormir un poco, no para descansar ni como un escape de la realidad, sino para tratar de calmar mi mente, para acallar el miedo y luego, tal vez, pensar con mayor claridad. Sin embargo, mi cerebro no paraba con las recriminaciones y las quejas, con los catastróficos escenarios y los planes de escape inverosímiles. Además de la mente inquieta, tampoco ayudaba el entumecimiento que se estaba apoderando poco a poco de cada una de mis extremidades hasta llegar a convertirse en un dolor agudo y constante.

¿Cómo lo había logrado la última vez? ¿Cómo había sobrevivido a algo así?

Con esperanza, probablemente; con la inocencia de una niña que, a pesar de todo lo horrible que sucedía a su alrededor, aún estaba convencida de que alguien vendría a por ella.

Desgraciadamente, ya no era una niña inocente que creía en la existencia de

superhéroes y rescates de último minuto. Ahora era una mujer que entendía que si en el pasado había existido un rescate fue porque se trataba de delincuentes profesionales haciendo un trabajo en busca de un objetivo; ahora estaba en manos de un psicópata traumatizado, lleno de odio y, lo peor de todo, infiltrado en el mismo sistema que me estaba buscando.

En esta oportunidad no se trataba de una lucha entre el sistema de justicia y el crimen organizado que siempre dejaba un rastro que seguir; sino de algo personal, un asunto marinado en una mente enferma durante muchos años. Dante trabajaba solo y en este sótano yo estaba sola. La única persona en la que podía confiar para que me rescatara era yo misma.

«Está bien yo misma. Deja de quejarte y comienza a planear algún tipo de estrategia», me dije intentando darme una especie de impulso mental, de serenidad forzada, de optimismo autoimpuesto que, por razones de sanidad psíquica, prefería dejar de lado el hecho de que mis opciones tenían, en ese instante, el mismo rango de movilidad que el resto de mi cuerpo: unos pocos centímetros.

La luz se encendió nuevamente, sin aviso, de repente, y mis buenas intenciones corrieron a esconderse como un insecto rastrero o un roedor al que la electricidad en una habitación les deja saber que el mayor depredador de la historia, el hombre, ha llegado.

Encogida, con los ojos cerrados ante la imposibilidad de enfrentar de forma tan abrupta la brillantez que, aunque tenue, contrastaba con las horas de oscuridad, escuché los pasos y la voz cantarina de Dante.

—Siento haberme demorado tanto —dijo en ese tono casual que estaba empezando a odiar—. Fue un día terrible en la oficina.

Abrí los ojos poco a poco permitiéndole a mis retinas aclimatarse a la luz, al tiempo que trataba de enderezar la espalda. Allí estaba Dante, sentado frente a mí con las piernas cruzadas y una enorme hamburguesa en su mano derecha.

—Tengo buenas noticias: Salinger sigue detenido y su amigo Garon Lincoln también, aunque tristemente no pude ver los interrogatorios porque el idiota de Townsend me tuvo todo el día persiguiendo pistas sin sentido por toda la ciudad. —Le dio un mordisco a su hamburguesa y el olor a carne a la parrilla, salsa de tomate y cebolla envió una orden directa a mi cerebro que me tuvo salivando en pocos segundos—. ¿Estuviste llorando?

No tenía ni la más remota idea de cómo debía lucir mi rostro, pero si el ardor en los ojos y la sensación de no poder abrirlos completamente era algún indicador, debía lucir realmente horrenda, derrotada, indefensa y asustada, y

Dante parecía extrañamente sorprendido por ello.

—Llorar por uno mismo rara vez resuelve nada, cariño —dijo negando con la cabeza antes de darle otro mordisco de campeonato a la hamburguesa—. ¿No tomaste agua?

Miré la botella de plástico que todavía reposaba justo fuera del alcance de mis dedos y luego traté de poner la mejor expresión de dignidad posible para alguien atado a una viga y con los ojos rojos e hinchados de tanto llorar.

—Creo que la dejaste un poco lejos —respondí, mirándolo directamente.

—¡Qué terrible de mi parte!

Puso la hamburguesa a un lado, tomó la botella de agua, la destapó y luego la dejó caer un poco más cerca, el líquido derramándose en suelo y salpicándome en el proceso.

—No vuelvas a hablarme en ese tono —dijo poniéndose de pie—. Ahora, si quieres agua, vas a tenerla que tomarla del suelo.

—¿Se te olvida que estoy atada a esta viga? —le pregunté con una mueca—. Ni queriendo podría inclinarme hasta allí.

—Eso te dará algo que pensar —dijo sacudiéndose los pantalones—. Tienes que aprender a ser agradecida y respetuosa, a pedir las cosas por favor. Ahí te dejo también la hamburguesa como incentivo.

Con esas palabras volvió a irse, no sin antes apagar la luz dejándome, nuevamente, en la oscuridad.

Capítulo 28

El olor de la comida me torturaba, aunque no tanto como la sola idea de que allí, a pocos centímetros, estaba el agua que necesitaba desesperadamente. Tenía la boca pastosa de llorar, la garganta irritada de gritar y todo parecía incrementarse el doble con tan solo pensar, saber, que cerca estaba algo que podía hacerme sentir mejor.

La hubiese tomado del suelo, con la lengua, no me daba vergüenza admitirlo, si solo me hubiese sido posible alcanzarla. Sin embargo, esa era la tortura: saber que estaba allí, tan cerca, y a la vez completamente fuera de mi alcance, como la felicidad, la seguridad, una vida sin visitas de fantasmas del pasado.

No sé durante cuánto tiempo me torturé pensando en alguna forma, físicamente posible, de poder llevar mi boca hasta ese pequeño charquito de agua tan cercano, hasta que me di cuenta de que eso era exactamente lo que Dante quería, darme, según sus propias palabras «algo en qué pensar» que no era, precisamente, en lo que debería estar pensando.

Dijo que tenía mucho que aprender y en eso tenía razón. Es más, tenía que comenzar pronto, aunque el tema de estudio no sería precisamente lo que él quería enseñarme sino lo que, tal vez sin darse cuenta, me estaba mostrando.

¿Qué era lo que había dicho Greg de un interruptor que se apaga solo para permitir la supervivencia?

Cuando Dante regresó estaba un poco más preparada.

El olor de la comida ya había perdido su atractivo despidiendo el primer tufillo de descomposición, dejándome saber que pasaba bastante tiempo entre una visita y otra. El dolor seguía allí incrementándose con cada intento de movimiento y la sed, la sed era lo peor; pero en vez de dejar que todos y cada uno de esos elementos actuaran en mi contra haciéndome desear desaparecer, los usaba como recordatorio de que estaba viva y prefería permanecer en ese estado.

—Hola, Rose —dijo encendiendo la luz; y esta vez lo esperaba, en medio del

silencio había aprendido a detectar el mínimo ruido que indicaba su presencia—. ¿Cómo estamos hoy?

No respondí, ni siquiera lo miré. Encogida sobre mí misma y con los ojos bajos traté de verme tan destruida, tan quebrada, como me había sentido al despertar atada sin saber dónde estaba ni porqué.

—Te ves realmente mal. ¿Quieres un poco de agua? —preguntó balanceando sobre mis ojos una botella sin abrir.

—Por favor —dije, y sin ningún tipo de esfuerzo mi voz salió como un quejido, algo casi inaudible, cortesía de mi irritada garganta, mi boca seca y el temblor que, gracias al frío húmedo, se había mudado permanentemente en las cercanías de mis huesos, contrayendo mi musculatura de una forma dolorosa, tanto que si me hubiesen quedado fuerzas hubiese gritado solo para calentarme.

Dante se agachó, destapó la botella y la llevó hasta mis labios.

Me supo a gloria, a vida, a miel de los dioses, pero solo me permitió un pequeño sorbo, uno que perdió su refrescante sensación antes de comenzar a bajar por mi garganta.

Traté de perseguir la botella, pero la viga se interpuso en mi camino. Dante la acercó nuevamente, pero la retiró justo antes de que hiciera contacto con mis labios y luego se rio un poco, como quien le gasta una broma inocente a su querida mascota.

«Sádico bastardo», pensé, pero me cuidé mucho de no expresar de ninguna manera lo que estaba sintiendo.

—No mucho, pequeña —dijo poniendo la botella en el suelo—. No queremos que te enfermes.

—Solo un poco más, por favor.

Lo meditó unos segundos.

—Está bien —dijo suspirando como un padre frustrado—. No puedo negarte nada, y menos cuando lo pides de forma tan educada.

Me dio otro pequeño sorbo, tan breve como el primero. Luego puso la tapa nuevamente en la botella indicándome que mi momento de hidratación había terminado.

—Cuéntame cómo has estado —preguntó como si fuéramos viejos amigos encontrándose después de mucho tiempo en el viejo café de costumbre.

Tal vez, en su forma retorcida de ver al mundo, eso éramos.

—Tengo frío —dije, y los dos pequeños sorbos de agua, después del refrescamiento inicial, me generaron otro temblor incontrolable que se filtró hasta mi voz.

—Sí, está un poco húmedo aquí —dijo mirando a su alrededor, despreocupado. Luego su vista se posó en mí y ladeó un poco la cabeza—. Te ves un poco descompuesta y estás empezando a oler mal. ¿Necesitas ir al baño?

—Sí —dije, y luego recordé que había algo más que agregar—, por favor.

—Está bien. Déjame buscar algo primero.

Se puso de pie, caminó hacia una caja que estaba al lado del pequeño refrigerador y regresó con lo que parecían ser unas tijeras de jardinería. No muy grandes, más bien como las que se usan para cortar rosas.

—Debes quedarte muy quieta y confiar en mí —dijo arrodillándose—. ¿Confías en mí, Rose?

«Hijo de tu puta madre, maldito enfermo».

—Sí.

—Buena chica.

Cortó la cinta de plástico que me mantenía abrazando la viga y solo el movimiento de mis brazos al caer me hizo gemir del dolor. Dante tomó una de mis manos, que permanecía sin vida sobre una de mis piernas, como si el brazo que la sostenía no sirviera más, para después deslizar la tijera por mi muñeca, justo encima de las venas. Allí se detuvo unos segundos.

—No te muevas —advirtió.

Cortó la pulsera de plástico en un solo intento y luego pasó a hacer lo mismo con la otra.

El sentimiento de alivio estuvo allí, pero fue breve. El ardor que me atacó después, cuando la sangre comenzó a fluir como debía, era como el latido en tu piel después de un latigazo, ese que va más allá del dolor del momento.

—Mira cómo te pusiste las muñecas —dijo Dante en tono reprobatorio, lo que me llevó a echarles un vistazo. No estaban solo enrojecidas. Al forzar las ataduras por sabría Dios cuánto tiempo, me había pelado la epidermis, dejando un círculo en carne viva—. Debiste saber que solo lograrías lastimarte tirando del plástico. Vaya que eres terca y malcriada. Debería dejarte así para darte una lección, pero no quiero que se te infecten, así que tendré que limpiarte. Eres muy problemática para ser una cosita tan insignificante. ¡Vaya, de pie!

Como una niña buena intenté hacer caso, ser obediente, pero mis músculos y mis articulaciones protestaron primero con dolor y, al seguir retándolas, se negaron a sostenerme mandándome de vuelta al suelo.

El impacto con el duro cemento no ayudó. Por el contrario, creó dolores nuevos que, contrario a la creencia popular, no disminuyeron los ya existentes. A pesar de eso, quería quedarme allí, enrollarme sobre mí misma y cerrar los ojos.

—No tengo todo el día —dijo Dante ligeramente irritado—. Si no puedes pararte como un adulto, vas a tener que ir arrastrándote como una bebé, aunque tenga que empujarte a patadas. ¿Quieres eso, Rose?

Cruzó los brazos sobre el pecho en una actitud impaciente a la que solo le faltaba comenzar a dar golpecitos en el piso con el pie.

Me ayudé con la viga hasta que pude ponerme de pie nuevamente. Estiré las piernas lo más que pude, probando los límites del dolor y la capacidad de mantenerme como estaba. Cuando el dolor se hizo tolerable, di un paso y otro, arrastrado un poco los pies, esperando que la circulación hiciera el recorrido necesario para que el hormigueo, ese que me impedía sentir totalmente dónde estaba pisando y cuya sensación se asemejaba a estar caminando sobre miles de pequeños alfileres, desapareciera.

Al ver que comenzaba a avanzar, Dante hizo lo propio, manteniéndose casi a mi lado, solo un par de pasos por delante, aunque sin darme totalmente la espalda. Aun así, pude notar el arma en su cintura, un eterno recordatorio, si es que por algún instante se me ocurría olvidarlo, de que no solo era un loco enfermo, sino un loco enfermo peligroso buscando un tipo de venganza que solo tenía sentido para él. Eso no facilitaba las cosas, eso descartaba de plano la sola idea de echar a correr, en el supuesto negado de que mis extremidades y mi escaso balance me lo permitieran.

Durante el recorrido pude ver algo más que la pared del fondo. La visión del otro lado de la habitación no era diferente, salvo por la escalera que, había intuido, debía estar en alguna parte. Por el sonido que había hecho Dante al entrar, sabía que tenía que haber una puerta arriba, pero no sabía si era de madera, si tenía cerradura, si era el equivalente a una bóveda bancaria. Nada. Tendría que prestar más atención a eso.

Dante abrió una puerta y con la cabeza me hizo un gesto para que lo siguiera. Tuve que apoyarme en el marco para tomar fuerzas antes de poder entrar a ese lugar: era un baño.

Pequeño, muy pequeño, pero limpio y sin ningún tipo de decoración: la ducha era un espacio abierto, sin cortina ni puertas, nada que la separara del resto del lugar. No había ni un jabón, ni un cepillo de dientes, nada, ni siquiera una lámpara, pues solo un bombillo desnudo colgado del sócate iluminaba el lugar. Lo único que parecía no ser parte de la construcción original era la bolsa con el logo de una farmacia que estaba sobre el tanque del inodoro.

—Ocúpate de lo que tengas que hacer —dijo señalando con la cabeza ese lugar que servía ahora de repisa a la bolsa, y luego se recostó casualmente en la

pared.

Aparentemente iba a quedarse a ver.

Quería golpearlo, pero sabía que no tenía las fuerzas necesarias; quería negarme, pero en este punto era física y fisiológicamente imposible; quería, al menos, decirle exactamente lo que pasaba por mi mente, pero eso no me haría ningún bien. Necesitaba agua, algo de comida, seguir moviéndome para no atrofiarme, curar las heridas de mis muñecas y, si no era mucho pedir, una manta y un ibuprofeno. Si para ello tenía que hacer pipí con público, si ese era el precio que tenía que pagar, pues que así fuese.

Entré al baño, fui hasta el inodoro, y con un solo y económico movimiento bajé de una vez los *leggings* y la ropa interior que Lilly había empacado para mí y me senté. No miré a Dante porque no estaba segura de poder contener siquiera algún tipo de expresión si lo hacía, así que mantuve los ojos pegados a la punta de mis zapatos como si fueran la obra de arte más maravillosa del universo.

No fue fácil hacer lo que estaba allí para hacer y no se trataba únicamente de la presencia de Dante en el lugar. La deshidratación y el tiempo aguantando hizo que tomara tiempo, saliera por gotas y con ardor.

Cuando estuve segura de que no quedaba nada más, tomé mis bragas y me puse de pie, subiéndolas mientras me levantaba. Luego me incliné para hacer lo mismo con los *leggings*.

—Déjalos allí —me dijo Dante—. No los necesitarás para lo que viene.

Tratando de no pensar en qué era lo que vendría a continuación, de obviar la contracción en el estómago, el frío en el cuello y un ardor diferente en la garganta que me avisaba que las lágrimas vendrían de un momento a otro, los dejé donde estaban.

—Ven aquí, vamos a limpiarte un poco. Trae la bolsa.

Dante abrió el grifo y me paré a su lado sin mirarlo, sin mirarme en el espejo y mucho menos sin mirar qué había dentro de la bolsa. Ya había entendido que hacer algo que no se me ordenara explícitamente era inmediatamente asumido como un acto de rebeldía.

Tomó la bolsa de mis manos, sacó de ella un jabón y una crema antibacterial, antes de dejar el paquete sobre el lavabo.

—Dame tus manos —me ordenó, y obedecí.

El primer contacto con el agua me hizo amagar el instintivo movimiento necesario para retirarlas inmediatamente, pero Dante las mantuvo allí. Aplicó jabón sin ningún tipo de delicadeza, restregó las heridas con la fuerza de quien castiga, las enjuagó y las secó bruscamente. La crema sobre mi piel me hizo

querer gritar, o al menos sisear bastante alto, pero me mordí la lengua hasta que sentí el sabor de la sangre en mi boca. Lo único que no pude controlar fueron las lágrimas.

—Ahora debemos hacer algo con tu cabello. Quítate la camisa.

El estómago se me contrajo y mi cuerpo se paralizó. Involuntariamente di un paso atrás.

—No seas tímida. Ya he visto lo que hay debajo, fui el primero que lo hizo — dijo, y se me ocurrieron un par de cosas para restregarle su error en la cara. Algo así como «se te olvida el doctor que me trajo al mundo y todos los otros en la sala de partos. Se te olvida mi pediatra, mi padre y el tuyo». Sin embargo, ¿qué beneficio me traería mi odiosa respuesta?

Curiosamente recordé muchos casos famosos de violaciones en los que la defensa usual era «no dijo que no» o «no trató de impedirlo» o «no puso suficiente resistencia», sin que nadie se detuviera a pensar que cuando estás atrapada por alguien más grande, más fuerte, armado, sin posibilidad alguna de luchar y ganar, entras en modo supervivencia, en el que tu único objetivo es el más básico de todos: seguir con vida. No importa lo que pierdas en el proceso.

—No tengo toda la noche, Rose.

Curiosamente volví a pensar en Greg y, poco a poco, de uno a uno, fui apagando cada sentimiento: la vergüenza, el miedo, la rabia, la impotencia, hasta que finalmente estaba allí pero no realmente. Una especie de animación suspendida.

Tomé el borde de la camisa y sin mayor ceremonia lo pasé sobre mi cabeza.

La mirada que Dante pasó por mi cuerpo debió hacerme sentir incómoda, atemorizada; pero todas esas emociones estaban encerradas en una caja dentro de mí para ser usadas cuando realmente valieran la pena.

—Espérame aquí un segundo. —Hizo amago de salir del baño, pero regresó de golpe y plantó un beso húmedo en mi hombro, junto a un lado del tirante del sujetador, antes de irse.

Cuando salí, mi cuerpo expulsó una bocanada de aire y músculos que ni siquiera había notado que estaban contraídos se relajaron, haciendo que casi me doblara en dos.

Aparentemente no era muy buena en eso de mantener encerrados los sentimientos, pero sí era una muy buena actriz. No me quedaba sino fingir hasta creerlo.

Me cuidé de no moverme del sitio donde me había dejado, pues una rápida mirada a mi alrededor me dijo que en ese lugar no tenía opciones, y cuando lo

escuché aproximarse volví a relajar el rostro usando una máscara de la más perfecta nada.

—Ven aquí, frente al espejo —dijo en lo que entró, exhibiendo en su mano derecha las tijeras de jardinería.

Di dos pasos que era todo lo que requería el pequeño espacio y por primera vez vi mi rostro: pálido, hinchado, demacrado. No era yo sino alguien más, un fantasma, un cascarón vacío que se parecía a mí pero que le faltaba esa chispa de vida que ni el doctor Frankenstein hubiese podido encender.

La cara de Dante apareció al lado de la mía mirándome en el reflejo del espejo.

—No sé por qué hiciste esto con tu cabello —dijo arrancando la liga que los mantenía sujetos. Luego pasó los dedos por las enmarañadas hebras, desarmando por la fuerza los nudos. Dolía, sí, pero no iba a quejarme.

—Fue una exigencia del programa.

—Lo sé, pero ellos ya no existen para nosotros.

Tomó las tijeras y comenzó a cortarlo por arriba de mis hombros agarrando mechones entre sus manos y cercenándolos como una sogá vieja que ha quedado grande.

—Odio que sea liso, que sea oscuro, que te haga lucir mayor —dijo mientras lo mutilaba—. No te va bien, no eres tú.

—Yo también lo odio —dije, no estando segura en ese punto de si era verdad o era mentira. Nunca había pensado en ello. Era lo que era, lo que había tenido que ser.

Sin embargo, mi respuesta iluminó el rostro de Dante.

—¿En serio? —preguntó, pero no esperó mi respuesta—. Te va a encantar lo que hay para ti dentro de la bolsa.

No me moví, no hice ni siquiera el más mínimo amago de descubrir el secreto escondido dentro de los confines del paquete de plástico.

—Buena chica —dijo con una sonrisa complacida—. Anda, mira lo que te traje. Tienes mi permiso.

Con movimientos lentos abrí la misteriosa bolsa y espíe en su interior: una botella de decolorante para el cabello, tinte color «palo de rosa» y un peine. Uno a uno los saqué de la bolsa y los puse ordenadamente sobre el lavabo. Nada más.

—¿Sabes qué hacer con ellos?

—Nunca he usado decolorante. No es necesario para oscurecer el cabello.

—Tiene instrucciones.

Y así, sin decir más nada, pasé la vista por las instrucciones para solo captar la

idea general, preparé la mezcla y con el peine intenté poner orden en el desastre que había hecho Dante de mi cabello. Estaba desigual, con hebras más largas que otras, cortado de cualquier manera, en diagonal en algunas secciones. Mi vista pasó brevemente por las tijeras de jardinería, ahora también olvidadas dentro del lavabo, pero a quién le importaba a estas alturas. Daría lo mismo que en la situación actual Dante hubiese secuestrado al mejor estilista de la ciudad o hubiese usado un cuchillo de cortar el pan. Era solo cabello, tejido muerto.

Me puse los guantes de plástico incluidos en la caja y comencé a aplicar el producto. El aire se llenó de olor a peróxido, mi cuero cabelludo ardió, picó y, a pesar de todo, Dante continuaba parado detrás de mí sonriéndome a través el espejo, como si fuera el juez de un *reality* de peluquería viendo el progreso del concursante ganador del reto del día.

—Vas a quedar hermosa. —Se inclinó y me besó el hombro nuevamente pasándome los brazos por la cintura. Tuve que poner en práctica mis mejores habilidades como candidata a un Oscar para no brincar del asco—. Luego yo mismo te lavaré el cabello, juntos, en la ducha, como debió haber sido aquella vez. ¿Cuánto tiempo para que esté listo?

—Media hora —dije notando que las raíces cercanas a la frente estaban comenzando a ponerse amarillas de una forma penosamente artificial—. Luego habrá que teñirlo.

Tomé la brocha y la sumergí nuevamente en la mezcla agarrando un montón como si se tratase de una cuchara. No estaba intentando que quedara bien, no me importaba el resultado estético, solo tomarme el mayor tiempo posible hasta que Dante se aburriera del proceso o yo consiguiera armar algún tipo de estrategia producto de algún toque de inspiración divina que me permitiera tener la triste esperanza que significaba un día más.

Levanté la brocha nuevamente, llena de esa gelatina blancuzca de horrible olor, cuando una generosa parte desafió la gravedad y, como esas extrañas coincidencias que hacen que el pan siempre aterrice en el suelo justo por el lado en que está untado de mantequilla, cayó justamente en ese espacio que quedaba entre el guante y la piel y se deslizó hasta la parte de mi muñeca en carne viva.

No pude evitarlo, solté todo lo que tenía en las manos, creando un pequeño desastre, abrí el grifo y sumergí la parte afectada.

—¡Eres estúpida y torpe! —Dante me tomó por los hombros y me dio la vuelta con fuerza antes de atravesar mi cara con una bofetada. Todo fue tan rápido, como un relámpago en medio de la noche, que no tuve tiempo de sorprenderme, de registrar el dolor, de asustarme—. Vas a arruinarlo todo.

—Lo siento —dije escondiendo las manos detrás de la espalda. Estaba atrapada entre Dante y el lavabo, así que esconder las manos era un vano intento de poner algo de distancia entre nosotros, de evitar otro roce fortuito en esa parte que estaba en carne viva, y allí, en la punta de mis dedos podía sentir el envase lleno de decolorante, justo al lado de las tijeras.

—Termina de una buena vez para poder darte tu baño. Solo si te portas bien y no haces más desastres, si sigues siendo una buena niña conmigo —estiró la mano y deslizó un dedo por mi brazo—, si me complaces, podrás comer algo y te daré ropa. ¿Te gustaría eso?

—Sí.

—Quiero que esto vaya bien —se inclinó y me dio un beso, casto, tímido, pero igualmente desagradable, en la mejilla—, que todo sea perfecto, como aquella vez, solo que en esta oportunidad haré algo más que solo mirar, pero tu cabello debe lucir como en mis sueños. —Otro beso en la otra mejilla—. No quiero volver a atarte en esa viga, dejarte aquí sola, con sed y hambre, pasando frío. Quiero que hoy puedas dormir en una cama, conmigo, y sé que lo harás bien. He visto los videos. —El brillo en sus ojos cambió, había algo malévolo allí—. Tendré que atarte allí, claro, hasta que esté convencido de que eres una niña buena y responsable, que no vas a seguir siendo torpe y estúpida, pero he escuchado que se ha vuelto una práctica muy deseada entre las mujeres.

—Sí —dije por decir algo. En la parte de atrás de mi mente registraba el profundo y peligroso significado de sus palabras, e incluso si me hubiese quedado repentinamente sorda, la forma en que las expresiones de su rostro cambiaban de un momento a otro, la locura asomándose en lo que parecía ser un semblante dulce y esperanzado, me advertían de que cada segundo que pasaba estaba más en peligro y que tenía que seguir hablando, dándole lo que quería, hasta conseguir una oportunidad, un único e irreplicable momento.

Creo que leí alguna vez, o con más seguridad, escuché en un programa de televisión sobre asesinos en serie, que este tipo de desequilibrados elabora una fantasía en su mente durante años y cuando tratan de llevarla a cabo y descubren que la realidad no los satisface las cosas se pueden poner muy feas.

No quería entrar en esa ducha, sabía que no podría seguir manteniendo la calma, jugando a la muñeca rota. Ese sería el momento en que sus fantasías se derrumbarían y eso no sería bueno, mucho menos si llegábamos al punto en el me ataría en otro lugar, más cómodo para él.

Tenía que hacer una nota mental para, en caso de salir de esta, averiguar cómo demonios hizo Dante para pasar los exámenes psicológicos necesarios para

entrar en la policía.

—Parece que estamos claros. Vuelve a trabajar, mi pequeña Rose.

—Pero hay un problema —dije suavemente, incluso un poco desorientada.

—¿Un problema? —preguntó confundido.

—Mi nombre no es Rose.

Sin detenerme a pensarlo, a evaluar los pros y los contras, llené mis dedos de peróxido y le embadurné los ojos. Dante gritó, llevándose las manos a la cara y tambaleándose un poco hacia atrás.

No tendría otra oportunidad. Era ahora o nunca.

Tomé las tijeras, se las clavé en alguna parte del torso y sin mirar a atrás eché a correr.

Capítulo 29

No tenía tiempo para escuchar los gritos de Dante ni intentar averiguar si eran de dolor o de rabia; si seguían resonando en el sótano o eran un eco en mi cabeza; tampoco para permitirme ver hacia atrás, había demasiadas referencias mitológicas que lo desaconsejaban.

Todas las energías que pude recolectar, gracias a un subidón de adrenalina que mitigaba los dolores en mis extremidades, estaban enfocadas en llegar a la escalera y luego subir los peldaños lo más pronto posible. No eran muchos, pero llegar a la puerta parecía una tarea casi comparable con alcanzar el campanario de una iglesia antigua después de pasar un día en el desierto sin agua ni comida.

Mi vista estaba en la puerta, solo en la puerta. Metas posibles, metas cortas: primero llegar a la escalera, luego subirla y finalmente la puerta.

Intentaba desterrar cualquier pensamiento que sugiriera que podría estar cerrada con llave, que no tenía idea de lo que encontraría detrás de ella y, aun si podía escapar de lo que asumía era una casa, qué haría después de que estuviera al aire libre si la ubicación era tan aislada como Dante había sugerido.

Tampoco dejaba que mi mente se entretuviera recordándome que le había clavado unas tijeras a alguien en el pecho, en la resistencia de la carne antes de ceder y en la sensación húmeda y viscosa que acompaña el trayecto de la hoja.

Un peldaño más, luego otro; penosamente lenta, penosamente adolorida.

—Rose. —Escuché el rugido de Dante, más cerca de lo me gustaba admitir—. ¿Adónde piensas que vas?

No miré hacia atrás, no me lo permití. Solo seguía subiendo, negociando con mis piernas como una madre con el niño que no quiere terminar la sopa: «vamos, solo uno más».

—Estás siendo imposible —dijo, y lo sentí hablar casi en mi espalda.

Alcancé la puerta y al poner mis manos en el picaporte cometí el error de voltear.

Dante estaba allí, casi al pie de la escalera. Tenía el rostro enrojecido alrededor de los ojos, casi como un antifaz, y la sangre manchaba su camisa cerca del hombro. Lo peor era la expresión de sus ojos: furia.

Traté de abrir la puerta, frenética, desesperada, mirando sobre mi hombro más que al objetivo, pero mis manos cubiertas con los guantes de plástico baratos llenos de peróxido continuaban resbalándose sobre el picaporte.

Dante comenzó a subir.

—Esto no irá bien para ti, Rose —anunció amenazante, como si me quedara alguna duda.

Intenté nuevamente con la puerta y se abrió, pero no gracias a mí. Algo la empujó de afuera hacia dentro, haciéndome perder el poco balance que me quedaba y caer unos cuantos escalones.

Dante estaba ahora más cerca, la puerta estaba abierta y Greg estaba en el umbral.

No sabía si estaba alucinando, si me había golpeado la cabeza y estaba teniendo algún tipo de sueño en medio de un coma; pero definitivamente era mejor que la realidad.

No tenía ni las fuerzas, tampoco el tiempo, para intentar ponerme de pie. A gatas, arrastrándome casi, comencé a trepar los peldaños por los que había caído, raspando mis rodillas y mis manos en el ascenso hacia la puerta, hacia la salida, hacia Greg. Pensé que esta vez lo lograría, estaba tan cerca, pero sentí la mano fría en mi tobillo, el jalón que me hizo perder el espacio ganado y golpear mi quijada en el filo de los escalones llenándome la boca de sangre.

Pero ahora tenía una razón más, un incentivo para luchar hasta el último aliento. Me sacudí, pateé, hasta que uno de mis movimientos dio en el blanco. Me liberé y seguí escalando frenética, como si abajo no hubiera peldaños sino un abismo.

Recuperé el terreno perdido y solo en ese entonces miré hacia arriba. Greg parado allí, irradiando frialdad, control. Me miró, un breve segundo, tal vez dos o tres, y la furia fría en sus ojos mutó a algo parecido a una avalancha, a ese peligro indetenible y majestuoso de los fenómenos naturales que nos hacen sentir mínimos, aterrados y, al mismo tiempo, nos producen algo muy parecido a un asombro maravillado.

Levantó el arma en su mano y vino el ruido sordo, seco. Un disparo, dos, tres, seguidos, casi sin silencio entre ellos, casi al mismo tiempo.

Bajó los dos escalones que nos separaban y antes de que pudiese procesar el silencio, la calma, me tomó entre sus brazos y su calor pareció pasar

directamente a mi cuerpo, acunándome.

Enterré mi rostro en su cuello y pensé que lloraría, que tal vez me derrumbaría, pero la necesidad no llegaba. Tal vez ya no me quedaban lágrimas, tal vez su olor era una especie de calmante y sus manos rodeándome un bálsamo que curaba, al mismo tiempo, mis dolores y mi desesperación.

Podía pasar la vida allí y, sin embargo, tras la calma, el instinto de supervivencia regresaba para recordarme que debía asegurarme.

Intenté voltear, pero Greg me apretó más contra su pecho.

—No mires —me dijo, y esta vez sí quise llorar solo con escuchar el sonido de su voz, suave, dulce, que parecía no proceder de la misma persona que había visto al pie de la escalera—. Nada va a lastimarte. Ya no está.

Me separé de su cuerpo porque necesitaba ver su rostro, así de cerca. Levanté la cabeza y puse mis manos a ambos lados de su cara, sintiendo la textura de su barba, perdiéndome en sus ojos.

—Viniste —dije convencida finalmente de que estaba allí.

—Iría hasta el infierno y de regreso. Nadie podría impedírmelo.

—¿Cómo supiste dónde...? —Pero no pude terminar. Había sangre en mis manos o, más bien, en una de ellas.

Las quité del rostro de Greg y me las vi extrañada, girándolas ante mis ojos. ¿De dónde salía tanta sangre?

Levanté la vista confundida para darme cuenta de que la mitad del rostro de Greg estaba cubierta de ella: Parte de su frente, su mejilla, la barba donde mis manos habían estado hasta hacía un momento y parecía seguir acumulándose en una especie de cascada carmesí.

—¿Greg...? —pregunté sin saber cómo completar la pregunta.

—Blancanieves ... —dijo como un suspiro justo antes de colapsar frente a mis ojos.

—No —dije bajito, tratando de convencerme, de razonar conmigo misma—. Por favor, no. —Miré a el cuerpo de Greg en la escalera, la sangre todavía corriéndole por el rostro—. ¡No!

Y la palabra se convirtió en un grito.

Capítulo 30

Un año después

—¿No me vas a decir tu nombre?

El bar estaba bastante lleno ese día. Extrañamente, aunque las universidades en Boston estaban entre las más prestigiosas del país, los estudiantes no se quedaban tranquilos estudiando, salían cada noche por un poco de diversión ruidosa.

No era que me quejara. Aunque no eran conocidos por sus grandes propinas, la cantidad, cualquier día de la semana, compensaba lo poco que dejaba cada uno.

—Eso es información clasificada.

—¿Eres una espía? —insistió el chico mirándome divertido.

Parecía buena persona, aunque había aprendido de primera mano que eso no significaba nada. Sin embargo, mi trabajo era parecer simpática y llevarles sus bebidas, no hacer amigos, sin importar cuán lindos o inofensivos parecieran.

Esa era otra cosa que había aprendido en el último año: no necesitaba muchos amigos, solo unos cuantos que fueran buenos, y aunque los míos los había dejado en Detroit: Lilly, Zion, Mallory, estaban siempre a una llamada de distancia.

No obstante, una chica tenía que hacer lo que tenía que hacer para ganarse sus propinas y pagar las cuentas. Así que me incliné un poco, lo suficiente para que pudiese escucharme por encima de la música, aun hablando muy bajito.

—Estoy en el Programa de protección de testigos —susurré.

Me incorporé y esperé su reacción. Primero me miró confundido y luego soltó una carcajada.

—Eso nunca lo había oído. —Puso un billete sobre la mesa, todavía riendo un poco—. Quédate con el cambio. Lo mereces por ser original.

Definitivamente, la verdad podía darte muy buenas ganancias.

Fui hasta la caja, cerré las últimas cuentas que tenía pendientes y terminé mi turno.

Ya en el baño de empleados aproveché para quitarme la minúscula falda y la reveladora camiseta que conformaban mi uniforme, me lavé la cara y estaba lista para irme a casa.

No obstante, ese momento a solas y la imagen que me devolvió el espejo con mi cabello corto y rubio me recordó, por enésima vez desde que abrí los ojos, que hacía justo trescientos sesenta y cinco días lo que creía que sería mi nueva vida se volvió vieja. Pronto el reloj marcaría la hora precisa en que los agentes federales me encontraron en una escalera, prácticamente desnuda, aunque con los zapatos puestos, llena de sangre y con el cuero cabelludo quemado.

Joseph tuvo que removerme por la fuerza del cuerpo de Greg y todavía tuve energía para gritar más alto, debatirme en sus brazos, patear un poco. Incluso después, en el hospital, amenazaron con sedarme si no me dejaba tratar, cosa que incluía retirar el peróxido de mi cabello, que quedó tan arruinado que tuve que llevar el look Once por bastante tiempo.

Suspiré frente al espejo y le cerré la puerta a los recuerdos, por enésima vez ese día. No sería fácil llegar al final de la jornada, tampoco el día anterior había sido fácil, pues las cicatrices fueron más profundas en Detroit que en Washington simplemente porque provinieron de alguien que conocía, porque perdí una vida que ansié por mucho tiempo y a alguien que formaba parte de ella. Las marcas estaban allí y, aunque emocionales, eran tan rojas y protuberantes como si fueran físicas. No se irían a ningún lado, y pensar en ellas constantemente no las haría desaparecer. Simplemente, como cualquier cicatriz profunda que no puede ser removida quirúrgicamente, tenía que aprender de ella y también a vivir con ella.

En el coche de regreso a casa puse la música alto y canté. Ya me había permitido mi momento de duelo por esa noche (tuve uno en la mañana, uno en la tarde y seguro tendría otro antes de volver a dormir) y ahora era tiempo de celebrar que había escapado con vida de las manos de un psicópata, que seguía siendo Sarah Temper, una mucho menos inocente, aunque más fuerte; una que no había dejado que la arrastraran nuevamente adonde no quería ir, una que tenía voz y voto en su destino.

Viendo el lado positivo, era la madonna del Programa de protección de testigos: siempre lista para reinventarme y salir mejor.

Aparqué frente a la casa, me bajé del coche, atravesé el pequeño jardín de

entrada haciendo una nota mental para regar las rosas que planté cuando me mudé o morirían.

Cuando entré, cerré la puerta tras de mí con doble llave y puse la alarma, porque la nueva Sarah era incluso más cuidadosa que la vieja. No vivía asustada, no veía amenazas en cada esquina, pero era precavida porque no confiaba en que había una mano invisible que la mantendría a salvo.

De camino al interior casi lanzo mi bolso sobre el sofá. Me detuve solo al darme cuenta que había alguien allí.

«Hay un hombre en el sofá», pensé, paralizada en el lugar.

«Hay un hombre, enorme, con barba, que está como un tren, dormido en el sofá, rodeado de libros de ingeniería».

Y sonreí, como cada día, como cada mañana que me despertaba a su lado, como cada noche en la que cerraba los ojos entre sus brazos. Mi héroe en vaqueros y camisa a cuadros, al que ni una bala había podido mantener apartado de mí, que había cambiado un bar por la universidad, las armas por los libros.

Dejé el bolso en el piso, intentando no hacer ruido, y me senté en el suelo solo a verlo, a recordar que lo malo que había pasado hacía un año me había dejado cosas buenas.

Dante disparó dos veces, pero solo una bala había alcanzado a Greg y se trató solo de un roce, aunque hizo el escándalo sangriento que las heridas en la cabeza hacen y la pérdida de sangre lo dejó inconsciente.

Creí que lo había perdido, que, a pesar de yacer al pie de la escalera con una bala entre los ojos, Dante había ganado. Incluso cuando llegaron los paramédicos y subieron a Greg en la ambulancia, seguía debatiéndome en los brazos de Joseph suplicando que me soltara hasta que Garon Lincoln apareció frente a mí y tomó su cara entre mis manos. «¿No has escuchado las historias, niña?», me dijo hipnotizándome con sus ojos amarillos. «Mi chico es capaz de esquivar balas».

Greg todavía tenía una pequeña cicatriz, aunque normalmente el cabello la mantenía oculta. La besaba cada día igual que él besaba las de mis muñecas.

Cuando fue obligatorio que dejara Detroit, porque permanecer allí no era algo que los Temper o los agentes federales fuesen a consentir; Greg vino conmigo sin grandes aspavientos o discusiones sobre su familia o sus amigos, sobre dejar atrás el único lugar que siempre había significado su hogar, como si se tratase simplemente del devenir natural de las cosas, del deber ser. Apretó los dientes, eso sí, cuando entre mis padres y Asher Reed hicieron uso de los contactos adecuados para que fuera admitido nuevamente en el MIT; también cuando

Anthony Famiglietti se ofreció a pagar la matrícula (como un préstamo, obviamente) y nos rentó, a un precio ridículamente bajo, la casa que había comprado para su sobrino más de cinco años atrás cuando la carta de aceptación original llegó.

Para alguien con experiencia en ser abandonada cuando las cosas se ponían difíciles, el gesto, silencioso y sereno, como todo lo que provenía de Greg, significó el mundo entero.

Como los sacrificios en las relaciones deben ser bidireccionales, tomé un trabajo como camarera para ayudar con los gastos, porque dinero para mantenernos era algo que él no iba a aceptar de terceras personas. El horario de clases de Greg era más complicado que el mío, y solo podía hacer unas cuantas horas a la semana en un taller mecánico que, gracias a los contactos de Garon, había aceptado darle trabajo por horas.

Era una buena vida, simple, sin excesos ni lujos, pero que me hacía feliz, y me encargaba de decírselo cada vez que tenía la oportunidad, no fuera que decidiera tomar algún trabajo extraño, de esos en los que era tan bueno, para darme cosas que creyera que necesitaba.

—¿Por qué me miras así, Blancanieves? —dijo con la voz ronca de quien lleva rato dormido y, sorpresivamente, todavía con los ojos cerrados.

—¿Cómo sabes que te estoy viendo?

—Puedo sentirlo.

—¿Cómo sabes la forma en que te estoy viendo?

Lentamente abrió los ojos y sonrió. Esa era la sonrisa que hacía todo en mi vida mucho mejor.

—Adiviné.

—Arrogante —dije poniéndome de pie, pero sonriendo—. Me voy a la ducha.

—¿Y mi beso? —preguntó incorporándose un poco sobre los brazos.

—Huelo a cerveza, humo de cigarrillo y alas de pollo fritas. —Me encogí de hombros—. Riesgos ocupacionales.

—Sí, mejor vas a la ducha porque si vienes cerca con ese olor comenzaré a lamerte, comerte...

—¿Tienes hambre? —pregunté inocentemente confundida.

—¿De ti? Siempre.

Sintiéndome la mujer más afortunada del mundo, y se notaba en el rebote de extrafelicidad que tenían mis pasos, fui hasta nuestra habitación y luego a la ducha.

No fue ninguna sorpresa sentir la puerta abrirse, tampoco los brazos de Greg

abrazándome desde atrás.

—Pensé que necesitarías ayuda para deshacerte del olor a cerveza y pollo frito —dijo besándome el cuello.

—Por favor. Es una tarea extremadamente difícil y no puedo yo solita.

Tomó el bote de champú, me lavó el cabello y luego me enjabonó rigurosamente, tan rigurosamente que para cuando se agotó el agua caliente, me envolvió en una esponjosa toalla y comenzó a secarme, había olvidado qué día era.

—¿Puede llevarme a la cama de una buena vez, señor grandote y peligroso?

—¿Grandote y peligroso?

—Es que ya se me olvidó tu nombre... y el mío.

—No me importa tu nombre. Te amo a ti, por dentro y por fuera; amo lo que eres, amo que me hagas reír, que hagas de cada día un descubrimiento y de cada tarea estúpida una aventura que vale la pena tener si estás conmigo. Podrías llamarte lechuga y solo así me harías desear volverme vegetariano para no comer otra cosa.

—Es usted un hombre muy romántico, señor Salinger.

—No se lo digas a nadie.

Diciendo esto me cargó entre sus brazos y me llevó a la habitación donde había encendido velas y una cajita de una reconocida pastelería, mi favorita en la ciudad, me esperaba en el medio de la cama.

—¿Postre antes de cenar? —pregunté con picardía cuando me colocó suavemente sobre la cama y, extrañamente, se apartó, quedándose de pie.

—Espero que te guste —dijo, y se encogió de hombros y, aun así, el gesto se veía forzosamente despreocupado—. Si no te gusta, podemos olvidarlo.

Curiosa, abrí la caja. Había una *sfogliattella* y sobresaliendo entre la crema un anillo sencillo, simple. Un aro de plata con una piedra roja en forma de rosa.

Era la pieza de joyería más hermosa que había visto en mi vida. No era un diamante Tiffany, algo digno de exhibición o de estar en el dedo de Beyoncé o de París Hilton y, sin embargo, era la más preciosa que poseía, la única con significado.

—¿Te gustaría que te llamaran señora Salinger?

Y ese hombre, el ladrón, el expresidiario, el sicario, ese que había corrido en medio de la noche en lo que Garon Lincoln descubrió quién era realmente Dante Polcaro y Joseph pudo intuir dónde estaba su escondite, dejando atrás en una nube de polvo y gasolina a todo el cuerpo de agentes federales; ese que había recibido una bala por mí; ese al que llamaban el Ejecutor o Caronte, del que se

contaban las más impresionantes, y aterradoras, historias en los bajos fondos; el hombre que nunca perdía la calma y cuyo sello era una mirada fría y un pulso que no temblaba, se veía extrañamente inseguro.

Tomé el anillo de entre su nido de crema y me encargué de lamer de él todo resto de pastelería.

—Sí —dije con la sonrisa más grande de la que era capaz—. Me encantaría ser la señora Salinger.

Cerró los ojos y respiró hondo.

—¿Mañana?

—Sí.

Abrió los ojos y me miró ladeando la cabeza, confundido.

—No lo decía en serio.

—Yo sí. La vida puede cambiar en un segundo.

—Tus padres van a odiarme —dijo con una sonrisa en los labios mientras se acercaba.

—Mis padres te adoran. Salvaste a su niña.

—Lilly se pondrá furiosa.

—Eso sí me asusta un poco —dije pasando los brazos por su cuello y trayéndolo conmigo a la cama.

—¿Es lo único que te asusta?

—No es lo único —le di un beso—. Ver *El exorcista* con las luces apagadas...

—Sabes a lo que me refiero.

—Estoy un poco aterrada ahora porque estamos desnudos, estás justo encima y prefieres conversar. Temo que quieras casarte únicamente para no volver a dormir conmigo.

—Eso no tiene sentido —dijo tomando una de mis piernas justo detrás de la rodilla.

—Revisa las estadísticas.

—¿Quieres que vaya a buscar en Google justo ahora? —dijo jugueteando en mi entrada.

—Si lo haces, la boda se cancela.

—Te amo —dijo mientras se deslizaba lentamente dentro de mí—. Eres la princesa de mi historia.

—Te amo, mi héroe en vaqueros y camisa a cuadros.

Y cuando comenzó a moverse dentro de mí, no hubo más juegos de palabras ni malos momentos pasados que vinieran a atormentarme. Rose no existía, tampoco Asher ni Dante, mis muñecas no tenían cicatrices.

Definitivamente, Gregory Salinger era un criminal avezado que buscaba el momento perfecto para robar los malos recuerdos que llenaban mi vida y sustituirlos por aquellos que valía la pena atesorar.

Agradecimientos

A ti, lector, primero que nada, primero que a nadie. Hay tantos libros que se publican diariamente que el solo hecho de que hayas elegido este y hayas llegado hasta esta página me hace profundamente feliz.

Gracias a todos los que leen, a los que se emocionan con las historias tanto como nosotros nos emocionamos escribiéndolas, a los que opinan públicamente, dejan comentarios, llevan blogs, usan Twitter, Instagram o componen imágenes con sus personajes favoritos. A todos ustedes que nos hacen sentir menos solos en este proceso, mi eterno reconocimiento.

También quiero agradecer a la escritora venezolana Helena Moran-Hayes. A pesar de tener un bebé que consume todas las horas de su día y estar en medio de una mudanza, se tomó el tiempo de leer esta historia cuando todavía no estaba lista y sus consejos y observaciones fueron de gran ayuda para aclarar un poco mi mente.

Igualmente, a Wendy, a quien considero mi animadora número uno. Lee mis historias cuando todavía no están completas (siempre la dejo en *cliffhanger*) y cuando comienza a escribirme en medio de la lectura, preguntando sobre este o aquel personaje sé que voy por buen camino. Cuando se queda callada... bueno, digamos solamente que el email viene cargado.

Esta novela es sobre la soledad, sobre dejar a alguien entrar porque todos necesitamos ayuda en algún punto. Escribiendo sobre Greg y Sarah necesité dos pares de ojos frescos que me brindaran auxilio, y Helena y Wendy fueron mis lazarillos.

Finalmente, pero no por eso menos importantes, a todo el equipo en Harlequin Ibérica. Mi editora Elisa, correctores, la gente de finanzas que cada tres meses, sin falta, me escribe, haciendo mejores mis mañanas. Siempre daré gracias a Dios porque mi ingreso a este mundo lo hice de la mano de una editorial grande con buenos profesionales. Aunque todavía no aprenda completamente cómo

puntuar los diálogos y esté segura de que algún corrector tiene un muñeco vudú mío que tortura cada vez que le toca una de mis novelas, ellos me soportan, me ayudan, me dan consejos y siempre me han tratado con cariño y consideración. No hay pregunta que los ofenda ni ausencia que los haga olvidarme. Me han enseñado todo lo que sé de esto de publicar novelas y espero seguir llamando a esta editorial mi casa por mucho tiempo más.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com

HQN™

SARAH Autora best seller del USA TODAY MORGAN

Atardecer en Central Park



"Un poco dulce y muy sexy"
—Booklist

Atardecer en Central Park

Morgan, Sarah
9788491881452
384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En el caos de Nueva York puede ser complicado encontrar el amor verdadero incluso aunque lo hayas tenido delante desde el principio...El amor nunca había sido una prioridad para Frankie Cole, diseñadora de jardines. Después de presenciar las repercusiones del divorcio de sus padres, había visto la destrucción que podía traer consigo una sobrecarga de emociones. El único hombre con el que se sentía cómoda era Matt, pero era algo estrictamente platónico. Ojalá hubiera podido ignorar cómo hacía que se le acelerara el corazón...Matt Walker llevaba años enamorado de Frankie, aunque sabiendo lo frágil que era bajo su vivaz fachada, siempre lo había disimulado. Sin embargo, cuando descubrió nuevos rasgos de la chica a la que conocía desde siempre, no quiso esperar ni un momento más. Sabía que Frankie tenía secretos y que los tenía bien enterrados, pero ¿podría convencerla para que le confiara su corazón y lo besara bajo el atardecer de Manhattan?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora best seller de *The New York Times*

SUSAN MALLERY

*Lo mejor
de mi
amor*



Lo mejor de mi amor

Mallery, Susan

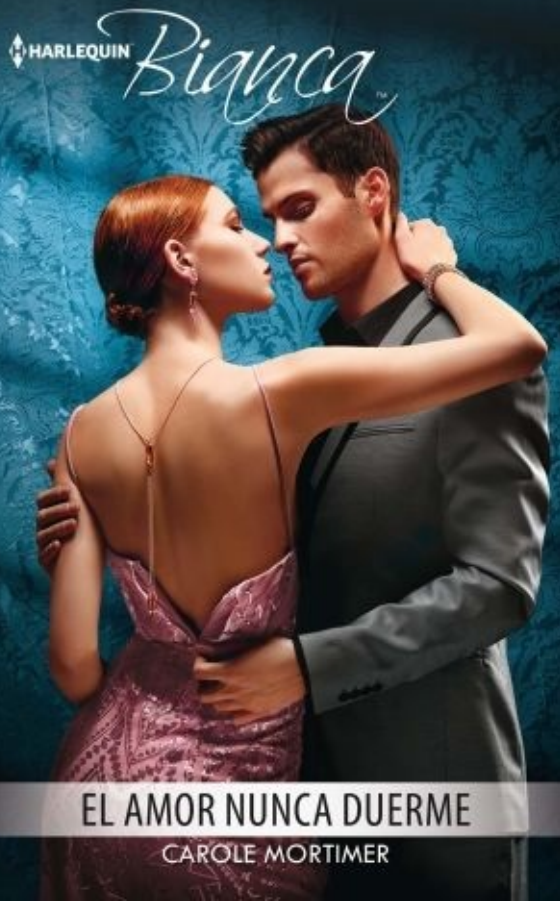
9788491881469

352 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En un intento de superar su doloroso pasado, Shelby Gilmore emprendió la búsqueda de una amistad masculina para convencerse de que se podía confiar en los hombres. Sin embargo, ¿en un pueblo tan pequeño como Fool's Gold dónde iba a encontrar a un tipo que estuviera dispuesto a ser solo su amigo? Aidan Mitchell se dedicaba a crear aventuras en su agencia de viajes... y, también, en las camas de las numerosas turistas que lo deseaban. Hasta que se dio cuenta de que se había convertido en un estereotipo: el del mujeriego que solo valía para una noche, y, peor aún, de que en el pueblo todos lo sabían. Tal vez el experimento sobre la relación entre los dos sexos que Shelby quería llevar a cabo pudiera ayudarlo a considerar a las mujeres como algo más que posibles conquistas. Así, sería capaz de cambiar su forma de actuar y recuperaría el respeto por sí mismo. A medida que Aidan y Shelby exploraban las vidas secretas de los hombres y las mujeres, la atracción que surgió entre ellos comenzó a alimentar los rumores en Fool's Gold. Si nadie creía que fueran solo amigos, ¡tal vez debieran darles a los cotillas un tema del que poder hablar de verdad!

[Cómpralo y empieza a leer](#)



EL AMOR NUNCA DUERME

CAROLE MORTIMER

El amor nunca duerme

Mortimer, Carole

9788491881360

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Durmiendo con el enemigo...A Gregorio de la Cruz le daba igual que la inocente Lia Fairbanks lo considerara responsable de haber arruinado su vida. Sin embargo, al comprender que no iba a lograr sacarse a la ardiente pelirroja de la cabeza, decidió no descansar hasta tenerla donde quería.... ¡dispuesta y anhelante en su cama!Lia estaba decidida a no ceder ante las escandalosas exigencias de Gregorio, a pesar de cómo reaccionaba su cuerpo a la más mínima de sus caricias. Sabía que no podía fiarse de él... pero Gregorio era un hombre muy persuasivo, y Lia no tardaría en descubrir su incapacidad para resistir el sensual embate del millonario a sus sentidos...

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Vientos de Escocia

Bouzo, Miranda

9788491887171

293 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Han pasado diez años desde la coronación de Isabel I de Inglaterra. Acorralada por sus enemigos, dentro y fuera de sus fronteras, y enfrentada a su prima María Estuardo, guarda un secreto inconfesable que puede socavar los cimientos de su poder y darle a sus enemigos una oportunidad para destruir su credibilidad ante su pueblo. Ayr, una joven escocesa del legendario clan Tye, juró que nunca volvería a pisar tierras inglesas. Sin embargo, perseguida por su hermanastro Brodie, debe regresar y pedir ayuda a la reina más poderosa de Europa para restaurar su lugar entre los suyos. A cambio de su ayuda, la reina la entrega a Edward Aunfield, un traidor inglés, orgulloso y mujeriego que la desprecia. Iain, su amigo y protector desde la infancia, la previene contra él sin resultado. Los tres juntos recorrerán Escocia unidos por la guerra, las traiciones, la muerte y el amor. En una época en que la dureza de los hombres les lleva a cometer oscuras injusticias, Ayr descubrirá en sus amigos que no todo es blanco o negro, y que el deber, el honor y la familia son más fuertes que sus intereses personales.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

3 títulos de...

HQN™

ERIKA FIORUCCI



Pack HQÑ Erika Fiorucci

Fiorucci, Erika
9788468773742
602 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cuatro días en Londres (Finalista Premio Digital) Novela finalista del Primer Certamen HQÑ. La vida de la periodista Marianne Cabani está en una encrucijada. Siguiendo un impulso, renuncia a su empleo y se va de viaje intentando poner sus ideas en orden. Llega a Londres sin tener claro qué va a hacer con el resto de su vida. Quiere ser una persona diferente... y decide irse de un bar con un extraño, que resulta ser Sergei Petrov, "el chico malo del ballet", el bailarín con más talento desde Baryshnikov. Gracias a él, conoce al misterioso Vadim, un hombre que no duda en expresar a los cuatro vientos un odio irracional hacia todos los periodistas del planeta y que mantiene una férrea protección en torno a Sergei. Tratando de ocultarle a Vadim lo que hasta hace unos meses fue su ocupación, Marianne se deja llevar por la atracción que los une y empieza a descubrir que la pasión no es un sustituto del amor, pero puede ser una puerta para dejar entrar sentimientos que prácticamente había olvidado. Una sonata para ti Andras Nagy es un virtuoso del piano, el pianista más joven de su generación, veintinueve años, un hombre estricto y serio, que ha evolucionado adecuadamente de niño prodigio, ganador de los más prestigiosos premios, a alabado concertista y brillante director de orquesta, pero su evolución exige que suba un nuevo escalón, la composición. Dar una tutoría personalizada a tres alumnos elegidos por él mismo en la prestigiosa escuela de música Juilliard de

Nueva York le proporcionará el tiempo y también la publicidad necesarias. Entonces aparece ella, la chica gótica del maquillaje exagerado y las cadenas, y un talento que le recuerda mucho a sí mismo. Sorel. Pero Sorel, frágil por dentro aunque se empeñe en mostrar una fachada hostil y agresiva, guarda un oscuro secreto, un obstáculo que solo un amor muy fuerte podría superar.

[Cómpralo y empieza a leer](#)